

TÚ ME SALVARÁS

ANGIE GARCÍA



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Nota de la autora

Agradecimientos

Biografía

Referencias de las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Todos piensan que Mavi es bonita e improductiva. Su madre, Beatriz, es una mujer fría y calculadora que está dispuesta a mantener las apariencias a toda costa. Su padre, Francisco, un reconocido y prestigioso oftalmólogo, está inmerso en su actividad profesional y es excesivamente protector con ella. Enrique, su hermano, es un exitoso abogado, superficial y prepotente, y Marcos, su marido, está distante y resentido desde que perdió la empresa. Dispuesta a demostrarles a todos que puede hacer algo más que vivir a costa de la familia, acepta un extraño trabajo en el Lejano Oriente.

En una aldea en las montañas de la China rural, Mavi descubrirá un mundo completamente diferente a la burbuja protectora en la que se ha criado y deberá tomar decisiones que la marcarán para siempre. ¿Salvar su vida o la de un niño? ¿Ser fiel a su marido o vivir una aventura? ¿Seguir siendo la mujer que se conforma o rebelarse a una vida que no la hace feliz?

En el viaje la acompaña el diario de su abuela, en el que descubrirá un secreto que le dará las claves para conducir su destino.

TÚ ME SALVARÁS

Angie García

zafiro 

Capítulo 1

El bebé lloraba sin parar desde hacía una hora, llenando el pequeño piso de sus agudos chillidos. Retorcía el cuerpecito en la cuna como si algo por dentro la estuviera torturando. Aquello se repetía a diario, por lo que, desesperada y angustiada, Mavi visitaba al pediatra muy a menudo. La respuesta por parte del médico era invariable: la criatura sufría de cólicos, y la culpaba de agravar la situación con su exceso de preocupación al ser madre primeriza.

Ya había probado las tácticas de siempre para tranquilizarla, pues tenía comprobado que algunos sonidos la calmaban: enchufar la máquina eléctrica de afeitar en el baño, encender la campana extractora de la cocina, subir el volumen de la televisión o distraerla con el ruido del secador. Nada había dado el resultado de otras veces. Entró en el dormitorio con su hija en brazos, se sentó en la cama todavía por hacer y suspiró. Debía ventilar un poco, el aire era denso y pegajoso. Se acercó a la ventana que daba a un patio interior por la que apenas entraba algo de luz natural y la abrió. La pintura granate estaba agrietada y algunos trocitos resacos se habían desprendido y habían caído sobre las baldosas del suelo, opacas y desgastadas, que cuarenta años atrás habían sido de un color rosa intenso. Se fijó con más atención en aquella ventana incrustada en la pared y le dio la sensación de que aquella abertura al exterior era más pequeña que el día anterior. Salió de nuevo al salón; una corroída estufa de butano de color amarillo obstaculizaba el paso. La empujó con la cadera y la colocó junto al sofá. Llevaba allí desde hacía unos días; Marcos la había rescatado de la basura y le había asegurado que la arreglaría antes de que llegara el próximo invierno, pero sabía que ésa sería otra promesa sin cumplir.

Su perfil reflejado en el espejo que cubría una de las puertas del antiguo

mueble del comedor llamó su atención. Se observó de reojo y, decepcionada, apartó la vista. No se reconocía. Apenas quedaba nada de la joven vital de hacía unos años. La incertidumbre ante un destino descolorido y falta de ilusión la mantenía ansiosa por escapar, por huir de una vida que cada día soportaba menos. No sabía cómo lograrlo, y aquella pregunta la asaltaba algunas veces durante el día y muchas horas durante la noche. Casi siempre encontraba alguna excusa para no pensar en ella, aunque tenía claro que, tarde o temprano, aquel monstruo que era su conciencia la alcanzaría, exigiéndole una respuesta.

El calor le mantenía pegada a la espalda la camiseta del pijama y la humedad aletargaba sus movimientos. La niña también sudaba. Le dio un baño para refrescarla, le preparó un biberón y la acostó en la cuna, agitando un abanico hasta que la pequeña se durmió.

Marcos seguramente llegaría a la hora de cenar, como todas las veces que había ido a descargar camiones al puerto. Se trataba de un trabajo esporádico, con el que conseguía ganar algo de dinero y lo mantenía ocupado todo el día. Eso resultaba un alivio para ella, ya que, al menos, no estaba presente para atosigarla con las preocupaciones de siempre.

Decidió aprovechar para dormir también y se tumbó en la cama, con cuidado para que el chirriar del somier no despertara al bebé. Cuando logró relajarse, la luz del móvil, que estaba en silencio sobre la mesita, captó su atención. Sostuvo el teléfono en la mano y vio en la pantalla el nombre de su hermano, Enrique.

Salió de la habitación y contestó.

—Estoy a punto de llamar al timbre —susurró él con tono irritado.

—Ni se te ocurra.

—Entonces, abre.

Abrió la puerta y, nada más verlo, olió el perfume dulce y jabonoso que desprendía su hermano. Llevaba el cabello, castaño claro, perfectamente peinado hacia atrás, intacto bajo la gomina, y vestía un impecable traje azul oscuro, camisa blanca y corbata roja; un atuendo elegante, justo el que necesitaba para su prestigioso bufete de abogados, E. Torres.

Le hizo un gesto con el dedo para que no hiciera ruido.

—¿Duerme? —preguntó con un hilo de voz.

Mavi asintió con la cabeza.

—Vamos a la cocina —le indicó.

Enrique entró en el apartamento y cerró la puerta principal con cuidado.

Al llegar a la estancia, su hermano arrugó la nariz al percibir el olor a frito del ambiente y, sin preguntar, abrió la ventana que estaba junto a la nevera. Entonces un fuerte tufo a coliflor hervida se incrustó de forma desagradable en sus fosas nasales. Rápidamente, volvió a cerrarla. Observó a su alrededor y negó con la cabeza al ver, dentro del fregadero, una montaña de platos apilados y vasos sucios; una sartén con restos de espaguetis con tomate y otra con arroz descansaban sobre los fogones y, esparcidos sobre la encimera, un bote de salsa de tomate con el borde oscurecido por el efecto del tiempo, servilletas de papel usadas y más cubiertos sucios.

—¿Por qué no has ordenado esto un poco? Parece una pocilga.

—No he tenido tiempo.

—Seguro que no. —Abrió la nevera, cogió una lata de Coca-Cola *light* y dio un trago mientras permanecía de pie procurando no tocar nada para no ensuciarse. La pequeña cocina, con muebles a ambos lados, los obligaba a estar en fila, uno frente al otro—. Vale, dime por qué querías verme con tanta urgencia.

—Tengo que pedirte algo. —Mavi se humedeció los labios. Sabía que su hermano no entendería lo que estaba a punto de decirle.

—Suéltalo.

—Necesito que me encuentres un trabajo.

Enrique casi se atragantó con la bebida.

—Repíteme eso. —Alzó una ceja y la miró de reojo.

—Conoces a mucha gente. Seguro que podrías pedirle un favor a alguno de tus clientes.

—Y, ¿de qué se supone que vas a trabajar? —preguntó con retintín.

—Soy periodista.

—Estudiaste la carrera de periodismo, pero no has ejercido nunca, hermanita.

—Pues me hubiera gustado. Estudié esa carrera por vocación.

—Estudiaste esa carrera porque mamá te obligó.

—Aprobé con muy buenas notas y lo sabes. Y no lo hice porque mamá me obligara. Sé que puedo hacerlo bien, muy bien —puntualizó, señalándolo con el dedo índice—. Oye, necesito un trabajo. Marcos no puede conseguir ninguno estable, sólo encuentra cosas esporádicas.

—Me sería más fácil buscarle un trabajo al orgulloso de tu marido antes que a ti.

—Sí, ya lo sé —suspiró, cruzó los brazos y miró al techo—, pero ya sabes cómo es. No quiere ayuda de nadie.

—No quiere ayuda de nosotros.

—Sea como sea, necesito un trabajo, Enrique.

Los labios de su hermano se estiraron en una sonrisa burlona al tiempo que alzaba una de sus perfectamente arregladas cejas. Ella pudo descifrar sus pensamientos con sólo mirarlo a los ojos, almendrados y marrones como los de su madre.

—Oye, Zanahoria —dijo, intentando dar con un hueco en la encimera donde dejar la lata—, puedo comprender la necesidad de hacer algo por tu familia, pero creo que ya haces bastante cuidando de María. Porque, si trabajas, dime, ¿quién se hará cargo de ella?

—Marcos.

—Ya. —Apoyó una mano en uno de los muebles altos de la cocina y cruzó un pie delante de otro—. Y, eso, ¿lo has hablado con él?

—¿Qué tengo que hablar con él? Es evidente que, quien no trabaje, deberá ocuparse de la niña y de la casa.

Enrique se aflojó el nudo de la corbata mientras pensaba cómo decirle que no servía para trabajar... que era despistada, consentida y carente de voluntad, y que seguramente lo dejaría en ridículo ante algún cliente. No iba a dar la cara por ella. Le cogió las manos y se las apretó con ternura, mirándola fijamente.

—Mira, Mavi... tú eres un encanto de persona, eres preciosa, cariñosa e inocente, pero no tienes ninguna experiencia laboral y ahí fuera te comerán en dos días; ¿qué digo?, en unas horas seguramente acabarás llorando. Así que hazme caso y dedícate a tu hija. Papá te echa una mano económicamente. Con lo

que te da, tienes suficiente como para manteneros e incluso para ir de compras de vez en cuando y que no pierdas la costumbre. Trabajar, déjasele a Marcos.

Mavi se deshizo de sus manos, cruzó los brazos sobre el estómago e intentó disimular con una sonrisa el dolor que aquellas palabras le producían. Sabía lo que todos pensaban de ella: que era un bonito objeto decorativo, una niña mayor e insegura en la que no confiaban para ser algo más, y eso la desmoralizaba.

—Vale, es igual, déjalo. Ya lo buscaré por mi cuenta. —Se dio media vuelta, empujó a Enrique a un lado y empezó a fregar los cacharros.

—¿Te has enfadado, Zanahoria? —preguntó haciéndole cosquillas.

—No, y estate quieto. —Intentó zafarse de él—. Y deja de llamarme Zanahoria, no tenemos doce años.

—Sí, te has enfadado. Oye, hermanita, sólo quiero lo mejor para ti.

—Claro, como todos.

Enrique miró a su hermana coger los cacharros sucios como si fueran a morderle; dejando caer el agua por la superficie, retiraba algunos restos de comida con un estropajo. Un vaso se le resbaló de las manos y se hizo añicos en el suelo. Mavi se agachó resoplando, recogió los trocitos uno a uno y los fue lazando con rabia al cubo de la basura.

—La verdad es que, si tuvierais vuestros propios ingresos, mamá dejaría de quejarse por tener que pagar vuestras facturas. Me está volviendo loco.

—Las paga papá, y no me hace ninguna gracia tener que depender de ellos. Si Marcos se entera, tendremos una gran bronca. —Tiró el último pedazo al cubo.

—Despierta. —Enrique le dio un toquecito en la nariz con el dedo índice—. Seguro que Marcos cree que las facturas las paga el ratoncito Pérez.

—¿Por qué mamá protesta por ayudarme? Papá no pone ninguna pega. —Abrió el último cajón del mueble y extrajo una sartén.

—¿No crees que ya hay suficientes sartenes?

—Cállate. —Enrique levantó las manos—. Estamos pasando una mala racha, ¿para qué está la familia? Debería estar contenta de poder ayudar a su hija y a su nieta... pero, claro, para ella es más importante gastarse el dinero en sus cremitas, en sus clases de Pilates o en sus tratamientos estéticos —le vomitó moviendo la sartén en el aire.

—Creo que tiene derecho a gastarse la pasta en lo que le apetezca.

—Está malgastando un dinero que nada le ha costado ganar. Comprendo que quieras defenderla, eres su ojito derecho, pero ella no ha dado un palo al agua en toda su vida. —Sacó un huevo de la nevera y lo batió en la misma sartén.

—Y, tú, ¿sí? —Su tono de voz se volvió más duro—. Es igual Mavi, dejémoslo. No tengo ganas de discutir. —Pisó la palanca y tiró la lata al cubo de basura.

—¿Estás de su parte? —Encendió un fogón con una cerilla y puso la sartén al fuego—. Esto es una mala racha que seguro que pronto pasará, y no tiene por qué inflarte la cabeza con quejas por el hecho de que papá me dé dinero y...

—¡Basta! —Enrique dio un puñetazo sobre la encimera.

—No grites o despertarás a la niña.

—Eres igual que mamá. Acabas irritándome como ella. Me voy.

—¿No quieres un café?

—No —respondió saliendo de la cocina.

—¿Un bocadillo de tortilla?

Enrique frunció el ceño.

—Claro que no. —Abrió la puerta y le dedicó una mueca a modo de despedida—. El sábado celebramos el cumpleaños de Carmen. Será en el lugar de siempre. Espero que, al menos, tú vengas.

—Allí estaré, como cada año.

Capítulo 2

Al final de la tarde, un portazo resonó en todo el piso. Mavi salió disparada de la cocina y vio a Marcos tirando con rabia la chaqueta sobre el sofá.

—Has despertado a la niña —le recriminó entrando en el dormitorio.

Cogió a María en brazos y salió al salón. Entonces se dio cuenta de la fina línea de sangre que salía del labio de Marcos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó alarmada acercándose a él. Alargó la mano hacia la herida, pero él la apartó con un gruñido.

—Un extrabajador me estaba esperando en el portal.

—¿Te ha pegado?

—Está en su derecho.

—Pero ¿qué dices?

—Le debo dinero, Mavi. —Le quitó el trapo de cocina que colgaba de la cinturilla del delantal y presionó sobre la pequeña herida mientras se dejaba caer en el sofá—. Seis meses de sueldo. Tiene hipoteca, facturas, hijos que mantener... Un puñetazo está más que justificado.

—Ahora mismo llamamos a la policía y lo denuncias.

—No voy a denunciar a nadie. —Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y ahogó un suspiro—. Haz que se calle, me va a estallar la cabeza.

—Pues dime cómo lo hago.

—Dámela.

Se sentó junto a él y le pasó a la criatura. Marcos la acurrucó entre sus brazos y, en unos segundos, María se calmó.

—Me paso el día entero con ella. Debería estar acostumbrada a mí, pero parece que prefiere estar en brazos de otros —se lamentó, reclinando la cabeza

en el sofá.

—No soy un *otro* cualquiera. Soy su padre y ella, mi pequeña princesa —le susurró a la niña. Ésta sonrió y agitó los bracitos.

—Te entiendes mejor con ella que yo.

Marcos parecía no escucharla, estaba distraído haciéndole caricias a María, así que empezó a doblar la ropa que se amontonaba en una silla junto al sofá.

—¿Cómo ha ido el día? ¿Has encontrado algún trabajo más?

—Dos mudanzas y un almacén que mañana José y yo tenemos que vaciar. Nos llevará un par de días y ya está.

—Tal vez, mientras tanto, salga algo más interesante —comentó, esforzándose por sonar alegre.

Marcos la miró de reojo con hastío.

—Con los curros miserables que consigo, no saldremos adelante. Sólo son migajas para pasar el día a día.

—Más vale eso que nada.

Él mantuvo la expresión dura en sus ojos azules. A pesar de que ella adoraba aquel remolino rubio que le nacía en la frente, cuando la miraba de aquella forma lo detestaba.

—Hoy ha venido mi hermano y nos ha invitado a la fiesta de cumpleaños de Carmen. Es el sábado.

—Querrás decir que te ha invitado. Ya sabes, tan bien como él, que no voy a ir.

—Bueno, haz lo que quieras, yo sí que acudiré. También le he pedido trabajo...

—Te he dicho un millón de veces que no quiero ningún favor por su parte —la interrumpió.

—Es para mí —replicó, sacudiendo con ímpetu un vestidito blanco de María. Marcos sonrió y alzó las cejas, sin poder disimular la sorpresa.

—¿Trabajar? ¿Tú? Qué graciosa.

—¿Qué es lo que tiene gracia?

—Recuerdo muy bien tu colaboración en la empresa, cariño.

—Cometí algunos errores, pero te agradecería que dejaras de echármelo en

cara cada dos por tres.

—Y... ¿qué clase de currículum vas a presentar? Aparte de trabajar con tu padre y conmigo, no has hecho nada más. Bueno, sí... podrías poner que eres experta en moda y madre estresada.

—Ja, ja, qué simpático. —Se levantó, lanzó el vestidito sobre el sofá y entró en la cocina.

—¡Venga cariño, no te enfades! —gritó desde el salón—. Vuelve aquí, cielo. Sólo era una broma.

Lo odiaba cada vez que le mostraba la poca fe que tenía en ella; cada vez que se reía de algunos de sus planes para intentar salir del pozo donde estaban; cada vez que recibía dinero de su padre y él le echaba en cara que lo aceptara con tanta complacencia.

Salió de la cocina, se sentó en el sofá y siguió con la tarea de doblar la ropa.

—Lo de trabajar, déjalo para mí. Tú ya estás haciendo tu trabajo: cuidar de la niña, la casa...

—Ninguno creéis que sea capaz de trabajar, ¿verdad?

—No es eso, es que... la gente es malvada y no me gustaría que te lo hicieran pasar mal.

—¿Por qué sigues tratándome como a una niña? No me voy a romper porque alguien no sea amable conmigo.

—Porque eres mi niña y quiero protegerte como a María. —La rodeó por los hombros, fundiéndose los tres en un abrazo.

—No me comerán.

—Sí que lo harán, cariño. Tú eres delicada e ingenua.

—No lo estás arreglando. Creo que me estás llamando tonta muy sutilmente.

—¿Por qué siempre ves el lado malo de las cosas que te digo?

—Perdona, es que vuestra falta de confianza no me ayuda.

Marcos no le respondió. Se había vuelto a distraer jugando con María. Mavi suspiró y decidió que no valía la pena discutir por su falta de tacto. Era tarde y estaba cansada. Continuó doblando la ropa, que fue apilando en un montón. Estaba deseando terminar con la tarea, irse a dormir y dejar atrás un día más. Entonces la pila de ropa se inclinó y ésta cayó al suelo.

—Ten cuidado. Menuda manera de perder el tiempo —le recriminó Marcos mirándola de soslayo, tras lo cual volvió a prestar atención a su hija.

Ella se agachó a recoger la ropa y aguantó la respiración hasta que los latidos martillearon sus sienes. De repente, se dio cuenta del olor a coliflor hervida que flotaba en el aire y que, casi cada día, se colaba por la ventana de la cocina, llenando de manera desagradable sus pulmones. Se dio cuenta de que el desorden en el salón, con el cambiador, la cuna y los juguetes esparcidos por el suelo, la ahogaban; de que las cajas de la mudanza por abrir apiladas en el estrecho y largo pasillo, la angustiaban, y de que, aquel techo y aquellas paredes que cada día se cerraban sobre ella, la aprisionaban.

—Deberías aceptar la ayuda que mi hermano te ofrece. Conoce a mucha gente —logró decir, intentando no pensar en la ansiedad que golpeaba su estómago.

—Te he dicho cientos de veces que no.

—¿Cómo saldremos de esta situación? Enrique te podría ayudar a encontrar un trabajo estable.

—Tu familia ya nos ayuda suficiente. No quiero tener que agradecerle también el haber conseguido un trabajo.

—¡Pues no lo entiendo! —Recogió la ropa en un montón y lo tiró sobre la mesa del salón.

Marcos dejó a la niña sobre el sofá y se acercó a ella por la espalda. Con el ceño fruncido y una expresión sombría en la mirada, la cogió del brazo.

—Estoy harto de que me miren por encima del hombro como si no fuera suficiente para ellos, como si no tuviera derecho a estar en la misma estancia, como si me hubiera colado en su mundo —sentenció mientras la señalaba con el dedo, acusador.

—No digas tonterías. Todo eso está en tu imaginación.

Marcos la acercó más a él de un tirón.

—Muchas veces me pregunto si soy suficiente para ti.

—Pues claro que eres suficiente.

—Mira a tu alrededor. Mira dónde te he obligado a vivir. No puedo mantener a mi familia. He perdido la casa y debo miles de euros. —La soltó y se tapó la

cara con las manos—. Tú te mereces un palacio y yo sólo puedo ofrecerte una prisión.

—Estamos juntos y tenemos una preciosa hija. —Intentó apartarle las manos de la cara—. ¿Es que eso no cuenta?

Marcos la miró con una sonrisa burlona.

—Sí, cariño... como si el amor pudiera con todo —contestó, sarcástico.

—Claro que sí. Lo puede.

—Ves como eres una ingenua, Mavi. —Le acarició la mejilla y le colocó un mechón detrás de la oreja—. El amor no lo vence todo. Eso sólo ocurre en las películas y ya no tenemos veinte años para ver el mundo de color de rosa, aunque tú te empeñes en seguir viéndolo así.

—Creo que, por ahora, no nos ha faltado un plato de comida en la mesa y tampoco vivimos debajo de un puente. Tienes que mantener los ánimos.

—¿Mantener los ánimos? Eso es fácil cuando te respaldan unos padres como los tuyos. Yo no tengo esa suerte. Parece que no veas la realidad que nos rodea. A veces pienso que vivimos en planetas diferentes.

—Que no sea una pesimista inconsolable como tú no significa que no vea la realidad en la que vivimos. Claro que la veo, y no me voy a disculpar porque mis padres nos echen una mano... porque nos ayudan a los dos, a ti y a mí. Deberías mostrar un poquito más de agradecimiento.

Marcos la zarandeó con fuerza.

—¡Tengo orgullo, aunque no lo creas! ¡El suficiente como para no querer vivir de mis suegros! ¡El suficiente como para sentirme un hombre que quiere mantener a su familia por sus propios medios, y me callo y agacho la cabeza cada vez que tu madre me mira por encima del hombro y lo hago por ti, por ti! —le gritó con los ojos inundados de ira.

—Suéltame. Me estás haciendo daño —musitó.

De repente, un golpe seco y el llanto de la niña interrumpieron la pelea. Ambos miraron el sofá donde estaba la criatura. María se había caído al suelo. Veloz, Marcos la recogió y la tumbó de nuevo en el sofá, comprobando después que no estuviera herida. Mavi intentaba acercarse a su hija, pero el cuerpo de

Marcos formaba una barrera infranqueable entre la pequeña y el resto del mundo.

—¡Déjame cogerla! —le chilló, golpeándolo en la espalda y tirándole de la camiseta.

Cuando estuvo seguro de que la niña estaba bien, se apartó de ella y dejó que Mavi la tomara en brazos.

Capítulo 3

Al día siguiente todo comenzó como los últimos ciento cincuenta días desde que dio a luz: llantos, soledad, calor, ropa, platos sucios y hastío. Después de darle el biberón y dejarla llorando, intentó poner un poco de orden en el piso.

Media hora más tarde, cogió el teléfono y llamó a Carla.

—Emergencias, ¿dígame? —se burló su amiga nada más descolgar.

—Me estoy volviendo loca. Necesito verte. —Sujetó el teléfono entre la oreja y el hombro mientras revolvía el montón de ropa que estaba sobre la mesa. Apartó unos vaqueros y una camiseta gris de tirantes.

—Cariño, estoy en la peluquería, no llegaré antes de hora y media.

—Es igual, te espero en el bar de siempre. Iré a dar vueltas por el barrio, a ver si se tranquiliza.

—¿María?

—Sí. No deja de llorar. —Suspiró mirando la puerta de la habitación de donde provenía el llanto del bebé.

—Sí, ya la oigo. Está bien. Anularé mi cita de pedicura, pero haz el favor de no salir a la calle como la última vez.

—¿Qué quieres decir? —Sacudió los pies y lanzó las zapatillas a un lado. Se agachó y buscó debajo del sofá las deportivas. Sólo encontró una.

—Que no pienso pasear de nuevo con una chica con pinta de inestable. Péinate y maquíllate un poco. No te pido que intentes ir conjuntada, pero, al menos, te exijo que no parezcas una chiflada desorientada.

—No exageres, Carla Sotogrande Villanueva y Aránzazu. —Localizó con la mirada la otra zapatilla, que estaba debajo de la mesa del comedor, y a gatas logró llegar hasta ella y cogerla.

—María Victoria Torres Reyes, haz caso a tu amiga. Tengo una visión mucho más objetiva que tú. —Soltó un chasquido con la lengua—. Créeme, desde que has sido madre has perdido la perspectiva de muchas cosas, sobre todo en lo que concierne a tu cuidado personal.

—Vale, vale, vale. —Suspiró, intentando calzarse—. Procuraré hacer lo suficiente para que no te sientas avergonzada a mi lado.

—Uy, gracias. Hasta dentro de un rato.

La mañana había comenzado con una débil llovizna que, bajo el sol de julio, no mantuvo mojado el asfalto más de unos segundos. A las doce del mediodía, bordeaba por quinta vez uno de los bloques de viviendas del barrio de fachadas cubiertas por tendederos llenos de ropa. El calor humedecía su espalda por el esfuerzo de subir y bajar de la acera el carrito del bebé, intentando sortear los postes de madera de la red eléctrica que le obstaculizaban el paso. Entonces vio a Carla llegar al bar. Mavi cruzó la calle admirando la elegante indumentaria de su amiga. Enseguida reconoció el corte impecable de la chaqueta, un modelo de Chanel de aquel mismo mes que había visto en *Vogue*; por lo que sabía, aquella prenda no llevaba más de unas semanas colgada en su vestidor... al igual que los zapatos, también de firma, que no costaban menos de cuatrocientos euros.

Cogió aire y levantó la barbilla rememorando los tiempos en los que podía permitirse viajar con Carla a Madrid y comprar en tiendas de alta costura. Los recuerdos la torturaban, aunque guardaba la esperanza de poder, algún día, volver a disfrutar del nivel económico al que sus padres la habían tenido acostumbrada y que Marcos, a pesar de sus esfuerzos, no pudo mantener. Habían sido unos tiempos tan felices y despreocupados que ahora se le antojaban un sueño.

La ondulada melena rubia de Carla cubría los hombros de la chaqueta roja bajo la cual lucía una blusa blanca, ceñida a su delgada y esbelta figura, marcando las curvas diseñadas con horas de gimnasio, sesiones de estética y cirugías varias. La falda, también blanca, le llegaba por debajo de las rodillas y mostraba unas largas piernas que mantenían un perfecto equilibrio sobre los finos tacones de sus zapatos. En cuanto Carla divisó a Mavi empujando el carrito, apagó en el suelo el cigarrillo prendido y extendió los brazos para recibirla.

—Hola, corazón. —Carla la abrazó con cariño. Se alegraba sinceramente de verla, aunque estaba cansada de las quejas de su amiga por la niña y por Marcos. La apartó sin dejar de sujetarla por los hombros y la estudió con la mirada—. Estás horrible.

—Gracias por tu sinceridad, querida amiga.

—Creo que hoy podemos quedarnos aquí fuera. No hace tanto calor — propuso Carla sentándose a una mesa.

—Me muero de asfixia —Mavi se dejó caer en una de las sillas de aluminio de la terraza—, pero sé que odias entrar ahí dentro.

—Odio salir oliendo a fritanga, no lo niego. —Sacó un pañuelo de papel del bolso y lo extendió sobre el asiento antes de colocar su trasero encima—. Oye, ¿qué son esas dos sombras oscuras bajo tus ojos? —Carla movió el dedo índice haciendo un círculo.

—Se llaman *ojeras* —contestó Mavi alzando las cejas.

Carla negó con la cabeza y asomó la nariz por debajo del caparazón que ocultaba al bebé.

—Parece un angelito.

—No te dejes engañar, es el mismísimo diablo.

—No digas eso de tu hija —le recriminó, dándole una palmada en la rodilla.

—Tienes razón. Lo siento, pero es que me odia. —Sacó un paquete de cigarrillos del bolso, sujetó uno entre los labios y lo encendió.

—No te odia. Es un bebé y los bebés lloran.

—Éste no llora, grita y berrea. Creo que quiere que pierda el juicio — murmuró con el pitillo pendiendo de los labios.

—No digas tonterías. Qué poco aguante tienes, hija. —Le quitó el cigarrillo de la boca y lo tiró al suelo—. ¿Es que estás loca? ¿Desde cuándo fumas? Y no lo hagas delante de la cría.

—Desde hace unos días, y no seas exagerada, no le llega el humo; además, tú también fumas.

—Yo no fumo. Sólo llevo un cigarrillo en la boca porque me gusta su sabor, nada más.

—Y no me digas que tengo poco aguante. Tú tuviste una niñera las

veinticuatro horas del día para tus tres hijos.

—La misma que me crio: Lucía, un encanto de mujer —dijo, intentando acomodarse en la silla—. Y tú también tendrías ciertos privilegios si no te empeñaras en seguir con ese perdedor.

—No hables así de Marcos, sabes que no me gusta que lo hagas.

—Vale. —Alzó una mano para llamar al camarero que servía en otras mesas y éste le hizo un gesto con la cabeza antes de volver a entrar en el local—. Qué mala educación tiene ese tipo —refunfuñó sacándose la chaqueta.

—Creía que nunca te la quitarías.

—Es preciosa, ¿verdad? Es una pena no poder lucirla con este calor. Ah, una cosa te digo, María Victoria —la señaló con el dedo, seria—: en cuanto llegue el frío, te trasladas a mi zona, porque no pienso congelarme en la terraza de este chiringuito cutre y... —Mavi fue a protestar, pero Carla acercó más el dedo a su cara y no le permitió decir una palabra—. No. No voy a entrar ahí para salir oliendo a calamares fritos.

Mavi puso los ojos en blanco y, cuando el camarero se acercó, pidió una Coca-Cola.

—Lo mismo para mí, pero en botellín —intervino Carla, sentada muy recta en la silla—. Y la quiero *light*. Gracias.

Él se retiró, inmune a la falsa sonrisa de Carla, a quien ya conocía de otras veces.

—Si no te relajas un poco, acabarás con dolor de espalda.

—No pienso dejar que mi blusa toque este respaldo. A saber quién se ha sentado aquí antes —murmuró, manteniendo las manos apoyadas en su bolso, que descansaba sobre su regazo.

—Tu vida debe de ser muy estresante.

—Sólo cuando vengo a tu barrio. Yo estoy muy feliz y tranquila en mi zona. —Se inclinó hacia delante y acarició la rodilla de Mavi—. Bueno, cuéntame, ¿cómo van las cosas con la peque?

—¿Cuánto hace desde la última vez que nos vimos?

—Una semana.

—Pues... peor. —Se agachó y recogió el cigarrillo del suelo.

—Poco a poco irá cambiando, ya lo verás, pero ¿qué haces? —preguntó cuando Mavi limpió con la servilleta de papel la boquilla del cigarrillo que todavía permanecía encendido.

—¿Sabes lo que cuesta un paquete? No puedo desperdiciarlo. —Se lo puso en los labios y dio una larga calada.

—Creo que voy a vomitar.

—Tiene cinco meses y casi no ha pasado ni una semana tranquila. —Sus manos temblaban mientras gesticulaba—. Mocos, sarpullidos en la piel, tos o gases la atacan de una manera agotadora a ella y a mí. No puedo más, te lo prometo.

—Lo sé —suspiró Carla alzando una mano a modo de juramento—, soy testigo de ello.

—Pero no me voy a rendir, aunque a veces me gustaría desaparecer. —Cogió aire y se irguió en la silla—. No puedo mostrar mi cansancio o mi desesperación, ni el agotamiento que siento. Marcos no puede ser testigo de mi decepción con la maternidad...

—Sobre todo después de lo que le hiciste. —Tras soltar eso, carraspeó con una mueca.

—No me lo recuerdes. Eso me tortura.

—Venga, Mavi, no exageres. Querías algo muy legítimo en una mujer e hiciste, dentro de las posibilidades que te dejó Marcos en aquellos momentos, lo que pudiste. Es decir, chantajearlo emocionalmente.

Mavi se tapó la cara con ambas manos.

—Me avergüenzo de ello y no sabes cuánto me arrepiento. Me comporté como una niña caprichosa y malcriada y éste —añadió, señalando el carrito de María— es el resultado. El karma actúa.

—No hiciste nada imperdonable.

—Sí que lo hice. —Su cuerpo se hundió en la silla—. La empresa de carpintería se estaba yendo a pique. No era el momento de empezar con el tratamiento de fecundación in vitro. Le hice invertir en eso un dinero que no teníamos. Reconozco que fui una egoísta, pero quería ser madre. Lo deseaba por encima de todo.

—Oye, tu padre te hubiese pagado el tratamiento encantado de la vida, pero Marcos no te lo permitió. Su orgullo no te lo permitió. ¿Qué otra cosa podías hacer? No te dejó más alternativas.

El camarero se acercó con los refrescos y sirvió en un vaso el de Mavi. Destapó el botellín con un abridor, lo dejó sobre la mesa y se marchó sin mirar a Carla.

—Qué maleducado. —Cogió el vaso y lo miró a contraluz—. Sí, lo que me temía. —Sacó un paquete de pañuelos desechables del bolso, extrajo uno y limpió su vaso con esmero.

—Eres una maniática y, después de lo que le soltaste al pobre chico la última vez, ¿qué quieres? —la riñó Mavi antes de dar un trago a su Coca-Cola.

—Sólo le pedí que no me sirviera en aquel vaso con manchas.

—Eran las típicas manchas que deja el lavavajillas.

—Ya veo que no tienes ni idea de la de gérmenes que debe de tener ese vaso y no te digo ya esa lata. No me extrañaría que cogieras un herpes o una infección por estafilococos. —Pasó otro pañuelo de papel por la boca del botellín—. ¡Maldita sea!— exclamó arrugando la frente.

—¿Qué ocurre? —Alarmada, Mavi miró el vaso—. ¿Te ha atacado un estafilococo de esos? —se burló.

—Me estoy haciendo pis.

—Pues ve al servicio, ¿cuál es el problema?

—¡El baño de este cuchitril es el problema! Se me revuelve el estómago sólo con pensar en lo que me puedo encontrar ahí dentro. Mira que he ido al servicio en la peluquería antes de salir y venir para acá, pero supongo que las pastillas para la retención de líquidos deben de estar haciendo su efecto. —Se levantó, se estiró la falda y se colocó el bolso bajo el brazo—. Ten paciencia. Forrar el asiento del inodoro con papel higiénico me llevará un rato. Ahora vuelvo. —Alzó la barbilla y entró en el local emanando seguridad en cada paso que daba.

Mavi la adoraba. Se conocían desde la guardería, sus madres ya eran amigas antes de que ellas nacieran. Carla siempre estaba dispuesta a escucharla; aunque no siguiera sus consejos, se desahogaba explicándole los problemas con su hija y con su marido, a quien durante meses machacó sin piedad por su empeño de ser

madre. Él no deseaba invertir el poco dinero que les quedaba en tener un hijo al que tampoco podría mantener, pero ella insistió, constantemente, día tras día. A pesar de verlo levantarse todas las noches y deambular nervioso por la casa por culpa de los problemas con su empresa, ella ignoró su sufrimiento y la desesperación que le causaba ver cómo el negocio que su padre había mantenido durante décadas se desmoronaba sin que él pudiera hacer nada por impedirlo. No quiso tener en cuenta los problemas económicos porque quería, deseaba, anhelaba ser madre y la única esperanza que el ginecólogo les había dado, después de diagnosticarle un problema de endometriosis avanzada, era la fecundación in vitro.

Quiso pedirle el dinero a su padre, pues estaba segura de que estaría encantado de ser abuelo, pero Marcos se negó rotundamente. En las pocas ocasiones en las que se encontraban, su marido era menospreciado por Beatriz y bastante hacía con soportar los continuos desplantes de su suegra como para, además, tener que agradecerle de por vida que fuera padre gracias a ella.

La única forma que tuvo para convencer a Marcos fue chantajeándolo emocionalmente. Lo culpó de no hacer nada por aliviar su desgracia e infelicidad. Insistió en que, para cuando la crisis hubiera pasado, sería demasiado mayor para tener hijos. Lo acusó de futuras infidelidades, pues aventuró que seguramente buscaría a otra mujer más joven y sin problemas para tener descendencia. Le vomitó barbaridades, hasta que al fin, hastiado, accedió e invirtió el poco dinero que tenían ahorrado en el tratamiento, resignándose a seguir dependiendo económicamente de sus suegros, algo que lo hacía sentirse miserable. Mavi se sintió inmensamente feliz al empezar el tratamiento, aunque era muy duro cada vez que no lograba quedarse en estado. El dinero se iba esfumando, la ilusión también, y a Marcos lo consumía la angustia.

Pero al fin logró quedarse encinta. La gestación pasó sin mayores molestias y nació María, una niña regordeta, sonrosada y con abundante cabello rojizo. Mavi se encontraba llena de felicidad e iniciaron una nueva vida que, equivocadamente, esperaba que fuera algo más dichosa.

Después de apurar la Coca-Cola, empezó a impacientarse por la tardanza de Carla y, justo cuando se levantaba decidida a ir a rescatarla de las fauces del

abominable inodoro, ésta apareció por la puerta con la misma seguridad en su porte con la que había entrado rato antes en el local.

—Ya pensaba que eras presa de alguna cucaracha.

—Tuve que pedir más papel higiénico. Un rollo no era suficiente como para hacer una barrera protectora entre mi piel y los gérmenes. —Se sirvió la bebida en el vaso y casi se acabó el refresco de un trago—. Dime, ¿cómo va con Marcos?

—Bien.

—Mentirosa.

—Los proveedores lo siguen acosando. Los deudores no pagan. Los extrabajadores no cobran y uno le ha atizado.

—¿En serio?

Mavi asintió.

—No encuentra un trabajo estable... sólo cosas esporádicas, como descargar camiones o hacer algunas mudanzas. Son favores que amigos suyos le hacen, con lo que gana algo de dinero... una miseria que no dura más de una semana. Está desquiciado.

—Yo sí que estaría desquiciada. Aún no entiendo cómo has podido dejarte arrastrar a ese minúsculo piso al que os habéis trasladado, aquí en esta zona de la periferia. ¡Con lo estupendo que era el dúplex con vuestro jardincito privado y la piscina! Lo que habría disfrutado María allí.

—Se lo quedó el banco, y el alquiler de este piso es asequible.

—Tu padre se hacía cargo de las letras del dúplex.

—Ya, pero Marcos no quería quedarse en una casa que no podía mantener por sus propios medios.

—Maldito orgullo.

—Es comprensible que no quiera abusar del dinero de mis padres. Dijo que, si ellos iban a seguir pagándonos el alquiler, al menos debíamos buscar una vivienda con menos lujos.

—Con *cero* lujos, querrás decir. —Carla negó con la cabeza—. Este hombre te arrastra hacia donde quiere y tú le haces caso como un perrito faldero...

—No soy un perrito faldero. Tomamos juntos las decisiones. Estamos

atravesando una mala racha, pero ya pasará.

—Blablablá. —Se echó hacia delante apoyándose en el bolso y la señaló con el dedo—. Mira, eso del amor y la fidelidad está muy bien en las películas. En la vida real hace falta algo más para vivir. Dinero, Mavi. Se necesita dinero, porque, cuando la pobreza entra por la puerta, el amor sale por la ventana.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Que te estás perdiendo unos años preciosos de tu vida junto a un hombre del que ya no estás enamorada. Tú misma me has dicho que Marcos ya no es la persona que conociste.

—De acuerdo, pero ¿no es eso comprensible? Las circunstancias también son otras. Los problemas lo tienen agobiado y preocupado...

—Blablablá... —la interrumpió de nuevo.

—Vale. —Levantó una mano para hacerla callar—. Entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer? ¿Abandonarlo? ¿Darle por fin la razón a mi madre y admitir que me equivoqué? Marcos es un buen hombre y, ahora que las cosas no le van bien, ¿pretendes que lo deje? No soy tan mala persona, Carla.

—Chica, qué testaruda eres. No se trata de ser buena o mala persona, se trata de pensar en ti y en María. Te has venido a vivir a este... lugar —alzó los brazos señalando a su alrededor—, y esperas en lo más profundo de tu corazón que las cosas cambien sin hacer nada. Entiendo que eras joven cuando conociste a Marcos y él, por aquel entonces, estaba como un queso. —Hizo un chasquido con la lengua—. Era simpático, divertido y estaba lleno de ilusión, pero ya no queda nada de eso, como tampoco queda nada de la Mavi enamorada.

—Eres odiosa, Carla. —Se puso en pie y se colgó el bolso al hombro—. Sólo necesito pasar un rato fuera de aquellas cuatro paredes... lejos de los gritos de la niña y de los problemas económicos, pero, cada vez que quedamos, te empeñas en restregarme por la cara mi desastrosa vida.

—¿Quieres hacer el favor de sentarte? No hagas una escenita con la que avergonzarme. —Tiró de la cinturilla de los tejanos de Mavi e hizo que ocupara su silla de nuevo—. Es lo que hacen las amigas, las buenas amigas. Y si lo hago es porque me preocupa lo que veo en tu mirada.

—Dime, ¿qué ves en mi mirada? —preguntó resignada.

—Tristeza, desilusión, cansancio. Tus bonitos ojos azules ya no tienen aquel brillo con el que volvías locos a los hombres.

—¿Será porque no quiero volver locos a los hombres? Ya tengo uno.

—Lo hacías sin querer, Mavi. Tus ojos y tu sonrisa te hubieran abierto las puertas de la casa de cualquier buena familia de Barcelona. Estabas destinada a convertirte en una princesa, pero te conformaste con el mozo de cuabras.

—La vida no es un cuento de hadas.

—Si hubieras elegido a Álvaro, lo habría sido.

—¡Venga ya!, no empieces otra vez con Álvaro.

—Lo tenías comiendo en la palma de tu mano. Tu madre te lo puso en bandeja. Ahora tu vida sería como la mía. —Se encogió de hombros e hizo una mueca con los labios—. Eres joven, todavía estás a tiempo. —Mavi apoyó los codos en la mesa y se tapó la cara con las manos—. Siempre ha habido dos mundos y te has venido al equivocado. María Victoria Torres, tú no perteneces a éste, por mucho que te empeñes en seguir al fracasado de tu marido...

—Si vuelves a hablar así de Marcos, me voy y no me ves más el pelo en tu vida, ¿vale? —La miró muy seria—. Te repito que él no tiene la culpa de lo que le ha ocurrido a su empresa. Es una víctima más de esta crisis, como muchísimos otros.

—Claro que tiene la culpa. —Sonrió, sarcástica—. Al igual que todos los que han perdido sus compañías. No supieron reinventarse cuando las cosas empezaron a ir mal. Se limitaron a aferrarse a sus barcos y acabaron hundiéndose con ellos. Mira mi marido, si no. Su empresa también se vio afectada por la crisis, pero ¿qué hizo él? Buscar salidas. Se pasó meses viajando por medio mundo, intentando conseguir nuevos destinos para su acero, y ahora Rusia y Dubái son sus principales clientes. No se aferró a su barco para hundirse con él, sino que le busco nuevas aguas donde navegar. Tú has crecido en el mismo mundo que yo. No perteneces a éste. Piensa en María y en su futuro.

—Ya lo hago. Marcos la adora y se moriría si la separara de ella.

—Ya. —Alzó las cejas y negó con la cabeza, agitando así su melena rubia.

—¿Qué?

—Que si hubieras dicho que sigues con Marcos porque lo quieres, habría

cerrado ahora mismo la boca. Ni una vez lo has mencionado. —Mavi le sostuvo la mirada unos segundos—. ¿Qué más tiene que pasar para que te des cuenta de que estás viviendo una vida equivocada?

—Es tarde. Tengo que marcharme. —Buscó su monedero en el bolso—. Marcos ya habrá llegado y me estará esperando para comer —mintió.

—Tranquila, yo pago.

—Pues gracias.

—No te enfades conmigo. Sabes que te digo todo esto porque te quiero —murmuró, apretando los dientes mientras le pellizcaba la barbilla.

—Yo también te quiero, a veces.

Capítulo 4

Aquella noche, como muchas otras desde que había nacido la niña, Marcos se levantó cuando ésta empezó a llorar. Salió al salón con ella y la acunó con delicadeza. Le cantó con paciencia. La acarició con dulzura, hasta que ambos se quedaron dormidos en el sofá.

Mavi se levantó y la ternura que aquella imagen le provocó le hizo regresar por unos segundos al pasado... Lo conoció una tarde de domingo en la que ella y unas amigas quisieron vivir la aventura de viajar en metro y dejar de trasladarse por un día en taxi o con el chófer de la familia. Aquella tarde había una manifestación en la plaza Catalunya y un numeroso grupo de personas entraron en el vagón gritando consignas con las que pedían la liberación de alguien. Golpeaban cacerolas y sonaban silbatos, ante las quejas y protestas de algunos viajeros. En medio de aquel caos, asustada, permaneció sujeta a una barra de acero en mitad del vagón, sin percatarse de que aquel chico, de pie junto a ella, acababa de quedar hipnotizado al verla. El color rojizo y brillante de aquella melena lacia hasta media espalda y los ojos grandes y azules lo habían cautivado. Entonces ella le sonrió y él se quedó sin respiración. Cuando el grupo se bajó del vagón y el tren siguió su recorrido, el número de teléfono de Marcos ya viajaba escrito en bolígrafo en la mano de Mavi. Él tenía diecisiete años y ella, quince.

No dejaron de estar juntos un solo día y, cuando decidieron casarse, de nada sirvió que sus respectivas familias se opusieran al descubrir quiénes eran cada uno y las procedencias tan distintas que tenían. Estaban locamente enamorados y, cuando Mavi cumplió veintitrés años, contrajeron matrimonio. Beatriz se negó desde el primer día a aceptar a Marcos. Un carpintero no estaba a la altura de su

hija, sobre todo porque ella tenía mejores planes para su niña. Esperaba que se casara con Álvaro Mendoza, el guapo y apuesto hijo de unos íntimos amigos, con un futuro prometedor como arquitecto, al igual que su padre, quien poseía una dilatada carrera profesional reconocida mundialmente. Pero, para Mavi, Marcos era guapo, divertido y la trataba como si ella fuera la chica más especial del planeta, y eso era lo único que le importaba.

Volvió a su habitación e intentó dormir.

No tenía ningún vestido lo suficientemente elegante para la fiesta. Sus modelos de alta costura los fue malvendiendo en tiendas de segunda mano y ya no le quedaba nada digno de lucir en el cumpleaños de su cuñada. De mala gana, su madre accedió a dejarle uno de los suyos, no sin antes protestar enérgicamente por ello. Se vistió con un modelo de Carolina Herrera en color blanco con tirantes de pedrería, unas sandalias de tacón doradas y algunas joyas. Sentada en el banco acolchado de tocador situado en el centro del vestidor, se maravilló de la cantidad de modelos de alta costura que poseía Beatriz. Por primera vez, fue consciente de la fortuna que había allí dentro... y no sólo en ropa, sino también en zapatos y bolsos. Se puso en pie y deslizó una mano, acariciando la textura de aquellos delicados tejidos: sedas, bordados en fantasía, satén o raso, la mayoría de ellos en tonos claros, con algún rojo o verde, siempre clásicos y elegantes.

Se situó en el centro del vestidor y recordó la seguridad y la despreocupación que sentía cuando vivía en casa. El dinero, entonces, no era ningún problema. Conseguía lo que necesitaba o deseaba con sólo pedirlo. Sin embargo, en la actualidad todo era tan distinto... tan difícil y estresante, que deseó acurrucarse en el centro de aquella estancia y quedarse allí para siempre.

Como de costumbre llegaba tarde a la fiesta. Lo prefería así. No soportaba tener a su madre pendiente de ella, vigilando que sólo cogiera de su ropero el vestido que había dejado seleccionado y que colgaba en la entrada del vestidor. Le fue difícil elegir, de las joyas que su progenitora le prestaba, entre dos

conjuntos de pendientes y gargantilla en oro con amatista y perlas, ambos demasiado clásicos y aburridos. Pero así era su madre. Aunque era eso o nada, porque no iba a dejarla hurgar en su carísimo joyero, que permanecía bien seguro en la caja fuerte.

Se dejó el pelo suelto y recogió un mechón tras la oreja con un clip de cristal de Swarovski en color verde. Lista.

Un taxi la esperaba en la puerta. Mavi se había negado a que Sebastián, el chófer de la familia, hiciera horas extra sólo para ir a buscarla. A su padre la idea de ir en metro no le convenció en absoluto, así que pagó al taxista la carrera por adelantado.

Llegó al hotel Palace con media hora de retraso. Se sentía nerviosa e intranquila y le molestaba no saber qué era lo que le causaba aquel desasosiego. Años atrás, disfrutaba asistiendo a esa clase de fiestas, vistiendo modelos exclusivos y luciendo carísimas joyas. Accedió al salón, donde los invitados conversaban animadamente. La decoración estaba inspirada en los antiguos palacios franceses, con cortinas en ostentosas telas de raso que caían drapadas hasta el suelo, apliques dorados en las molduras del techo y una gigantesca alfombra en tonos azules y ocre cubriendo el suelo.

Buscó a su cuñada, Carmen, y no tardó mucho en localizarla entre la multitud. Los invitados eran, la gran mayoría de ellos, conocidos de otros años que nunca faltaban a la cita, aunque también descubrió caras nuevas y se imaginó que se trataba de personas del mismo estatus social que el resto: abogados, arquitectos, médicos, empresarios, políticos y algún que otro banquero.

Carmen estaba rodeada por tres hombres de mediana edad, vestidos con elegantes esmóquines, que la miraban embobados mientras ella sonreía y gesticulaba feliz. Enfundada en un elegante vestido rojo con los hombros al descubierto, por los que caía su ondulada melena rubia, tenía un aire a Grace Kelly, con lo que atraía todas las miradas. Pero su actitud positiva, su rostro siempre sonriente y sus palabras amables en cualquier situación hicieron pensar a Mavi que aquella cualidad no podía ser natural. Por eso no acababa de fiarse de

su ella. En el fondo de su corazón, algo le decía que escondía un secreto, porque era imposible que fuera tan perfecta.

—Perdonen. —Mavi interrumpió al grupo tocando el hombro de la esposa de su hermano, quien se giró mostrando una alegre sorpresa.

Los tres hombres se disculparon y se marcharon.

—Estás guapísima. —Carmen la cogió de las manos y alzó los brazos de su cuñada para contemplarla.

—No. Tú estás preciosa —respondió Mavi—. Cuánta gente, ¿no?

—Sí, ¿verdad? —Sus labios, carnosos y rojos por el carmín, se estiraron mostrando una perfecta dentadura blanca. Hizo un gesto con los hombros, encogiéndolos, como si no creyera que todas aquellas personas estuvieran allí por ella—. Estoy sumamente feliz. Por cierto, ¿dónde está Marcos?

—En casa con María. Está un poco resfriada.

—Entonces, ahora mismo daré orden en la cocina para que guarden un gran trozo de tarta para él. —Inclinó la cabeza con una mueca, sin hacer más comentarios a pesar de que sabía perfectamente la razón por la que Marcos no la acompañaba, como había sucedido durante los últimos cinco años.

—Ya era hora —interrumpió Beatriz apareciendo por detrás, ataviada con un elegante vestido largo en color nude, con pedrería bordada en el pecho, una torera de encaje y un pequeño bolso de mano del mismo color—. Te queda genial el Carolina. Es una suerte que hayas heredado mi figura —comentó, dando luego un sorbo a su copa de cava—. ¿De dónde has sacado ese pasador? No recuerdo habértelo dejado con el resto de cosas.

—Estaba en el cajón del tocador, mamá —contestó Mavi de pasada.

—Y, ¿qué buscabas en los cajones?

—Os dejo. He de atender a los invitados —se disculpó Carmen.

—Estás preciosa, cielo. —Beatriz le acarició el brazo justo cuando se alejaba, en un gesto tan cariñoso que Mavi sintió una punzada de envidia—. Más que preciosa, divina.

—Gracias, Beatriz —respondió Carmen con dulzura.

Ésta la observó alejarse con orgullo y Mavi carraspeó, molesta.

—Esa niña es un bombón —dijo Cayetana, que apareció acompañada por su

hija Carla.

—Tarde o temprano descubriré su secreto —le susurró Carla a Mavi.

Mavi hizo una caída de ojos y sonrió.

—Estoy sumamente feliz por la suerte que ha tenido mi querido hijo Enrique con esa maravillosa mujer —comentó Beatriz.

—Ni que lo digas, querida. Son una pareja envidiable —añadió Cayetana, acariciándole el hombro.

—Cayetana, estás fantástica con este traje. —Beatriz la contempló con admiración y cierta envidia—. El fucsia te sienta de fábula.

—Gracias, cielo. Tendréis que disculpadnos. Nos vemos más tarde.

Beatriz las vio perderse entre los invitados, orgullosa de tener a Cayetana entre sus mejores amistades. Ella la aleccionó cuando era una recién llegada al mundo de la alta sociedad y de su mano pronto aprendió a manejarse con soltura en su nuevo ambiente. Enseguida se sintió como pez en el agua en aquel entorno y se esforzó por instruirse en campos como la pintura, la escultura, la política o la economía. Quería estar a la altura del círculo de las nuevas amistades en el que, con mucho agrado, entró a formar parte al casarse con Francisco Torres, hijo y nieto de reconocidos oftalmólogos de Barcelona. Cuando nació Mavi, puso especial cuidado en educarla en el mejor colegio y en rodearla siempre de los más prometedores jóvenes adinerados. Deseaba para ella un futuro brillante, acomodado y con una buena posición social y, a medida que Mavi fue creciendo, tuvo claro que no le sería difícil atraer al hombre que deseara, pues se estaba convirtiendo en una atractiva joven pelirroja de grandes ojos azules, figura menuda y sonrisa sensual. Sin embargo, la rebeldía de su hija echó al traste todos sus planes de futuro para ella y la decepcionó enormemente al enamorarse de un simple carpintero. Nada pudo hacer ante los enloquecidos deseos de una adolescente. Únicamente consiguió que terminara la carrera de periodismo. Desde entonces, la tensión entre ellas había ido creciendo día a día, distanciándolas, y aprovechaba cualquier ocasión para reprocharle sus fracasos... como cuando la empresa de carpintería se estaba hundiendo por la crisis y el banco amenazó con quedarse con el dúplex. Francisco se ofreció a hacerse cargo de la hipoteca, pero su yerno se negó y decidieron trasladarse a un modesto piso

en el barrio de la Barceloneta. Lógicamente, tampoco vio con buenos ojos que quisiera tener un hijo con aquel fracasado, pero, una vez más, su hija no le hizo caso.

—Esa niña es un bombón —afirmó sujetando la copa con la punta de sus dedos—. Estoy sumamente feliz por la suerte que ha tenido tu hermano.

—Sí, mamá. Ya lo has dicho. —Suspiró, cogiendo al vuelo una copa de la bandeja que un camarero paseó delante de ellas—. ¿Dónde está la abuela?

—¿Andrea? No ha querido venir. Estaba algo indispuesta. Ésa ha sido la excusa de este año.

—No entiendo por qué la llamas Andrea y no mamá.

—Hay muchas cosas que no entiendes —murmuró Beatriz, sonriendo a los invitados.

Mavi negó con la cabeza. Sabía que a su abuela no le gustaban nada aquellas fiestas de aparentar. Ella era una mujer sencilla y auténtica, nada que ver con su madre. A veces no podía creer que fueran madre e hija.

—Mira —dijo Beatriz señalando con un gesto de cabeza—, ahí está.

—¿Quién? —Mavi observó a un grupo de personas sin saber exactamente a quién se refería.

—Álvaro Mendoza.

Entonces lo vio... a aquel hombre de cabello y tez morena, figura portentosa y atlética que reía abiertamente sosteniendo una copa en una mano. Gesticulaba abiertamente, entreteniendo a un grupito de chicas jóvenes que lo observaban con admiración y deseo, riendo todos sus comentarios. Años atrás fue el pretendiente elegido por su madre para ella. Todos creían que serían pareja, que se casarían y formarían una envidiable familia, pero, a pesar de la insistencia de Álvaro, ella nunca le hizo caso. Habían pasado los años y le daba la sensación de que todo aquello había sucedido en otra vida.

—Oh, cariño. Sigue siendo perfecto, ¿no crees? —suspiró Beatriz, apurando su copa—. Y, ¿sabes lo mejor de todo?

—¿Qué, mamá?

—Que se acaba de divorciar.

—Sí, algo he oído. Es una pena.

Beatriz la miró alzando las cejas.

—Un soltero como él en el mercado no es una pena, es una suerte. Una gran oportunidad.

—Supongo que también se puede ver así.

—Vuelve a estar soltero, Mavi, y, si hubieras seguido mis consejos, ahora estarías felizmente casada con ese hombre. Vivirías en una casa fabulosa, viajarías por medio mundo y tendrías un ropero tan fantástico como el mío...

—Ya estoy casada, mamá —la interrumpió sin dejar de observar a los invitados.

—Sí, por desgracia... pero eso tiene fácil solución. Una palabra tuya y mis abogados se ocuparán de todo. Tú no tendrás que mover un dedo, más que para firmar el divorcio —le informó con entusiasmo, acicalándose su melena castaña y rizada, que hacía años había dejado de ser pelirroja gracias al tinte.

Mavi la miró con el rostro serio.

—Soy feliz en mi matrimonio, mamá.

—Sí, claro. Tanto como yo lo sería comprando en tiendas de segunda mano —Cambió la copa vacía por otra llena que cogió de la bandeja que un camarero le ofreció—. No sé por qué sigues empeñada en continuar casada con un carpintero fracasado, pudiendo ser la mujer de un importante arquitecto como Álvaro Mendoza.

—Te recuerdo que tú eres la hija de un taxista.

Beatriz miró a su hija como si hubiera dicho algo ofensivo.

—Soy la mujer de un importante y reconocido oftalmólogo, querida. El otro dato puede omitirse.

—Si el abuelo te oyera, se volvería a morir de pena.

—No dramáticas. Nací en la familia que me tocó, pero evolucioné y me hice a mí misma. No creo que tenga que avergonzarme de ello. Todo lo contrario. Mi padre estaría orgulloso de ver hasta dónde ha llegado su hija. Él era un hombre que tenía aspiraciones, no como tú —pronunció con dureza.

—Ojalá te parecieras en algo a la abuela.

—¿A esa anciana egoísta enganchada a una planta cuyo nombre no voy a mencionar? No, gracias.

—¿Egoísta?— repitió Mavi, dolida—. La abuela es una persona maravillosa, y no exageres con lo de la plantita.

—Esa plantita, como tú la llamas, es una droga y, además, hay cosas de Andrea que no te contaré para que sigas pensando que es tan maravillosa.

—¿Qué cosas?

—¿Qué tal, Beatriz? —las interrumpió Álvaro.

—Hola, Álvaro —contestó la susodicha, coqueta—. Un placer volver a verte.

Tomó su mano y besó el dorso, sonriendo seguro de sí mismo. Era un hombre consciente de su belleza, la cual mostraba orgulloso. La miró con una sonrisa amplia y sincera, sabedor de que ésa era una de sus mejores armas de seducción. Vestía un elegante esmoquin azul cobalto, confeccionado a medida, con una pajarita roja que lo diferenciaba del resto.

—Mavi —pronunció en un tono envolvente; sus ojos negros chispearon, acentuados por el moreno de su piel—, ¡cuánto tiempo sin verte! —Le besó también el dorso de la mano con mucha delicadeza y, cuando ella notó el contacto de los labios cálidos, se ruborizó—. Estás preciosa, mucho más de lo que recordaba.

—¿Qué tal, Álvaro? —Apenas le salió un hilo de voz. Avergonzada por la inesperada reacción, carraspeó para aclarársela—. ¿Qué tal?

Beatriz la miró sonriendo.

—Sobreviviendo —contestó él guiñando un ojo—. Ana y yo nos hemos separado, así que he vuelto a la soltería y hoy es una de las primeras ocasiones en las que acudo sólo a una fiesta. La verdad —se inclinó, acercándose más a ellas—, me encuentro algo desubicado.

—Deja que yo me ocupe de eso. —Beatriz asintió con la cabeza en un claro gesto de autoridad.

Mavi bebió un sorbo de su copa de cava, evitando así tener que hacer ningún comentario.

—Me enteré de que tuviste una niña —comentó Álvaro clavando sus ojos en Mavi—. Felicidades, seguro que es tan bonita como tú.

—Se llama María, tiene cinco meses y, sí, se parece algo a mí.

—Supongo que no te acompaña.

—No, no. Está en casa con Marcos, mi marido —puntualizó observando por el rabillo del ojo cómo su madre ponía los ojos en blanco.

—Claro, Marcos. Un hombre afortunado —soltó con cierto resquemor, atravesando a Mavi con la mirada. Ella se preguntó si lo había hecho conscientemente.

Se hizo el silencio, un silencio en el que la única que parecía estar incómoda era ella.

—Pues ya que tú, Álvaro, has venido solo a la fiesta y Mavi también, ¿por qué no os convertís en pareja por esta noche? —propuso Beatriz con una mirada picarona.

Se deslizó con sutileza del centro y, con un ligero golpe de cadera, acercó a su hija hacia Álvaro. Cuando Mavi iba a protestar, Francisco apareció por detrás de Beatriz.

—Princesa, aún no te había visto. —Le dio a su hija un cariñoso beso en la mejilla—. Estás guapísima con este vestido blanco.

—Gracias, papá.

Beatriz hizo una mueca de fastidio, molesta por la interrupción, y dio otro trago a su copa.

—Álvaro Mendoza —pronunció Francisco con admiración, estrechándole la mano—, el mejor arquitecto de Europa.

—No me tenga en tan alto pedestal, señor Torres. Ésa es una posición difícil de mantener hoy en día.

—Tonterías. He tenido la oportunidad de ver el proyecto del museo científico de Ámsterdam y es una auténtica maravilla. Estoy deseando que se construya para ir a visitarlo.

—Le confieso que ha sido un quebradero de cabeza. Tantas exigencias por parte de las autoridades han estado a punto de acabar con mi paciencia. —Se metió las manos en los bolsillos del pantalón, encogiéndose de hombros en un gesto de falsa modestia.

—¿Habéis visto a Carmen? —Enrique interrumpió la conversación, aflojándose el nudo de la pajarita, visiblemente nervioso.

—La he visto entrar en la cocina hace un momento —lo informó su padre.

—Hola, Enrique. —Álvaro lo saludó con un discreto gesto de cabeza.

—Ah, hola —respondió Enrique, secamente.

Mavi pudo comprobar que la tensión entre ellos seguía siendo la misma que desde hacía años. La enemistad entre Enrique y Álvaro se remontaba a la adolescencia, cuando ambos eran los solteros más atractivos y codiciados del momento, convirtiéndolos en eternos rivales. Siempre solían fijarse en las mismas chicas y conquistarlas el primero se convirtió casi en un deporte. No importaba si la relación no pasaba del mes, ni tampoco que la chica quedara destrozada; para ellos era un juego, una forma de demostrar quién era el mejor.

Enrique se marchó y Francisco se disculpó antes de desaparecer entre los invitados.

—Vamos a tomar un poco el aire —propuso Beatriz antes de que Mavi alzara el vuelo. Lo había visto en sus ojos y no quería dejar escapar la oportunidad de que su hija intimara nuevamente con Álvaro. Tal vez, con un poco de suerte, acabaría consiguiendo su objetivo unos cuantos años después. Los cogió del brazo y los condujo a la terraza.

—Oh, vaya —refunfuñó Beatriz nada más sentir el aire fresco en su cara—. Mi copa está vacía...

—Yo me encargo. —Álvaro intentó coger la copa de Beatriz, pero ésta fue más hábil y esquivó su mano.

—Ni hablar, querido. Vosotros os quedáis aquí, que yo vuelvo enseguida —susurró con un estudiado ronroneo. Le guiñó un ojo a su hija y se dirigió al salón.

Mavi dio un sorbo a su copa, sintiendo como si fuera una energía sutil la insultante seguridad que emanaba de Álvaro, lo que le provocaba cierta incomodidad. Apenas habían intercambiado algunas palabras en los últimos años y siempre con gente alrededor y, de pronto, no sabía muy bien de qué hablar.

—Me gusta la pajarita roja —comentó rompiendo el silencio entre ambos.

—Gracias. Quería poner una nota de color. —Dibujó una mueca en sus labios carnosos sin apartar la mirada de ella. Sabía que la estaba poniendo nerviosa y eso lo divertía—. Veo que tu madre sigue empeñada en que nos liemos —añadió con media sonrisa en su tez morena.

—Vaya, qué vergüenza. Te has dado cuenta.

—Creo que hay poca gente en la fiesta que no se haya percatado de eso.

—Lo siento.

—Tranquila. La conozco desde hace muchos años, pocas cosas de ella me sorprenden, pero debería respetar que tú estés casada.

—Nunca le ha gustado Marcos.

—Sí, lo sé.

—¿Cómo que lo sabes?

—Eso también es de dominio público.

—Genial.

De repente, la corpulenta espalda de un hombre chocó contra el pecho de Mavi y el contenido de su copa se derramó sobre su pecho, empapando la tela del vestido.

—¡Oh, Dios! —exclamó al sentir la humedad sobre su piel.

El hombre se giró; una frondosa barba y unos intensos ojos verdes quedaron a medio metro de la cara de Mavi.

—Vaya, cuánto lo siento. Perdona —se disculpó, ajustándose al hombro la correa de la cámara fotográfica que sujetaba en una mano. Vestía un traje chaqueta negro y una camisa blanca sin pajarita, como sí exigía la etiqueta de la fiesta.

—Debería mirar por dónde anda, caballero —le recriminó Álvaro, ofreciéndole un pañuelo a Mavi—. Ha manchado usted el vestido de la señora y ahora deberá pagarle la tintorería.

El fotógrafo alzó una ceja.

—Ha sido un accidente. Lamento mucho haberle manchado el vestido, señora —se volvió a disculpar, mirándola a los ojos con una mueca en los labios que Mavi apenas pudo vislumbrar tras la barba.

—Me acabas de arruinar la noche —lo sermoneó mientras intentaba secar la mancha con el pañuelo—. No sabes el problema que estás a punto de causarme, cuando mi madre vea lo que le ha sucedido a su Carolina Herrera.

—Sólo es un vestido —dijo disparando su cámara hacia los invitados—. Seguro que se soluciona con un buen quitamanchas.

—¿Un quitamanchas? No tienes ni idea, ¿verdad? —El fotógrafo se volvió para mirarla, sorprendido ante el tono autoritario de esa chica que, a primera vista, le había parecido frágil y delicada—. Si mi madre se entera, te aseguro que me encargaré personalmente de que caiga sobre ti toda su ira.

—Creo que sigues exagerando. Pero si tan grave es el problema que te voy a causar por haberte manchado esa prenda, me ofrezco a compensarte sometiéndome a cualquiera de los castigos que me impongas. —Hizo una reverencia de forma cortés, intentando restarle importancia al asunto.

—Lárguese —le inquirió Álvaro, acercándose de manera desafiante—. No voy a permitirle que, además, se burle de la señora.

—Ni se te ocurra tocarme o haré que te tragues esa ridícula pajarita —lo amenazó el fotógrafo sin dar un paso atrás.

—Eres un maleducado y un sinvergüenza. —Mavi le clavó el dedo índice varias veces en el hombro—. Voy a hablar con mi cuñada para que no vuelva a contratarte.

—Y ahora es cuando me echo a temblar ante la terrible amenaza —replicó apretando los labios en un gesto de terror—. Siento haber tropezado contigo. No te preocupes. No volverá a ocurrir. —Volvió a hacer una reverencia con la mano y, sin darles la espalda, desapareció entre la multitud.

—Voy a hablar con mi cuñada para que tenga un poco más de cuidado con la clase de gentuza que contrata para sus fiestas.

—Bueno, ya se sabe, es difícil encontrar profesionales competentes y está claro que ese tipo no es uno de ellos.

—Mi madre me va a matar. —Le devolvió el pañuelo húmedo.

—¿No exageras un poco? Sólo es un vestido.

Ella lo observó con una caída de ojos.

—Eso díselo a ella. Como vea esto, a mí me deshereda, si no lo ha hecho ya, y a ti te veta la entrada a su círculo social, el resto de tu vida.

—Eh, que yo no he sido —se defendió alzando las manos.

—Pero estabas aquí y te dirá que no hiciste nada para evitarlo.

Un camarero asomó la nariz por encima del hombro de Álvaro y le pidió a Mavi que lo acompañase.

—Seguro que encontramos algo en la cocina para la mancha —añadió, sosteniendo con una mano una bandeja llena de copas vacías.

—Ahora vuelvo. —Mavi le entregó su copa a Álvaro y salió disparada, intentando no perder al veloz chico, que atravesó la sala abriéndose paso entre los invitados hasta que otro camarero lo interceptó y le cambió la bandeja de copas vacías por otra de llenas.

—Lo siento, señora. No puedo acompañarla. Pase por aquella puerta. —Le señaló a su derecha—. Siga el pasillo. Va directo a las cocinas; una vez allí, pregunte por Philip. Él le dará algo para eliminar la mancha.

Mavi siguió las instrucciones y llegó hasta una puerta donde una plaquita informaba de que sólo podía pasar el personal autorizado. La atravesó cerrándola tras de sí y avanzó por el corredor. Enseguida le llegó el olor a comida. Al fondo, tras una puerta cuya parte superior era de cristal, pudo ver a personas vestidas con batas blancas. Se movían deprisa de un lado a otro, mezclándose con el ruido de las ollas que chocaban contra los fogones de hierro, el crepitar de comida cociéndose y las voces de los jefes de cocina dando instrucciones. Entonces, distinguió otras voces que le resultaron familiares. Retrocedió hasta situarse a la altura de una puerta que permanecía entreabierta y miró por la rendija. Carmen y su hermano discutían visiblemente alterados.

—¡Te dije que no invitaras a Álvaro! —gritó Enrique con el rostro contraído por la ira. Con los ojos extremadamente abiertos, apuntaba con el dedo índice a su mujer—. ¡Te lo dejé bien claro!

—Y yo te he dicho mil veces que no me digas lo que tengo que hacer. —Su cuñada se mantenía altiva, con los brazos cruzados y el mentón levantado; con aquel vestido rojo, parecía una diosa de la mitología griega.

—Me pones en un compromiso, Carmen, ¡y lo haces a propósito!

—¿Y tú a mí no?

—No juegues conmigo, te lo advierto. —Enrique la sujetó del brazo.

—¿Quién juega con quién?

—No somos la pareja perfecta, eso está claro, pero, cuando deje de interesarte este matrimonio, dímelo —le dijo zarandeándola.

—Suéltame. Me estás haciendo daño. —Él la liberó de mala manera.

El estruendo de una olla de cocina que cayó al suelo los sobresaltó y ambos se miraron en silencio, desafiantes.

—Hoy es mi día y no voy a permitir que me lo estropees —lo advirtió ella, dirigiéndose hacia la puerta.

Mavi giró sobre sus tacones y entró en otra habitación antes de que su cuñada pudiera verla. Oyó los pasos de Carmen alejándose por el pasillo y cómo su hermano cerraba la puerta de un golpe. Se quedó allí unos minutos, sobresaltada por la escena que acababa de presenciar. No era capaz de deducir por qué discutían. Hasta ese momento había pensado que realmente eran la pareja perfecta... con su casa perfecta, su bufete de abogados perfecto, sus amistades perfectas y su perfecto perro.

Decidió que lo mejor era regresar a casa. No se sentía a gusto en aquel lugar. Entró de nuevo en el gran salón, rezando por no tropezar con su madre, y se escabulló sigilosamente entre los invitados. Entonces la vio a unos metros de distancia, justo en su trayectoria. Si continuaba avanzando, sin duda se toparía con ella. Se detuvo buscando una salida. Beatriz se dio media vuelta agitando la melena, riendo la gracia de otro invitado. Mavi giró a su derecha y atravesó la puerta que daba acceso a las escaleras. Cuando la puerta se cerró tras de sí, respiró aliviada soltando un suspiro.

—Voy a empezar a creer que me sigues, pelirroja. —La voz grave del fotógrafo la sorprendió—. Deberías volver dentro. En este sitio no hay nada de *glamour* para alguien como tú, princesa —comentó manipulando la cámara de fotos.

—¿Tú otra vez? ¿Qué haces aquí?

—Ajustando una lente.

—Bueno, en realidad, no me interesa —comentó con una caída de ojos que denotaba desprecio.

—La mancha casi no se nota —dijo observándola con detenimiento.

Sin ningún disimulo, clavó su mirada en el escote de ella, con una mueca en los labios que revelaba el agrado que sentía al verla. Mavi, incómoda por el descaró con el que la analizaba, se llevó una mano al pecho.

—Me escondo de mi madre por tu culpa.

—¿En serio? ¿Quién es ella? ¿Alguna especie de ente diabólico?

—Oye, ¡no hables así de mi madre!

—¿Dónde está tu guardaespaldas?

—¿Quién?

—El tipo de la ridícula pajarita.

—Álvaro es un caballero muy elegante, educado y exitoso.

—Sí, claro... —Se puso en pie y se acercó a ella, invadiendo deliberadamente su espacio personal.

El cuerpo menudo de Mavi quedó sometido a la imponente figura del fotógrafo. Éste extrajo un paquete de chicles del bolsillo de la americana y le ofreció uno.

Lo miró con desdén y lo empujó con una mano.

—Sepárate un poco, haz el favor.

Apoyó una mano en la pared, rozándole el cabello, y echó el cuerpo hacia delante, dejando apenas unos centímetros entre sus bocas.

—Eres preciosa —murmuró—, en la misma medida que malcriada y consentida, aunque eso te hace todavía más apetecible.

Mavi se escabulló por debajo del brazo y se sentó en uno de los escalones.

—No me hables como si fuera un pastel al que hincarle el diente. —El tipo soltó una carcajada—. Eres un maleducado y... ¿se puede saber de qué te ríes?

—De esa expresión. Hincar el diente. No va nada contigo, princesa.

—No me llames *princesa* y... ¿por qué me tuteas? No nos conocemos de nada.

—Tú también me tuteas. —Se acercó a ella y le tendió la mano—. Me llamo Ángel.

—Deberías volver a la fiesta y hacer tu trabajo. —Mavi se cruzó de brazos e, inconscientemente, apretó los senos, haciendo que estos sobresalieran un poco del escote. Ángel se quedó embobado mirándola y ella enseguida enderezó la espalda.

—Detrás de ti —comentó acercándose a la puerta. La abrió un poco e hizo un gesto con la mano, invitándola a salir primero.

—Yo... voy a quedarme aquí un rato.

—Entonces, yo también —anunció, cerrando nuevamente la puerta.

—No necesito compañía. Puedes marcharte. —Hizo un ademán con la mano como el que despide a un criado.

—Tú debes de ser de esas personas que no se mezclan con gente que no sea de su círculo social, ¿verdad?

—¿Cómo dices?

—Ya me entiendes. —Ángel se apoyó en la puerta con las manos en los bolsillos del pantalón, con la cámara colgada al hombro, masticando chicle—. Menosprecias a las personas que no tienen tu nivel económico, que no tienen tu posición social.

—No tienes ni idea de quién soy yo, señor fotógrafo.

—Ángel. Me llamo Ángel.

—Me da igual cómo te llames. No me interesa tu opinión y, por supuesto, no quiero seguir hablando contigo.

—Creo que, por muy terrible que haya sido el haberte manchado el vestido, eso no justifica que seas tan borde y tan maleducada conmigo.

Mavi alzó las cejas y apretó los labios, buscando mentalmente una frase hiriente, mientras él la miraba sin pestañear, perdido en aquellos grandes ojos azules que lo observaban desconcertados. Ella se puso en pie. Tragó saliva y enseguida recuperó su porte soberbio. Abrió la puerta, obligándolo a moverse, y salió al salón.

Ángel sujetó la puerta antes de que ella pudiera cerrarla al abandonar la estancia. La observó deslizarse por el salón enfundada en aquel elegante vestido blanco, que marcaba las curvas de una figura menuda y contorneada. Le hacían gracia todas aquellas mujeres que pensaban que eran más que él porque tenían poder adquisitivo, esas que se pavoneaban luciendo joyas e indumentarias que le sería imposible pagar ni con el sueldo de todo un año. Pero la mayoría de ellas no tenían la suficiente confianza, ni amor propio, como para enfrentarse a la vida desprotegidas de sus fortunas... como aquella preciosa pelirroja que había sido incapaz de mantenerse serena ante su presencia. Para él no era más que un juego, un intento de seducir, de conquistar y conseguir a la chica. La mayoría de las veces ganaba y, aunque no fuera siempre así, el reto era suficiente como para

motivarlo. En ese momento acababa de decidir que, si volvía a verla durante la noche, desplegaría todas sus armas para llevársela a la cama.

Mavi atravesó la gran estancia en busca de la salida. No quiso detenerse a observar si veía a su madre. Al fin alcanzó el vestíbulo, pero, cuando estaba a punto de cruzar la puerta de salida, alguien la detuvo cogiéndola del brazo.

—¿Adónde vas? —Su hermano Enrique la miró con recelo y ella se sobresaltó al verlo.

—A tomar un poco el aire.

—Me ha parecido verte en las cocinas, ¿estabas allí?

—Mmm... sí. Necesitaba algo para limpiar el vestido —dijo con una sonrisa boba mientras señalaba la mancha.

—Entonces, ¿nos has visto a mí y a Carmen?

—No, ¿por qué? ¿Es que quieres contarme algo?

—No. Nada. —Carraspeó, se metió las manos en los bolsillos del pantalón y miró al suelo.

—En ese caso, me voy...

—Espera. Te he encontrado un trabajo —le anunció cambiando la expresión sombría por una sonrisa de orgullo—. Bueno, es una entrevista laboral. Que consigas el puesto o no dependerá de ti, aunque vuelvo a repetirte que me parece una tontería, sabes que papá...

—Sí, sí, sí —lo interrumpió agitando las manos en el aire, impaciente—. Ya sé lo que todos pensáis. Háblame de ese trabajo.

—Tengo un cliente, se llama Rogelio. Dirige una pequeña revista y una de sus reporteras ha tenido un accidente y estará varios meses de baja.

—¡Una revista!, genial. Y, ¿cuál es la temática de la publicación?

—Viajes, aventuras, curiosidades... Es una de esas revistas que te dan una visión distinta de las cosas.

—Una revista friki.

—Una revista atrevida, Zanahoria —le dio un toque con el dedo índice en la nariz—, al igual que sus reporteros.

—¿Atrevidos? —inquirió Mavi, con la mosca detrás de la oreja—. ¿Qué clase de accidente tuvo la reportera?

—Cayó por un barranco.

—¿Cómo?

—En fin, mi cliente necesita una periodista y le he hablado de ti. —Sacó su móvil del bolsillo interior de la americana y tecleó—. Te acabo de enviar el contacto. Llámalo.

—¿Quieres deshacerte de tu hermana menor? —Le alborotó el pelo y él le apartó el brazo de un manotazo.

—¡Estate quieta! —refunfuñó peinándose el cabello con una mano mientras se miraba en un gran espejo situado sobre una mesa de estilo francés, a la entrada del salón.

—¿Y si me envía a escalar una pirámide? —se burló.

—Chicos —los interrumpió Francisco—, ¿habéis visto a vuestra madre?

—No —contestó Enrique.

—Ni yo, y espero no encontrármela —confesó Mavi señalándose la mancha del vestido.

—Oh, oh... —Francisco hizo una mueca de horror con la boca—. Si tu madre la ve, estás muerta. Venga, te acompaño a casa y te cambias.

—Os dejo, vuelvo con los invitados —se disculpó Enrique.

—Prefiero volver a mi casa con Marcos y la niña. No estoy muy animada, papá. —Puso morritos e inclinó la cabeza, sabedora de que ese gesto enternecía a su padre.

—Por favor, cariño, no me dejes solo con tu madre. —Juntó las palmas de las manos y encorvó su delgada figura de metro noventa para estar a la altura de su hija—. Por favor, por favor.

—Vale, vale, papá. Con esa cara de corderito degollado, me has convencido.

Francisco acompañó a su hija a casa en el coche que Sebastián había dejado en el aparcamiento del hotel y la esperó en la calle. En quince minutos, Mavi apareció ataviada con un modelo de Chanel. Era largo hasta el suelo, sin tirantes y con grandes estampados de flores en distintos tonos de verde.

—Preciosa —comentó, arrancando el Jaguar.

—Espero que mamá no se enfurezca demasiado cuando vea que he cogido un vestido que no había dejado seleccionado para mí. Dejo el manchado en esta

bolsa bajo el asiento. Recuérdame que lo recoja cuando me marche. Lo llevaré a la tintorería y mamá no se enterará del desastre.

—Vale, pero hazlo cuanto antes. Ya sabes que tiene un radar y detecta con un simple vistazo qué modelito le falta en el ropero.

—Lo sé. Recuerdo cuando cogí sin su permiso un vestido para asistir a la fiesta de cumpleaños de Carla. Sólo tenía quince años y me regañó como si hubiera cometido un pecado capital.

—Es un pecado capital tocar el ropero de tu madre, ¿no lo sabías? Creo que es el octavo.

Ambos rieron.

—Papá, le he pedido a Enrique que me consiga un trabajo y tengo una entrevista en una revista de un cliente suyo... como periodista.

—¿En serio? —Detuvo el coche en un paso de peatones y miró a su hija mientras un grupo de jóvenes cruzaba la calle—. ¿Es lo que quieres, cariño?

—Necesito que dejes de echarnos una mano, papá. Marcos no se siente bien recibiendo tu ayuda.

—Puedo entenderlo, cielo. Es normal que quiera ser él quien mantenga a su familia, pero sabes que siempre puedes contar conmigo. Siempre. Podrías volver a trabajar en la clínica, ya te lo he dicho otras veces. Seguro que Marina, mi secretaria, estaría encantada.

—Marina no estaría encantada. Aquél es su mundo y no soporta que le toquen las cosas. Todavía lo recuerdo.

—Bueno, es muy meticulosa. Lleva muchos años allí y lo tiene todo bajo un estricto control.

—Lo sé, papá. Lo tiene todo muy bien controlado. —Mavi lo miró de reojo e hizo una mueca—. Y no sería un trabajo de verdad. Todos pensarían que estoy ahí porque soy tu hija, y Marcos el primero. Quiero demostrarle que puedo conseguir un empleo yo solita y que alguien que no es de mi familia confía en mí.

—Como quieras, cielo. En todo caso, trabajes o no, quiero que sepas que estoy orgulloso de ti. Eres mi regalo especial. Mi mejor premio en esta vida. —

Pronunció esas palabras mientras el aire se escapaba de sus pulmones con cierto desaliento.

—¿Estás bien, papá?

—Estupendamente.

—Oye, papá...

—¿Qué?

—¿Sigues enamorado de mamá?

Francisco abrió los ojos, sorprendido.

—¿Cómo? ¿A qué viene esa pregunta? —Detuvo el coche en un semáforo.

—Contesta con sinceridad, papá.

—A ver... —Carraspeó, frunció el ceño y algunas finas arrugas alrededor de los ojos se acentuaron mientras se concedía un tiempo, como si fuera a dar uno de los muchos discursos a los que estaba acostumbrado cada vez que asistía a algún congreso médico—. Mamá está liada con sus cosas y yo paso mucho tiempo en la clínica...

—No te he preguntado eso.

Francisco se encogió de hombros, estiró sus delgados labios en una sonrisa inexpresiva y un mechón de cabello canoso cayó sobre su ceja derecha.

—Las cosas, después de tantos años, cambian. Todos cambiamos.

—¿Qué es lo que ha cambiado? ¿Cómo era mamá cuando la conociste?

Él miró al frente con una media sonrisa, recordando.

—Divertida, cariñosa, sencilla.

—Mamá, ¿sencilla?

—Las circunstancias de la vida nos llevan por caminos que moldean nuestros caracteres, según las situaciones que nos tocan vivir.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

El semáforo se puso verde y Francisco arrancó con suavidad.

—Que yo he pasado muchas horas en la clínica o viajando... horas que no compartí con tu madre y con vosotros. Supongo que la dejé de lado en muchos momentos.

—¿Seguís enamorados?

—¿Enamorados? El amor es una ilusión de juventud que se diluye con los

años. La quiero, claro, pero de otra forma.

—¿Y eso es suficiente para mantener un matrimonio?

—¿Por qué haces tantas preguntas? ¿Estás poniendo en práctica tus dotes como periodista para ese trabajo?

—No —rio—, claro que no.

—¿Entonces? —Mavi se encogió de hombros—. ¿Las cosas van bien con Marcos?

—Sí, claro. Sólo sentía curiosidad, nada más.

—Los matrimonios tienen altibajos, es normal, pero no hay que tirar la toalla al primer contratiempo. Ni al segundo. Ni al tercero.

—¿Has sentido alguna vez que era el momento de tirarla?

—Cariño, tengo sesenta y cinco años, dos maravillosos hijos criaditos, una preciosa nieta y un gran reconocimiento profesional. Te aseguro que momentos para tirar la toalla he tenido muchos, pero soy de los que piensan que tienes que luchar por lo que merece la pena.

—¿Te refieres a la familia?

—Me refiero a la familia.

—Entonces, ¿mantener a la familia unida justifica la ausencia de amor?

—Mavi, estás empezando a preocuparme. ¿Seguro que todo va bien con Marcos?

—Sí, no te preocupes. Todo va como siempre. Ya hemos llegado al hotel.

—Puedo dar una vuelta a la manzana.

—Sería la segunda que das, papá.

—Vaya, ¿te has dado cuenta?

—Sí. Me he dado cuenta —le susurró, pellizcándole la mejilla.

Un empleado del hotel se llevó el coche y Mavi entró en el salón cogida del brazo de su padre. Apenas se adentraron unos metros, Beatriz se lanzó sobre ellos como un guardia de seguridad.

—Ahora mismo me estás diciendo por qué te has cambiado de vestido —soltó entre dientes conteniendo un grito, con los ojos casi fuera de las órbitas—. ¿Qué le ha pasado al Carolina?

—Mmmm... nada, mamá. Me he cambiado porque he visto a una invitada con

el mismo modelo.

—Imposible —afirmó Beatriz, tajante—. Lo habría visto.

—Es verdad, Beatriz —intervino Francisco—. Es más, yo he avisado a Mavi.
—Sonrió, socarrón.

Beatriz le clavó la mirada y negó con la cabeza lentamente.

—Francisco, no digas tonterías. No distinguirías entre un burro o un caballo ni a un metro de distancia.

—Piensa lo que quieras. He llevado a nuestra hija a casa a por otro vestido. No hagas un drama de eso.

Carmen acababa de ocupar el escenario donde la banda de música tenía preparados los instrumentos para amenizar la noche después de la cena. Cogió uno de los micrófonos y se dirigió al público.

—Queridos amigos, gracias un año más por acompañarme en mi fiesta de cumpleaños. Me siento inmensamente afortunada al recibir el calor de tan distinguidos y guapos caballeros, y no menos elegantes y preciosas damas. —Un murmullo de risas dio paso a los aplausos—. También quiero dar las gracias...

—Preciosa, perfecta y falsa. Sigo pensando que tu cuñada esconde algo —le susurró Carla al oído—, y me encantaría descubrir qué es.

—Te aburres, eso es lo que te pasa.

—Sabes que tengo un sexto sentido para algunas cosas. Por ejemplo, siempre supe que Álvaro no era trigo limpio.

—¡Venga ya! Dices eso porque, cuando éramos jovencitas, Álvaro estaba por mí.

—A Álvaro le gustaban todas, porque necesitaba demostrar que era un buen macho.

Mavi no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Un buen macho?

—Y finalmente se casó con la tontita de Ana. Aquella chica decía amén a todo; además, no era nada agraciada, la pobre. Una chica fea con una gran fortuna. Un buen partido que afianzó su posición social. Así que no digamos *amor* cuando queremos decir *interés*. Pobre Ana. Me han dicho que está destrozada desde que él la dejó. Y se dice que es por otra.

—Te lo estás inventando. —Mavi pensó en la escena que había visto un rato antes, en las cocinas del hotel. Su hermano y Carmen discutían por causa de Álvaro. De pronto estuvo segura de que la otra era su cuñada.

—¿Qué es lo que sabes, pequeña arpía? —preguntó Carla al percatarse del sutil sobresalto en el cuerpo de su amiga tras su comentario.

—Ya te lo contaré, en otro momento.

Más aplausos interrumpieron la conversación de ambas y Mavi se sintió aliviada. Carla era muy insistente cuando quería algo y sabía que no cejaría en su empeño hasta conseguir saber qué le ocultaba.

Leo, el marido de Carla, besó a su mujer en la mejilla y ésta le devolvió un beso en los labios. Ambos se miraron como si el enamoramiento del primer año continuara, a pesar de los seis que habían transcurrido desde que se casaran. A Mavi no le pasó por alto el brillo de ilusión en los ojos de aquel hombre y no pudo evitar sentir cierta envidia al ver la admiración que sentían el uno por el otro, pues era mutua. Leo era un hombre alto y delgado, de cabello rubio cenizo y con una enigmática mirada gris imposible de descifrar, idónea para relacionarse en el negocio del acero al que se dedicaba.

Pasaron a otro salón, donde las mesas estaban dispuestas para cenar, cubiertas con elegante mantelería blanca y coronadas por centros de rosas y tulipanes naturales. Los invitados tenían los asientos asignados y Mavi se sorprendió cuando vio junto a su tarjeta otra con el nombre de Álvaro. Estaba segura de que su madre tenía algo que ver en ello. La miró esperando recibir una señal de su progenitora, pero Beatriz ni se percató de ello. Charlaba animadamente con otros invitados y sonreía coqueta, sabiéndose el centro de atención de los que estaban a su alrededor; de todos, menos de su marido Francisco, quien estaba distraído con el móvil.

—Estás muy guapa, Mavi. El verde te queda genial. Resalta tu pelo rojizo y tus bonitos ojos azules. —La voz profunda de Álvaro la sorprendió por la espalda y, antes de girarse, el olor dulzón de su perfume invadió sus fosas nasales.

—Gracias —respondió sentándose en la silla que Álvaro había echado hacia atrás para ella.

Todos los invitados tomaron asiento y los camareros empezaron a servir el entrante: verduras de temporada y vinagreta de finas hierbas con bizcocho de tomate.

—Espero que me reserves un baile —comentó Álvaro mientras pinchaba algunas hojas de lechuga fresca que luego se llevó a la boca.

—Seguro que tienes toda la noche ocupada. Apuesto a que la mayoría de mujeres de esta fiesta están deseando bailar contigo. —Mavi probó el bizcocho de tomate y se relamió de gusto.

—No te lo voy a negar, pero creo que sólo quieren ser amables conmigo. Deben de sentir lástima por este recién separado. —Hizo una mueca de falsa modestia.

—¿Lástima? No creo que sea lástima lo que sienten hacia ti, Álvaro. Siempre has sido muy codiciado y, ahora que saben que estás libre otra vez, más de una estará deseando saltar a tu cuello.

—Por eso mismo tienes que bailar conmigo. Será la única forma de librarme de algunas de esas fieras hambrientas. Considéralo un favor.

Álvaro llenó hasta la mitad la copa de Mavi con un vino tinto reserva y ella se la bebió de un solo trago. Aunque sabía que el alcohol le subía rápidamente a la cabeza, necesitaba relajarse. Tenía un nudo en el estómago. La presencia de aquel hombre la perturbaba de tal manera que lo último que deseaba era que él se percatara de ello. Álvaro volvió a llenarle la copa.

—¿Cuánto tiempo habéis estado casados? —preguntó Mavi antes de terminar las últimas hojas de lechuga.

—Unos cinco años.

—No es mucho tiempo.

—Ah, ¿no? —Álvaro bebió de la copa de agua que el camarero acababa de llenar—. Recuérdame cuánto llevas tú casada.

—Diez, y espero que mi matrimonio dure tanto como el de mis abuelos. Estuvieron cincuenta y tres años casados, hasta que mi abuelo falleció.

—Las parejas de antes estaban hechas de otra pasta y, sí, recuerdo que te casaste muy joven —comentó como si recordara una derrota—. Te felicito, diez años de matrimonio es de admirar.

—Cuando quieres a alguien y estás segura de lo que sientes y de lo que la otra persona siente por ti, todo se supera —soltó Mavi con una convicción aplastante.

Álvaro se mantuvo en silencio e hizo un esfuerzo por evitar una carcajada. No estaba dispuesto a escuchar sermones aquella noche y mucho menos de alguien que le había dado una negativa cuando intentó conquistarla años atrás. Se limitó a hacer una mueca con los labios, meditando una respuesta más cortés que la de decir lo que realmente pensaba sobre la estupidez que acababan de soltar aquellos preciosos labios.

—¿Esa lección la traes aprendida de las clases de catecismo o lo dices por experiencia propia?

—Después de diez años de matrimonio, creo que puedo hablar con conocimiento de causa.

—Así que, según tú, cuando hay amor, todo se puede superar en un matrimonio.

—Sí —afirmó ella, colocándose la servilleta en el regazo—. Creo que lo único que no se puede perdonar es una infidelidad, pero eso es algo que yo nunca haría, ser infiel.

—Nunca digas de esa agua...

—Lo digo —lo interrumpió—. Antes de ser infiel, rompería la relación. Tengo principios.

—Ya —contestó desconfiado, jugando con el tenedor.

—¿Por qué hacerle algo así a tu pareja? Si se han compartido cientos de momentos inolvidables, de sentimientos únicos, ¿por qué romperle el corazón?

—Me sorprende que alguien tan joven como tú piense así. Eso es algo más propio de tus padres.

—¿Relacionas ser fiel con la edad?

—No, claro que no, pero las cosas no son blancas o negras. Las situaciones no sólo dependen de uno mismo. ¿De verdad, en todos estos años de relación con tu marido, nunca te has sentido atraída por otro hombre, aunque sólo fuera un poquito?

—No, nunca.

—¿Nunca has dudado de tus sentimientos o de los de tu marido?

—Pues no.

—Mientes.

—No me conoces. —Sonrió alzando las cejas con un quejido.

—Conozco al ser humano y la duda, el deseo y la tentación son características innatas en él.

—Tonterías. No puedes juzgar a todos por igual.

—Estaré encantado de ser tu confidente cuando llegue el día... porque estoy tan seguro de que ese día llegará que casi podría apostar una mano —le susurró al cuello, tan cerca que Mavi pudo sentir el aliento cálido en la piel.

Ella se echó hacia atrás y le sostuvo la mirada.

—¿Qué día?

—El día en el que tiembles de deseo, pasión y excitación por otro hombre que no sea tu marido.

Su extrema arrogancia le hizo agitarse en la silla.

Los camareros interrumpieron la conversación sirviendo el segundo plato: suprema de salmón glaseado con mostaza y miel, puré de espinacas y aroma de Ibérico.

—Oye, Álvaro —murmuró en tono bajito después de que el camarero se alejara—. Eres guapo, tienes un cuerpazo y muy buena posición social. Todo un partidazo para una chica, pero no me interesas. Lo siento. —Chasqueó con la lengua y dio un sorbo a su copa.

—Creo que no me has entendido: no me refería a mí cuando hablaba de ese otro hombre.

—Ah, ¿no?

—No. Sólo era una suposición.

—Claro... porque tú ya tienes a esa persona a la que hacer temblar de pasión y excitación, ¿verdad?

—No te entiendo. —Álvaro frunció el ceño, totalmente desconcertado.

—Álvaro, sólo te diré una cosa —se inclinó y acercó sus labios a unos centímetros de su oreja—: si mi hermano sufre por tu culpa, te aseguro que encontraré la manera de castigarte.

Extrañado, se encogió de hombros.

—No sé a qué te refieres...

—Claro que lo sabes.

Se contemplaron en silencio, Álvaro intentando averiguar en los ojos de Mavi lo que sabía, mientras que ella volcaba en su mirada la rabia que le provocaba el haberlo descubierto. Incómodo por la situación, metió un dedo entre el cuello y la camisa y tiró para aflojar el nudo de la pajarita que, de repente, le oprimía la yugular.

—Voy a tener que marcharme. —Evitó mirarla a los ojos y echó la silla hacia atrás.

—Sí, será lo mejor.

Se puso en pie y, con paso rápido, abandonó la sala. Mavi lo vio alejarse cabizbajo, evitando saludar a algunas personas, mujeres en su mayoría, que, sorprendidas, lo seguían con la mirada y murmuraban entre ellas.

Después de la cena y cuando estaba a punto de comenzar el baile, Mavi logró escabullirse de entre los invitados, no sin antes localizar a su padre, que disfrutaba de un licor en compañía de un viejo amigo banquero.

—Vuelvo a casa, estoy cansada.

—Está bien, pequeña. No te voy a pedir que te quedes más tiempo, ya has hecho un esfuerzo —le susurró cómplice, pellizcándole la barbilla—. Sé que estas fiestas te gustan tan poco como a mí. ¿Tienes dinero para un taxi?

—Algo, pero creo que cogeré el metro, si todavía está abierto.

—De eso ni hablar. Coges un taxi o yo mismo te llevo a casa.

—Está bien. Cogeré un taxi —aceptó con fingida resignación.

Francisco sacó la cartera del bolsillo y le dio un billete de cien euros.

—No creo que el taxista tenga cambio de cien.

—Tienes razón —volvió a buscar en la cartera y sacó varios billetes de veinte euros—. Toma.

—Gracias, papá.

Capítulo 5

El taxi recorrió las calles entre las luces chispeantes de la ciudad, mientras que en el cielo brillaba la luna en toda su plenitud, iluminando la noche. El viento que se colaba a través de la ventanilla abierta acarició la cara de Mavi. Cerró los ojos y aspiró con fuerza. No tenía ningunas ganas de regresar al piso y eso le hizo sentirse muy mal.

—Lléveme a una nueva dirección —le indicó al chófer.

Siguiendo sus instrucciones, éste cambió de sentido en la siguiente manzana. Recorrió el paseo de San Juan y se adentró por unas estrechas calles hasta llegar frente a la basílica de Santa María del Mar. Allí se detuvo. Mavi pagó la carrera, bajó del taxi y caminó unos metros. Llegó frente a una portería situada entre una tienda de ropa y la antigua pastelería donde, de niña, tomaba deliciosos chocolates todos los domingos y que desde hacía unos años se había convertido en una franquicia de Starbucks.

Llamó al timbre y una voz de mujer preguntó a través del interfono.

—Soy Mavi —contestó en voz baja.

Tras el sonido eléctrico, dio un empujón a la pesada puerta de hierro y cruzó el portal. Una anciana de melena plateada y figura delgada la esperaba en el rellano con una sonrisa en los labios y en los ojos.

—Hola, abuela.

—Hola, cariño. —Se abrazaron y Mavi pasó al interior de la vivienda—. ¿Qué tal la fiesta? —le preguntó de camino a la cocina.

—Ha estado bien —comentó con desgana, enfilando el interminable pasillo, empapelado con pequeños dibujos en tonos verdes, de cuyas paredes colgaban marcos *vintage* con fotografías en blanco y negro. Llegaron al salón, que

mantenía la misma decoración desde hacía años, con muebles antiguos, adornos en cada esquina y unas espesas cortinas que seguían conservando el tono arcaico de la casa.

—Claro, por eso a las once de la noche te has marchado, ¿verdad? —replicó Andrea, siguiendo a su nieta hasta la cocina—. Me consuela enormemente saber que cada vez aguantas menos esas fiestas de disfraces de la personalidad. Al menos alguien de la familia se inclina hacia el lado de lo auténtico, no como tu madre y tu hermano.

—Enrique sólo quiere complacer a mamá. Se tiraría por un puente, si ella se lo pidiera.

—Lo sé. En cuanto dejaste el trono libre, se subió veloz a él. ¿Quieres una infusión con hielo?

—Sí, gracias. ¿Te ayudo?

—Coge un par de vasos del mueble.

Salieron al jardín interior, donde varias macetas con claveles, geranios y rosas colgaban de las paredes, bordeando el recinto. Andrea llenó los vasos con un líquido dorado oscuro de una jarra de cristal y se sentó en una silla blanca de hierro forjado.

—Voy a por el hielo —anunció Mavi entrando en la cocina.

Volvió con una cubitera que dejó sobre la mesa blanca de hierro y se sentó junto a su abuela, bajo un cielo iluminado por la luna llena.

—¿Qué tal mi preciosa María?

—Insoportable —sentenció Mavi.

—No digas eso.

—Soy una mala madre, abuela. Cada día estoy más segura de ello.

—Tonterías. Eres una madre primeriza, nada más. Eso no te hace una mala madre.

—Abuela, no sé... —Miró al cielo y cerró los ojos.

—Dime, cariño. —Se inclinó hacia ella y le apretó una mano, preocupada por el tono triste de su nieta.

Mavi miró aquellos ojos que siempre tenían una expresión de amor puro cuando la observaban; el amor más palpable y real que jamás había sentido. No

quería preocuparla confesándole el secreto que ardía en su interior y que luchaba por abandonar el oscuro rincón donde lo obligaba a esconderse. Le aterraba ponerle voz y que un torrente de emociones explotara en su interior, arrastrándola a un lugar al que temía más que a la oscuridad. Lo único que lograría si lo dejaba salir sería preocupar a su anciana abuela y no quería causarle ningún dolor. Pero la forma en que Andrea la miraba, invitándola a sincerarse, a abrirle el corazón, calmaba su ansiedad y el miedo que la poseía constantemente se apaciguaba ante su presencia de forma casi mágica.

Andrea mantuvo una expresión amable y relajada en el rostro, sin dejar de cubrir la mano de su nieta con la suya; esperó paciente, dispuesta a escuchar qué le preocupaba.

Sin poder hacer nada más que rendirse a la ansiedad que trepaba por su tráquea, las palabras empezaron a surgir de la boca de Mavi de una manera tan fácil que se sorprendió y se asustó al mismo tiempo.

—Desde hace un tiempo, no sé cuánto exactamente, he llegado a la conclusión de que no me gusta mi vida —musitó, conteniendo un dolor punzante en la garganta—. A veces me paso horas mirando por la ventana, viendo a la gente pasar, y me pregunto cómo será la vida de cada uno de ellos, si alguno es realmente feliz o se limitan, como yo, a dejarse llevar, a dejar pasar las horas, que, para mí, transcurren pesadas y lentas. —Andrea no la interrumpió y le apretó la mano para reconfortarla. Las lágrimas empezaron a correr por las mejillas de su nieta mientras sonreía, inmensamente triste—. Otras veces me sorprende impacientándome como si esperara algo más, algo que me haga sentir realmente viva, y esa espera convierte el día en una agonía, porque la verdad es que mi futuro carece de una perspectiva alentadora o de una pizca de ilusión. No tengo más esperanza que la de ver pasar mi tiempo entre aquellas cuatro paredes al lado de un hombre del que ya no sé si estoy enamorada y con un bebé con el que no me entiendo. —Tomó aire y prosiguió—: Lo peor de todo es que es una realidad que sólo soy capaz de admitir en lo más profundo de mi ser... y cada día se agranda la herida que me provoca este profundo sentimiento de fracaso. —Se puso en pie, se alejó unos pasos y se detuvo con la mirada perdida frente a un rosal—. Me siento fracasada en mi matrimonio. Me siento fracasada como

madre. Me siento fracasada en la vida, abuela. Aunque soy una buena actriz —se giró y la miró, sonriendo pero con lágrimas en los ojos—, pues he aprendido a fingir que soy feliz... igual que finjo que soy una mujer enamorada o que estoy loca de amor por mi hija o que la indiferencia de mi madre no me hace daño.

—Cariño, me duele mucho verte así. —Se levantó y la abrazó con fuerza.

—Mi vida no es lo que yo imaginaba que sería.

—Ven, siéntate. —La condujo de la mano hasta la silla.

—Cuando he visto a Carla en la fiesta acompañada de su marido, los dos tan elegantes, tan sonrientes, tan enamorados, he deseado estar en su lugar, porque ése es el lugar al que creía estar destinada. Tal vez, si le hubiera hecho caso a mi madre, ahora mi vida sería como la de mi amiga.

—Hiciste caso a tu corazón.

—Tenía veintitrés años, abuela, ¿qué sabía mi corazón del amor o de la vida? No era más que una niña ilusa.

—En aquel momento estabas locamente enamorada de Marcos y nada ni nadie pudo hacerte cambiar de idea, ¿lo recuerdas?

—Tú fuiste la única que no lo intentaste hasta la saciedad. Eso sí lo recuerdo.

—Tampoco cometiste ningún delito.

—Las cosas con Marcos son tan distintas ahora... —Cogió el vaso y bebió un poco—. Y me da tanta pena que sea así, porque recuerdo el amor que nos teníamos, la complicidad, el deseo que nos enloquecía. Lo quiero, pero ya no es lo mismo. Él es una persona diferente o tal vez lo soy yo. No sé.

—Sólo puedo decirte que la vida no es fácil, pero que siempre hay cosas por las que merece la pena seguir aquí, aunque a veces nos centremos más en el dolor que en la felicidad.

—Abuela, durante todo el tiempo que estuviste casada con el abuelo, ¿no hubo ninguna etapa en la que dudarás de tus sentimientos? —Andrea permaneció en silencio y un halo de nostalgia cruzó su mirada azul celeste—. Claro que no —continuó Mavi—. Vosotros erais la pareja perfecta. Un amor de esos que duran toda la vida. Una vida en la que siempre quise verme reflejada, pero lo estoy haciendo fatal. Sólo tengo treinta y tres años y me siento como una mujer de setenta que repasa su vida y descubre que la ha desperdiciado. No sirvo

como esposa, ni como madre, y ni siquiera soy capaz de encontrar un trabajo, aunque haya conseguido una entrevista.

—Eso es estupendo...

—La ha conseguido Enrique para mí, ni siquiera es mérito propio. —Se secó las lágrimas con una servilleta de papel que Andrea le ofreció.

—Bueno, será tuyo si te dan el trabajo, así que pediremos un deseo a esta preciosa luna.

—¿Si me dan el trabajo?

—Si es eso lo que quiere tu corazón...

—Mi corazón está perdido y mi cabeza, hecha un lío.

—Entonces, respira para que tu mente se aclare y tu corazón encuentre el camino. Un camino que estará lleno de decisiones, algunas acertadas y otras no tanto. Cariño, aprende de los errores y rectifica las veces que creas necesario. Que no te dé miedo cambiar de rumbo cuando se vuelva difícil. Nada de lo que decidas tiene que ser para siempre, ¿lo entiendes? —Mavi asintió—. Cuando yo era joven, era diferente. Te podían crucificar si decidías por ti misma, y más si aquella decisión era pensar en ti. Como mujer, te debías a los demás: a tus padres, a tus hermanos, a tu marido, a tus hijos, y ni siquiera al final de la lista podías pensar en ti misma. Afortunadamente, eso ha cambiado y tú tienes la suerte de poder decidir por ti. No te conformes con renunciar a lo que deseas de corazón. Libérate de todo aquello que no te haga sentir bien. Eres la dueña de tu vida y tienes la obligación y el derecho de buscar todo aquello que te haga feliz.

—¿Tú lo hiciste?

Aquella pregunta la cogió desprevenida. Se quedó en silencio, recordando un pasado que cada día deseaba poder cambiar. Tal vez estaba llegando el momento de explicarle a su nieta su secreto.

—No. Por eso te digo que eres la dueña de tu vida.

—Pero si ni siquiera sé por dónde empezar.

—Lo sabrás en el momento en el que decidas actuar y, para animarte, voy a servirte ahora mismo un buen helado de chocolate.

—Vas a arruinar mi dieta.

—Bueno, si consideras que es algo que debes cambiar...

—El helado de chocolate es una de las pocas cosas que, creo, están bien en mi vida.

Capítulo 6

Antes de que María se despertara, aprovechó para llamar a Rogelio, el contacto de su hermano Enrique. La recepcionista le hizo esperar unos segundos antes de pasarle con el jefe.

—Hola, Mavi. —Una voz ronca la saludó como si la conociera.

—Hola, señor Rogelio. Mi hermano Enrique me ha dicho...

—Sí, sí, sí —la interrumpió—. ¿Puedes venir en una hora para una entrevista? Mañana estaré liado. Tengo que ir al veterinario con el loro de mi hija. Tienen que operarlo y mi mujer no soporta al bicho.

—En dos horas. Antes imposible.

—De acuerdo. Te espero.

—Dígame la dirección, por favor.

—Mi secretaria te la dará. Hasta dentro de un rato.

Tenía que dejar a María con alguien, pues no podía llevarla a la entrevista. Llamó a su madre, aunque estaba segura de que tendría una excusa para decirle que no era posible. Cogió el móvil y buscó su número en la agenda; al segundo tono, ésta contestó.

—¿Sí? —preguntó Beatriz, como si no supiera quién era.

—Hola, mamá.

—Ah, hola, María Victoria. ¿Qué tal María?

—Bien, bien. Oye, mamá, ¿podrías quedártela en un rato?

—Oh, lo siento, imposible. Tengo láser, última sesión, no puedo saltármela.

—¿En serio no puedes cambiarlo? Tengo una entrevista de trabajo.

—¿Trabajo? ¿Tú? —Suspiró—. Ya sabes lo que opino sobre el tema.

—Sí, mamá, pero por ahora Marcos no puede mantenerme como papá a ti.

—A nosotras, querida —puntualizó, quisquillosa—, a nosotras. Te recuerdo que papá paga tus facturas.

—Vale, mamá. Gracias.

—Habla con Andrea. Seguro que ella tiene tiempo para quedársela.

Faltaba una hora para la entrevista cuando Andrea abrió la puerta con una gran sonrisa en los labios. Vestía unos pantalones de color mostaza y una blusa estampada en vivos colores. Pintalabios rosa y una discreta sombra de ojos azul resaltaban sus ojos celestes y su piel blanquecina surcada de finas arrugas y líneas de expresión. A Mavi le gustaba presumir de abuela, sobre todo porque nadie creía que tuviera cerca de los ochenta años. Su aspecto era jovial y su corazón estaba poseído por el espíritu de una veinteañera curiosa e ilusionada. Era una enfermera jubilada que disfruta de la vida, tan amorosa y extremadamente cariñosa con ella y con María que le parecía imposible que su madre, siempre fría y distante, fuera hija suya.

—Mis preciosas chicas, pasad.

Mavi le dio dos besos y empujó el carrito por el pasillo bajo la atenta mirada de bisabuelos y tíos segundos que nunca conoció.

—He hecho galletas de las que tanto te gustan, ¿tienes tiempo?

—Para eso, siempre.

—Las tomaremos aquí. —Entraron en la cocina y Mavi se sentó a la mesa, dejando el carrito con la niña a un lado—. He sacado mis plantitas al jardín para que respiren un poco. He de mimar y cuidar mi medicina.

—Creo que no sería una buena primera impresión ir oliendo a marihuana.

Andrea sirvió un té para acompañar las galletas.

—¿Preparada para la entrevista?

—Estoy nerviosa.

—Tranquila, sé tú misma y habrás conseguido el noventa por ciento del sí. — Se inclinó sobre el cochecito y acarició la mejilla de María—. Mira cómo duerme mi angelito.

—Me da pánico que se despierte y empiece a berrear como una loca.

—Es normal sentirse así, Mavi, pero tienes que mantener los ánimos.

—Me es muy difícil hacerlo. No sólo es la niña, también es ver cómo Marcos

se desespera cada día por no encontrar trabajo.

—No debe de ser nada fácil asumir la pérdida de la empresa que su padre fundó. Le está costando mucho, ¿verdad?

—Sí, y que continúe lamentándose por ello no ayuda. Debemos mucho dinero y no quiere aceptar la ayuda de mi padre, aunque, gracias a él, podemos seguir adelante. Me fastidia discutir con mi marido por aceptar esa ayuda. En fin, hablemos de cosas más agradables, ¿cómo van tus clases de baile?

—Muy bien. Esta semana estamos aprendiendo merengue. Supongo que, como la salsa y la bachata, nos llevará unas semanas más de lo normal hacernos con los pasos. Ten en cuenta que somos diez alumnas y entre todas sumamos más de seiscientos años, pero, ¿sabes una cosa?, tenemos más ritmo que muchas chicas de veinte.

—Ya lo creo.

—Tengo azúcar glas, ¿quieres un poco sobre las galletas?

—Creo que ya están suficientemente dulces.

—Nada está suficientemente dulce.

—Abuela, no deberías tomar esas cosas. Tienes que vigilar tu diabetes.

—Oh, cariño, ¿crees que me preocupan, a estas alturas de mi vida, todas las cosas que no funcionan bien en mi organismo? Si fuera así, estaría angustiada todo el tiempo y no pienso estarlo. La única cosa buena que tiene la vejez es que me importan un pito muchas cosas.

—Eres incorregible.

Andrea se levantó, abrió la puerta del armario que estaba sobre su cabeza y alcanzó un frasco de cristal que contenía el azúcar en polvo. Éste resbaló de su mano y se estrelló contra el suelo, partiéndose en pedazos. Mavi supo inmediatamente que algo no iba bien cuando vio palidecer a su abuela.

—¿Qué te pasa? —Se levantó rápidamente y la sostuvo por los hombros.

Algunas gotas de sudor frío bañaron la frente de Andrea y un temblor recorrió sus extremidades, haciendo que le costara mantenerse en pie. Con dificultad, abrió un cajón junto a la encimera, sacó una caja de pastillas y se puso una debajo de la lengua.

—Tranquila. Se me pasará enseguida.

—Pero ¿qué es lo que tienes?

Andrea respiró profundamente un par de veces antes de contestar.

—Este corazón mío, que últimamente se niega a seguir mi ritmo. —Se esforzó por mostrar una sonrisa para tranquilizar a su nieta, a pesar de la debilidad y el mareo que sentía.

—¿Desde cuándo tienes problemas de corazón?

—Veamos, no sé si fue primero la diabetes o el colesterol o el ácido úrico —añadió sin más explicaciones y, volviendo a la mesa con la ayuda de Mavi, se sentó y mordisqueó una galleta como si nada hubiera pasado.

—¿Por qué no me has dicho nada? —la regañó Mavi, cogiendo la escoba y el recogedor de un mueble junto a la nevera.

—Porque no es nada. Estoy bien.

—Sí, ya veo qué bien estás —protestó, recogiendo los pedazos de cristal y azúcar.

El teléfono que colgaba de la pared junto a la puerta empezó a sonar. Mavi descolgó y se lo pasó a su abuela antes de que ésta pudiera levantarse.

—Hola, Eva... No me esperes, hoy no podré ir. Te llamo más tarde. Está aquí Mavi... Claro... Un beso, adiós.

—Te he vuelto a fastidiar los planes, ¿verdad?

—Mis planes sois vosotras. Era Eva. Tiene problemas con su hija. Se acaba de separar y se pasa el día en casa de su madre. Está agobiada y me llama para salir y huir de ella un rato.

—¿Sabes que eres muy buena escuchando? Ojalá mi madre se pareciera algo a ti.

—Siento que tu madre sea así, tan, tan...

—¿Egoísta e insoportable?

Andrea hizo una mueca de resignación.

—Supongo que yo tengo parte de culpa. —Se encogió de hombros y se recostó en el respaldo de la silla.

—¿Por qué ibas a tener tú la culpa?

—Tal vez porque tu madre no pudo continuar estudiando y sacrificó una parte de su juventud para cuidar del abuelo después del accidente. En aquel momento

la prioridad era traer dinero a casa y los únicos ingresos que teníamos eran los míos. Ella tuvo que quedarse en casa y cuidar de su padre para que yo pudiera trabajar. En cuanto Antonio empezó a recuperarse un poco, tu madre se casó con tu padre y de alguna forma se liberó de las obligaciones que le imponía el hecho de tener un padre inválido. Aquel accidente nos trastocó la vida a todos — murmuró con la mirada perdida—. Mi vida hubiera sido tan diferente...

—Bueno, no creo que sea culpa tuya ni de nadie más que de ella, pero, de todas maneras, mi madre ya no tiene remedio. ¡Oh, Dios, si es tardísimo! — exclamó mirando su reloj—. ¿Seguro que te encuentras bien? Si no me llevaré a María a la entrevista.

—No digas tonterías. Estoy perfectamente.

—Entonces, me voy. —Se levantó con urgencia y se colgó el bolso al hombro mientras mordisqueaba una galleta—. En la bolsa tienes el biberón preparado, sólo falta añadirle el agua caliente.

Abrazó a su abuela y corrió por el pasillo hasta la puerta.

Capítulo 7

Veinte minutos después de las seis, Mavi entraba por la puerta del edificio donde se ubicaba la oficina de la revista. Se dirigió al ascensor y vio enganchado en la puerta un cartel que indicaba que estaba fuera de servicio. Accedió a las escaleras y comenzó a subir deprisa. La puntualidad no era una de sus virtudes y, otra vez sin saber cómo, el tiempo voló más rápido de lo que pudo controlar y ya llegaba veinte minutos tarde.

En el rellano del segundo piso, notó cómo su corazón latía desbocado y las piernas le temblaban como gelatina. Debería volver a la rutina diaria de ejercicios, aunque tendría que cambiar los largos en la piscina y las clases de Pilates por otros deportes más asequibles. Cuando llegó a la cuarta planta, se detuvo unos segundos para recuperar el aliento. Apenas podía controlar el curso normal de la respiración y tuvo que levantar la cabeza y abrir la boca como un pez agonizando para que el aire llegara a sus pulmones. Logró recuperarse un poco, sujetó el pomo para abrir la puerta y entonces ésta se abrió con violencia, estampándose contra su cara. Mavi cayó al suelo sobre su trasero y un dolor intenso le nubló la visión durante unos segundos.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —Una voz masculina flotó en el aire como un eco lejano a su alrededor—. ¿Estás bien? Dime que estás bien. ¡Joder, no tenía ni idea de que estabas ahí detrás! ¿Estás bien?

Cuando la visión volvió a sus ojos, alzó la cabeza en dirección a la voz y se encontró con el fotógrafo de la fiesta.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar Ángel, mirándola con el rostro contraído al tiempo que le ofrecía una mano. Entonces, la reconoció. Alzó las cejas, sorprendido—. Tú.

—¿Eres idiota? —le espetó atravesándolo con la mirada, sentada en el suelo.

—Oh, qué susto. Creía que estabas en *shock*.

—¡Y lo estoy! —Se pasó una mano por la nariz y comprobó que no tenía sangre—. ¿Estás loco? ¿Cómo se te ocurre abrir la puerta de ese modo? Casi me matas.

—Pero estás bien, ¿verdad?

—Sí, eso creo. —Agarró su mano para ponerse en pie.

—Perdona. El maldito ascensor no funciona y tengo mucha prisa.

—Sí, ya sé que no funciona, ¿por qué crees que subo por las escaleras? Deberías pensar que otras personas las van a utilizar y no ir abriendo las puertas como un animal.

—Vale, vale —Levantó las manos como si intentara parar el ataque al que estaba siendo sometido—. Ya te he dicho que lo siento.

Se colgó al hombro una gran bolsa de nylon negra y, al hacerlo, sus brazos marcaron músculo debajo del polo azul. Con habilidad, bajó los primeros escalones y recogió la carpeta y el bolso de Mavi, que habían salido disparados tras el golpe.

—Toma. —Ella los cogió de mala gana—. ¿Qué haces aquí?

—No te importa —contestó con expresión desaprobadora, pasándose la mano por la falda de su vestido amarillo y verde. Estiró el dobladillo que había quedado subido e intentó recomponerse, colocándose la despeinada melena rojiza a un lado—. Se me ha arrugado el vestido por tu culpa —le recriminó.

Él alzó los ojos al cielo, burlón.

—No te preocupes. Estás guapísima.

—No me adules. No resulta halagador viniendo de alguien como tú.

—¿Alguien como yo? —inquirió y, lejos de sentirse ofendido, le dedicó una atractiva sonrisa.

—De un salvaje que piensa que anda solo por el mundo.

Ángel no pudo evitar soltar una sonora carcajada.

—¿Salvaje? —repitió pasándose la mano por la barba—. Bueno, no me disgusta del todo ese calificativo. Me han llamado cosas peores.

—Vagabundo, ¿tal vez?

—Oye, nena, no te pases. —Su expresión se volvió seria y la señaló con el dedo a modo de advertencia—. No creo que merezca que me insultes. Ya me he disculpado, dos veces.

—No es un insulto. Sólo es una observación bastante acertada, diría yo, y no vuelvas a llamarme *nena*. —Apretó los labios, arrogante, aunque también nerviosa ante aquel hombre de figura imponente.

—Vale, entiendo tu enfado. He debido de darte fuerte con la puerta y ahora las neuronas no te funcionan bien. Por eso estás tan borde conmigo.

—Podría denunciarte, ¿sabes?

—¿Por qué motivo? ¿Por llamarte *nena* o *borde*?

—Sólo confirmas lo que en diez segundos deduje de ti en la fiesta: que eres un maleducado. Me golpeas y después me insultas.

Ángel la escaneó con la mirada.

—Está bien. Lo siento. —Respiró profundamente, con lo que su pecho se agrandó—. Me ha parecido que eras un poco... agresiva conmigo. ¿Puedo invitarte a una copa como forma de disculpa?

Mavi alzó las cejas, incrédula.

—¿Me golpeas, me insultas y ahora intentas ligar conmigo?

—No intento ligar contigo, sólo te estoy invitando a...

—Eres patético —lo cortó.

Y, sin darle la ocasión de contestar, cruzó la puerta que daba acceso a la cuarta planta, dejándolo allí plantado.

Ángel negó con la cabeza y siguió su camino escaleras abajo. No iba a darle más importancia al suceso, aunque tenía que reconocer que el encuentro con la pelirroja lo había excitado de una manera extraña. No importaba, se dijo. Seguro que no volvería a encontrarse con ella. Estaba claro que pertenecían a mundos diferentes y las pijas no eran su estilo. Lo único que en ese instante le preocupaba era encontrar un taxi lo más rápido posible o iba a perder el avión.

Mavi atravesó unas puertas de cristal con el logo de la revista en blanco y rojo, donde leyó «Amanecer oculto». Entró en una pequeña recepción, donde una chica morena de pelo corto, con carmín rojo en los labios, permanecía absorta en la pantalla del ordenador.

—Hola, soy Mavi Torres. Tengo una entrevista con el señor Rogelio.

—Un momento, por favor —contestó la chica sin desviar la mirada de la pantalla.

—Tengo una entrevista...

—Sí, ya te he oído. —Levantó el teléfono con lentitud y pulsó una tecla—. Mavi... mmm... —La miró alzando una ceja.

—Torres. Mavi Torres.

—Bueno, la chica de la entrevista ha llegado, ¿la hago pasar?... De acuerdo.

Colgó el teléfono con cuidado, como si temiera romperse alguna de sus extremadamente largas uñas doradas. Se levantó de la silla y sus piernas la alzaron hasta lo que era un metro ochenta y cinco de estatura.

—Acompáñame.

Entraron en una estancia con grandes ventanales a través de los cuales se veían los edificios colindantes. El mobiliario lo componían cuatro mesas con ordenadores, un gran archivador, un dispensador de agua y una cafetera, además de los cuadros que contenían portadas de la revista, que colgaban de todas las paredes; éstas estaban pintadas en un tono azul pastel que, bajo las luces de los fluorescentes, le conferían al lugar un ambiente casi celestial.

Un chico y una chica que ocupaban dos de las mesas la observaron con curiosidad atravesar la sala, hasta llegar frente a una puerta que permanecía entreabierta. La secretaria la golpeó con dos suaves toquecitos antes de empujarla.

—¡Mavi! —exclamó un hombre de mediana edad, bajito, calvo y con una prominente barriga que sobresalía de un estrecho traje gris claro. Le tendió la mano y le ofreció luego asiento y, antes de sentarse de nuevo, accionó varias veces la palanca de la silla, elevándola hasta quedar a la altura de su visita.

Mavi se sentó, no sin antes echar un rápido vistazo a su alrededor. Se fijó en el parquet, descolorido y desgastado, que cubría el suelo; en el montón de cuadros abstractos de colores chillones que colapsaban las paredes; en más portadas y titulares de la revista sujetos por chinchetas y dispuestos sin ninguna armonía entre trofeos de caza, cabezas de jabalís disecadas, cuernos de ciervos o

perdices, y en una bandera española oscurecida por la suciedad, que colgaba de un mástil en un rincón de la habitación.

—Cuéntame —le pidió Rogelio, quien apoyó los brazos sobre la mesa y dejó caer su peso hacia delante—. Háblame un poco de ti, de tu formación y de tu experiencia.

Sin perder la sonrisa tras la que ocultaba un creciente nerviosismo, abrió la carpeta y dejó frente a Rogelio un currículum. Sabía que, en cuanto aquel hombre posara sus ojos sobre él, se sorprendería al darse cuenta de que su experiencia laboral no sobrepasaba las dos líneas. Su primer trabajo empezó con dieciséis años, en la clínica de su padre, pero no duró demasiado tiempo. Archivar le aburría y navegaba por Internet desatendiendo sus obligaciones, así que, cuando Francisco le llamó la atención de forma dulce y cariñosa, como siempre la trataba, ella lo utilizó como excusa para no volver. Después, cuando Marcos tomó las riendas de la empresa de carpintería, se encargó de preparar la documentación, albaranes y pedidos de material, pero, tras un par de errores que le costaron a la compañía unos miles de euros, decidió dejarlo y dedicarse a lo que mejor se le daba, ir de compras.

—Prefiero conversar. Las entrevistas formales de yo pregunto y tú respondes me aburren descomunalmente. —Desplazó el currículum a un lado sin apartar la vista de ella.

—¿Qué tal el loro? —preguntó Mavi.

Rogelio soltó una sincera carcajada, se reclinó en el respaldo y entrelazó los dedos por detrás de la nuca.

—Igual, y mi hija, nerviosa por la operación.

—Yo también tengo una hija.

—Lo sé. Me lo comentó tu hermano, Enrique.

—Ah, vaya. Y... ¿qué más le ha contado mi hermano?

Rogelio se inclinó hacia ella, le dedicó una sonrisa pícaro y susurró:

—Secreto profesional entre abogado y cliente. Dime una cosa, ¿tienes ganas de trabajar?

—Muchas.

—¿El bebé será un problema para que trabajes? —preguntó, clavándole sus

pequeños ojos marrones.

—Ningún problema. Mi marido se hará cargo de ella.

—¿Cuál ha sido tu último trabajo como periodista?

—Nunca he trabajado como periodista.

—¿Cómo? —Abrió los ojos, sorprendido, y echó un vistazo rápido al currículum—. Vaya, veo que tu hermano omitió alguna información.

—Soy periodista porque terminé la carrera, pero nunca he ejercido como tal.

—Y, ¿no crees que deberías disfrazar un poquito la realidad para intentar conseguir esta vacante?

—No sé lo que mi hermano le ha explicado de mí, así que prefiero que me considere antes una ingenua que una mentirosa.

Sintió cómo los ojos de Rogelio escaneaban su rostro y pensó que no tenía ninguna oportunidad.

—El trabajo consiste en la elaboración de artículos para la publicación, redactar noticias, *mailings* de productos, notas de prensa, gestión de noticias y entrevistas de campo, ¿crees que serás capaz de hacerlo?

—Sin ninguna duda —contestó, sorprendiéndose a sí misma por la rotunda afirmación.

—Son ocho horas de lunes a viernes, en jornada partida. Mil euros al mes, pagas extras incluidas. Es una sustitución de más o menos tres meses, ¿te interesa?

Capítulo 8

Regresó a casa de su abuela para recoger a María y, en cuanto Andrea abrió la puerta y la miró, no pudo evitar sonreír.

—Lo has logrado, ¿verdad?

Asintió con la cabeza y su abuela le dio un fuerte abrazo, achuchándola.

—Espera, espera, abuela. Tú corazón, no quiero que te alteres. —La sujetó por los hombros para impedir que siguiera saltando.

—No digas tonterías. Estoy feliz de que hayas conseguido el trabajo, así que moriría contenta.

—No digas eso. No me gusta oír esa palabra ni de broma.

—¿Qué palabra?

—Morir —susurró dirigiéndose al interior de la vivienda.

—Oh, venga, siéntate y cuéntamelo todo.

—Creo que el mérito ha sido más de mi hermano que mío. La entrevista ha resultado muy rara.

—Lo que importa es que empieces a trabajar, ¿cuándo?

—El lunes. Ha dicho que no valía la pena empezar mañana viernes. Estoy deseando contárselo a Marcos.

Sobre las diez de la noche, Marcos volvió a casa. María hacía rato que dormía y ella miraba la tele en el sofá, cambiando de canal constantemente, sin encontrar nada que la distrajese. Sus pensamientos estaban en el lunes, en el inicio de una nueva etapa en su vida. Marcos le dio un beso fugaz en los labios

antes de entrar en el baño y, segundos después, oyó el agua de la ducha correr durante un buen rato. Cuando salió, sólo con una toalla alrededor de la cintura, se dejó caer en el sofá junto a ella. Mavi contempló su tórax marcado y, a pesar de que hacía tiempo que también había abandonado el gimnasio, tuvo que reconocer que seguía manteniéndose en forma.

—¿Cómo ha ido la entrevista? —preguntó, arrebatándole el mando de la tele.

—Creía que me llamarías para preguntar.

—Lo siento, cariño, no he podido.

—Empiezo el lunes —anunció con una sonrisa.

—Eso es genial —contestó con la mirada fija en la pantalla.

—¿Por qué no te alegras?

—Claro que me alegro, cariño —respondió, concentrado en pasar canales con el mando a distancia.

Mavi le quitó el mando y apagó la televisión.

—Mírame y dímelo.

—Pero ¿qué te pasa?

—Dime que te alegras mirándome a los ojos. Dime que confías en mí para traer un sueldo a esta familia.

—Pues claro que me alegro, ¿a qué viene este ataque psicológico?

—Pienso que deberías mostrar un poco de alegría. Un trabajo significa poder empezar a arreglar nuestros problemas.

Marcos enarcó una ceja, chulesco.

—Tú no tienes problemas, cariño. Tú siempre corres a buscar a papi cuando las cosas no te van bien.

—No empieces otra vez con eso.

—Has empezado tú.

—Marcos, por favor...

—¿Qué quieres de mí?! —gritó, levantándose de golpe del sofá y agitando los brazos sobre su cabeza—. ¡No haces más que decirme lo que tengo que hacer o cómo me tengo que sentir! ¡Me asfixias!

A Mavi los ojos se le llenaron de lágrimas; bajó la cabeza y se tapó las orejas con las manos.

—Perdona —se disculpó, arrepentido por su ataque de ira—. Siento haberte gritado, cariño. —La abrazó, hundiendo la cara en el cuello de ella, y enredó los dedos en su pelo. Mavi lo abrazó y sus respiraciones, agitadas, se fundieron en una sola—. Perdóname —le suplicó con un hilo de voz—. A veces pienso que me estoy volviendo loco.

Ella lo besó en el cuello, en las mejillas, en la nariz y en los labios. Los acarició con los suyos lenta y suavemente mientras con las manos le rozaba el pecho desnudo, los brazos y el abdomen. Marcos pareció reaccionar a las caricias y la agarró por el pelo, besándola con desesperación. Ella esperó que sus manos, esas que hacía tiempo la habían desquiciado cuando la tocaban, hicieran lo mismo. Su espera fue corta. Los dedos de Marcos apretaron la parte interna de sus muslos y su cuerpo se irguió, despertando. Sin perder tiempo, recorrió el perfil de su cintura, subiendo por el torso hasta alcanzar sus pechos. Los apretó con ambas manos, encendiendo en ella una pasión casi olvidada, acuciante y ansiosa. Mavi le acarició el pelo castaño, casi rubio, acercándolo más a ella. Deslizó una mano hasta su entrepierna y se sorprendió al no encontrar la erección esperada. Él se levantó del sofá, incómodo.

—Lo siento. No puedo. No tengo la cabeza para eso ahora. —Se pasó las manos por el pelo todavía húmedo.

—Pero...

—Perdona. —Negó con la cabeza y recorrió la pequeña sala como un gato enjaulado, con la toalla sujeta a la cintura, los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro contraído—. Mi cabeza no está para esas cosas, Mavi, entiéndelo. La preocupación y la angustia me consumen cada día.

Mavi se puso en pie y se acercó a él, pero Marcos se apartó. La miró unos segundos con una disculpa pendiendo de los labios y se fue al dormitorio, cerrando la puerta tras de sí.

Capítulo 9

El lunes, a las ocho y media de la mañana, Mavi entraba en el edificio para empezar la jornada laboral. Estaba algo nerviosa, no sabía muy bien qué era lo que le esperaba, pues todo era nuevo, los compañeros, el jefe, aunque no las escaleras que empezaba a subir, porque el ascensor seguía fuera de servicio.

Cuando llegó al rellano de la cuarta planta, el recuerdo del golpe con la puerta le hizo dar un paso atrás; temía que volviera a abrirse con violencia y esa segunda vez le rompiera el tabique nasal. Se echó a un lado, abrió la puerta y entró en la recepción, donde la secretaria volvía a estar absorta mirando la pantalla del ordenador.

—Buenos días —saludó Mavi.

—Hola —respondió sin prestarle atención—. ¿Preparada para tu primer día?

—Sí, lo estoy.

—Pues pasa. —Levantó la cabeza y la miró, repasándola de arriba abajo—. La mesa que está junto a la ventana es la de Ariadna. Rogelio no tardará en venir. Ve acomodándote mientras tanto.

Dejó su bolso sobre la mesa, se sentó en la silla y tuvo que ajustarla a su altura, bajando la base del asiento. Todavía no habían llegado los compañeros, así que estaba sola en la oficina, por lo que aprovechó para echar una ojeada a los cuadros con titulares de la revista que colgaban en las paredes. En uno de ellos posaba sonriente un montañero con el Machu Picchu al fondo, el titular decía «La mentira de los mayas». En otra portada aparecía un beduino sobre un camello con una gran pirámide tras él y un título tan estrambótico como el primero, «El sexo prohibido de los faraones», por lo que empezó a deducir que se trataba de una revista sensacionalista.

La musiquita de Windows iluminó la pantalla del ordenador y, antes de que pudiera poner la mano sobre el ratón, entró un chico de unos veinticinco años, vestido con una camiseta estampada con la bandera inglesa, tejanos y botas militares. Dejó sobre una mesa la pesada bolsa que traía colgada al hombro y encendió el ordenador.

—Hola, soy Adrián. —Se acercó a ella con la mano tendida y ella se la estrechó.

—Hola, yo soy Mavi.

—Te vi el otro día, cuando viniste para la entrevista. ¿Qué?, ¿con ganas de empezar?

—Pues sí, la verdad.

—Aquí te lo pasarás bien. —Extrajo varias carpetas de su mochila y un estuche algo infantil con dibujos de pececitos rojos—. No es una revista típica, ya sabes, nada de reportajes y chismes de famosos. No nos interesa quién se ha acostado con quién y todo ese rollo.

—Sí, ya lo veo —dijo señalando las portadas que colgaban de las paredes—. Debe de ser muy entretenida, la investigación de campo.

—Oh, sí. No te aburrirás, te lo aseguro, y aprenderás muchas cosas.

—No creo que el sexo prohibido de los mayas sea de gran interés mundial.

—De los faraones —la corrigió, molesto—, el sexo prohibido de los faraones, y no me digas que eres de esas a las que les interesa más saber a quién se tira algún famosillo o qué colonia utiliza para ligar el actor de moda.

—Pues no. Prefiero *Vogue*, *Marie Clare* o *Cosmopolitan* —Adrián alzó las cejas—, pero estoy segura de que me parecerá superinteresante la temática de esta revista. —Fingió una sonrisa. No quería caerle mal a su nuevo compañero el primer día.

Sin embargo, Adrián, nada más verla vestida con aquella blusa sin mangas de color verde y el pantalón fucsia con cinturilla dorada, manteniendo el equilibrio sobre unos altísimos tacones, supo que no iba a estar a la altura de la alocada y decidida Ariadna, a quien le daba igual descender el río Colorado a su paso por Arizona o tirarse en paracaídas en los arrecifes de coral de Australia para,

después, hacer buceo saltando de una avioneta con el neopreno y la máscara puesta. Sí, estaba convencido de que no sobreviviría a su primer reportaje.

—Hola —oyó saludar detrás de ella—. Tú debes de ser la sustituta de Ariadna. Soy Sara —se presentó una chica que rondaba la veintena y así lo demostraba con su indumentaria desenfadada, una holgada camisa de cuadros estilo leñador.

—Hola, soy Mavi, encantada. —Le dio dos besos y no pudo evitar realizarle un rápido repaso a la joven que tenía frente a ella, con aquellas gafas negras de pasta y el gorrito de lana que dejaba asomar una larga melena morena.

Sara hizo lo mismo y, tras observarla de arriba abajo, chasqueó la lengua e inclinó la cabeza.

—Cariño, no sé si encajarás aquí. —Encendió su ordenador y se sentó en la silla, dándole la espalda a Mavi.

—Veo que tú también te has dado cuenta, pequeña ardilla. —Adrián le guiñó un ojo a su compañera.

—¿Por qué dices eso? —Mavi se miró el conjunto que llevaba puesto y que la noche anterior había elegido tras buscar una hora en el armario, segura de que era la mejor opción para ir a trabajar a la oficina, pero, de momento, la única que vestía algo parecido a ella era la insulsa de Cristina, la secretaria.

—Porque tienes toda la pinta de ser una de esas que se moriría si se rompiera una uña —añadió Adrián—. Lo ves, llevas una manicura perfecta —observó cogiéndole una mano—. Es un bonito color teja, aunque, para el tono de tu piel, tan blanquita, y el rojo de tu pelo, lo ideal sería un burdeos intenso. —Mavi lo miró levantando ambas cejas—. Perdona, es que tengo un lado femenino bastante desarrollado y no, no soy gay, si es lo que estás pensando.

—Vale, ya veo que ambos os habéis hecho una idea equivocada de mí. —Retiró la mano, molesta—. Como periodistas que sois, deberíais tener una mente más abierta; sin embargo, me habéis juzgado sin conocerme.

Se sentó y empezó a sacar los bolígrafos y lápices de un bote que estaba sobre la mesa, ignorándolos deliberadamente. Las manos le temblaban y el corazón le latía más rápido de lo normal. No era un buen comienzo. Ninguno de aquellos dos la había mirado con respeto. Simplemente se habían dedicado a juzgarla,

dando por hecho que no serviría para el trabajo. Pues estaban equivocados si pensaban que se rendiría a la primera. Iba a demostrarle a su familia, a aquellos dos y a ella misma que era capaz, muy capaz, de ser productiva.

Rogelio apareció media hora más tarde. Sin dedicarle demasiada atención, salió un par de veces de su despacho y le entregó un montón de notas de Ariadna sobre su último reportaje que debía ordenar y pasar a limpio.

—Vamos a desayunar a la cafetería, ¿te apuntas? —le preguntó Sara desde su mesa.

—No, gracias.

—Venga, no nos tengas en cuenta lo de antes. Adrián y yo tenemos la manía de clasificar a la gente.

—¿La chica a la que sustituyo también lo hace? —Sara asintió—. Genial.

—Casi todos lo hacemos —contestó Adrián haciendo un gesto con las manos que a Mavi se le antojó muy femenino—. Solemos hacer apuestas. No es un trabajo fácil cuando tienes que confeccionar algún reportaje, y varios candidatos y candidatas han pasado por esta revista y la mayoría de ellos se han marchado por distintas razones, así que un día empezamos a apostar. Por eso te digo que no te lo tomes como algo personal.

—Ya.

—¿Quieres que te subamos algo de la cafetería? ¿Unos dónuts? —le ofreció Adrián.

—No, gracias.

—Okey; entonces, hasta luego —se despidió Sara, y ambos salieron de la oficina.

Definitivamente, no encajaba en aquel lugar... ni su carácter, ni su vestimenta, aunque haría lo que fuera para dejar de sentirse como una pera en un campo de girasoles.

La mañana transcurrió deprisa después de decidir centrarse en el trabajo. A pesar de que pasar notas a limpio no tenía ningún aliciente, era mejor que sumergirse en algunos de los sentimientos desalentadores que se empeñaban en inundar su mente.

Cuando faltaban diez minutos para terminar la primera parte del día, la puerta

se abrió a su espalda y una voz potente saludó con efusividad.

—¡Buenos días, princesa! Y príncipe.

Al girarse, se quedó sorprendida al encontrarse con Ángel, el fotógrafo. Él se acercó sin poder disimular su sorpresa. Aquello le parecía una broma del destino. Le tendió la mano y la miró con una mueca que ella no supo cómo interpretar.

—Ella es Mavi —la presentó Sara—. La sustituta de Ariadna. Él es Ángel. Mavi le estrechó la mano.

—Vaya, pelirroja, por lo visto estamos predestinados.

—¿Os conocéis? —inquirió Sara.

—Sí —contestó el fotógrafo.

—No —respondió ella deshaciéndose de su mano. Se dio media vuelta y continuó con su trabajo.

Ángel bordeó la mesa, apoyó una nalga en ella y, cruzando los brazos sobre el pecho, la miró con media sonrisa bajo la espesa barba.

—El otro día, ¿venías a la entrevista? —Mavi asintió sin apartar la vista de la pantalla del ordenador—. Me alegro de que, a pesar del tortazo, consiguieras el puesto.

—Gracias.

—Así que tendremos otro bomboncito en la oficina... —Ella lo miró un segundo y le dedicó una sonrisa forzada—. ¿En qué otros sitios has trabajado? A lo mejor tenemos amigos comunes.

—No lo creo.

—Por tu aspecto, podrías haber trabajado en la sección de moda de alguna revista como *Cosmopolitan* o *Vogue*.

—No me adules.

—No lo hago. Sólo observo.

—Oye —se volvió para mirarlo—, no tienes que esforzarte por caerme bien.

—¿Esforzarme por caerte bien? Sólo intento ser amable en tu primer día de trabajo. Serás engreída... —Se puso en pie de un salto.

—Oh, oh, ya empiezas a mostrar tus malos modales, otra vez.

—Tienes la facilidad de sacarme de quicio.

—Será que estás acostumbrado a que las mujeres te enjabonen fácilmente.

Adrián y Sara miraban la escena, expectantes.

—¿Qué sabrás tú? —replicó Ángel, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Sabes qué? Nos limitaremos a trabajar juntos si lo exige el jefe, pero no tendré la más mínima contemplación contigo. Entre la fiesta, la escalera y lo de ahora, he conocido suficiente de ti como para saber que no me interesa descubrir nada más.

—Vaya, estamos de acuerdo en algo —apostilló, volviendo la vista a la pantalla del ordenador.

Ángel alzó las cejas, sorprendido por la indiferencia de ella, y se dirigió al despacho de Rogelio.

Entró y cerró la puerta de un portazo.

—Oye, Roger, ¿de dónde has sacado a esa tipa? —preguntó dejándose caer en la silla que estaba frente al jefe, quien revisaba un montón de papeles apilados sobre la mesa mientras mordía un puro apagado.

—Es la hermana de mi abogado; le debo un favor y la he contratado —le aclaró sin levantar la vista de un papel en concreto, que miraba con el ceño fruncido.

—Genial, Roger, y... ¿qué experiencia tiene?

—Ninguna, pero tampoco habría importado... y no me llames Roger.

—Y... ¿hasta cuándo va a estar aquí?

Rogelio levantó la cabeza y lo miró, inquisitivo.

—Y, a ti, ¿qué te importa?

Ángel se removió en su asiento.

—Nada en absoluto, pero es una mujer insoportable.

—Ah, ¿sí? Pues a mí me ha parecido encantadora y, te lo advierto, déjala fuera de tus conquistas. No quiero tener problemas con Enrique.

—¿Con quién?

—Con mi abogado, su hermano.

—Tranquilo, no la tocaría ni con un palo.

—¿Tienes las fotos?

—Sí —contestó, sacando un *pendrive* del bolsillo del tejano. Lo lanzó por encima de la mesa y Rogelio lo cazó al vuelo—. Te van a encantar. Contacté con

John Powell, quien habló con los mandatarios del poblado y, finalmente, dejaron que uno de ellos fuera fotografiado. Somos los primeros que consiguen tener una imagen de cómo son los nativos invisibles del Cañón del Colorado.

Rogelio observaba con curiosidad, en la pantalla del ordenador, la imagen completa de un hombre ataviado con un rudimentario taparrabos de hojas, una lanza y una extraña corona de coloridas plumas a juego con las pinturas que decoraban casi todo su cuerpo.

—¿Estás seguro de que éste es un auténtico indígena de Quivira?

—Eso me dijo John. Yo le veo bastante indígena, ¿no? —Ángel bordeó la mesa y observó la imagen por encima del hombro de su jefe, quien, con la mano en el ratón, clicó varias veces la lupa de aumento, centrándola en uno de los hombros del susodicho.

—¿Eso es un tatuaje? —preguntó, acercando la nariz a la pantalla.

—Será un tatuaje indígena —contestó tragando saliva.

Rogelio aumentó la captura, que comenzaba a ser bastante borrosa.

—Dice algo... *I love... I love...* —Empezó a reducirla y a aumentarla—. *I love... ¿I love football?* —Miró a Ángel, que se limitó a rascarse la barba.

—Mierda de Photoshop —murmuró el fotógrafo entre dientes.

—Pero ¿qué demonios pasa contigo? Ya sabes lo que te dije de hacer montajes. ¡Debería despedirte ahora mismo! —le gritó, furioso.

Ángel caminó por la habitación, resoplando, mientras se pasaba las manos por su espesa cabellera.

—Lo siento, es lo único que pude hacer. Ese tal John Powell apareció con un tipo gordo y más blanco que una rebanada de pan de molde e intentó colarme que era un integrante del poblado de Quivira. Te prometí encontrarte algo digno de interés, pero te he vuelto a fallar.

—¿Dónde está tu instinto, Ángel? Creía que habías recuperado tu pasión por la fotografía y la investigación, ¿y apareces con esto? Es tan cutre que incluso mi nieto de cinco años se habría dado cuenta del montaje. ¿Dónde está el investigador incansable, el maestro del fotoperiodismo?

—Lo intento —farfulló, mirando por la ventana mientras asía con fuerza una pieza de puzle metálica que colgaba de una cadena en su cuello—. Te juro que

intento recuperar al menos mi sombra...

—Iba a enviarte a Shanghái para hacer un reportaje, pero después de esto he cambiado de idea.

—Venga, Roger... no me lo tengas en cuenta. Tengo contactos en esa ciudad, puedo conseguir cosas interesantes. ¿De qué se trata el reportaje?

Su jefe negó con la cabeza.

—No cambiaré de idea. Sara acompañará a la novata y hará las fotos.

—¿Envías a la novata a China? —Soltó una carcajada—. Si que quieres librarte pronto de ella.

—No vayas de gracioso o será de ti de quien me libraré.

—Casi debo darte las gracias por no hacerme ir; compadezco a Sara por tener que soportarla.

—El único que se ha quejado de esa chica has sido tú.

—Me estaré volviendo insociable.

—Mañana le daré la noticia, cuidado de que salga de este despacho hasta entonces —le advirtió señalándolo con el dedo.

—A sus órdenes, jefe. —Hizo el saludo militar y salió de allí.

Capítulo 10

Como solía ocurrir desde hacía ya meses, Marcos llegó pasadas las diez de la noche. María ya dormía y Mavi recalentaba la cena en el horno por segunda vez. Dispuso la mesa mientras su marido se daba una ducha rápida. Cuando salió vestido del baño, se sentó y empezó a comer sin esperar a que ella saliera de la cocina.

—¿Qué tal están las patatas? —preguntó molesta, sentándose a la mesa.

—Muy ricas.

—Mi primer día de trabajo ha ido bien, gracias por preguntar.

Marcos alzó los ojos del plato con una sutil mueca de fastidio. En cierta manera, le avergonzaba reconocer el hastío y la apatía que a veces sentía por su mujer... esa pelirroja a la que había amado con locura, a la que había mimado hasta la saciedad y que, desde hacía un tiempo, sólo despertaba en él sentimientos contrarios al amor. Deseaba recobrar la pasión y el deseo, pero los problemas económicos habían acabado con la tranquilidad con la que se construye un futuro prometedor. No podía pensar más que en sobrevivir día a día con los trabajos esporádicos que conseguía gracias a los amigos, pero Mavi parecía no querer ver la realidad en la que estaban anclados y eso lo enfurecía. No contar con su apoyo le ponía las cosas todavía más difíciles, como el hecho de tener que aceptar la ayuda de su suegro, algo que lo enfermaba y pisoteaba su autoestima como hombre, pero eso también parecía que a ella poco le importaba. Había cedido en su capricho de ser madre, invirtiendo lo poco que tenía ahorrado en un tratamiento de fertilidad que se negó a que sufragaran los padres de su mujer. Beatriz lo menospreciaba desde antes incluso de que entrara a formar

parte de la familia y, cada vez que se encontraba con ella, podía ver en la cara de su suegra la satisfacción por su fracaso.

—Tienes razón, perdona. Quería haberte llamado, pero hemos estado muy liados con la mudanza. —Mavi hizo una mueca de conformidad—. Cuéntame.

—Tengo tres compañeros, dos chicos y una chica, más la recepcionista y el jefe.

—¿Y son simpáticos?

—No.

—¿Por qué?

—Porque han apostado a ver lo que duro en el curro.

—¿En serio?

—Son idiotas e inmaduros.

—¿Me puedo unir a las apuestas? Es broma, es broma... —se apresuró a añadir cuando vio la expresión de ella.

—No tiene gracia, Marcos.

—Venga, no seas tan tiquismiquis. Si lo hacen es porque seguramente el trabajo no resulta fácil.

Mavi no quiso escucharlo y se sirvió las patatas. Algunas quedaron enganchadas a la cuchara con la salsa bechamel, que ejercía de pegamento. La sacudió con fuerza contra el plato y un pegote salió disparado hacia el sofá.

—¡Joder, Mavi! Ten más cuidado, ¿sabes lo que puede costar sacar esa mancha?

—Nada, porque se quedará ahí como la de salsa de tomate en el cojín o la de betún de tus zapatos en el tapizado de la silla.

—Cuando tengamos dinero, arreglaremos todo este desastre.

—¿Y cuándo será eso, Marcos? —Con desánimo, dejó caer el cubierto sobre el plato—. Estoy cansada de vivir así.

Marcos clavó la mirada en el mantel de plástico con estampado de frutas tropicales.

—No lo sé, pero espero que sea pronto, porque, si no, seguramente un día de estos acabarás abandonándome.

—No digas tonterías —replicó ella removiendo las patatas con el tenedor. No

se atrevía a mirarlo. Temía que Marcos descubriera en su expresión el pesimismo y el desaliento que habitaban en su interior.

—Promete que no me dejarás. —Le cogió las manos con fuerza. Debía mantener a la familia unida, era lo único que le quedaba—. Dime que me concederás más tiempo para intentar remontar esta situación. Sé que puedo lograrlo, pero te necesito a mi lado.

Mavi se zafó de sus manos, aunque con cuidado para no molestarlo.

—Si ya no soportas que te toque. Hace meses que no hacemos el amor, meses que no me tocas. ¿Por qué me pides que no te abandone, si tú ya lo has hecho?

—Eso no es cierto.

—Ah, ¿no?

—No es por ti, es por toda esta situación. Sé que no tienes la culpa y que muchas veces eres el blanco de mi ira y de mi resentimiento, pero te prometo que, sin ti, nada tiene sentido en mi vida.

Mavi sonrió, esforzándose por ocultar la verdad de sus sentimientos. No quería herirlo. No se lo merecía. Su trato hacia ella siempre había sido amoroso, aunque últimamente las cosas fueran distintas.

—¿Me quieres? —preguntó Marcos, clavándole la mirada—. Dime que todavía me quieres y eso será suficiente para seguir luchando por nuestra familia.

—Claro que te quiero —se limitó a expresar sin emoción.

Marcos suspiró, aliviado.

—Sé que debería decírtelo con más frecuencia. Te prometo que intentaré recordarlo más a menudo —añadió; luego cogió de nuevo el tenedor y continuó con su cena.

Mavi intentó quitar las patatas pegadas en el sofá con un trapo húmedo mientras le daba vueltas a la última frase de su marido. Intentar recordar decirle a alguien que lo quieres sonaba tan forzado que era imposible encontrarle ningún romanticismo.

Capítulo 11

Nada más llegar a la oficina, después de haber dejado a María con su abuela Andrea, Rogelio asomó la cabeza por la puerta y le hizo una señal con un silbido.

—Ven a mi despacho, preciosa.

Odiaba que la tratara con aquella confianza y que no se dirigiera a ella por su nombre, pero, por lo que había visto, también trataba así a Adrián y a Sara.

—Buenos días. —Pasó y cerró la puerta tras de sí.

—Buenos días, buenos días —contestó distraído, dando un golpe con su pesada cartera sobre la mesa—. ¿Tienes el pasaporte vigente?

—¿El pasaporte? Pues ni idea, ¿por qué?

—Porque tienes que viajar a China lo antes posible.

—¿Cómo?

—Siento que sea tan precipitado, pero tenemos que adelantar el reportaje y necesito que te encuentres cuanto antes con Bao Li. Es el dueño de uno de los restaurantes más populares de Shanghái, y su pato a la naranja es el rey del país. Hemos tenido la gran fortuna de que haya accedido a contarnos el secreto milenario de su elaboración.

—No puedo irme a China así, sin más.

—Irás con Sara. Ella hará las fotos y, si no recuerdo mal, me dijiste que tu bebé no resultaría un problema para trabajar aquí.

—Y no lo es, pero... no tenía ni idea de que debería viajar a otros países y yo...

—¿Qué?

—Que no puedo marcharme así, de pronto, sin tenerlo planeado con algo de

antelación.

—Oye, que no te vas de vacaciones. No creo que necesites una semana para preparar el *tour*. ¿Eres periodista o no? Porque necesito una.

—Yo...

—¿Sí o no? —la apremió.

—Pues...

Rogelio arqueó una ceja.

Capítulo 12

Andrea abrió la puerta con una taza en la mano, vestida con una bata roja, perfectamente peinada y maquillada.

—Mavi, no te esperaba. Me dijiste que comerías por la zona de tu trabajo.

—¿Estás ocupada?

—Claro que no, pasa.

Fue directamente a la cocina, soltó el bolso sobre la mesa y se dejó caer en la silla con un suspiro.

—¿Dónde está María?

—En el dormitorio, hace una hora que duerme. ¿Qué tal tu segunda mañana de trabajo?

—Extraña.

—No has comido, ¿verdad? ¿Te apetece tortilla de espinacas y empanadillas de atún?

—Oh, sí, abuela, me muero por comer tus deliciosas empanadillas.

—¿Por qué dices que extraña? —inquirió sacando un táper de la nevera.

—Rogelio, mi jefe, me ha dicho que tengo que salir de viaje en unos días.

—Eso es estupendo y emocionante, ¿no? —replicó Andrea, accionando luego el botón del microondas.

—A China, abuela, ¡a China! Eso no es emocionante, eso es lejos, muy lejos.

—¿En serio? ¿Y qué se le ha perdido en China?

—Quiere hacer un reportaje sobre el pato a la naranja. Hoy en día contamos con Internet y también con Skype, ¿por qué tiene que enviar a alguien a China? Es muy raro, pero es mi jefe y no he querido iniciar una discusión sobre eso. No

veo el interés en escribir un artículo sobre la elaboración del pato a la naranja, ¡como si no se hubiera hecho ya más de un millón de veces!

Andrea sacó la comida del microondas y la sirvió en un plato que colocó frente a Mavi.

—¿Agua?

—Sí, gracias.

—Y, ¿vas a ir?

—No sabía qué hacer, pero finalmente le he dicho que sí. Necesitamos el dinero.

—Me parece estupendo.

Se llevó un trozo de tortilla a la boca y se relamió de gusto.

—Pero me sigue pareciendo muy raro que me confíe ese trabajo. Acabo de empezar y le dije que nunca he ejercido de periodista. No entiendo esta fe ciega en mí.

—Tal vez tenga una corazonada contigo.

—Barajo dos posibilidades, abuela. Una es que el reportaje ese del pato es una estupidez que a nadie le va a interesar leer, por lo que no importa que lo haga una novata y la otra es que le debe un gran favor a mi hermano.

—No te entiendo.

—Rogelio es cliente de Enrique. No me extrañaría que lo haya sacado de algún lío en el pasado y ahora le quiera devolver el favor contratándome.

—¿Tú crees?

Mavi se encogió de hombros.

—En fin, lo que tampoco sé es cómo se lo va a tomar Marcos.

Después de terminar el plato, Andrea dejó sobre la mesa un bizcocho de chocolate que había cocido aquella misma mañana.

—¿Un trocito?

—Abuela, no deberías tentarme con tus pasteles, ya sabes que no tengo voluntad ante ellos.

—Dedica la voluntad a cosas más provechosas que alejar de ti la tentación de las tartas. Lo que no comas ahora, no lo comerás dentro de treinta años, porque

los médicos te lo prohibirán. Tendrás diabetes, colesterol y un sinfín más de enfermedades típicas de la edad.

—Claro, será que tú les haces mucho caso.

Andrea sonrió y se encogió de hombros. Adoraba a su nieta, desde pequeña tenían una conexión especial. Era dulce y dócil y fueron muchas las ocasiones en las que su presencia apaciguó la tristeza que sentía al recordar un pasado que le quemaba el corazón y al que en ese momento estaba dispuesta a abrirle la puerta después de tantos años de tenerla cerrada y en silencio.

—Hay algo que quiero contarte, Mavi.

Miró a su abuela, que la observaba con una extraña sonrisa de ilusión.

—¿Qué es? —preguntó saboreando el chocolate.

—Cuando estaba casada con el abuelo, tuve un amante —soltó de sopetón.

Mavi tosió; la noticia que acababa de oír provocó que, de repente, no supiera tragar.

—¿Cómo dices?

—Se llamaba Mario Falcioni y era médico, y cierra la boca o te entrará una mosca —dijo Andrea balanceándose en la silla.

—¿Tuviste un amante?

La anciana asintió.

Mavi la miró fijamente, esperando a que soltara una carcajada y la señalara con el dedo diciéndole que era una broma, pero no lo hizo. ¿Cómo podía ser? Sus abuelos eran el ejemplo a seguir... un matrimonio que había durado toda la vida y que sólo terminó debido al fallecimiento de Antonio.

—Come tranquila. Voy a buscar algo.

La anciana se acercó al armario situado en el pasillo, justo debajo de las escaleras que llevaban al segundo piso. Sacó una escalerilla del interior y se subió a ella para poder alcanzar una caja de zapatos que estaba guardada en la última estantería, sobre una antigua maleta. Volvió y se sentó a la mesa junto a Mavi. Abrió la caja y rebuscó entre un montón de sobres amarillentos por el tiempo escritos con caligrafía elegante, hasta que encontró una fotografía en blanco y negro de un hombre de unos cuarenta años.

—Éste es Mario.

Mavi contempló con curiosidad las facciones marcadas en el rostro masculino, el pelo negro, los ojos oscuros y la sonrisa con la que mostraba una bonita dentadura blanca. También miró a su abuela, que esperaba su reacción con expresión relajada, como si, en realidad, no le importara su opinión, con esa tranquilidad que da el saber que ya no necesitas la aprobación de nadie.

—Abuela —murmuró—... estoy un poco... no sé... sorprendida.

—Más bien alucinada.

—¿Lo sabe mi madre?

—Las únicas personas que lo sabíamos éramos Mario y yo. Y ahora tú.

—Pero...

—Ahora no disponemos de tiempo para hablar tranquilamente y contarte la historia. Me gustaría hacerlo sin prisas y sin nada ni nadie que nos interrumpa, pero tienes que volver al trabajo.

—Tengo un millón de preguntas que hacerte.

—Ten paciencia. He esperado más de cuarenta años para hablar de ello, puedo esperar unos días más.

—Pero yo no, y me muero de rabia por tener que volver a la revista.

Se levantó, se colgó el bolso al hombro y dedicó unos segundos a contemplar a su abuela, que permanecía sentada en la silla.

—Quiero que me lo expliques todo, abuela —pidió alargando la mano.

—No te preocupes —Andrea acarició la mano de su nieta con una sonrisa—, lo haré.

Capítulo 13

Durante el trayecto en metro no pudo pensar en otra cosa que no fuera la confesión de su abuela, y eso le hizo sentir una profunda tristeza al pensar en Antonio. Su abuelo había sido un hombre pacífico y cariñoso, pendiente de todos desde su silla de ruedas. Así lo vio siempre, en aquella silla que formó parte de su figura durante treinta años debido al accidente que sufrió con su taxi y que lo dejó paralizado del pecho hacia abajo. Saber de repente que su abuela lo traicionó durante el matrimonio la había conmocionado, pero decidió no juzgarla antes de conocer toda la historia.

En toda la tarde Ángel no le dirigió una sola mirada, a pesar de que charló animadamente con Sara y Adrián. Era evidente que la ignoraba a propósito, pero a ella le daba igual. Iba a hacer todo lo posible por mantener aquel trabajo y demostrarles a todos, incluida a ella misma, que era capaz de hacer muchas más cosas que ponerse guapa e ir de compras.

—La impresora no tiene papel, ¿dónde puedo encontrar? —preguntó en voz alta cuando se interrumpió la impresión.

Adrián señaló una puerta junto al despacho de Rogelio.

—Están en la primera estantería a tu derecha, debajo de un ordenador del siglo pasado, junto a la caja que contiene los sobres de...

—No soy idiota, sé cómo son unos folios, ya los encontraré. —Hizo una caída de ojos.

—No hay luz, Mavi, por eso te estoy dando tantas indicaciones. Con la luz de emergencia no es fácil ver algo.

—Vale —contestó avergonzada antes de escabullirse dentro de la habitación.

Al darle al interruptor, una débil luz amarillenta que provenía de un

dispositivo situado al fondo apenas si iluminó una estancia pequeña y atiborrada de objetos inservibles. Localizó la estantería y se ayudó de la linterna de su móvil para ver algo más. Rebuscó entre el montón de cosas: cuadros apilados, productos de limpieza, rollos de papel, una aspiradora de mano y un teléfono con cable. Entonces, la puerta se abrió y se cerró rápidamente. En la semioscuridad, notó la presencia de alguien a su espalda. Se giró asustada y se topó con un cuerpo que invadía su espacio personal sin ningún pudor. La figura masculina se alzaba imponente ante ella, inmóvil como un bloque de hormigón. Notó su cálida respiración en la frente y un olor dulce y varonil. Alzó el móvil y le plantó la luz de la linterna en la cara.

—¡Joder! —se quejó Ángel dando un paso atrás—. Me vas a dejar ciego.

—Pues no te acerques tanto.

—No te he visto.

—Seguro que no.

—¿Qué buscas?

—Folios.

—Están aquí. —Pasó un brazo por encima del hombro de ella y posó una mano sobre el paquete de folios.

Mavi quiso girarse para alcanzarlos, pero estaba prácticamente inmovilizada entre la estantería y el cuerpo de Ángel, quien hábilmente había recuperado el espacio retrocedido.

—¿Podrías separarte un poco? —musitó ella con la voz afectada por su proximidad.

Él enseguida notó la debilidad en su tono. Sabía el efecto que causaba en las mujeres, así que estiró el otro brazo por encima del hombro de ella, atrapándola por completo.

—Perdona —se disculpó él—, intento alcanzar la perforadora de papel.

Se acercó unos centímetros más, con lo que su barbilla rozó la frente de Mavi. Ella se estremeció, nerviosa. En la penumbra, Ángel la vio humedecerse los labios y tragar saliva.

—Ya casi la tengo —susurró él—, casi...

Deliberadamente, le rozó los pechos con el tórax. Sabía que se la estaba

jugando, que podría denunciarlo por acoso, pero quería verla flaquear, desmontar su soberbia, su seguridad. Acercó los labios a los de ella, respirando de forma acelerada para hacerla creer que estaba excitado, que la deseaba. Hundió la nariz en su pelo rojizo, aspirando su olor. Cuando creía que la tenía a su merced, ella lo apartó de un empujón.

—Gracias, ya tengo lo que quería —dijo antes de salir de la habitación con el paquete de folios.

Aquello no se lo esperaba, aunque no le hirió lo más mínimo. Su rechazo la convertía en un reto... una forma de poner a prueba sus dotes masculinas y sin duda, en cuanto se le presentara otra ocasión, lo volvería a intentar.

Después del encuentro con Ángel, Mavi tuvo que hacer un gran esfuerzo por no mostrar el nerviosismo que estar cerca de él le provocaba. Aunque aquella tarde no lo volvió a ver, recorría la habitación con la mirada cada vez que alguien entraba y cogía aire, preparada para resistir cualquier insolencia procedente de aquel hombre al que no toleraba.

Capítulo 14

Redactó las preguntas que creía que podrían interesar al lector, aunque para ello tuvo que devanarse los sesos. Después de mostrárselas a Rogelio, quien le dio el visto bueno, se sintió más tranquila y se dedicó a navegar por Internet para informarse sobre el pato a la naranja. Lo tenía casi todo dispuesto, sólo faltaba el billete de avión y la reserva del hotel, de lo cual se ocuparía Cristina en cuanto ella pudiera concertar el día de la entrevista en exclusiva con Bao Li. No quiso preguntarle si el tal Bao hablaba español, porque estaba convencida de que no... y su inglés no serviría de mucho. Nunca había tenido interés en conservar lo poco que había aprendido en la universidad y sólo esperaba que Sara lo hablara; de lo contrario, iba a tener un serio problema.

De regreso a casa, el lento ascensor le permitió meditar unos segundos sobre cómo decirle a Marcos lo del viaje. Estaba segura de que no le iba a hacer ninguna gracia y lo más probable era que eso provocara otra discusión.

Esperó al postre y, cuando su marido volvía de la cocina con una manzana en la mano, se lo soltó. En cuanto dijo la última palabra de la manera más convincente que pudo, él la miró con los ojos extremadamente abiertos.

—No me parece bien —se limitó a decir con fingida tranquilidad, pelando la fruta con el cuchillo—. Es más, me parece absurdo. Llevas, ¿cuánto?, dos días en el puesto y te confían un trabajo en China. Además, hoy en día prácticamente todo se hace por Internet y cuesta una pasta enviar a alguien tan lejos para hacer un estúpido reportaje sobre una receta. Todo es muy extraño. No sé quién está más loco, si ellos por ofrecértelo o tú por aceptar.

—¿Crees que tengo ganas de dejar a María y marcharme tan lejos, a un país donde no voy a entender ni una palabra? —Respiró hondo para mantener la

calma—. No tengo ningunas ganas, Marcos, pero son mil euros en una semana.

—¡Mil euros en una semana! —exclamó agitando media manzana en el aire—. Tus compañeros se matarían por ir.

—Pero me lo han ofrecido a mí.

—¿No te das cuenta de que huele raro?

—Yo creo que ha sido un golpe de suerte.

—Claro... —La miró con una sonrisa burlona, para dar luego un mordisco a la pieza de fruta.

—Piensa lo que quieras. No tengo ganas de seguir discutiendo, mañana tengo que trabajar. —Entró en el dormitorio y cerró de un portazo; la ira la poseía y no pensó en que María dormía.

Sentada en la cama, acunó a la niña, quien berreaba enfadada por la violenta interrupción de su sueño, mientras le daba vueltas a los comentarios de su marido. Sabía que en el fondo tenía algo de razón, que todo era demasiado precipitado y extraño, pero las ganas de alejarse de su vida superaban cualquier duda, incluso el miedo a volar.

Sin saber cómo, salió tarde de casa. Dejar los biberones preparados, la ropita, el gel, el champú, las cremas y anotar unas cuantas instrucciones más para Marcos consumieron más tiempo del que tenía previsto y llegaba con casi una hora de retraso a la oficina.

En cuanto entró directa a su mesa, se dio cuenta de que ninguno de sus compañeros le prestó la más mínima atención. Sólo contestaron con un distraído saludo a sus buenos días y continuaron abducidos por las pantallas del ordenador. Echó un rápido vistazo a la estancia, para comprobar la presencia de Ángel, pero no lo vio. Durante la mañana llamó un par de veces a Marcos para preguntar por María y cerciorarse de que todo funcionaba bien. A la hora de comer devoró con ansiedad el pequeño sándwich que se había preparado horas antes y bebió una Coca-Cola sentada en un banco junto a un parque donde el sol permanecía medio oculto bajo las frondosas ramas de una morera.

Al día siguiente, Andrea se quedaría con María y estaba deseando que llegara el momento para hablar con ella y que le siguiera explicando la historia de su amante. Era una curiosidad extraña, pues no dejaba de ser su abuela y le daba cierto apuro imaginársela en determinadas situaciones con un hombre, pero necesitaba conocer toda la historia para volver a reconstruir la imagen que siempre había tenido de ella, la cual, en el fondo de su corazón, temía que cambiara.

Sobre las ocho, llegó a casa con ganas de abrazar a su hija y el inusual silencio en el piso la alarmó. Dejó el bolso y las llaves sobre la mesa y corrió al dormitorio en busca de Marcos y de la niña. La habitación estaba vacía. Lo llamó en voz alta, pero no obtuvo respuesta. Miró en la cocina y en el baño, no los encontró. El corazón le dio un vuelco. Cogió el móvil y llamó a su marido, quien contestó al tercer tono.

—Estamos bien —fue lo primero que dijo Marcos.

—¿Dónde os habéis metido? —planteó, molesta.

—Estamos en Urgencias.

—¡María! —gritó a punto de estallar de angustia—. ¿Qué le ha pasado?

—María está bien, cálmate. Es Andrea.

—¿Mi abuela? ¿Qué le ocurre?

—Fuimos a visitarla esta tarde y empezó a encontrarse mal. Llamé a una ambulancia y ahora está en observación.

—Dime que está bien.

—Está bien. No te alarmes.

—Voy para allá.

—No es necesario, Mavi. Volveremos en un rato.

—Da igual, voy.

Colgó. Cogió el bolso, las llaves y, cuando abrió la puerta para salir, casi se estampa con la cara de perro rabioso de su madre.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí?

Beatriz sacó una prenda de ropa totalmente arrugada de una bolsa y se la lanzó a la cara.

—Nunca más vuelvas a pedirme nada prestado si es así cómo vas a tratar mis

cosas, María Victoria.

Mavi estiró la prenda y entonces reconoció el vestido que manchó en la fiesta y que olvidó en el coche de su padre.

—Mierda —murmuró.

—¡Mierda, sí! Así es cómo has dejado el Carolina, hecho una mierda.

—Oye, mamá, ahora no tenemos tiempo de discutir por un vestido...

—Un Carolina es más que un vestido —puntualizó irritada—. No tienes consideración por las cosas...

—La abuela está en el hospital.

—¿Cómo?

—Acabo de hablar con Marcos y está en observación.

Beatriz se llevó una mano al pecho y de repente toda su soberbia desapareció de un plumazo. Mavi se sorprendió al verla tan afectada.

—Tranquila, mamá. Marcos me ha dicho que está bien.

—¿Y por qué demonios ese maridito tuyo no me ha avisado?

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

—Vamos. Tengo el coche abajo.

Durante el trayecto, Beatriz no movió los ojos de la calzada, sumergida en sus propios pensamientos, y Mavi se conmovió al verla tan afectada por su madre.

—¿Qué le dijiste a Álvaro para que abandonara la fiesta tan precipitadamente? —preguntó sin mirarla.

—No creo que sea el momento de hablar de Álvaro.

—¿No tienes nada que contarme?

—No.

—Algo le dijiste para que se marchara de aquella manera tan apresurada. Os vi cuchicheando un buen rato.

—No recuerdo que le dijera nada por lo que tuviera que salir corriendo. —Tras decir esto, carraspeó, intentando parecer convincente.

—No te creo, porque tampoco le había pasado nada al vestido cuando te pregunté, así que probablemente ahora también me estás mintiendo. Por cierto, quiero que me devuelvas lo antes posible el Chanel. Tenía pensado pedírtelo cuando he subido, pero con lo de la abuela me he despistado.

—No te preocupes, mañana mismo te lo llevaré a casa.

Mavi giró la cabeza y miró por la ventanilla para comprobar cómo empezaba a oscurecer. No quería que su madre viera sus ojos vidriosos. En ese preciso instante se sentía estúpida por creer tener superada la dureza y la indiferencia con la que la trataba, pero, cada vez que recibía un golpe, sentía ese ácido que le corroía el estómago y el nudo en la garganta que le indicaba que seguía siendo vulnerable a sus ataques.

Dejaron el coche en el parking del hospital y caminaron hasta la zona de Urgencias. En la entrada vio a Marcos fumando un cigarrillo junto al carrito de María.

Beatriz le lanzó una mirada asesina y, sin detenerse, entró en el edificio.

—Acabo de hablar con el médico, me ha dicho que Andrea ha tenido una fuerte arritmia. Está estable, pero quieren que se quede esta noche —explicó Marcos, indiferente al desplante de su suegra.

—Vete a casa con María. —Acarició la mejilla de su hija, que succionaba el chupete con avidez—. No me gusta que esté entre tanto virus —le pidió.

—Por eso estoy aquí fuera.

—Estás aquí fuera porque estás fumando —intervino Beatriz, que había salido a buscar a su hija—. Vamos —le ordenó con la voz y con la mirada.

Marcos la miró con furia, pero, tras el gesto suplicante de Mavi, decidió no entrar al trapo. Le dio un fugaz beso a su mujer y empujó el carrito hacia la rampa.

En total silencio, se encaminaron al box donde les habían indicado que se encontraba Andrea. Nada más verla, Mavi se abalanzó sobre su abuela y la abrazó con fuerza.

—Tranquila, Mavi. Estoy bien. —Le acarició el brazo y se esforzó por sonreír.

—Siempre me dices lo mismo, abuela, y ya no te creo.

—¿Qué ha hecho esta vez para agitar su corazón, Andrea? —preguntó Beatriz, quien, tras darle un tímido beso, mantenía una cierta distancia de la camilla.

—Nada, hija.

Mavi sintió una punzada en el estómago al recordar la foto del tal Mario y la confesión de su secreto. Miró a Andrea y, como si ella le hubiera leído la mente, le dio unas palmaditas en la mano a su nieta.

—Voy a hablar con el médico —anunció Beatriz, con la misma rigidez en el rostro.

Sus largas piernas, enfundadas en un vaporoso pantalón blanco, giraron como si se tratase de una modelo en una pasarela y su delgado cuerpo atravesó la puerta, haciendo sonar los tacones.

—¿Ya te has mentalizado para viajar tan lejos?

—No pienso ir a ningún sitio si tú no estás bien.

—Mira, Mavi —murmuró Andrea, incorporándose en la camilla trabajosamente.

—¿Qué haces? ¿Adónde vas?

—Deja de tratarme como si fuera una niña —protestó—. Estoy bien.

—No. No lo estás.

—Pues si no lo estoy, me moriré y punto. No hay que hacer un drama de ello.

Sus piernas desnudas quedaron colgando a un palmo del suelo y Mavi sonrió cuando le vio las uñas pintadas imitando el dibujo del cubo de Rubik.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó señalando sus pies.

—Anita, la vecina. Esa niña es una caja de sorpresas. Y sólo tiene once añitos.

—Sí, vale —carraspeó—, pero no quiero que te mueras, todavía no. Necesito tenerte al menos cuarenta años más.

Andrea sonrió deslizándose de la camilla al suelo.

—Necesito estirar las piernas. —Mavi la ayudó a ponerse los zapatos y la sostuvo cogiéndola del brazo—. Creo que quieren que me quede hasta mañana, lo que significa que, al menos, estaré un par de días aquí, porque van a pasarme a una habitación, así que —continuó sin dejar que la interrumpiera— mañana por la mañana ve a mi casa y coge la caja con las cartas. Está en el armario que hay debajo de las escaleras, en la parte de arriba.

—¿Quieres que te la traiga?

—No. Dentro encontrarás un diario. Quiero que te lo lleves a China y lo leas.

Cuando vuelvas, te explicaré la historia.

—No creo que sea buena idea remover el pasado. Mira lo que le ha pasado a tu corazón.

—No digas tonterías. Pienso en Mario cada día. No ha sido por eso.

—Entonces, ¿por qué ha sido?

—¿Porque soy mayor y un día u otro tendré que morir? —mintió.

Sabía que no le quedaba mucho tiempo. Su corazón fallaba y la operación a la que debía someterse no le garantizaba salir con vida del quirófano, así que había decidido que viviría el tiempo que le quedara sin agredir su cuerpo. Por su trabajo como enfermera durante tantos años, conocía el grado de sufrimiento de una operación de tal magnitud y no estaba dispuesta a pasar por ella tan sólo por arañarle, quizá, unos pocos años a la vida y, sobre todo, porque la muerte no le daba miedo. Apelando a su derecho, aquella información era confidencial y así se lo hizo saber a los médicos para mantener el secreto ante su familia.

Beatriz apareció por la puerta con la misma fuerza arrolladora con la que se había ido.

—Bien, madre: necesita descansar, así que nos vamos. Mañana a primera hora vendré a verla.

—No pienso marcharme y dejarla aquí sola —la sermoneó Mavi.

—No necesita a nadie esta noche. No tiene suero ni aguja alguna clavada en la piel que haya que vigilar. No dramatices. —Beatriz abrió la puerta de la mesilla que estaba junto a la cama—. Veo que tiene agua, ¿necesita alguna otra cosa?

—No. Estoy bien.

—Pero es que nadie me escucha... —Mavi puso los brazos en jarras—. He dicho que me quedo.

Beatriz le clavó la mirada.

—No hace falta, cariño —intervino Andrea—. Me voy a sentir mejor sabiendo que duermes cómodamente en tu cama y no en este sillón.

—¿No tendrías que estar haciendo una maleta? Me han dicho que te vas a China. —Mavi miró a su madre y no se sorprendió de que supiera tan pronto la

noticia de su viaje; seguramente su hermano Enrique la tenía al corriente de todo —. Vamos, te llevo a tu casa —añadió—. Hasta mañana, Andrea.

Se acercó a su abuela y la cogió de las manos con cariño.

—Quiero quedarme contigo —le susurró—. Me voy a sentir fatal si me marcho y te dejo aquí sola.

—Tienes una copia de las llaves de mi casa, ¿verdad? —le preguntó, ignorando conscientemente su comentario.

—Sí.

—¿Podrás traerme mañana mi neceser? Necesito el colorete y el pintalabios urgentemente. No quiero parecer un cadáver antes de tiempo.

—¿Se puede saber por qué cuchicheáis tanto? Tengo una cena, María Victoria. Llegaré tarde si no espabilas.

Mavi alzó los ojos al cielo, desesperada, y Andrea sonrió e hizo una mueca de hastío.

—Anda, vete. Mañana hablamos.

—Hasta mañana, abuela. Que descanses.

Le dio un beso y salió detrás de su madre, quien avanzaba por el pasillo a toda velocidad.

El camino de regreso lo hicieron en silencio hasta que Beatriz detuvo el coche delante de la portería del edificio donde Mavi vivía.

—No tengo tiempo de subir a buscar el Chanel, así que te agradecería que lo dejaras en casa antes de marcharte a Shanghái; si no puedes, avísame y le diré a Sebastián que pase a buscarlo. Que tengas un buen viaje.

Mavi asintió y decidió salir del vehículo. La postura tiesa de su madre le indicó que no habría beso de despedida; sin decir una palabra, bajó y cerró la puerta. Antes de que pudiera dar un paso, Beatriz aceleró y desapareció calle abajo.

Capítulo 15

Decidió pasar a buscar el diario por casa de su abuela antes de ir al trabajo y, en cuanto atravesó la puerta, una extraña sensación de vacío le recorrió el cuerpo. Se sentía extraña allí sin ella, buscando en el armario situado debajo de las escaleras que daban al segundo piso. Cuando encontró la caja, la llevó a la cocina y la dejó encima de la mesa. La destapó con mucho cuidado, como si temiera que algo de dentro se fuera a escapar volando, y rebuscó entre las cartas amarillentas por el tiempo hasta dar con el diario en el fondo del recipiente. Lo sostuvo a la altura de sus ojos, estudiándolo unos segundos, y, cuando estaba a punto de colocar la tapa, sus ojos se detuvieron sobre el rostro de Mario, pues la fotografía en blanco y negro que le había enseñado su abuela días antes se había deslizado de entre las cartas. Un joven de facciones marcadas, pelo engominado formando un pequeño tupé, sonrisa vibrante y unos ojos almendrados y oscuros la observaba misterioso a través de cuarenta años, provocándole una curiosidad enorme. Mario tenía un aire al cantante Elvis Presley y parecía un hombre tranquilo y feliz. Se preguntó si ésa era la única foto que Andrea conservaba de él. Antes de dejarla reposar sobre las cartas, le dio la vuelta, en pos de alguna inscripción, pero no encontró nada.

Guardó el diario en el bolso, fue al baño, metió algunas cosas en un neceser y se dirigió a la oficina.

A la hora de comer, se compró un bocadillo y una Coca-Cola en el bar situado en el mismo edificio de la revista, cogió el metro y se dirigió al Clínico. Andrea estaba en la cama. Vestía un camisón blanco del hospital y leía una revista de cotilleo con las gafas de pasta de color azul eléctrico que Mavi le había ayudado a elegir hacía tan sólo unos meses. En cuanto su abuela levantó la cabeza y la

miró, ella suspiró aliviada al ver que tenía algo más de color en las mejillas que la noche anterior.

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, cariño.

—Tengo el diario aquí —le indicó señalando el bolso que estaba dejando sobre una silla.

—¿Ya has comido?

—No. Traigo un bocadillo. Comeré aquí contigo mientras me hablas de Mario.

Mavi acercó una silla a la cama, cogió el bocadillo y el refresco y se sentó.

—¿Por qué nunca me habías hablado de él?

Andrea se encogió de hombros, dejó la revista sobre la mesita y se quitó las gafas.

—Porque era para mí y nunca tuve intención de sacarlo de mis recuerdos, pero, sobre todo, porque me daba miedo que no lo entendieras.

—Y... ¿qué te ha hecho cambiar de opinión?

—No quiero morir y que nuestra historia muera conmigo, como si nunca hubiera existido. Fue algo maravilloso que me hizo inmensamente feliz, pero que también trajo a mi vida una gran tristeza —guardó las gafas en un estuche de piel y lo dejó sobre la mesita—, aunque hace mucho tiempo que decidí quedarme sólo con lo bueno.

—¿Y por qué no se lo constaste nunca a mi madre?

—¿Qué crees que pensaría si supiese que tuve un amante con el que pensaba huir y abandonarlos?

—¿Pensabas huir con él y abandonarlos?! —exclamó, tapándose la boca con ambas manos sin soltar el bocadillo.

—No pienses que todo ocurrió de un día para otro o que era una especie de pelandusca a la que no le importaban lo más mínimo su hija y su marido.

—Voy a intentar no prejuzgarte, abuela, porque mi vida no es un ejemplo de honestidad.

—Quiero que me veas como soy realmente, con mis virtudes y mis defectos. Tomé decisiones que cambiaron el rumbo de mi vida. Tal vez hice bien o tal vez

no —suspiró—, pero en aquellos momentos mandó el corazón. —Mavi la miraba fijamente con mucha atención—. Empieza tu bocadillo o no te dará tiempo de comer.

Obedeció y retiró el envoltorio de papel de aluminio para dar el primer mordisco al bocata de atún.

—En 1975 yo tenía treinta y cinco años y por aquella época trabaja como enfermera en el casi recién inaugurado Hospital San Juan de Dios. A principios de aquel año, el hospital había enviado a unos cuantos médicos y enfermeras, entre los que yo no me contaba, a Florencia, concretamente al Hospital de Santa María Nuova, para intercambiar conocimientos y técnicas. —Hizo una pausa, cruzó los dedos de las manos y las posó sobre el abdomen—. En abril de aquel mismo año, los médicos y enfermeras italianos vinieron a nuestro hospital. Dos médicos y una enfermera fueron destinados a mi planta, y a mí me tocó enseñársela.

—Y uno de aquellos médicos era Mario —acotó Mavi.

—Así es. Él fue el encargado de presentarme a sus colegas. La enfermera, Cira, una joven rubia muy atractiva y dulce, y el otro médico, Bruno, bajito y desgarrado. Luego se presentó él, Mario. —Sonrió como una quinceañera y las arrugas se marcaron alrededor de sus labios—. Aquel primer contacto al darme la mano para presentarse provocó una descarga eléctrica que me erizó el vello del cuerpo. Sus ojos negros se clavaron en los míos, despertando en mí una sensación que hasta entonces nunca antes había experimentado... ni siquiera por el abuelo —comentó con un gesto de culpabilidad—. Nunca olvidaré aquel primer contacto. Su piel desprendía un calor suave y el olor a gel y perfume masculino me hipnotizó. En aquel preciso instante supe que mi vida iba a dejar de ser la que era.

—¿Todavía vive, abuela?

—Tranquila, Mavi. Todo lo sabrás. —Hizo una mueca y cogió aire con la felicidad iluminando sus ojos—. Como viste en la foto, Mario era muy guapo.

—Tenía un aire a Elvis Presley.

—Sí, es cierto. Por eso la mitad de las enfermeras estaban coladas por él. Por aquel entonces, Elvis era un ídolo y su sonrisa, la de Mario quiero decir, era para

morirse. —Mavi soltó una carcajada al oír aquella expresión en su anciana abuela—. Llevaba el pelo engominado y peinado hacia atrás en un pequeño tupé, como el cantante, tenía unos penetrantes ojos negros y una sonrisa viva que pocas veces desaparecía de sus labios y, cuando hablaba, gesticulaba mucho con las manos, como los auténticos italianos, y todos los gestos los exageraba. — Agitó las manos, imitando sus movimientos.

Mavi se percató de cómo la expresión de Andrea iba cambiando a medida que hablaba de él, como si un torrente de energía bombeara dentro de ella.

—Y era divertido —continuó—, y muy simpático. Además, hablaba un casi perfecto español con acento italiano que lo hacía irresistible.

—¿Qué especialidad médica tenía?

—Pediatra, y te aseguro que no hay nada más sexy que un médico de niños buenorro —soltó.

Ambas rieron.

—Sigue, abuela.

—Cuando les estaba enseñando las estancias de la planta, cada vez que me giraba para comentarles algo, Mario tenía sus ojos clavados en mí. Creo que no miraba a nadie más y no le importaba que los demás se dieran cuenta de ello. Me ponía nerviosa. Se me trababan las palabras. Aquel día comí con ellos en la cafetería del hospital, a pesar de que mi jornada laboral había terminado y, cuando el otro médico, Bruno, y la enfermera se marcharon, nos quedamos solos tomando café. Yo estaba tan inquieta que no sabía qué decir, pero Mario no dejó de hablar. Me explicó que era de Formia, situado entre Nápoles y Roma, que le gustaba el golf y el submarinismo, que tenía cuatro hermanas... y también dejó caer con mucha sutileza que era soltero. Me contó que su pasión desde la infancia había sido ayudar a la gente y que por eso había estudiado medicina. Aquel era el primer verano que no iba como médico voluntario a Sudamérica, África o Asia, lo que había estado haciendo los últimos años.

—¿Qué edad tenía cuando lo conociste? ¿Era como en la foto?

—Sí. Cerca de los cuarenta.

—¿Y no te sentiste mal porque te atrajera otro hombre? Estabas casada.

—Me sentí terriblemente mal. Me sentí culpable, mala madre y mala esposa.

Pero al principio pensaba que sólo era una ilusión que terminaría en un par de semanas, un poco de emoción inocente en mi vida. No estaba haciendo nada malo, sólo admirar la belleza de un hombre que me prestaba atención y eso, en mi aburrida y rutinaria vida, resultaba excitante. Lo que sentía por Mario era algo inocente; créeme si te digo que en un principio nunca tuve la intención de que llegara a nada más, hasta que me besó.

—¿Te besó?

—El tercer día me besó y eso lo cambió todo. —Suspiró como si hiciera cinco minutos, y no más de cuarenta años, que aquel beso había ocurrido.

—Vaya, no perdía el tiempo.

—Estábamos en el almacén cogiendo lo necesario para hacer las curas de aquella mañana y, de repente, me acorraló entre su pecho y la pared, con su cara tan cerca de la mía que pude sentir su aliento en mi nariz... y me besó. —Mavi pensó en Ángel y en lo ocurrido en la habitación—. Fue un beso corto, pero me dejó sin aliento. Luego cogió mi mano y, llevándosela al pecho, dijo que, desde que me había visto, su corazón latía de manera diferente, que ya no reconocía al hombre sosegado que había llegado a España y que yo le había hecho perder la tranquilidad y el sueño. Añadió que sabía que estaba casada, pero que su deseo era más fuerte que la razón.

—¿Y tú qué hiciste? —preguntó impaciente.

—Lo que tenía que hacer. Le di un bofetón.

—¿En serio? —Rio, imaginando la escena.

—No podía dejar que pensara que era una mujer fácil, aunque el beso me encantó. Por unos segundos casi me dejé arrastrar por aquel torrente de sensaciones, pero después de la bofetada se apartó de mí. Le dije que estaba loco, que no se atreviera a sobrepasarse nunca más. Él se disculpó, avergonzado. Salí de esa estancia como alma que llevara el diablo. Recuerdo que el corazón me latía a mil por hora. Pensaba que me desmayaría allí mismo.

—Y, ¿qué pasó cuando lo volviste a ver?

—Lo estuve evitando todo lo que pude. Me repetí mil veces que estaba casada y no podía pensar en hacer nada que destruyese mi matrimonio. Quería al

abuelo, pero no podía evitarlo por mucho tiempo más. El trabajo nos obligaba a comunicarnos, a mirarnos.

—¿Estabas enamorada del abuelo?

—El abuelo significaba la estabilidad, lo cotidiano. —Sacudió la cabeza, trayendo al presente tantos pensamientos que la atormentaron en el pasado—. Mario me perturbaba y su mera presencia sacudía mi vida entera como si la existencia que llevaba fuera un error y él fuera mi auténtico camino. Representaba lo nuevo y lo emocionante; era un hombre tan atractivo como interesante, con una personalidad y un físico difíciles de ignorar. —Se detuvo y tomó aire con tranquilidad, recreándose en el recuerdo—. Cuando estaba con él, me sentía como deseaba ser, mi inseguridad y miedos desaparecían al instante. Me pregunté más de una vez si era egoísmo y si me había convertido en una mentirosa y en una traidora por haberme enamorado de otro hombre cuando ya tenía a uno que me quería, que me cuidaba y que se esforzaba día a día por trabajar más horas con su taxi. —Le dio unas palmaditas en la mano—. Ya te he explicado muchas veces que la ilusión del abuelo era montar una empresa, tener una flota de taxis; ése era su objetivo y a ello dedicaba la mayor parte de las horas del día e incluso de la noche.

—Te sentías sola —afirmó Mavi.

—No quiero decir con eso que la culpa fue del abuelo por trabajar tanto, simplemente ocurrió.

—Buenos días —saludó una jovencísima auxiliar de enfermería, empujando un carrito con una bandeja tapada—. ¿Tiene hambre, Andrea?

—Depende del menú.

—Judías con patatas y pescado hervido. —La chica colocó el carrito junto a la cama.

—Preferiría algo con más colesterol y azúcar, pero ya veo que no podré elegir.

—Las costillas al horno y el chuletón son para la cena —bromeó la auxiliar.

—Entonces, casi prefiero esperar a la cena.

—Abuela... —la regañó Mavi, también con la mirada.

La chica se marchó y Andrea destapó la bandeja, dejando al descubierto el

menú. Hizo un gesto de desagrado y apartó el recipiente a un lado.

—Tienes que comer.

—Ya lo haré más tarde.

—Se enfriará.

—Pues ya les diré que lo calienten.

—Esto no es un hotel.

De mala gana, pinchó unas cuantas judías con el tenedor y se las metió en la boca. Mavi no pudo evitar sonreír ante las muecas de desagrado de su abuela.

—¿Ya estás contenta?

—Sólo un poco.

La puerta se abrió y Beatriz apareció por ella tan estirada como siempre e impecablemente vestida con un traje chaqueta beige y un gran bolso granate colgando del brazo. Se acercó a Andrea y le dio un beso que se perdió en el aire, entre sus labios y la mejilla.

—¿Qué tal? —preguntó mirando a su madre, recelosa.

—Terminando de comer.

—Y tú, ¿qué haces aquí? ¿No tendrías que estar trabajando? —Beatriz dejó el bolso sobre los pies de la cama y miró a su hija igual que si hubiera visto un objeto que no queda bien con la decoración.

—He venido a comer con la abuela —respondió, mostrándole el bocadillo a medio terminar.

Beatriz le dio la espalda a Mavi y se dirigió a su madre.

—¿Cómo se encuentra hoy?

—La verdad es que mucho mejor, espero poder irme a casa esta tarde.

—Bueno, no se haga muchas ilusiones... por lo menos hasta que estén seguros de lo que le ocurre. Todos estamos más tranquilos sabiendo que aquí está controlada.

—También podrías llevártela a casa unos días y cuidar de ella.

Beatriz y Andrea la miraron como si acabara de decir una barbaridad y, tras dedicarse ambas una mirada fugaz, se impuso el silencio.

—¿Piensas estar mucho tiempo aquí? —le preguntó a su madre sin ninguna discreción.

—¿Acaso me estás echando?

—No, pero la abuela y yo estábamos manteniendo una conversación privada y nos has interrumpido. Sólo quiero saber si piensas marcharte en diez minutos, con lo cual me esperaría para seguir hablando con ella, o si por el contrario vas a quedarte más rato, porque entonces me marchó.

Una fugaz satisfacción le recorrió el estómago al no poder evitar ser perversa con su madre, pero Beatriz ni se inmutó. Tenía muchas tablas para dejarse mover ni un milímetro en el campo de la ofensa, y aún menos por una novata como su hija. Sólo dejó asomar una sutil sonrisa en la que pudiera leer que ni siquiera le había arañado el orgullo.

—Pues ya puedes irte, me voy a quedar un rato —se limitó a decir.

Le fastidiaba enormemente no poder seguir charlando con su abuela, así que se acercó a su cara y le susurró:

—Hablares cuando vuelva de China, tienes que contármelo todo.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana por la tarde.

—Creo que será una experiencia que cambiará tu vida, cariño.

Mavi le dio un abrazo y se marchó sin mirar a su madre, quien tampoco se molestó en llamar su atención.

Capítulo 16

Preparó la maleta lo más ligera de ropa que pudo, aunque no se descuidó de meter un modelito distinto para cada día. Le fastidiaba tener que repetir zapatos, pero no podía cargar con un par distinto para una semana; hubiera necesitado dos maletas y, con una que arrastrar, resultaba más que suficiente.

La mañana del viaje regresó al hospital a despedirse de Andrea y, nada más verla, supo que algo no iba bien. Su rostro pálido, los labios blanquecinos y sus movimientos lentos y costosos reflejaban un profundo cansancio. En cuanto apareció su nieta, Andrea hizo un esfuerzo por sonreír, incorporándose en la cama. Los brazos le temblaban y las fuerzas la abandonaban minuto a minuto. Sentía con absoluta viveza cómo la vida se le escapaba, tan delicadamente que el miedo a morir permanecía ausente.

—Abuela... —Alarmada, se sentó en el borde de la cama y la cogió de las manos, que notó frías y frágiles, con los nudillos sobresaliendo bajo esa piel casi transparente y surcada de manchas oscuras; apenas recibió de ellas una débil presión.

—Estoy bien, cariño.

—Ahora mismo voy a llamar a mi jefe para decirle que no me voy a Shanghái. —Sacó el móvil del bolso y se dispuso a buscar el número en la agenda.

—¡No! —Su voz queda intentó sonar rotunda, pero no pasó de ser un leve quejido de súplica—. No quiero que hagas eso. Quiero que sigas tu camino y que nadie ni nada te detenga.

Mavi sintió que el corazón se le encogía. En tan sólo unas horas, la imagen de su abuela se había deteriorado tanto debido a su precaria salud que temía que no

aguantara hasta su regreso de China, aunque se esforzara por sonreír y transmitirle tranquilidad.

—No voy a marcharme si no estás bien.

—Sólo estoy un poco mareada, lo normal. Me acaban de tomar la tensión y la tengo muy baja. Las pruebas han salido bien, lo suficiente como para que mañana me den el alta, así que vete sin miedo, cariño —mintió acariciándole el dorso de la mano.

—No te creo. Hablaré de inmediato con los médicos.

—María Victoria Torres, haz el favor de hacerme caso —le ordenó, utilizando la fuerza necesaria para sonar autoritaria.

—¿De verdad? ¿No me lo dices sólo para tranquilizarme?

Andrea continuó con la farsa; tenía la corazonada de que aquel viaje le haría bien a su nieta. Estaba convencida de que, si salía de la rutina de su vida por unos días, lograría ver con claridad el camino a seguir.

—Confía en mí, cariño.

—No sé, abuela... —La miró a los ojos, intentando vislumbrar en su rostro ceniciento la verdad—. Me quedo, abuela. No hay viaje.

—Mavi, concédeme aunque sea este deseo. Vete, por favor. Hazlo.

—¿Por qué? ¿Qué motivo hay más importante que tú?

—Tú misma, cariño. Sé que este viaje te hará bien, lo intuyo.

No quería marcharse, no deseaba alejarse de ella dejándola en aquel estado, pero tampoco quería llevarle la contraria y no concederle aquel deseo que, por lo que parecía, la hacía más feliz que a ella.

—Está bien, iré, pero con una condición.

—Dime.

—Quiero que me mantengas informada de tu estado todos los días. Prométemelo.

Andrea levantó la mano derecha a modo de juramento.

—Prometo wasapearte cada día.

Se abrazaron con intensidad y Andrea lo hizo con más intención consciente de que le había mentado sobre su diagnóstico. Se ciñó al cuerpo de su nieta, a su aroma, a su tacto... sabedora de que aquella podía ser la última vez.

Se levantó de la cama, donde había permanecido en silencio durante un buen rato, y arrastró la maleta hasta el salón en cuanto el taxi la avisó con un mensaje de que la esperaba en la calle. Marcos jugaba con María en el sofá. Cogió a la niña de sus brazos y la miró con detenimiento para no olvidar ningún detalle de su pequeña carita rosada... del pelo rojizo como el suyo, los ojos azules y los hoyuelos en los mofletes. La abrazó aspirando su olor a bebé y notó su cuerpo suave y blandito fundirse en su pecho. En ese instante, el valor que hasta entonces la empujaba a emprender el viaje, la abandonó. Miró a Marcos. Quería decirle que no iba a ir a ninguna parte, que prefería quedarse en casa, en esa rutina que no soportaba... pero él permanecía inmóvil en el sofá, con la mirada perdida en el suelo.

—Te quiero, te quiero, te quiero mi vida. Pórtate bien con papi, cariño. —La cría le sonrió como si hubiera entendido lo que acababa de decir—. Me voy, llamaré cuando llegue. —Él no levantó la vista, enfurruñado como un niño pequeño—. Sabes que hago esto por nosotros, ¿verdad? —Le devolvió a María.

—Claro —se limitó a contestar.

—¿No vas a despedirte?

Se levantó como si le costara y le dio un fugaz beso en los labios.

—Que tengas un buen viaje. —La miró a los ojos con los labios apretados.

Mavi salió por la puerta camino del aeropuerto.

Tardó más de lo que imaginaba en facturar la única maleta que llevaba. Las colas en todos los mostradores eran largas y constantemente llegaban viajeros de distintos vuelos que abarrotaban el aeropuerto del Prat. Con la tarjeta de embarque en la mano, se dirigió a la zona de seguridad para pasar por el arco detector de metales y se puso a la cola. Le iba a tocar esperar otro buen rato, porque un gran número de personas aguardaban delante de ella. Lo único que la consolaba era saber que, en cuanto llegara al hotel en Shanghái, se daría un baño caliente y dormiría plácidamente sin la preocupación de que María la despertara.

A los diez minutos, oyó gritar su nombre, se giró y vio a Marcos empujando el carrito de María. Salió de la cola y corrió hacia ellos.

Su marido la abrazó con una intensidad que hacía tiempo que Mavi no sentía y en cierta forma eso la reconfortó. Él le dio un largo beso mientras le enmarcaba el rostro entre sus manos.

—Perdóname —le pidió con la preocupación reflejada en sus ojos azules—. Perdóname, mi amor. Perdóname por ser un estúpido desagradecido incapaz de darse cuenta de la fantástica mujer que tiene a su lado.

Sus labios, ansiosos, recorrieron la cara de Mavi llenándola de pequeños besos. Ella cerró los ojos esperando sentir de nuevo la magia o las mariposas revoloteando en su estómago, pero no fue así. Tal vez eso era normal; como le dijo su padre, las cosas cambiaban con el tiempo.

—Mi amor, te quiero. Todo mejorará, ya lo verás.

—Deseo creerte —afirmó él sin apartar las manos de su cara, con la frente apoyada en la de ella—. Necesito creerte, Mavi. Necesito sobrevivir a esto, contigo y con María.

—Tengo que irme o perderé el avión, y me espera un largo viaje hasta Shanghái. He de volar hasta Madrid y después hacer escala en el aeropuerto de Heathrow, en Londres. Allí tengo que esperar dos horas y media más hasta que salga el vuelo con destino a Shanghái-Pudong. —Dicho esto, suspiró con una mueca de resignación.

—Veo que te lo tienes bien aprendido. —Sonrió, acariciándole la mejilla—. Estoy sorprendido de que hagas este viaje, con el miedo que te da volar. Eres más valiente de lo que pensaba y me quedo más tranquilo sabiendo que no viajarás sola. Por cierto, ¿dónde está tu compañera?

—Dijo que nos veríamos en la puerta de embarque.

—Está bien. Llámame en cuanto pises tierras chinas.

—Lo haré.

Besó a María y le dio un último beso a Marcos antes de regresar a la cola.

La hora de embarcar se acercaba y Sara no aparecía por ninguna parte. Estaba empezando a ponerse nerviosa y lo peor de todo era que no tenía su número de teléfono. Había querido pedírselo varias veces, pero no había concretado la

acción. Llamó a la oficina. No sabían nada de ella. Cuando avisaron por segunda vez para embarcar, volvió a ponerse en contacto con la revista y esta vez Cristina le dijo que Sara había tenido un accidente con el taxi camino del aeropuerto y que no llegaría a tiempo para coger el mismo vuelo. Casi le dio un ataque de nervios cuando se percató de que tendría que ir sola a China, así que sacó una botellita de agua de su bolso y se tomó el primer tranquilizante para soportar los vuelos sin sufrir un ataque de pánico.

Capítulo 17

Después de horas de vuelos y esperas, por fin puso los pies en tierras asiáticas. Haciendo un último esfuerzo para desplazar su cuerpo, aturdido de cansancio, buscó la cinta por donde debía salir su maleta. En cuanto se hubo mezclado con la multitud, se percató de que la extraña en aquel lugar era ella y que la mayoría de las personas eran orientales.

La maleta apareció casi de las primeras. Al alzarla, le pareció que pesaba más que antes y tuvo que hacer un gran esfuerzo para colocarla en el suelo. El cansancio la tenía agotada de pies a cabeza y estaba deseando llegar al hotel, darse un baño caliente y dormir entre sábanas limpias.

Salió a la calle y le sorprendió lo diferente que era la luz del día, con un tono difuso, como si el cielo estuviera cubierto por una fina media que no dejara penetrar los rayos del sol; incluso el olor era diferente... algo dulce flotaba en el ambiente y todo aquello le hizo sentirse desubicada. Buscó la parada de taxis y se situó al final de otra larga cola. Estaba tan exhausta que creyó que no aguantaría mucho más tiempo sin evitar desmayarse. Sacó el papelito donde Cristina le había escrito en inglés y en chino la dirección del hotel que había reservado por Internet y se aferró a él, como si aquel pequeño trozo de papel fuera lo único que podía salvarla de perderse en una ciudad a miles de kilómetros de la suya.

La cola avanzó rápidamente y pronto le tocó un taxi. El conductor la miró con dureza, colocó el equipaje en el maletero y, sin decir una palabra, volvió a su asiento. Mavi tuvo que apresurarse a subir a la parte de atrás antes de que arrancara sin ella. El hombre la miró por el retrovisor y dijo algo en chino. Sin

entender una palabra y asustada por el tono grave y la cara de enfado del taxista, le enseñó el papel con la dirección de hotel.

—¡Aquí! —le gritó como si fuera sordo—. ¡Hotel, hotel! ¡Aquí! ¿Me entiende?

El tipo le quitó de las manos el papel de mala gana. Echó un vistazo, se lo devolvió y se puso en marcha. Mavi se hundió en el respaldo del asiento y se aferró al bolso sobre sus piernas, preguntándose qué demonios estaba haciendo allí. El calor empezó a humedecer su espalda, pero ella no se movió, fingiendo que no se daba cuenta de las miradas curiosas que el conductor le lanzaba a través del retrovisor. Después de unos cuarenta minutos de trayecto, el taxi se detuvo junto a la acera. El chófer se volvió hacia ella y le mostró la palma de la mano. Mavi sacó el monedero de su bolso y le ofreció algunos yuanes que Cristina le había dado como adelanto para gastos. El taxista los cogió y le devolvió unas monedas. Luego salió del coche, abrió el maletero y descargó la maleta mientras Mavi echaba una rápida mirada a su alrededor, intentando localizar el hotel.

—¿Yunhong? ¿Yunhong? —pronunció señalando el papelito donde tenía escrito el nombre del hotel.

El conductor le indicó una calle peatonal haciendo varios gestos con la mano hacia aquella dirección.

—Genial. Estoy agotada y, además, tengo que caminar en busca del hotel. Pienso matar a Cristina cuando vuelva —dijo en voz alta, sabedora de que aquel hombre no entendería una palabra.

Éste subió a su taxi y se marchó.

De mala gana, empujó la maleta, la cual se deslizó con facilidad sobre las baldosas grises del paseo peatonal, plagado de tiendas y gente. Con los ojos más abiertos que nunca, lo observó todo a su alrededor, intentando distinguir, entre los miles de carteles, luces y edificios, dónde estaba su hotel, pero resultaba casi imposible orientarse. Empezó a sentirse mareada. La respiración se le aceleró y los latidos del corazón golpearon el centro de su pecho, apremiándola.

Después de veinte minutos caminando entre tantos letreros luminosos, pantallas de plasma que colgaban de las fachadas de algunas tiendas y rótulos

con caligrafía china, temió haberse perdido. Decidió preguntar a alguien, así que buscó a un transeúnte con cara de occidental.

—Perdonad... —Tocó el hombro de una joven que iba con su pareja, ambos con pinta de estudiantes enamorados; éstos la miraron con curiosidad.

—*Ja* —contestó él en un seco alemán.

—Estupendo, otro tío al que no entiendo —soltó Mavi. Le mostró el papel y ambos lo miraron con curiosidad.

—*Ja, ja. Sticks* —comentó la rubia.

—*Ja, ja* —respondió él.

—Vale, ¿me podéis explicar que es tanto *ja, ja*?

—Mmm... —murmuró la chica clavándole sus gélidos ojos azules, preguntándose si valía la pena darle una explicación en su idioma o si sería una pérdida de tiempo. Finalmente le hizo una señal para que la siguiera.

Mavi tuvo que concentrarse en no perder al par de rubios que avanzan a grandes zancadas por el paseo. Logró esquivar a algunas personas, pero a otras no pudo evitar golpearlas con la maleta y la increparon, insultándola en aquel idioma del que no entendía una palabra. Al fin se detuvieron y la rubia señaló la entrada de una tienda, mientras sonreía complacida.

—*Hier, hier...* Yunhong.

Mavi alzó la cabeza y miró el cartel que presidía la entrada, «Yunhong chopstiks shop». La pareja de alemanes la despidieron con la mano y siguieron su camino, mientras su corazón se paró de golpe al darse cuenta de que su hotel era una tienda de palillos.

Con las manos temblorosas, buscó el móvil en su bolso y, con rapidez, accedió a la agenda telefónica. Enseguida descartó llamar a la oficina. En Barcelona debían de ser las cinco de la mañana, así que no habría nadie en el trabajo. Escribió «Cristina de la ofi» y deslizó el dedo por la opción llamada. Al tercer tono, empezó a desesperarse; si no descolgaba, acabaría desmayándose.

Un molesto zumbido repiqueteó sobre la mesita y la luz azulada del móvil iluminó el dormitorio de Cristina, quien no se inmutó lo más mínimo. Sólo un ronquido propio le hizo girarse sobre las sábanas, buscando una nueva posición mientras el teléfono zumbaba una y otra vez.

Mavi suspiró aliviada cuando la voz irritada de Cristina le dio la bienvenida: «Hello, hellou. Ahora no estoy disponible. Dime qué quieres e intentaré complacerte lo antes posible», dijo el mensaje del contestador.

«Bien, tranquila —pensó—. No es más que un contratiempo del que sabré salir con inteligencia. Cogeré otro taxi y le pediré que me lleve a un hotel. Pero ¿cómo se lo hago entender? Puedo escribir en un papel la palabra hotel, es reconocible internacionalmente, aunque seguro que me preguntará qué hotel y ya tendremos el lío montado otra vez.» Sudaba. Necesitaba calmarse y pensar. Estaba sola a miles de kilómetros de su casa y dependía de ella misma para lograr salir de aquella situación.

El sonido de un mensaje en su móvil la devolvió de nuevo a la realidad. No tenía el número grabado y lo que leyó la desconcertó.

Desconocido: Dame la dirección de tu hotel y en unas horas pasaré a buscarte.

¿Cómo era posible que Sara hubiera llegado casi al mismo tiempo que ella? Debía de haber cogido un vuelo directo. Se sintió aliviada y agradecida de no estar sola en aquel país.

Mavi: Estoy delante de una tienda de palillos, no tengo hotel.

Desconocido: ¿Dónde estás?

Mavi: En Shanghái.

Desconocido: Sí, eso ya lo sé, pero ¿dónde? ¿En qué calle?

Mavi: ¡Y yo qué sé! ¡Palito, palito, raya! 😡 No entiendo ni una maldita letra o lo que sea eso con lo que escriben. Espera...

Comprobó el papelito donde tenía apuntada la dirección.

Mavi: Nanjing.

Desconocido: Vale, dame algún dato más de la tienda.

Mavi: Hay un montón de palillos. 😬

Desconocido: Supongo que debes de estar en la calle comercial

de Nanjing. No te muevas de delante de la tienda, estaré ahí en una hora.

Mavi: ¡Una hora! 😊

Desconocido: Sí. Hasta luego.

Tras cortar la comunicación, suspiró aliviada. Se acurrucó en un banco, abrazando su bolso, que ya había perdido su forma original, y volvió a echar un vistazo a su alrededor. Decenas de personas paseaban a aquellas horas de la tarde bajo los carteles luminosos y los altos edificios que se imponían en el paisaje. El lugar parecía sorprenderla sólo a ella, pues, en aquella autopista humana en movimiento, era la única que miraba abrumada a su alrededor. Si le hubiera hecho caso a su madre, en ese momento se sentiría como una más en aquel sitio desconocido. Beatriz siempre la había animado e incluso le impuso la necesidad de viajar, de ver mundo, de conocer otras culturas, otros idiomas, pero Mavi prefirió quedarse en la zona de confort. Las experiencias de los dos viajes a Europa que había realizado con sus padres y su hermano, donde sufrió sendos ataques de pánico antes de subir al avión, la convencieron de limitarse a viajar exclusivamente por la península.

Los transeúntes ni siquiera se fijaban en ella. No era más que un bulto inmóvil en uno de aquellos bancos de granito de color burdeos que plagaban el paseo, de donde decidió no moverse a la espera de ser rescatada por Sara. Le habría gustado entrar en una de las muchas y diversas tiendas que veía a su alrededor, pero no quería arriesgarse a que su compañera llegara y no la encontrara esperándola frente a la tienda de palillos, tal y como habían quedado.

Después de mirar el reloj tres veces y comprobar cómo el minuterero avanzaba con lentitud, sintió las piernas entumecidas y un peso enorme en las cervicales. Se puso en pie. Estiró los brazos y agitó las piernas, intentando que la circulación volviera a sus venas. Una mujer pasó frente a ella empujando el carrito de un bebé y eso le hizo pensar en María; se sorprendió al no sentir la esperada añoranza que creyó que la consumiría a cada minuto e, inmediatamente, la idea de que no era buena madre inundó de nuevo su corazón. Sacudió la cabeza para expulsar aquel pensamiento de su mente y se centró en una pareja que discutía frente a la entrada de una tienda. Eran jóvenes, de unos

veinticinco años, y ella le mostraba unas bolsas mientras no dejaba de subir el tono de voz. El chico la escuchaba con los brazos cruzados, con cara de saber demasiado bien de qué iba la historia. Entonces, sacó su cartera de la americana que vestía, extrajo unos cuantos billetes y la chica se calló en el acto. Ella los cogió como si quemaran y cambió al instante su expresión de enfado por una amplia sonrisa, dándole un apasionado beso al chico, quien, con aires de galán, se mantuvo firme, con las manos en los bolsillos del pantalón, dejándose querer.

De repente, se vio reflejada en aquella mujer asiática que parecía una adolescente caprichosa a la que sólo le hacía feliz comprar. Durante los primeros años, Marcos le consintió algunos caprichos, como zapatos y ropa de prestigiosas firmas, pero su pequeño negocio de carpintería no podía mantener el nivel al que ella estaba acostumbrada y poco a poco fue bajando la calidad de las compras y pasó de vestir modelos de Prada o Louis Vuitton a Zara o Mango. Pero el amor era capaz de sustituir cualquier cosa y no echó nada de menos la vida a la que estaba acostumbrada en casa de sus padres; vivía del profundo amor que sentían el uno por el otro, hasta que el negocio de carpintería de Marcos empezó a ir mal y los ingresos se redujeron de forma drástica. Fue entonces cuando cometió el gran error de obligar a Marcos a invertir, en su deseo de ser madre, un dinero que no se podían permitir. Se removió en su asiento al recordar otra vez aquella época y el sentimiento de culpa palpó más fuerte en su corazón. Ver a Marcos tan apagado y sin ilusión, tan decepcionado por no poder darle a su familia una vida digna, la torturaba.

Sacó de nuevo el móvil y envió un wasap a Marcos, a su padre y a su abuela. Les dijo que ya estaba en el hotel, que se iba a dormir porque estaba agotada y que ya tendrían más noticias suyas al día siguiente. La primera que contestó fue Andrea. Le envió un emoticono con una cara sonriente y tres corazones rojos. Se alegró de recibir noticias suyas y le preguntó qué tal estaba. Su abuela contestó con el emoticono de un pulgar hacia arriba seguido de «Te quiero. Diviértete».

Intentó distraerse un poco y se acercó hasta uno de los escaparates para curiosear los modelos que lucían los maniqués. Le hubiera gustado comprarse algo y, si no hubiese estado tan cansada, seguramente ya se habría probado el precioso vestido corto de rayas blancas y rojas que mostraba la delgada figura,

junto con los zapatos de tacón de diez centímetros. Cada vez más gente se concentraba en la calle, entrando y saliendo de las tiendas, mirando los escaparates o comiendo de pie mientras charlaba. Sin saber cómo, un par de hombres chinos, delgados y más bajitos que ella, la abordaron, parlotando constantemente en aquel idioma que no entendía. Empezaron a moverse a su alrededor, revoloteando como mariposas, gesticulando con las manos y alzando la voz como si con eso intentaran que los entendiera, mientras, muy sutilmente, la empujaban con discretos roces hacia la entrada de una casa particular cuya puerta permanecía abierta. De repente, se encontró en una estancia amplia, llena de todo tipo de objetos y ropa que colgaba por todas partes. Enseguida se dio cuenta de que eran falsificaciones, desde bolsos, zapatos y prendas de ropa hasta cualquier pieza de decoración.

—No, no, gracias, no quiero nada —dijo intentando zafarse de aquellos pequeños cuerpos que la empujaban hacia dentro.

Algunas personas occidentales se paseaban por el lugar observando con tranquilidad, pero Mavi se sintió asfixiada y tremendamente agobiada por aquellos dos tipos que no dejaban de mostrarle cosas, sin parar de parlotear de forma insistente. Un par de mujeres asiáticas se pegaron a ella, hablando en un tono alto y gesticulando exageradamente con las manos. Empezaron a tocarla con pequeños roces con los que consiguieron meterla en el interior del local. Mavi empezó a sentirse mareada. La angustia le retorció el estómago y le palpitaba en las sienes. No podía moverse libremente. Su espacio personal estaba invadido por aquellas cuatro personas que la atosigaban, que la observaban como si quisieran ver más allá de la ropa que vestía, de su carne y de sus huesos. Entonces, se percató de que tiraban de su maleta con delicadeza. Estaban intentando que la soltara. Se aferró a ella pegándola a sus piernas, mientras aquellas figuras, que se movían como fantasmas, la seguían acosando, rozándole sutilmente los brazos, el pelo, el cuello... Le entró terror al percatarse de lo que intentaban. Temió por el reloj de Bvlgari que adornaba su muñeca, un regalo de su padre al cumplir los dieciocho años y que estaba valorado en unos tres mil euros. Lo sabía porque casi lo había empeñado en una ocasión y era lo único que no había vendido de todas sus pertenencias. En ese instante, a su pesar, estaba a

punto de esfumarse si no se andaba con ojo, al igual que su alianza de casada y las dos pulseras de plata que Marcos le había regalado por un cumpleaños. Tenía que salir de allí... pero con aquellas personas tan pegadas a ella casi no podía moverse. El lugar, abarrotado de objetos, empequeñecía, apresándola. Unas tremendas ganas de vomitar acudieron a su estómago. Sudaba. La humedad impregnaba todo su cuerpo y la ropa se le pegó a la piel. Las piernas empezaron a flaquearle. Apenas se sostenía sobre los tacones. Los chinos la condujeron al fondo de la estancia, donde no había ningún turista. Quería gritar, salir de allí. Sabía que se lo robarían todo. No sólo el reloj, sino el bolso y, con él, el móvil, su único contacto con el mundo que conocía. Le entró el pánico y empezó a respirar muy rápido. Le faltaba el aliento. No aguantaba más. Estaba tan asediada, tan agotada y tan asustada que supo que iba a desmayarse.

Todo se nubló y se dejó caer. Esperó sentir el golpe contra el suelo, pero no fue así. Unos brazos la sostuvieron, alzándola en el aire. Notó que la sujetaban por detrás de la espalda y por debajo de las rodillas. Creyó que soñaba. La luz de la calle se coló a través de sus párpados cerrados. Abrió los ojos y miró hacia arriba. Una espesa barba le hizo cosquillas en la nariz y se encontró con la mirada de Ángel.

—Estás loca, ¿cómo se te ocurre seguir a esos tipos? Si no llego a dar contigo, te habrían robado hasta los riñones. —La dejó en el suelo con cuidado con una mueca de preocupación.

—¿Tú? —preguntó intentando recobrar el equilibrio.

—Sí, yo. Tranquila, tampoco es ninguna alegría para mí verte. Hace dos días que estoy en Shanghái —refunfuñó ante la mirada de desagrado de ella—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, creo que sí —contestó sintiéndose aliviada al ver que Ángel había cogido la maleta y que el bolso continuaba colgado en su hombro.

—Rogelio me ha llamado para decirme lo del accidente de Sara y que finalmente no podrá venir a hacer las fotos. —Mavi torció los labios—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no estás en tu hotel?

—La idiota de Cristina ha confundido la tienda de palillos —señaló el local— con un hotel.

—Bueno, muy típico de Cristina. Esa chica es un poco desastre. Ha hecho unas cuantas peores que ésta.

—En ese caso, ¿por qué sigue trabajando en la revista?

—Es la sobrina de Rogelio. —Hizo un chasquido con la lengua y cogió la maleta de Mavi—. Venga, bombón, en marcha.

—Espera, ¿adónde vamos? ¿Ya me has buscado un hotel?

—No soy tu asistente, princesa, y a estas horas no tengo ganas de dar vueltas buscando un hotel. Te vienes al apartamento donde estoy alojado. Es de un amigo. Te podrás quedar esta noche y mañana buscaremos un hotel —dijo arrastrando la maleta por el paseo.

—De eso ni hablar —replicó Mavi caminando más deprisa de lo normal para no perderlo—. Prefiero buscar el hotel ahora.

—Tenemos una hora de vuelta hasta el apartamento. Mañana buscaremos el hotel.

—No estoy de acuerdo. —Aceleró el paso y se plantó frente a él. El fotógrafo se detuvo, lanzándole una mirada de fastidio—. El trato era llegar a Shanghái y descansar en un bonito y comfortable hotel. Estoy agotada, de verdad, y, después de ser víctima de un intento de atraco, necesito, deseo, preciso dormir en mi habitación de hotel. Te estaría eternamente agradecida si ahora me ayudaras a encontrar uno.

—El apartamento donde estoy es tranquilo y tiene dos habitaciones, con lo que estarás sola y nadie te molestará.

—Por favor —suplicó Mavi.

—No voy a intentar nada contigo, si es lo que temes.

—Eso no me preocupa lo más mínimo, pero quiero mi hotel, ahora. —Cruzó los brazos sobre el pecho y levantó la barbilla.

Ángel soltó una carcajada, pero, al ver que ella no se inmutaba, dejó de reír y la miró de arriba abajo.

—Muy bien, princesita. Buena suerte. —Soltó la maleta, se metió las manos en los bolsillos de sus tejanos y empezó a alejarse por el paseo.

Mavi soltó un quejido de incredulidad. Apretó la mandíbula y lo siguió arrastrando la maleta.

Ángel salió del concurrido paseo y paró un taxi. Abrió la puerta y subió a la parte de atrás sin esperar a ver lo que hacía Mavi. Nunca le habían gustado las personas caprichosas y arrogantes, y eso era exactamente lo que ella le parecía. Pero tenía que soportarla como mínimo una semana, necesitaba el dinero que aquel trabajo le iba a proporcionar.

Mavi le hizo señales al conductor y éste bajó del vehículo para ayudarla a colocar el equipaje en el maletero. Después tuvo que rodear el coche para sentarse junto a Ángel, quien no se movió de su asiento para dejarla entrar.

—¿Has llamado a Bao para confirmar que la entrevista sigue en pie? —preguntó Ángel después de diez minutos de recorrido en silencio.

—No he tenido tiempo aún —contestó Mavi sin mirarlo.

—¿Llevas casi dos horas aquí y no has tenido tiempo? —Ella siguió mirando al frente—. ¿No te dijo Rogelio que lo llamaras en cuanto aterrizaras aquí?

—También me dijo que dispondría de un hotel al llegar y ya ves. —Se encogió de hombros, evitando mirarlo a la cara.

—En ese caso, cuando hables con Bao, si es que la princesita se digna llamarlo, espero que siga teniendo tiempo para nosotros.

—Vaya —suspiró Mavi con una caída de ojos—. Y ahora el mundo se perderá lo del pato a la naranja, ese gran misterio. Y no vuelvas a llamarme *princesita*.

—Pero, tú, ¿de dónde has salido? ¿Qué clase de periodista eres? ¿Es que no te tomas en serio tu trabajo? —La miró alzando las cejas, intentando adivinar algo sobre el personaje que tenía delante y que, en lugar de una reportera, parecía una modelo con aires de grandeza.

Mavi no le contestó, prefirió ignorarlo y mirar por la ventanilla. Se sentía como una quinceañera a la que regaña el profesor por no traer los deberes hechos. Fue entonces cuando se dio cuenta del error que había cometido aceptando aquel trabajo. Le iba demasiado grande. No sabía idiomas y no tenía ninguna experiencia como periodista. ¿Cómo se le había ocurrido la estúpida idea de hacerse pasar por una? Marcos tenía razón, como siempre. Estaba fuera de su zona de confort y todo lo que la rodeaba, incluido aquel hombre que se suponía que iba a ser su compañero, acabaría arrollando la poca seguridad y

confianza que tenía en ella misma. Lo mejor era volver a Barcelona. Tras aquel pensamiento, se relajó; sólo tenía que pasar la noche en el apartamento de aquel tipo, ir al aeropuerto al día siguiente, cambiar el billete y regresar. Seguramente su hermano Enrique se enfurecería con ella, pero ¡qué más daba!, sólo se trataría de una discusión más. Sabía de sobras que pensaba que era un ser improductivo; un bonito elemento decorativo, como él decía. Había sido la gran decepción de su madre después de casarse con Marcos, así que volviendo sólo reafirmaría la opinión que todos tenían de ella. Podría soportarlo, estaba acostumbrada a ello, y Marcos sería el primero en soltarle «te lo dije».

El apartamento estaba situado en la planta catorce de un edificio forrado de cristal azul y era casi más pequeño que el suyo. La puerta de entrada daba directamente a un diminuto salón con un sofá de dos plazas y una televisión. La cocina era abierta, con una barra que separaba las estancias y hacía al mismo tiempo de mesa. Disponía de dos habitaciones y un cuarto de aseo. Ángel le indicó cuál era la suya y, sin pronunciar una palabra, Mavi entró en ella y cerró la puerta.

El fotógrafo casi se sintió aliviado al perderla de vista; se tumbó en el sofá y contempló a través de los ventanales cómo los últimos rayos de sol desaparecían entre los altos edificios. Aquel momento le proporcionaba algo de la paz perdida hacía cuatro años, en aquel fatídico terremoto que destruyó su presente y su futuro. Cerró los ojos e intentó dormir un rato; sabía que las pesadillas acudirían a su mente en cuanto entrara en un sueño y no lo dejarían descansar demasiado tiempo seguido. Echaba tanto de menos la tranquilidad perdida que casi no recordaba cómo era vivir sin miedo, sin el dolor de la ausencia, sin el desgarró constante que su corazón experimentaba cuando, después de un sueño profundo, despertaba a la realidad de su vida sin Alike. Se removió en el sofá, inquieto y nervioso después de que el sol se ocultara completamente, dejando la estancia con la débil iluminación que proporcionaban las luces artificiales de los rascacielos. Quería conciliar el sueño y reposar al menos un par de horas; de lo contrario, al día siguiente estaría inaguantable.

Mavi esperó sentada en la cama a no oír ningún ruido en el salón. Deseaba desesperadamente ir al baño, pero no quería encontrarse con Ángel, así que,

cuando creyó que éste se había ido a dormir, decidió salir. Después de asearse un poco, regresó al salón y se acercó al enorme ventanal. El apartamento se encontraba a gran altura, por lo que ofrecía unas vistas impresionantes de la ciudad y de otros edificios más altos, así como de una perfecta luna redonda, que iluminaba los perfiles de acero y cristal de algunas edificaciones. Abajo los coches circulaban con las luces encendidas, moviéndose en silencio como serpientes en un laberinto iluminado por el alumbrado artificial de las luces de neón de comercios y grandes pantallas publicitarias. El reflejo de la luz de la luna sobre el perfil de un marco metálico colocado en una estantería a su derecha llamó su atención. Lo cogió y lo acercó a la ventana, para poder ver mejor la fotografía que contenía. En ella aparecían un hombre y un niño chinos. El primero debía de tener unos cuarenta años y llevaba sobre los hombros al crío, que aparentaba tener unos cuatro y sonreía graciosamente.

Ángel la observó en silencio sin que ella se hubiese percatado de su presencia, y prefirió no decir nada para poder contemplarla a contraluz con aquel fino camisón que ayudaba a su imaginación a adivinar las formas de su figura. Agudizó un poco más la mirada para cerciorarse de que no llevaba braguitas y era su trasero desnudo lo que la tela del camisón acariciaba con delicadeza. Cuando la mujer se giró para coger la foto, el perfil de unos pequeños pechos que se agitaron como gelatina fue una imagen que le provocó una inesperada excitación. Tenía que reconocer que aquella fémica era preciosa, con su larga cabellera rojiza y sus grandes y expresivos ojos azules. Sólo la había visto sonreír en dos ocasiones y, sí, también su sonrisa de labios carnosos era preciosa, solamente fallaba una cosa: su carácter. Si fuera capaz de permanecer callada, estaría dispuesto a convertirla en una de sus numerosas amantes esporádicas.

Mavi volvió a dejar el marco sobre la estantería y regresó a su habitación. C cogió el diario de su abuela y se tumbó en la cama, dispuesta a leer hasta que el sueño la venciera. Lo abrió y se encontró con una carta doblada y amarillenta por el transcurso de los años. La desdobló con cuidado, temiendo que el pasado se pulverizara en sus manos, y leyó...

Mi querida y dulce Andrea, el tiempo sin ti se me antoja una eternidad. Estoy

deseando que llegue el día en el que podré volver a acariciar tu piel y sentir tus labios; mientras tanto, me devora esta ansiedad que siento en mi corazón desde que te conocí. Dime de nuevo, ahora que la distancia se ha interpuesto entre nosotros como un bloque de hielo, si tú sigues sintiendo lo mismo por mí o si he de arrancarte de mi corazón para siempre. Porque, si es así, empezaré en el mismo momento en el que me confirmes que lo nuestro no fue más que un deseo momentáneo o una locura transitoria. De lo contrario, te prometo que hallaré la manera de estar juntos para siempre.

Los días pasan lentos y pesados después de mi regreso y mis hermanas me preguntan constantemente por mi estado de ánimo. Me dicen que no me ven bien y que están preocupadas, y yo no les puedo contar el motivo de mi desgana, pues tendría que dar demasiadas explicaciones y seguramente no verían con buenos ojos esta relación. Ellas son católicas practicantes, muy católicas y muy practicantes. Van a la iglesia todos los domingos y quizá intentarían hacerme un exorcismo si supieran que estoy locamente enamorado de una mujer casada.

Me pregunto cada minuto, cada segundo, cuándo volveré a verte, cuándo volveremos a estar juntos, sin miedos, sin prisas... y sigo buscando las palabras que te convenzan de que tú eres para mí.

Te quiero.

Firmaba al pie con un legible «Mario».

Volvió a doblar la carta y la dejó entre las hojas del diario, mientras pensaba que aquel hombre, al que detestaba por haber intentado usurpar el lugar de su querido abuelo, parecía estar sinceramente enamorado de Andrea.

Se tumbó en la cama boca arriba pensando en sus abuelos y en lo distinta que era la realidad de sus vidas en comparación con lo que ella creía que habían sido. Una mentira. Otra más. Cerró los ojos e intentó dormir.

Capítulo 18

Hacía horas que estaba despierto y, sólo cuando el sol entró por la ventana del salón, se levantó, se vistió y guardó la cámara de fotos, que descansaba sobre una pequeña mesa, en la bolsa negra que disponía para ella. Fue al dormitorio y metió algunas prendas de ropa en otra bolsa, salió de nuevo al salón y se sorprendió al ver a Mavi de brazos cruzados mirando otra vez por la ventana. Debían de fascinarle las vistas, así que aprovechó para observarla unos instantes antes de que su mal genio lo golpeará de nuevo. Aunque no tuvo ocasión: como un perro sabueso, ella detectó su presencia y se giró altiva, repasándolo de arriba abajo con la mirada.

Lo que él no podía adivinar era que, a pesar de la actitud arrogante de ella, en realidad su estómago se retorció de nervioso y el corazón le palpitaba en las sienes con dolorosa urgencia. Estaba deseando marcharse de allí, sobre todo deseaba no estar en su presencia. La incomodaba y la desconcertaba hasta tal punto que su propia inseguridad aumentaba gradualmente cada minuto que permanecía frente a él.

—Anoche llamé a Bao en tu lugar —dijo Ángel abriendo la nevera y sacando un cartón de zumo—. Ha habido un cambio de planes y hasta dentro de quince días no podrá concedernos la entrevista. Claro que tuve que convencerlo, y casi suplicarle, porque estaba furioso y ofendido por el hecho de que no te hubieses puesto en contacto con él ayer. Luego llamé a Rogelio —continuó, sirviéndose un vaso de zumo—. Le expliqué lo ocurrido, aunque disfracé la verdad, y menudo cabreo pilló. No estaba dispuesto a pagar una semana más de estancia, así que le dije que te podías quedar el resto de los días en este apartamento y

aceptó. —Bebió un trago de zumo e hizo un gesto, ofreciéndole. Ella negó con la cabeza—. Me debes una, princesa, creo que he evitado que te despida.

—Tres cosas te voy a decir. —Puso los brazos en jarras e inclinó la cabeza—. La primera es que no entiendo por qué tú y Rogelio hacéis planes sin contar conmigo, eso me parece una falta de respeto. —Ángel fue a decir algo, pero Mavi alzó un dedo y prosiguió—. La segunda es que me vuelvo a España hoy mismo. —Señaló hacia la puerta con la cabeza, donde le esperaba su maleta—. Y la tercera, no vuelvas a llamarme ni princesita ni bombón ni ningún otro calificativo amoroso o amistoso, porque no somos ni una cosa ni la otra.

—Espera un momento. —Salió de detrás de la barra y se plantó frente a ella—. Acabo de salvarte el culo y dices que... ¿te vuelves a España? No has hecho la entrevista.

—Vaya, ¡otra superdeducción del genio! Ni la pienso hacer. Reconozco que cometí un error. Nunca debí aceptar este trabajo.

—¿Puedes decirme por qué lo hiciste?

—Porque necesitaba el dinero.

—¿Y ya no lo necesitas? —Abrió los ojos, exasperado.

Mavi dio un paso atrás y Ángel movió la cabeza y alzó los brazos como si fuera obvio que esperaba una respuesta.

—Claro que lo necesito.

—Entonces, ¿por qué te quieres ir?

No le diría la verdad. No desnudaría su alma y le confesaría que estaba muerta de miedo. No le explicaría que se sentía acobardada, vulnerable y expuesta en un lugar que no conocía, con personas que no la entendían y a las que tampoco podía entender. Tenía claro que era preferible huir que quedar en ridículo, porque era cuestión de tiempo que se diera cuenta de que no era una periodista de verdad y también quedaría en evidencia delante del tal Bao, ¿a quién quería engañar?

—No es asunto tuyo. —Se dirigió hacia la puerta, cogió el bolso que estaba sobre la maleta y se lo colgó al hombro.

—Ey, ey, ey, un momento... —En tres zancadas se interpuso entre la puerta y ella—. No puedes dejarme tirado; yo también me juego un dinero en esto,

¿sabes? Me contrataron para hacer un trabajo que no podré llevar a cabo si te vas.

—Haz tú la entrevista.

—No puedo hacer la entrevista yo, listilla. Esperan a una reportera, ¿no ves lo cutre y poco profesional que sería si yo hiciera de reportero y fotógrafo?

—Claro, claro... y como la revista *Amanecer oculto* es tan seria y fiable...

Mavi soltó una risita.

—¿Qué demonios te hace tanta gracia? —Dio un puñetazo contra la puerta. Ella dejó de reír de golpe. Aquel tipo de barba espesa, voz grave y físico corpulento que acababa de aporrear la puerta le parecía un matón—. ¡Oye, no juegues con mi dinero! —le gritó—. ¡Tal vez a ti sólo te haga falta para comprar modelitos pijos de esos que llevas! —Movi6 la mano de arriba abajo, señalando su indumentaria—. ¡Pero yo lo necesito para comer!

—No me grites.

—¡No te estoy gritando! —Ángel apretó los labios. Se odiaba cada vez que perdía los nervios. A pesar de poner todo su empeño por remediarlo, el hecho de no dormir, sumado al carácter insoportable de aquella mujer, hacía que le estuviera resultando imposible. Miró al techo e inspiró. Tenía que tranquilizarse. Se alejó unos pasos hacia las ventanas del salón mientras se pasaba una mano por la barba para darse unos segundos y poder pensar cómo convencerla para que se quedara.

—Adiós —se despidió Mavi.

—Espera. Lo siento —se disculpó—. Haremos una cosa... —Se acercó con expresión más relajada y pensativa—. Faltan quince días para la entrevista, ¿qué te parece si soy tu guía hasta entonces? Prometo enseñarte cosas de China que no podrás ver en un viaje de esos programados por una agencia. Salgo para Huizhou en una hora. Ven conmigo. Si no consigo que disfrutes estos cinco días, yo mismo te acompañaré al aeropuerto, sin reproches. ¿Qué me dices? Es una buena proposición, no tienes nada que perder.

Mavi lo miró incrédula. Si aquel tipo pensaba que iba a pasar más tiempo con él es que estaba loco de remate. Deseaba desesperadamente volver a España, aunque la rutina que le esperaba allí y los reproches no la seducían en absoluto.

Por unos fugaces segundos la idea del fotógrafo le provocó una descarga de emoción en el estómago.

—Veamos: me derramaste una copa sobre el vestido, me estampaste una puerta en la cara y hace unos minutos me has gritado como un desquiciado. Mmmm... déjame que piense... —Se dio toquecitos en la barbilla con el dedo índice mirando al techo—. No, gracias.

Aquella mujer lo estaba sacando de quicio. ¿Cómo era posible que a esas alturas de su vida profesional tuviera que negociar con becarias? Tenía que conseguir como fuera que se quedara, así que decidió utilizar una de sus tácticas.

—Por favor —suplicó con voz sedosa, mostrándole la mejor de sus caras... esa misma que utilizaba con sus amiguitas cuando quería llevárselas a la cama. Abrió a conciencia los ojos para que el color verde de ellos brillara con más intensidad. Puso morritos de manera sutil e inclinó la cabeza como un niño travieso. Aunque le suponía un gran esfuerzo disimular la poca simpatía que sentía por ella, tenía que tragarse su orgullo para conseguir su objetivo. Las últimas apuestas hípicas no habían ido como esperaba y necesitaba urgentemente aquel trabajo. Por un instante creyó ver cómo la expresión de Mavi cambiaba y pensó que había logrado su propósito.

—Rotundamente, no —soltó tajante.

Cogió la maleta por el asa y abrió la puerta.

—Cobarde —le espetó Ángel.

Ella se giró, sorprendida.

—¿Qué has dicho?

—Que huyes como una cobarde.

—No me conoces. No sabes nada de mí para juzgarme.

—Sé que has venido a hacer un trabajo y que ahora no quieres cumplir. ¿La razón? Tienes miedo —sentenció. Había optado por decir algo a la desesperada, lo que fuera para intentar que se quedara, y se sorprendió al verla vacilar—. Más que miedo, estás acojonada. No debes de tener demasiada experiencia, a pesar de que ya tienes una edad como para tenerla, pero deduzco que eres una niña de papá que lo ha tenido siempre fácil y que, de repente, un buen día te sentiste aburrida y quisiste demostrarte a ti misma que eras capaz de hacer algo más con

tu vida y por eso aceptaste este curro. —Mavi tragó saliva. Se sentía como si estuviera desnuda ante él—. Si vuelves, si te marchas sin hacer la entrevista, la frustración y la decepción que sentirás contigo misma dentro de un tiempo será un tema pendiente que te perseguirá el resto de tu vida.

—¿Y por qué crees que eso me importa?

—Porque eres humana y los humanos somos así. Si no resolvemos un tema, somos incapaces de avanzar. —Estaba desconcertada, ¿cómo era posible que aquel desconocido pareciera conocerla tan bien? ¿Tan transparente era que podía ver en su cara el miedo reflejado? Apretó la mandíbula, rabiosa—. Miedo —repitió Ángel sintiéndose poderoso para seguir atacándola. Se acercó a ella en dos zancadas y se detuvo a tres palmos de su nariz. Aquella pelirroja que le llegaba a la altura de la barbilla se mantuvo firme mirándolo a los ojos. Tenía que admitir que era valiente. A más de una le temblaban las piernas ante su imponente presencia, había sido testigo de ello en muchas ocasiones; sabía el efecto que causaba en las mujeres, muy pocas eran capaces de resistirse a sus encantos, así que esperaba que Mavi perdiera su aplomo en cualquier momento—. Eres una persona temerosa e insegura que ha aceptado un trabajo para el que no está a la altura, por eso huyes.

Le temblaban las piernas. La intimidaba. Su porte seguro, su altura, sus hombros anchos, su imponente pecho, su espesa barba y el aire de prepotencia que lo envolvía la hacían sentirse como una niña deseosa por salir corriendo para refugiarse en la seguridad de los suyos, pero se mantuvo firme y lo miró desafiante.

—De acuerdo —se oyó decir para su propia sorpresa—. Acepto tu proposición sólo para demostrarte que te equivocas, que no tengo miedo y que no me conoces en absoluto. Tengo mis propias razones para querer volver a España, pero no te las voy a contar, porque no son de tu incumbencia.

Ángel sintió un alivio inmenso. Se dijo que debía esforzarse en ser amable con ella, en fingir que le caía bien; haría lo que fuera por mantener aquel trabajo que le habían encomendado.

—No te arrepentirás, te lo prometo. —Cogió al vuelo la bolsa negra de nailon que estaba sobre la mesa y la cámara de fotos y, rápidamente, arrastró la maleta

de ella fuera del apartamento.

—Venga, vamos —la apremió.

Mavi salió del piso, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Adónde? —preguntó mientras esperaban el ascensor.

—A un pueblo cerca de Huizhou; es un nombre impronunciable, así que quédate con Guilin.

—Genial —murmuró—. Como si supiera dónde está eso.

—Es un lugar precioso. —Ella lo miró alzando una ceja—. Tú relájate. Yo me encargo de todo.

Ya en la calle, Ángel paró un taxi y le indicó en chino que los llevara al aeropuerto. Una hora después, el coche se detuvo en la entrada y, en cuanto Mavi se dio cuenta de dónde estaban, negó con la cabeza.

—¿Otro vuelo? —protestó.

—Sólo son dos horas —la informó Ángel, buscando un puesto de información—. Espérame aquí, iré a comprar los billetes. Y no te muevas —le advirtió, señalándola con el dedo.

Mavi se encogió de hombros.

—¿Adónde quieres que vaya?

—No sigas a nadie, ni hables con extraños —se burló con media sonrisa.

Cuando lo perdió de vista, buscó en su bolso las pastillas, partió una y se la metió en la boca.

En menos de media hora subían al avión. Ángel localizó los asientos y la dejó sentarse junto a la ventanilla, colocó su bolsa en un compartimento sobre sus cabezas y se quedó de piedra cuando vio a Mavi sacar unos pañuelos de papel del bolso y extenderlos sobre su asiento antes de sentarse. Ángel se dejó caer en su butaca.

—No te preocupes, no cogerás ninguna enfermedad, tal vez alguna chinche o algún piojo —se mofó, mientras se revolvía en el asiento, buscando una postura cómoda para dormir. Cuando la encontró, entrelazó los dedos de las manos sobre su estómago y cerró los ojos.

Mavi alzó las cejas, mirándolo con desdén. Aunque la pastilla empezaba a hacer efecto, por lo que se sentía más relajada de lo normal, no estaba dispuesta

a permitir que aquel tipo pensara que lo iba a tener chupado con ella, olvidándola como si fuera un fardo. Le propinó un pellizco en el brazo y Ángel soltó un quejido a la vez que se incorporaba en el asiento.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Estás loca? ¿Por qué me pellizcas?

—Me has prometido hacerme disfrutar de China. Me pregunto qué clase de guía vas a ser si el primer día te pones a dormir.

Ángel forzó una mueca. Decididamente aquella mujer no se lo iba a poner fácil. En otras circunstancias la habría enviado a freír espárragos o le habría soltado algún comentario impertinente, pero esa vez debía tragarse su orgullo.

—De acuerdo, tienes razón, perdona. —Miró sus grandes ojos azules, que lo observaban con dureza y desconfianza, y añadió—: Nos dirigimos a Guilin, en la región Zhuang, situada a orillas del río Li. Tiene una población aproximada de...

—Si vas a darme la información memorizada que aparece en Wikipedia, no sigas —lo interrumpió.

—Vale, me has pillado. —Carraspeó—. Oye, sé que no hemos empezado con buen pie y me gustaría solucionar eso. —Se humedeció los labios antes de continuar hablando. Mentir siempre causaba un extraño efecto en su organismo, lo que hacía que se le secara la boca. Mavi lo observó curiosa, pero no pudo descifrar lo que expresaba la mirada de su compañero de trabajo—. Vamos a pasar unos días juntos y creo que todo fluirá con más armonía si entre nosotros hay buen rollo.

—¿Buen rollo? —pronunció, sarcástica—. Desde que he llegado a China te has dedicado a atacarme y a juzgarme. —Hizo el signo de la victoria con los dedos—. No desprendes buen rollo.

—Tú tampoco me lo has puesto fácil. Has sido un poquito... —se mordió la lengua antes de decir lo que pensaba. Ser sincero en aquel momento no iba a ayudarlo a conseguir lo que quería de ella—. Okey —añadió levantando las manos a modo de rendición—. Me llamo Ángel Blumer. —Le tendió la mano.

Mavi miró la mano, grande y fuerte, y clavó sus ojos en los de él. Un extraño escalofrío le recorrió el cuerpo al percatarse del brillo de su mirada y del verde intenso del iris salpicado de puntitos negros y dorados.

—Mavi Torres —contestó, estrechándole la mano con firmeza.

—¿Te importa si cierro los ojos un rato? Sufro de insomnio y esta noche ha sido una de las peores, casi no he pegado ojo en el sofá.

—¿Estabas en el sofá?

—Sí.

—No me di cuenta cuando salí al salón anoche.

«Yo sí —pensó él—, y estabas excitantemente preciosa con aquel camisón transparente.»

—Si descanso un poco, podré ser un buen guía cuando llegemos a Guilin.

Mavi asintió.

—Gracias.

El avión tomó pista y, cuando se encontraron en el aire y sonó la señal de que podían desabrocharse los cinturones, Ángel se acomodó en el asiento y cerró los ojos.

Mavi los cerró también y durmió un rato. Cuando despertó, seguían sobrevolando las nubes y su compañero permanecía dormido, con una sien descansando en su hombro. Sacó el diario del bolso y empezó a leer.

Antes de que el tiempo nuble mi memoria y pueda borrar sentimientos y sensaciones, escribo este diario para recordar la época más importante de mi vida... aquella que me descubrió a mí misma, la que me aportó una inmensa felicidad y, también, una dolorosa tristeza. Aun así, cada momento que viví fue único; cada paso que di, cada decisión, me acercaron y me alejaron de ti, Mario.

Me casé joven; tras cuatro años de noviazgo, era el siguiente paso y, aunque no estaba locamente enamorada de Antonio, lo quería, aunque más como a un amigo que como una pareja. No hubo viaje de novios porque Antonio tenía prisa por emprender su negocio, una empresa de taxis, y para ello trabajaba todo el día e incluso algunas noches, con lo que su ausencia se volvió rutinaria. Al año de casarnos nació Beatriz y su cuidado ocupó algo más mis solitarias horas, pero ésta creció rápidamente y, cuando cumplió diez años, ya se sentía lo suficientemente mayor como para no querer que su madre la besara a la puerta del colegio. Con gran alegría, volví a ejercer mi profesión de enfermera, la cual

había dejado aparcada por la maternidad, y entré a trabajar en el hospital San Juan de Dios.

Al repasar mi vida, me doy cuenta de que mi corazón estaba predispuesto para conocer a alguien y que sólo era cuestión de tiempo.

—¿Interesante? —le preguntó Ángel al tiempo que cogía su bolsa del compartimento. Abrió la cremallera y sacó una botella de agua que le ofreció a Mavi.

—Bastante. —Aceptó la botella y dio un largo trago.

—¿Qué lees? —preguntó con curiosidad, fijándose en la tapa blanca nacarada del diario.

Mavi lo cerró de golpe.

—Nada.

—Vale. —Hizo una mueca chulesca que Mavi no pudo apreciar bajo la espesa barba.

—Es el diario de mi abuela.

—Creo que los diarios son algo personal, íntimo, y no se deberían leer...

—Tengo su permiso —lo interrumpió con una caída de ojos—. ¿Cómo dijiste que se llama el lugar adonde vamos?

—Aterrizaremos en Guilin, pero nos dirigimos a un pueblo que está a una hora de camino.

—Vi una foto en el salón del apartamento de un hombre con un niño —comentó mientras se recogía el pelo en una coleta alta.

—Son mi amigo Gang y su hijo Chen Jie, a quienes vamos a ver. Viven en Shanghái, pero están de visita en casa de la madre de Gang; es la época de la siega del arroz y están allí para echar una mano. Gang es un gran amigo.

—Y, ¿dónde vamos a hospedarnos?

El avión dio una sacudida y Mavi agarró con fuerza la muñeca de Ángel.

—Tranquila. —Le propinó unas palmaditas en la mano para reconfortarla—. Y no te preocupes, no dormirás en la calle.

—Sí que me preocupo —murmuró alzando una ceja, desconfiada—, pero no haré más preguntas, creo que es mejor no saberlo.

—Así me gusta. Déjate llevar por mí. —Le guiñó un ojo con complicidad, sacó un chicle de la bolsa y se lo metió en la boca.

—Eso todavía no va a ocurrir. —Mavi le guiñó un ojo, imitándolo.

—¿Un chicle?

Negó con la cabeza.

—¿Cómo os conocisteis tu amigo y tú?

—Gang fue a estudiar a Madrid un año. Nos conocimos en la universidad y, desde entonces, no hemos perdido el contacto.

—¿Y su mujer? Porque no aparece en la fotografía...

—Ella murió. ¿Recuerdas el terremoto de Haití? —Mavi asintió; recordaba perfectamente las imágenes que pasaron en la televisión de la absoluta devastación—. Mei era enfermera. Trabajaba para Médicos sin fronteras. Yo la conocí antes que Gang y se la presenté.

—Así que hiciste de celestino.

—Al año de conocerse, se casaron. —Ángel miró por la ventanilla y sonrió con nostalgia, rememorando esa época—. Mei estaba embarazada cuando fue a Haití. A pesar de que mi amigo intentó convencerla por todos los medios para que no viajase hasta allí, el sentido del deber de Mei era superior a todo. No pudo quedarse de brazos cruzados mientras tanta gente sufría. —Su mandíbula se tensó—. Hubo una réplica tres días después de llegar. La zona habilitada como hospital provisional para atender a los miles de heridos se vino abajo y bueno... —Su semblante se ensombreció y la mirada se petrificó en el doloroso recuerdo—. Consiguieron extraerle al bebé con vida, pero Mei falleció horas después.

—¡Qué horrible! —murmuró, sobrecogida, tapándose la boca con una mano.

—Lo es, pero el pequeño Chen Jie es el motor de la vida de mi amigo; un soplo de alegría constante en su corazón y el vivo retrato de su madre.

—¿Qué edad tiene el niño?

—Cuatro años.

Cuando llegaron a Guilin y salieron de la terminal, encontraron a Gang y a Chen Jie esperándolos. El crío, que permanecía pegado a las piernas de su padre abrazando un perrito de trapo, vestía unos pantalones cortos y una camiseta de

rayas. Ángel se lanzó a los brazos de su amigo, mientras Gang correspondía a su gesto con unas sonoras palmadas en la espalda.

—Mi querido amigo —le dijo Ángel en chino.

—Gracias por venir —respondió Gang en español.

Chen Jie miraba la escena con sus pequeños ojos rasgados fijos en aquel hombre que no recordaba. Sin mediar palabra, Ángel lo cogió en brazos y lo alzó, haciéndolo girar en el aire mientras soplaba sonoramente en su barriguita, cuya camiseta rayada había dejado al descubierto. El chiquillo empezó a reír a carcajadas a la vez que pataleaba e intentaba zafarse de Ángel, quien, después de abrazarlo, lo dejó de nuevo en el suelo.

—Ella es Mavi. —La señaló, dirigiéndose a su amigo—. Me acompaña en la visita. No te he avisado, espero que no te importe. —Se rascó la cabeza y arrugó la frente.

—Claro que no. —Gang cogió la mano que Mavi le tendió y, con delicadeza, le besó el dorso—. Los amigos de mis amigos, amigos míos también ya son... —Frunció el ceño—... o algo así.

Ángel soltó una carcajada.

—Algo así, Gang, algo así.

—Vamos, tener el coche por allí. —Le dio la mano a su hijo e iniciaron el camino hacia el parking seguidos por Mavi y Ángel.

—¿No le has dicho que venía? —le susurró ella a la oreja.

—No he tenido tiempo.

—Genial —suspiró, molesta.

Subieron al vehículo y ella se sentó detrás, junto a Chen Jie, al que su padre sujetó en su sillita. En cuanto se pusieron en marcha, Ángel inició una conversación con Gang en chino. Sorprendida por la falta de educación que eso denotaba, decidió distraerse mirando a Chen Jie jugar con su muñeco, un peluche de un perro marrón y azul con grandes orejas que le caían a los lados de la cabeza. El niño la observó con una gran sonrisa, mostrando sus diminutos dientes blancos, y le ofreció el perrito de trapo. Mavi lo cogió y, agitándolo en el aire, lo dirigió al cuello de Chen Jie, provocándole cosquillas con las que el pequeño rio a carcajadas.

—¿Tú estar en China alguna vez? —le preguntó Gang, observándola por el retrovisor.

—No, nunca.

—Esperar que disfrutar de mi país como yo disfrutar del tuyo.

—¿Hace mucho tiempo que no vas a España? —Mavi intentó acercarse a él, pero el cinturón de seguridad se lo impidió.

—Después de universidad, volver una o dos veces, creo. ¿No, Ángel?

—Me parece que sí —contestó distraído, mirando por la ventanilla.

Gang y Ángel volvieron a hablar en chino y Mavi se sintió nuevamente apartada. Chen Jie se había dormido y ella intentó entretenerse observando las grandes montañas que los rodeaban, el campo que se extendía en un solitario silencio o las humildes edificaciones de ladrillo que conformaban pequeños pueblos. Finalmente, y sin darse cuenta, se durmió.

Capítulo 19

El llanto de su hija la despertó, se incorporó de golpe en el asiento y miró a su alrededor, buscándola, pero entonces se percató de que se encontraba sola en el coche. Parpadeó varias veces hasta lograr aclarar la vista y se dio cuenta de que estaba en una pequeña explanada, junto a una casa de ladrillos desnudos. Abrió la puerta del vehículo para bajar y, en cuanto puso un pie en el suelo, sintió algo húmedo y pegajoso impregnándole la piel. Miró su sandalia y se tapó la boca con la mano, ahogando un grito al ver que estaba hundida en unos centímetros de barro.

—¡Genial, maldito...! —Se mordió el labio cuando vio a Chen Jie de pie frente a ella, con su perrito de trapo—. ¿Puedes llamar a Ángel y decirle que venga? —preguntó al crío, que la miraba sonriente—. No, claro que no, porque no entiendes una palabra de lo que te estoy diciendo, ¿verdad? —Suspiró y un mechón de pelo rojizo resbaló por su cara.— Áááángeeeel —pronunció lentamente, señalando la casa tras Chen Jie—. Ánnnngeeeel —volvió a repetir agitando la mano.

Chen Jie extendió el brazo y le ofreció el muñeco.

—No, no, no... —Tragó saliva y resopló.

El pequeño se dio media vuelta y entro en la vivienda.

Sólo habían transcurrido unas horas, pero ya estaba arrepentida de haber tenido el impulso de seguir al fotógrafo. Debería haberse vuelto a España, debería haberle hecho caso a su primer pensamiento, se dijo con fastidio.

Chen Jie apareció de nuevo, con Ángel de la mano.

—¿Ya te has despertado? No quisimos molestarte, parecías dormir plácidamente. —Se acercó a ella con una amplia sonrisa.

—Barro —masculló Mavi señalando el suelo—, en mis sandalias. ¿Es que no había un sitio mejor donde parar?

Ángel puso los ojos en blanco.

—Eres una quejica, pelirroja.

Se acercó al coche esquivando el barro y la cogió en brazos. Mavi le rodeó el cuello con los brazos cuando Ángel la alzó en el aire como si no pesara nada y la transportó hasta un banco situado junto a la puerta de la casa, donde la dejó caer sin ninguna delicadeza.

Soltó un quejido cuando su trasero golpeó la madera.

—¡Bruto!

El fotógrafo desapareció en el interior de la casa sin decir una palabra ante el desconcierto de Mavi, quien se quedó allí sentada, con los pies en el aire, observando a su alrededor las pequeñas viviendas de ladrillo de aspecto tan humilde como la que se encontraba a su espalda, dispuestas a lo largo del valle, rodeado de montañas. Aquella, parecía ser la parte más alta del pueblo y, desde allí, podía ver las rudimentarias calles de cemento y tierra húmeda, perros y gatos que vagabundeaban por las estrechas callejuelas y algunos niños que correteaban descalzos.

Ángel salió con un cubo, le quitó la sandalia llena de barro y la sumergió en el agua.

—Oh, genial. Sí, señor. —Se puso una mano en la frente, horrorizada—. Mis carísimas sandalias sumergidas en un líquido putrefacto.

Él alzó la vista y frunció el ceño.

—Es agua, pelirroja. Más pura que ésta no la has probado en tu vida.

—Sí, claro. ¿Sabes que estas sandalias no se merecen cualquier clase de limpieza? Pedazo de bruto.

Las aletas de su nariz se abrieron como un toro bravo a punto de embestir. Apretó los labios y volcó el agua sucia sobre el pie de Mavi sin ningún cuidado, salpicándole la falda del vestido azul y blanco.

—Pero ¿qué estás haciendo? —gritó incorporándose de un salto.

—Limpiarte.

—Pues déjalo. Me estás poniendo perdida.

De repente, volvía a ver en ella la misma superficialidad y arrogancia que cuando la conoció aquel día en la fiesta; la cercanía que había sentido charlando en el avión se había esfumado por completo. Fingió una sonrisa y le ofreció la sandalia limpia.

—Anda, vamos. Te presentaré a Suri, la madre de Gang.

Cuando Mavi entró en la casa, un olor dulce y denso se instaló en su nariz. La estancia parecía un lugar donde el tiempo sólo había transcurrido a medias, pues el pasado humilde y decadente se reflejaba en las paredes de escayola o en el suelo de cemento, que contrastaban con una televisión de pantalla plana en una esquina o con un sillón anatómico. Fotografías en color colgaban en las paredes tras marcos de diseño y algunos objetos visiblemente antiguos, como una plancha de hierro o una vieja máquina de coser, convivían en el mismo espacio, confiriéndole al lugar un ambiente confuso.

Una mujer de unos setenta años apareció por el pasillo vestida de negro absoluto, con el cabello totalmente blanco recogido en un moño pegado a la nuca. Sonreía constantemente y su cara, surcada por finas y delgadas arrugas, mostraba unos labios carnosos que parecían no haber sufrido el paso del tiempo. Cuando sonrió, Mavi se espantó al ver que le faltaban casi todos los dientes y los pocos que aún le quedaban estaban ennegrecidos. La mujer se acercó a ella y se inclinó varias veces a modo de saludo.

Gang apareció tras su madre y la presentó en su idioma. Mavi le tendió la mano y Suri la tomó, acariciándola con cuidado y sonriendo sin dejar de hacer constantes reverencias. El contacto de su piel resultaba áspero y pudo notar los callos endurecidos en los dedos y en la palma de la mano.

—Vosotros dos tener misma habitación —anunció Gang.

—Ni hablar, no somos pareja —replicó Mavi con rapidez.

—No hay problema, Gang —intervino Ángel, quien rodeó a Mavi por los hombros y la estrujó contra él.

—Sólo haber dos dormitorios, uno de mi hermano Xai y yo cuando vivir aquí y otro de padres. Chen Jie y yo dormir en sofá. —La miró con una sonrisa tan afable que ella decidió no protestar.

—Siento causaros tantas molestias —se disculpó Ángel, rascándose la

cabeza.

—Podríamos ir a un hotel —intervino Mavi.

—Oh, imposible, aquí no haber. —Gang sonrió—. Y, además, mis amigos quedar en casa. —Chen Jie apareció por la puerta de entrada y Gang lo cogió en brazos—. Para pequeño ser aventura no dormir en su habitación y yo alegre mucho de que vosotros estar aquí. —Puso una mano en el hombro de su amigo y sonrió de la forma más sincera que Ángel había visto.

Entraron en la habitación cada uno transportando su equipaje y, en cuanto estuvieron dentro, Mavi cerró la puerta y se encaró con Ángel.

—Esto es una broma, ¿no? —susurró en un tono elevado, con la nariz arrugada.

—Baja la voz —le ordenó, colocándose a un palmo de ella.

—Creo que no estoy gritando y debes saber que no pienso compartir habitación contigo; es más, no pienso quedarme en este cuchitril del siglo pasado. ¿Esto es hacerme disfrutar de China? Lo único que he querido desde que aterricé en este país ha sido una maldita habitación de hotel. —Se apartó unos pasos de él, no quería sentirlo tan cerca.

—Mis amigos te han recibido en su humilde casa con educación y amabilidad, podrías mostrar un poco de respeto y gratitud, señorita caprichosa —susurró, volviéndose a acercarse a ella, acortando la distancia entre sus cuerpos deliberadamente. Estaba intentando mantener el control y no gritarle.

—Yo no he pedido esto.

—No has hecho más que quejarte desde que has llegado a China. Te dije que te enseñaría lugares maravillosos, pero ni siquiera me das la oportunidad. Protestas por todo, nada te parece bien. Sólo te pido que te relajes y disfrutes.

—¿Disfrutar? Mira a tu alrededor. —Alzó los brazos señalando el entorno.

—¿Qué? —Ángel negó con la cabeza, abrió su bolsa y empezó a sacar su ropa, lanzándola sobre la cama.

—¿Me estás escuchando? —Mavi se colocó a su espalda.

La sangre le hervía en las venas, aquella mujer lo exasperaba. La ignoró deliberadamente, cogió un par de camisetas y las metió en el pequeño armario situado junto a la puerta. Ella lo siguió con los brazos en jarras.

—Llévame de vuelta —le exigió.

Se giró para mirarla y soltó una carcajada.

—¿Te has creído que soy tu criado, princesa? Llévame al hotel, llévame de vuelta, no me gusta este sitio...

—Oye, no quiero discutir. Esto no es para mí.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera lo has probado.

Ambos permanecieron en silencio, mirándose. Mavi quería demostrarle que no le daba miedo y adoptó de nuevo aquella postura, irguiendo la espalda y levantando la barbilla, que le había enseñado su madre cuando era pequeña, repitiéndole hasta la saciedad que, cuanto más asustada estuviera, más seguridad debía mostrar.

—Siento haberte hecho perder el tiempo. No soy una mujer acostumbrada a viajar ni a estar lejos de los suyos. Pensaba que podría hacerlo, pero está claro que me he equivocado. —Él la observó en silencio—. He de confesarte algo... —Cogió aire dispuesta a revelarle la nula experiencia como periodista que poseía—. Yo nunca...

—No me lo digas —la cortó, levantando el dedo índice y colocándolo en los labios de ella—. No quiero que me des tu visión de ti misma, porque seguramente estás equivocada.

Mavi arrugó la frente y Ángel clavó su mirada en los ojos de ella.

—Déjame descubrirte en esta semana que tenemos por delante —le pidió—. Estoy seguro de que descubriré a una Mavi que ni tú misma conoces.

Quiso rebatirle, pero se quedó muda, totalmente sorprendida de que aquel desconocido creyera ver en ella mucho más de lo que era a simple vista.

—No sé...

—Estás en otro país, en otra cultura muy distinta, rodeada de personas que hablan un idioma que desconoces. Puedo entender que te sientas abrumada, pero no dejes que esa primera sensación te domine. Déjate llevar por la magia de este lugar; no pienses, no juzgues, no escuches a tu mente aún. Sólo ríndete.

—Pero...

—Pero nada. Hazme caso —insistió, poniéndole una mano en el hombro. Mavi se estremeció y se apartó de él como si su aura quemara, y le dio la

espalda, temerosa de que pudiera darse cuenta de su nerviosismo.

—Siempre haces que las cosas suenen muy bien.

—Pelirroja —su voz profunda sonó detrás de ella y se sobresaltó al notar el aliento de él en su nuca, bajo la coleta. Ángel se dio cuenta de cómo el cuerpo de Mavi se tensaba; estaba consiguiendo su propósito, sus dotes de conquista funcionaban también con ella—. Te ruego que confíes en mí, en un barbudo con pinta de vagabundo.

—¿Que confíe en ti? —Se dio media vuelta para mirarlo—. Eso es mucho pedir.

—Vamos, date esa oportunidad.

Mavi no pudo evitar reír.

—Eres un vanidoso.

Ángel se encogió de hombros, con una mueca traviesa.

—¿Qué puedes perder?

Lo meditó unos segundos.

—Con una condición —soltó, cruzándose de brazos.

—¿Cuál?

—Me quedaré esta semana si te afeitas la barba. —Lo señaló con el dedo, formando un círculo en el aire en torno a su cabeza.

Sólo buscaba una excusa para largarse de aquel país. Por lo que había deducido de él gracias a las pocas horas convividas, le parecía un hombre orgulloso y terco que no se dejaría influenciar por una mujer como ella.

—¿Qué? De eso ni hablar —dijo, pasándose la mano por su espesa barba.

—Como quieras; entonces, me marcharé mañana.

—Espera, eso es chantaje —protestó con la mandíbula tensa—. Esto —indicó señalándose la barba— es un símbolo de mi personalidad y llevo años con esta imagen.

—Razón de más para que cambies.

—Pero...

Mavi alzó un dedo y lo hizo callar.

—¿Hay trato o no hay trato?

Ángel, que seguía con los dientes apretados, le clavó la mirada con el

entrecejo arrugado.

—Lo tengo que pensar —contestó antes de salir de la habitación dando un portazo.

Mavi se sentó en la cama y buscó el móvil en el bolso. Quería enviarle un mensaje a Marcos para informarlo de que al día siguiente cogería un avión de vuelta. Estaba segura de que Ángel no se afeitaría la barba. Se quería demasiado como para dejarse convencer por una mujer a la que no aguantaba. Era más que evidente que ninguno de los dos se soportaba. Sin embargo, tuvo que dejarlo para otro momento, pues allí dentro no tenía cobertura. Sacó el diario, se tumbó en la cama y empezó a leer de nuevo...

La primera vez que lo vi, noté esa sacudida en mi interior, esa explosión en el estómago, ese escalofrío que recorrió cada centímetro de mi piel, poniéndome los pelos de punta. Mario tenía la sonrisa más bonita que había visto jamás, amplia, blanca y sincera, y sus ojos almendrados, que se achinaban cuando sonreía ocultando casi por completo el iris de un negro profundo, hacían palpar mi corazón de una forma desconocida. Me desbordaba ante su presencia. Temblaba como una hoja sacudida por el viento, volviéndome torpe. Por más que me empeñaba en concentrarme en la rutina, la presencia de Mario no me permitía afianzarme en los cimientos de una vida que ya tenía construida.

Uno de esos días lo pasamos visitando a los pacientes de traumatología. Estuvo muy interesado en las curas que el doctor Hernández les había realizado a dos de ellos con fracturas abiertas de tibia y antebrazo. El cariño y la paciencia con la que los trató me sorprendieron gratamente, porque no era fácil de ver en otros facultativos.

Pensé en pedir el traslado de planta, ya que era la única manera de alejarme de Mario, de aquella atracción que ejercía sobre mí y que estaba segura de que acabaría llevándome a la perdición, pero no fui capaz de hacerlo y continué levantándome todas las mañanas con la ilusión de dedicar más tiempo a arreglarme. Recogía con más esmero mi melena pelirroja, me aplicaba rímel en las pestañas para resaltar el azul de mis ojos... y un toque de pintalabios rojo,

unas pinceladas de colorete y una sonrisa boba me acompañaban cada día al trabajo desde que Mario apareció.

Chen Jie golpeó la puerta abierta y la miró con una sonrisa en los labios. Se acercó dando saltitos y la cogió de la mano para tirar de ella hacia la salida. Mavi dejó el diario sobre la cama y, al cruzar el umbral, notó en el ambiente un olor más dulzón que al entrar en la casa por primera vez. En el salón, la mesa estaba dispuesta con una gran olla en el centro y, sobre un mantel de plástico con motivos florales, esperaban platos de un cristal opaco por el uso, palillos de madera y servilletas de tela de color rojo. Suri, de pie junto a la mesa, le indicaba con las manos que se sentara, mientras que Ángel y Gang conversaban junto a la puerta con un vaso en la mano que contenía un licor amarillo.

Cuando se inclinó para sentarse, Suri destapó la olla y, horrorizada, pudo ver el interior. En un caldo oscuro y humeante flotaban porciones de comida que no pudo identificar y el apetito que rugía en su estómago se esfumó de golpe. Por primera vez desde su llegada, pudo oír la voz de Suri, suave y delicada, pronunciando una frase dirigida a los hombres, que enseguida se sentaron a la mesa. Con un gran cucharón de hierro, sirvió primero el plato de Mavi.

—Vale, vale, no tengo apetito.

Ángel alzó los ojos al cielo, exasperado.

Todos comieron con gusto, sumergidos en una conversación en chino de la que ella no pudo entender nada. Mavi apenas si probó la comida; lo único que tragó fue el caldo, esquivando todo lo que flotaba en él, y, en cuanto terminó, se disculpó y se fue a la habitación. Tumbada en la cama, cerró los ojos intentando imaginarse en su modesto pisito, que, comparado con aquella vivienda, de pronto le pareció un lujo, a pesar de que odiaba profundamente vivir allí. Dejar la casa había supuesto un duro golpe para su autoestima, una derrota más en su vida, una vida que se precipitaba sin remedio hacia un pozo oscuro. Las palabras de su amiga Carla resonaban en su cabeza cada vez con más frecuencia y las de su abuela, confiando en que todo cambiaría pronto, sólo le producían más ansiedad. Y en ese instante, cuando se encontraba en un lugar tan extraño, tan alejado de lo que ella conocía, deseaba volver, regresar a su país, pero no porque

lo echara de menos, sino porque, al menos, allí se sentía segura. Volvería al día siguiente... y con ese pensamiento cerró los ojos, se concentró en su respiración y, al poco rato, se quedó dormida.

Capítulo 20

Flotaba en un estado de relajación, sin haber logrado dormir profundamente, cuando un ruido cercano dio paso a un aroma que le abrió el apetito de repente, retorciéndole las tripas. Abrió los ojos y se encontró con Ángel sosteniendo un plato sobre el que reposaba una humeante tortilla de patatas. Se incorporó de golpe, le quitó el plato de las manos y lo acercó a su nariz, aspiró el aroma y su estómago se contrajo de deseo. Ante la mirada pícaro de Ángel, cogió un trozo y se lo metió en la boca, dejando que el sabor se desparramara por todo el paladar. Era un sabor diferente a la tortilla a la que estaba acostumbrada, pero le pareció deliciosa.

—Te quemarás.

Masticaba con ansiedad y mordisqueaba la porción que había cogido con las manos como si temiera que se la robaran. Estaba tan hambrienta que no recordaba haber sentido nunca esa sensación.

Miró por la ventana, la oscuridad era total.

—¿Qué hora es?

Ángel comprobó su reloj.

—Las ocho de la tarde.

—Es muy pronto, ¿qué vamos a hacer?

—Dormir. Mañana, en cuanto amanezca, saldremos hacia los campos de arroz.

—¿Para qué? —Lo miró curiosa, mordisqueando la segunda porción de tortilla.

—Es tiempo de cosecha y quiero enseñarte cómo lo hacen y que veas lo impresionante que es el paisaje.

—Todo lo que tengo que saber del arroz es que lo puedo encontrar en el supermercado, en todas sus variedades —contesto con aire de suficiencia, chupándose los dedos después de meterse en la boca el trozo de tortilla.

—Pues podrás ampliar tus conocimientos mañana.

—Entonces, ¿te afeitarás?

El semblante de él se transformó, volviéndose sombrío.

—Aún no lo he decidido.

—Pues, en ese caso, me marcharé. —Se encogió de hombros y dio el primer mordisco a la última porción de tortilla.

Ángel le sostuvo la mirada con la mandíbula en tensión y abandonó la habitación sin hacer ningún comentario.

Se terminó toda la tortilla y volvió a meterse en la cama. El cansancio del viaje y los nervios de cuando le habían intentado robar aquellos chinos de la tienda la tenían agotada. Con el estómago lleno y la convicción de que al día siguiente regresaría a España, se durmió.

Unos murmullos la despertaron en mitad de la oscuridad. A su izquierda percibió unos quejidos. Alguien se lamentaba y sollozaba. Alargó la mano hasta la mesita y encendió una pequeña lámpara. Ángel se agitaba sobre la cama, dormido. Mavi se incorporó y se acercó a él. Tenía los ojos cerrados con fuerza, el rostro contraído por el dolor y sus labios pronunciaban palabras que no fue capaz de entender. Algunas gotas de sudor cubrían su frente, humedeciendo el nacimiento dorado de su cabello. El torso desnudo también se agitaba bajo una respiración rápida y ansiosa. La sábana blanca le cubría las caderas, y las piernas rascaban el colchón como si fueran presas de una fuerza invisible que las mantuviera pegadas a él. Mavi le puso una mano en el hombro y se sorprendió al notarle la piel ardiendo. Fuera lo que fuese que estaba soñando, tenía claro que lo estaba haciendo sufrir. Lo zarandó suavemente y susurró su nombre para despertarlo.

—No, no, no... —murmuró Ángel negando con la cabeza.

Mavi salió de la estancia, entró en la cocina, cogió un paño y lo humedeció bajo el grifo de agua. Volvió al dormitorio y, con mucho cuidado, aplicó el paño sobre la frente de Ángel, mientras intentaba calmarlo pasando una mano por la parte de las mejillas despejadas de barba, por el cuello bajo cuya piel se marcaban algunas venas agitadas por el nerviosismo y por el pecho duro y carente de vello. Detuvo unos segundos la mano en el tórax y notó cómo el corazón latía muy deprisa.

—Shhhh, tranquilo. Ya pasa —le susurró.

Ángel seguía agitándose y murmurando con los puños cerrados y los brazos en tensión.

Mavi giró el paño y lo volvió a colocar sobre la frente.

—Tranquilo —le volvió a susurrar—, tranquilo...

Entonces Ángel abrió los ojos y la sujetó por la muñeca, respirando como si el aire no llegara a sus pulmones. Intentó incorporarse, pero Mavi lo sujetó con firmeza por los hombros y se lo impidió. Él la miraba como si no la viera, recién regresado del infierno.

—Ya pasó, tranquilo.

Poco a poco su cuerpo se fue relajando, la respiración recuperó su ritmo normal, cerró los ojos y se durmió.

Un pequeño zarandeo la despertó. Abrió los ojos con lentitud; la oscuridad lo envolvía todo, pensó que era un sueño y los volvió a cerrar. De repente, una intensa luz atravesó sus párpados, clavándose en su cerebro de forma dolorosa.

—Vamos, arriba, pelirroja. —Ángel la sacudía del hombro sin ninguna delicadeza—. Venga, que nos esperan.

Abrió los ojos del todo con un quejido de fastidio y lo que vio lo sorprendió. Él ya no tenía aquella horrible barba y sintió una extraña punzada en el estómago al reconocer lo atractivo que resultaba sin ella. Ahora podía apreciar los labios carnosos, y los ojos verdes se veían más grandes. Él sonrió y un pequeño hoyuelo se pronunció en la mejilla derecha.

—Tú ganas. Date prisa, te esperamos fuera.

Salió del dormitorio manteniendo una fingida sonrisa. No podía evitar sentirse extraño. Afeitarse suponía poner fin a una etapa. Había creído que, al hacerlo así, de aquella manera imprevista, le sería más fácil, pero no lo estaba siendo.

Ella lo vio desaparecer por la puerta y de repente se dio cuenta de que sin duda estaba obligada a quedarse y cumplir su promesa, y eso le incordió.

Vestida con unos tejanos, una blusa granate algo arrugada que encontró en la maleta y unas deportivas, salió de la estancia con el neceser bajo el brazo en busca del baño y se sobresaltó cuando encontró a la señora Suri esperándola en la puerta, con su menudo cuerpo encorvado en continuas reverencias y aquella sonrisa en los labios que empequeñecían todavía más sus ojos.

Entró en el baño y se volvió a horrorizar por la decoración. Observó con más atención las paredes, de las que colgaban cuadros de perros y fotografías de familiares en blanco y negro. En una esquina, junto al inodoro, había un enorme jarrón con flores de plástico; sobre las toallas dobladas en una estantería descansaban pequeñas figuritas de porcelana de animales, y unas alfombras peludas de color rojo estaban colocadas en la base del inodoro, del lavamanos y al pie de una pequeña ducha que parecía haber sido añadida a la estancia mucho después que el resto del mobiliario.

Se aseó un poco, se maquilló y se recogió el pelo en una coleta. Todos estaban en la pequeña cocina; cuando entró, le dieron los buenos días y continuaron bebiendo un líquido de unos cuencos mientras cazaban con los palillos cosas que flotaban y que se metían en la boca. Suri le ofreció un cuenco. El olor fuerte la echó hacia atrás. Sin darse cuenta, volvía a tener la mirada de Ángel encima, reprendiéndola. Tomó un sorbo y el líquido caliente y salado bañó su garganta, dejando un gusto extraño. Uno a uno, fueron saliendo de la cocina y, cuando se quedó sola, devolvió el resto del contenido de su cuenco a la gran olla que reposaba sobre los fogones.

Apenas el sol asomó por la cima de las montañas, cubiertas de vegetación y con forma de jorobas de camello, ofreciendo una suave claridad, emprendieron el camino. Siguieron a un grupo de gente encabezado por dos enormes animales

que cargaban varios utensilios. Ángel y Mavi iban los penúltimos, seguidos por Gang y Chen Jie, quien, a pesar de sus cuatro años, caminaba con energía y entusiasmo de la mano de su padre.

La comitiva tomó un estrecho camino de tierra rodeado de maleza por el que los animales pasaban rozando las ramas de árboles y arbustos. Avanzaban en silencio, como una fila de hormigas, y sus cabezas estaban coronadas por sombreros de paja en forma cónica acabados en punta; los hombres cargaban una hoz al hombro y las mujeres trasportaban unas cestas que colgaban de una barra que apoyaban en el cuello y hombros, como si se tratara de una balanza.

—¿Tendremos que andar mucho? —pregunto Mavi con fastidio, sin apartar la vista del suelo para no tropezar con las piedras del camino.

—Valdrá la pena el esfuerzo, créeme.

—Anoche tuviste una pesadilla —le informó sin bajar el ritmo de la marcha para no perder al grupo.

—Ah, ¿sí? —Intentó sonar apático—. No lo recuerdo.

Ángel no la miró, temeroso de que se percatara de su desconcierto y de la vergüenza que le daba que ella hubiera sido testigo de un momento de debilidad personal. Entonces recordó lo que hasta ese momento consideraba que había sido un sueño... aquella dulce voz que susurraba y las dulces caricias que lo reconfortaron eran de Mavi. Algo en su interior se descoló.

—¿Habías visto alguna vez esos animales? —preguntó Ángel señalando al frente, procurando cambiar de tema—. Son búfalos de agua.

—Parecen toros, pero son mucho más grandes, y los cuernos, aplanados y hacia atrás, son distintos.

—Son bastante más grandes. Esos deben de medir casi dos metros. Estos animales se mueven por zonas encharcadas sin demasiada dificultad. Tienen unas pezuñas muy anchas y por eso pueden caminar sobre el lodo sin hundirse demasiado en él.

—¿No podrían volverse y embestirnos a todos?

—Son dóciles cuando han sido domesticados, tranquila.

Al cabo de una hora llegaron a los cultivos, situados a las faldas de la montaña. Las terrazas de arroz se extendían en las laderas, formando piscinas

escalonadas de líneas ondulantes, donde, la luz del sol que coronaba las montañas y los colores en varias tonalidades de verdes, se reflejaban en el agua como si fueran espejos.

Mavi se tapó la boca con la mano, maravillada ante tanta belleza. Una suave brisa fresca acarició su piel y el aire, el más puro que jamás había respirado, inundó agradablemente sus pulmones.

Ángel la miró, satisfecho.

—En otoño reflejar colores ocres y dorados. En invierno cubrir con nieve y en primavera estar casi todo inundado y brillar con luz de sol —la informó Gang sosteniendo a Chen Jie en brazos.

—Es fantástico. Nunca había visto nada tan bello.

Gang sonrió orgulloso.

Descendieron hasta uno de los escalones, donde los tallos de arroz se alzaban verdes y delgados. Un par de hombres se subieron los pantalones por encima de las rodillas, se quitaron el calzado y avanzaron por el arrozal con una hoz en la mano. Gang y Ángel hicieron lo mismo, mientras que Mavi se quedó fuera de la zona inundada junto a Chen Jie.

—Ahora tú. —Ángel, sumergido casi hasta los tobillos, le indicó con el dedo que se acercara.

—Ni hablar —contestó con una sonrisa.

Él agitó la mano con vehemencia.

—¡Vamos! Está fresquita, te gustará —la animó.

—No, gracias. Aquí estoy bien.

—O bajas o iré a buscarte —la amenazó con otra sonrisa en los labios. Ella negó con la cabeza—. Obedece.

Mavi entornó los ojos meditando si sería capaz de cumplir con su amenaza y, cuando vio cómo Ángel enarcaba una ceja, tuvo claro que, si no obedecía, iría a por ella.

Se agachó y empezó a subirse los pantalones por encima de la rodilla. Cuando se quitó las deportivas, hizo un gesto con las palmas de las manos hacia arriba, enfurruñada.

Ángel se acercó y le tendió una mano. Mavi dudó unos segundos antes de

aferrarla, no podía creer que fuera a meter los pies en aquel fango oscuro; odiaba a aquel tipo por obligarla a hacer cosas que no quería y se preguntaba por qué no había vuelto a España y continuaba en aquel lugar. Cuando los pies se hundieron en el barro resbaladizo, un escalofrío le recorrió los hombros. Ángel le pasó una hoz y ella la cogió sintiendo el poco peso de aquel objeto.

—Atenta, ¿ves? —Con un movimiento rápido, segó un grupo de tallos—. Tienes que dar un corte seco y fuerte con la hoz y cortarlos por encima de la raíz para que la planta siga creciendo; después los iremos dejando en pequeños montones, como hacen ellos. —Con un gesto de cabeza, señaló a los hombres que ya habían formado un par de montones.

—¿En serio pretendes que trabaje?

—Quiero que lo pruebes, pelirroja. Esto no volverás a hacerlo nunca más en tu vida y, como periodista, necesitas vivir de primera mano ciertas experiencias, ¿no crees?

Mavi lo miró en silencio, indagando en el rostro de Ángel, quien intentaba permanecer impassible para que ella no pudiera adivinar que trataba de manipularla, pero para ella eso resultaba más que evidente, aunque una vez más iba a hacerle caso. Debía reconocer que, muy en el fondo, aquella experiencia tan alejada de su aburrida vida diaria empezaba a gustarle.

Con la hoz en la mano derecha, se agachó y, con la mano izquierda, agarró un grupo de tallos y, con fuerza y decisión, pasó la afilada hoja por ellos, que con suavidad separó los tallos de la raíz. Se incorporó y alzó el manojo en el aire como si fuera un trofeo, satisfecha.

—¡Bravo, pelirroja! —exclamó Ángel, sorprendido por la habilidad de Mavi.

—Ser trabajo duro —intervino Gang, a un par de metros de distancia, junto a un par de montones de tallos de arroz—. Pasar horas agachados y con pies mojados.

—No me extraña que te fueras a la ciudad, Gang —comentó Mavi mientras intentaba levantar los pies del fango, que la succionaban como una ventosa.

Después de dos horas haciendo aquel trabajo, le dolía la espalda y las piernas las sentía entumecidas. Se desperezó, estiró los brazos al cielo y giró el torso de izquierda a derecha.

—Creo que ya tienes suficiente como experiencia.

Ángel estaba a un metro de ella, se acercó y le tendió una mano, sucia de barro, para que le pasara la hoz.

Mavi se la entregó.

—Sí, creo que ya he tenido más que suficiente. —Se miró las manos, cubiertas por una fina capa de barro reseca, y entonces se dio cuenta de que no llevaba el anillo de casada.

—¡No, no, no! ¡Maldita sea! —Mavi hundió las manos en el agua y removió el barro, desesperada.

—¿Qué ocurre? —inquirió Ángel al verla agachada y con los brazos cubiertos de barro hasta los codos.

—Mi anillo. Se me ha debido de caer con el barro y no me he dado cuenta.

—No te muevas. —Ángel buscó con la mirada alrededor de Mavi—. Va a ser imposible encontrarlo aquí. —En todo caso, ¿estás segura de que lo llevabas?

—¡Claro! No me lo he quitado nunca. ¡Nunca! —gritó indignada.

Gang se acercó y ayudó a buscar. El agua turbia por el efecto del lodo revuelto por las manos y las pisadas hacía imposible ver en el fondo. Después de media hora, dejaron de intentarlo. Los tres estaban empapados hasta la cintura y el barro cubría sus brazos por encima de los codos.

—Sentir que ocurrir esto, Mavi. Perdón —se disculpó Gang, visiblemente afligido.

A Mavi le conmovió el sentimiento de culpabilidad que reflejaba la mirada rasgada de Gang y entonces se dio cuenta de que sólo era un anillo, un objeto con un valor sentimental del cual podía prescindir sin arruinar su vida.

—Tranquilo, Gang. No es más que un anillo, no tiene importancia; además, tú no tienes la culpa.

Ángel se sorprendió ante la reacción de Mavi; en realidad esperaba que en cualquier momento empezara a gritar y a patear sobre el barro como una niña malcriada, pero, una vez más en menos de veinticuatro horas, lo había descolocado. Primero, calmándolo tras la pesadilla nocturna y, en ese momento, reaccionando con calma al no encontrar el anillo, un objeto que, sin duda, debía de tener un gran valor sentimental para ella.

—Ir con Chen Jie. Tener pastel de plátano que creo gustar a ti.

—Suenan bien, Gang —suspiró resignada.

Levantó un pie del barro y, sin saber cómo, antes de que pudiera volver a ponerlo en el suelo, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Quedó sentada sobre el barro, con el trasero y las piernas bajo el agua turbia del arrozal. Ángel había alargado la mano, pero no había conseguido sujetarla a tiempo. Se acercó a ella con rapidez y la alzó en un segundo del suelo. Mavi lo miró asustada; sus labios temblaban y estaba haciendo un gran esfuerzo por contener el llanto que trepaba por la garganta. De repente todos sus miedos volvieron en un instante, saltando como un resorte tras la caída... la soledad, la tristeza y la desesperanza la habían seguido hasta los arrozales de China.

—¿Estás bien? —demandó Ángel al percibir que temblaba en sus manos.

Ella tragó saliva y él, por unos segundos, sintió la necesidad de estrecharla entre sus brazos y consolarla. Entonces, una bola de barro se estrelló contra la espalda de Mavi. Ambos miraron hacia el lugar de donde provenía y vieron a Chen Jie lanzando una segunda bola, que se estrelló en la frente de Mavi.

Paralizada, abrió la boca y soltó un gemido. Gang regañó a su hijo en chino, utilizando un tono de voz alto y severo. El niño bajó la cabeza, apenado.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar Ángel, haciendo un esfuerzo por contener la risa ante el aspecto sucio y desaliñado de ella.

Mavi no contestó. Miraba a Chen Jie, que se mantenía con la barbilla pegada al pecho y tiraba con los puños del bajo de la camiseta de rayas que vestía. Sin pensarlo, se agachó, tomó un puñado de barro y lo tiró hacia Chen Jie. Un pegote de fango quedó enganchado en el cabello negro del niño. Sonriente, levantó la cabeza, mostrando sus diminutos dientes blancos y el iris, oscuro como la noche, que quedó oculto tras los ojos rasgados. El pequeño se agachó y, con rapidez, formó una bola de barro en el suelo.

—¡No! —le advirtió Gang, levantando un dedo.

La bola de barro se estrelló en el pecho de Ángel y Chen Jie empezó a reír.

La siguiente bola la lanzó Ángel a Gang, quien respondió a su vez con otra. Enseguida, las bolas de barro empezaron a volar entre ellos, hasta que quedaron completamente cubiertos de fango.

Jadeantes y risueños, decidieron parar.

—Tomar a Chen Jie y volver a casa —propuso Gang a Mavi—. Nosotros volver cuando empezar sol a caer.

Cuando llegaron al pueblo, el barro se había secado completamente sobre la ropa y la piel, dando la impresión de ser estatuas a medio modelar. En cuanto Suri abrió la puerta, empezó a reír, mostrando su deteriorada dentadura. La anciana se llevó al niño al patio trasero de la casa para asearlo y Mavi pasó primero al baño. Se dio una ducha, se cambió de ropa y volvió al dormitorio. Se tumbó en la cama, sintiéndose agotada; todavía no se había recuperado del viaje en avión y a ello, además, había que sumar la caminata por la montaña y el haber estado agachada casi dos horas cortando tallos de arroz, así que, sin darse cuenta, se quedó dormida.

De nuevo, aquel olor conocido la despertó y, de nuevo, Ángel estaba junto a ella, sosteniendo un plato sobre el que había una humeante tortilla.

—Gracias, de verdad —dijo Mavi, incorporándose en la cama.

—Ya he visto la cara que has puesto esta mañana en el desayuno.

—No creo que sobreviva mucho tiempo en este sitio. La gastronomía asiática no es lo mío —comentó bajando los pies al suelo.

—Debes de estar hambrienta. —Ángel le pasó el plato.

—No sabes cuánto.

Se metió un trozo de tortilla en la boca y gimió de gusto.

—Siento lo del anillo —se lamentó el fotógrafo, de pie frente a ella.

Mavi alzó la cabeza y se encogió de hombros, resignada.

—Sí, yo también.

—Hoy hay mercado y voy a hacer unas fotos, ¿quieres acompañarme?

—Sí, claro.

Ángel sacó del armario la cámara y se la colgó al hombro.

—Te espero fuera.

Mavi asintió con la cabeza y se concentró en terminarse la tortilla.

Se vistió con unos tejanos limpios, una camiseta blanca y unas sandalias y dejó que la rojiza melena cayera suelta sobre la espalda. Salió a la calle; Ángel estaba distraído preparando la cámara y, cuando notó la presencia de ella, se

giró. Por unos segundos quedó preso de la belleza de Mavi, sin poder reaccionar lo suficientemente rápido como para que ella no se percatara del impacto que le había causado.

—¿Lista? —preguntó colgándose la cámara al hombro.

Ella asintió y emprendieron el camino, descendiendo por una estrecha calle que serpenteaba entre las humildes casas del villorrio.

Enseguida accedieron al centro del pueblo, donde un pequeño mercado ocupaba los alrededores de la plaza, con puestos cubiertos con toldos, de los cuales, en su mayoría, colgaban farolillos rojos. El ambiente estaba cargado por los fuertes aromas de las comidas que en algunos puestos preparaban al momento. Otros puestos vendían productos locales, como fruta, pescado que se mantenía vivo en rudimentarias peceras y piezas de carne que colgaban de ganchos o exponían sobre tablas de madera. Se detuvieron frente a uno que vendía insectos como saltamontes, escorpiones o cigarras, gusanos y corazones de pollo.

—¿En serio que se comen eso? —Mavi giró la cabeza, asqueada.

—Deberías probar un pincho de saltamontes, son muy crujientes.

Ella alzó una ceja, incrédula.

El siguiente puesto ofrecía toda clase de especias, dispuestas en sacos pegados los unos a los otros, formando un cuadro multicolor.

—Algunas las conozco —dijo Mavi señalando uno de los sacos—. Esto es canela.

Cogió una ramita y se la llevó a la nariz, para aspirar luego el aroma.

—Está considerada uno de los mejores afrodisíacos, capaz de aumentar el deseo sexual —comentó Ángel, con dos movimientos rápidos de cejas. Mavi abrió la mano y dejó caer la ramita en el saco.

De otro saco, tomó varias muestras de unas ramitas pequeñas con forma de clavo.

—Y esto también lo conozco: es clavo, y sirve para espantar a las moscas —añadió Mavi imitando el movimiento de cejas de Ángel.

Él soltó una carcajada.

—*Touché*, pelirroja. *Touché*.

Siguieron caminando por las calles empedradas, empujados por la gente que se movía en ambas direcciones y dificultaba el avance. Ángel la cogió de la mano y se detuvieron en un puesto que vendía los típicos sombreros cónicos de paja. Mavi cogió uno y se lo probó.

—¿Qué tal me queda? —preguntó mirando a Ángel con una sonrisa.

—Un poco grande —contestó él quitándole el sombrero. Lo devolvió a su sitio y cogió otro más pequeño, que le colocó en la cabeza.

La vendedora le mostró un viejo espejo con el marco de plástico y, mientras Mavi se miraba en él, Ángel apretaba constantemente el botón de disparo de su cámara, tomando fotografías de los puestos de venta.

—Éste te queda genial. —Le recolocó el sombrero con una sonrisa y se dio cuenta de que el color amarillo de la paja resaltaba de una manera espectacular el tono rojizo de la melena de Mavi. Debía reconocer que estaba preciosa. De repente, un hormigueo le recorrió el estómago.

—¿Ocurre algo? —inquirió Mavi al ver el semblante desencajado de Ángel.

—No, nada en absoluto. Voy a dar una vuelta, necesito hacer unas fotos. Nos vemos en un rato —dijo alejándose a toda prisa.

Mavi no tuvo tiempo de responder y, sin darse cuenta, se había quedado sola en medio de la multitud.

A última hora de la tarde, Gang regresó visiblemente cansado, se aseó, comió algo y se sentó en el banco situado en la entrada de la casa de su madre. Mavi se sentó junto a él y observó cómo las altas montañas cubiertas de vegetación envolvían el pueblo; a pesar de la lluvia y de que el cielo estaba cubierto de nubes, la luz a aquellas horas de la tarde le pareció más intensa que unas horas atrás. Todavía flotaba en el aire el aroma a la comida que cocinaban en los puestos del mercadillo, mezclándose con el olor a tierra mojada.

—¿Qué tal estar tortillas? —preguntó Gang.

—Deliciosa.

—Yo enseñar a madre a hacer. Yo hacerme muy fan de tortilla en tu país.

Aquí ser diferente. No utilizar aceite de oliva.

—Sí, ya lo he notado, pero, aun así, estaba riquísima.

—Así que tú pedir a mi amigo Ángel que quitar barba —dijo señalándose el mentón.

Mavi se encogió de hombros.

—Tu amigo no ha dejado de pedirme cosas desde que llegué y, sinceramente, esa barba era horrible y todavía no puedo creer que se la haya afeitado, con lo orgulloso que es.

—Tenerla desde hace tiempo; esa barba tener historia y no ser fácil para él quitar.

—¿En serio? —Cruzó los brazos, mirándolo con curiosidad—. ¿Qué historia? Gang suspiró, dubitativo.

—¿Recordar terremoto de Haití en año 2010? —Mavi tragó saliva. Sabía que allí había muerto su mujer—. Mi amigo llevar barba desde entonces. Ser forma de recordar ocurrido. Lo que cambiar vida suya y mía.

— Sí. Lo sé... Ángel me lo explicó. Lo siento mucho, Gang, debió ser terrible.

Gang bajó la cabeza, cogió aire y asintió, conteniendo la emoción.

—Pero yo estar sorprendido un poco que mi amigo hablar a ti de ella. Nunca hablar de ella.

—Lo entiendo. Si lo llego a saber, no le habría pedido eso.

—No preocupar. Yo alegre si quitar, porque ser señal para avanzar en camino vida... para dejar atrás pasado.

—Por cierto, ¿dónde está?

—Con Chen Jie, ir a comprar caramelos en tienda.

Mavi miró a Gang con más detenimiento; aquel hombre delgado que siempre sonreía, al igual que su hijo y la anciana, comenzaba a inspirarle ternura. Le hacía gracia el remolino de pelo que tenía sobre la frente, que provocaba que algunos cabellos permanecieran de punta, aumentando el brillo azabache bajo el sol.

—¿Te criaste aquí?

—Sí. Mis padres trabajar mucho para yo poder ir universidad. Mi hermano

Shei ser el pequeño y trabajar aquí con ellos en campos de arroz. Después marchar a París.

—¿París?

—Sí. Él siempre querer ser pintor. Ahorrar durante muchos años y después volar. —Dibujó con la mano una línea ascendente hacia el cielo al tiempo que soltaba un silbido.

—Vaya, ¡qué interesante!

—En mi caso, en universidad haber intercambio con España y yo ir y conocer a Ángel. Ser amigos desde entonces. Ahora haber muy poca gente en pueblo. La gente marchar a ciudad para mejor vida. Ven —le pidió, señalando un sendero que descendía hacia el pueblo—. Ir a buscar a Chen Jie.

Se adentraron en las calles de tierra mojada, con casas de madera desgastadas, donde hombres y mujeres se entrecruzaban realizando diversas tareas; algunos portaban pesadas cargas a la espalda, como maderas, chatarra, hatillos de ropa e incluso animales vivos. Los ancianos permanecían sentados a las puertas de sus viviendas, conversando animadamente, mientras otro grupo de hombres desollaban y descuartizaban en plena calle un animal. Llegaron hasta una tienda situada en un local carente de letrero que indicara que era un establecimiento y entraron. Era oscuro y pequeño, y se percató de que un sinfín de latas de comida, que Mavi no supo identificar, se amontonaba en estanterías o se apilaba en el suelo. A simple vista pudieron ver que Ángel y Chen Jie no estaban allí.

—Seguro ir a parque —comentó Gang.

—¿Dónde está el parque?

—Final calle, junto parada autobús.

Continuaron avanzando y se cruzaron con algunas personas que saludaron a Gang. El camino empezó a ensancharse, hasta desembocar en una explanada donde cuatro columpios de madera y un tobogán de hierro, que tenían todo el aspecto de haber sido construidos por los habitantes del pueblo, conformaban el parque infantil. Algunos niños jugaban a la pelota, cubiertos de barro hasta las rodillas y con la ropa manchada también por los empujones con las manos que se daban entre ellos al querer hacerse con el balón, que, cubierto por el fango, rebotaba contra sus cuerpos, volaba por el aire y volvía a caer al lodazal.

Gang estiró el torso y miró a lo lejos, hacia el grupo de críos.

—Espero que no estar allí o mataré a mi amigo si dejar jugar a Chen Jie en barro.

—Ya hemos tenido suficiente con el de esta mañana —soltó Ángel apareciendo por detrás— y, aunque no lo creas, todavía me queda algo de cordura y responsabilidad.

Chen Jie saltó sobre su padre, quien lo cogió en brazos.

El móvil de Mavi, que llevaba en el bolsillo del pantalón, empezó a sonar. Se disculpó y se alejó unos metros.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —preguntó Marcos de una forma tan afable que le sorprendió.

—Bien. —Carraspeó sin demasiadas ganas de darle explicaciones—. ¿Cómo están mi niña y mi abuela? ¿Has pasado por su casa para ver cómo se encuentra?

—Sigue en el hospital.

—¿Por qué? El día que me marché me dijo que iban a darle el alta.

—No lo sé, pero sigue ingresada.

—¿Has pasado a verla?, ¿cómo está?

—No he podido ir, he estado liado. Llama a tu madre, ella te informará mejor. Bueno, el caso es que necesito que regreses lo antes posible: tengo un posible trabajo y con María aquí no puedo moverme con libertad para tratar de cerrar el tema. Es algo largo de explicar por teléfono. En cuanto vuelvas, te pondré al corriente, pero es una gran oportunidad para recuperar nuestra vida normal.

—Te recuerdo que estoy aquí por trabajo, no haciendo turismo —replicó molesta.

—Pero lo tuyo es una sustitución, no importa si renuncias.

—¿Renunciar? No voy a renunciar.

—Entiendo que ahora quieras jugar a interpretar el papelito de mujer trabajadora, pero necesito que vuelvas ya. Después, si consigo el puesto, podrás llevar a María a la guardería y currar unas horas para distraerte.

—No trabajo para distraerme, Marcos. ¿Qué hace mi pequeña? —preguntó para cambiar de tema.

—Es un bebé, ¿qué quieres que haga?

—Has entendido de sobras la pregunta, no te hagas el gracioso.

—Está bien, deja de preocuparte.

—¿Se toma los biberones? ¿Sigue llorando tanto? A veces se calma con el ruido del secador...

—Mavi, basta —la cortó—. Sé cuidar perfectamente de mi hija.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué te preocupas tanto?

—Porque las madres se preocupan por sus hijos, ¿no sabías eso?

Marcos no le contestó y ambos se mantuvieron en silencio.

—Ah, ¿sabes?, ayer me encontré a Luis. —Marcos cambió de tema para no iniciar una discusión.

—¿Y cómo está tu querido exsocio?

—Es con él con quien tengo el plan de negocio tan interesante. Es un campo nuevo para ambos, pero con muchas posibilidades...

Mavi suspiró, no quería escucharlo. Alzó la vista hacia los críos, que jugaban felices a pesar de ir de barro hasta las cejas y correr descalzos. Entonces, una escena a unos metros de ella captó su interés. Al resguardo de la marquesina de autobús, de hierro oxidado y plástico reseco por el sol, un hombre vestido con un viejo traje marrón intentaba llamar la atención de un niño de unos seis años, ofreciéndole algo que llevaba en la mano. El chiquillo lo miraba con desconfianza, pero, al cabo de unos segundos, se acercó y cogió de la mano del hombre lo que éste le ofrecía. Aquella escena le recordó la historia que le contaba su madre cuando era niña, una en la que le advertía de que no debía hablar con desconocidos, ni aceptar regalos con los que quisieran atraerla. Eran hombres malos que la separarían de su familia para siempre, personajes sin rostro a los que siempre temió, y, en ese instante, a unos metros de distancia, cobraba vida uno de ellos. En cuanto el pequeño se metió lo que parecía ser un caramelo en la boca, el hombre le ofreció la mano y el crío la tomó. Se giraron para alejarse, pero, antes de que pudieran iniciar la marcha y desaparecer en las estrechas callejuelas, un chico de unos diez años se acercó al pequeño, lo cogió de la mano y se alejaron corriendo.

El tipo se quedó allí plantado mirando al grupo de chicos con una expresión

enigmática en su huesudo rostro. Entonces giró la cabeza y miró directamente a Mavi. A ella se le heló la sangre cuando sus ojos se encontraron. Era extremadamente delgado, con una frondosa cabellera oscura y sucia. Sus ojos, diminutos y hundidos en las cuencas bajo unas cejas muy pobladas, le otorgaban un aspecto enfermizo. Sonrió, mostrando unos dientes apiñados y oscuros, y la fina piel de las mejillas dibujó unos pómulos afilados.

—¿Me estás escuchando? —pregunto Marcos en un tono molesto.

—Sí, sí... —mintió regresando a la conversación.

—Bueno, ¿cuándo volverás?

—Tengo que pensarlo, ya te llamaré.

—De acuerdo. Vuelve pronto, cariño, te necesito.

—Vale —susurró antes de colgar.

Cuando se giró, aquel hombre ya no estaba allí.

—¿Todo bien? —inquirió Ángel acercándose a ella.

Pensó en la escena que acababa de presenciar y llegó a la rápida conclusión de que seguramente su mente había malinterpretado lo ocurrido. Lo más probable era que aquel hombre fuera algún familiar o tal vez el padre o el tío del niño. Sacudió la cabeza y enseguida descartó la idea de contárselo al fotógrafo. Éste ya creía que era una pija caprichosa, así que no iba a darle motivos para que, además, pensara que era una paranoica.

—Sí, todo bien.

—¡Oh! Yo olvidar. —Gang dejó a Chen Jie en el suelo, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó el anillo de Mavi—. Encontrar —anunció con una sonrisa.

—¡Gang, es un milagro! —Cogió el anillo y lo miró como si no pudiera creer lo que veía—. Lo había dado totalmente por perdido. —Agarró a Gang por los hombros y le dio un beso en la mejilla—. Muchas gracias.

Lo sostuvo en la palma de la mano durante unos segundos antes de guardarlo en el bolsillo del tejanero, un gesto que a Ángel no le pasó desapercibido.

Dedicaron el resto de la tarde a jugar con Chen Jie en la puerta de la casa, sentados en unas rústicas sillas de madera y mimbre, agradeciendo la fresca brisa que los reanimó del agobiante calor del día.

La madre de Gang los volvió a llamar para la cena, que dispuso sobre el mismo mantel de plástico con motivos florales. Mavi estuvo a punto de decir que no tenía hambre, pero, cuando vio un gran bol rebosante de fideos con verduras, le pareció tan apetecible que decidió arriesgarse y probar.

—Chow mein —dijo Ángel señalando los fideos— y siew yhok —apuntó hacia una fuente situada en el centro de la mesa—. Son rodajas de carne de cerdo asado. Gang le dijo a su madre que cocinara estos platos porque son más similares a lo que estamos acostumbrados en Occidente. Lo ha hecho por ti.

—Oh, muchas gracias. —Mavi juntó las palmas de las manos e inclinó la cabeza dirigiéndose a Suri. Ésta le respondió con el mismo saludo, sin borrar un segundo la sonrisa de la cara.

Aquella noche llenó el estómago probando casi todo lo que estaba en la mesa y se sorprendió gratamente al descubrir nuevos sabores. Cuando salían a cenar fuera, en la época en la que la empresa de carpintería todavía funcionaba, los restaurantes de otras culturas no eran una opción. A Marcos le encantaban, pero ella prefería la comida del país. Después de la cena tomaron un licor de arroz y sintió que le ardía la lengua en cuanto el líquido le bañó el interior de la boca, como si una llamarada recorriera su esófago hasta el estómago. Se retiró al dormitorio y dejó charlando a Gang y Ángel. No pensaba regresar a España, al menos no lo decidiría hasta ver qué ocurría al día siguiente... A pesar de que Ángel se había afeitado la barba. Cogió el diario de encima de la mesita y se pudo a leer.

Mario seguía siendo muy atento conmigo en su forma de hablarme o de sonreírme, lo que hacía que descubriera en él detalles que mi corazón reconocía como los de una persona sumamente especial. Las veces que me acercaba el termómetro o me ayudaba a colocar una botella de suero se convirtieron en ocasiones en las que él aprovechaba para tener contacto físico conmigo, tan sutil y delicado que me erizaba el vello. Yo ansiaba su cercanía, su mirada, su atención, y me desesperaba por las horas que no pasaba con él. Me desesperaba al pensar que su regreso a Italia se acercaba, y saber que no volvería a verlo nunca más me angustiaba.

Un día, una hora antes de terminar la jornada laboral, cuando nos encontrábamos al final del pasillo en las últimas habitaciones de la tercera planta, me pidió que fuera a tomar una copa con él.

—No puedo, no insistas en seguir mirándome de esa manera —le dije, apartándome de la atracción de su cuerpo.

—¿De qué manera, bella? —me preguntó, inocente.

—Como se mira a una mujer soltera.

Apoyó la mano en la pared y sonrió.

—Tienes razón —admitió—, perdóname, pero no puedo evitar sentirme atraído por ti. —Me miró, con sus ojos negros y profundos—. Me has robado el sueño y la tranquilidad. Cuando me levanto por la mañana y soy consciente de que voy a pasar el día contigo, siento una felicidad que nunca antes había experimentado.

—Esto es una locura. Estoy casada y no debería...

—Lo sé. No debería haberte pedido una cita esta noche.

—Estás loco, ¿cómo voy a tener una cita contigo?

Mario cruzó los brazos sobre el pecho y se encogió de hombros sin dejar de sonreír, pícaro.

—Esperaba que pudieras enseñarme esa sala de fiestas tan famosa, La Paloma. Soy un turista más que quiere ver cosas de Barcelona antes de regresar a mi país.

—Claro, un turista más...

—No quiero ir solo.

—Seguro que Bruno y Cira estarán encantados de acompañarte.

—Pero yo estaría encantado de que me acompañaras tú.

Negué con la cabeza.

—Lo siento. No puedo.

—Lo entiendo, pero debía intentarlo bella.

Le sonreí y me alejé unos pasos.

—Espera —me detuvo, alcanzándome en el pasillo—. ¿Podrías indicarme cómo llegar hasta allí?

—¿Desde dónde irás?

—Desde mi hotel. Está en Catalunya, en la Rambla de Catalunya.

—¿Irás caminando?

—Claro que no. Tengo un bonito coche alquilado.

—En realidad llegarías antes andando.

—Me encanta conducir, así que iré en coche.

Pensé unos segundos la ruta más fácil para alguien que no era de la ciudad.

—Tienes que coger Ronda de San Antonio hasta la Vía Layetana; sigue todo recto hasta Pau Claris y allí... —Dejé de darle indicaciones ante su cara de confusión—. Tal vez deberías coger un taxi.

—Tengo coche. No te preocupes, ya lo encontraré. Tendré cuidado de no perderme.

—Pueden pasar dos cosas: que te adentres en la ciudad o que llegues al puerto.

—Espero no despistarme demasiado y caer al mar. —Alzó las cejas con fingido asombro. Luego guiñó un ojo, dio media vuelta y se marchó.

Caerse al mar... No era nada probable pero, si por cualquier razón llegaba a pasarle algo, me sentiría terriblemente culpable el resto de mi vida.

—¡Espera! —Me acerqué a él lo suficiente como para que nadie del personal del hospital que circulaba en aquel momento por el pasillo pudiera oírnos—. Te acompañaré, pero sólo para indicarte el camino.

—Grazie mille. —Dobló un brazo tras la espalda y me hizo una reverencia—. Dime dónde vives y pasaré a buscarte.

—No puedes pasar a buscarme por mi casa, parecería una cita. ¿Conoces el mercado de La Boquería? Está en las Ramblas.

—Sí. Lo conozco.

—Pues te espero en la entrada. A las ocho en punto.

Mario asintió y me marché lanzando miradas fugaces a mi alrededor, con la esperanza de que nadie nos hubiera prestado más atención de lo normal.

Elegí un sencillo vestido verde y blanco, con bordados en las mangas; no era demasiado elegante, pero resaltaba el azul de mis ojos y el tono pelirrojo de mi cabello, que me recogí tras la nuca con un pasador de bolitas doradas. No

quería que pareciera más que una salida de colegas que iban a tomar una copa, como si de esa manera engañara a mi corazón.

No tuve que esperar demasiado tiempo en la entrada del mercado. Mario detuvo el vehículo y, desde dentro, abrió la puerta del copiloto. Subí, sin perder tiempo. Apoyé el codo en la ventanilla y coloqué la mano a la altura de la mejilla, intentando ocultar parte de mi rostro a los transeúntes. Mario me miraba de reojo. Le fui indicando el camino, llegamos, aparcamos y nos dirigimos al local.

Nada más entrar, me asombró el tono escarlata y dorado del interior. Los palcos y el telón del escenario de terciopelo rojo, los arcos, el pan de oro de las molduras y las ninfas que brillaban a la luz de faroles dispuestos alrededor de la gran sala. Nos encaminamos a una mesa algo oculta en un rincón y me senté de espaldas a la sala de baile, temerosa de ser vista. Me daba pánico que alguien me reconociera y se preguntara qué hacía allí con un hombre que no era mi marido. Sin embargo, a pesar del desasosiego, me sentía emocionada porque allí estaba Mario, sólo para mí. Su mirada, su sonrisa, su boca y sus manos, en aquel momento y en aquel lugar, estaban pendientes de mí.

—Gracias por venir —me dijo con un halo de timidez.

—No debería estar aquí. —Negué con la cabeza, sin poder evitar que el tacón de mi zapato repiqueteara contra el suelo de madera.

—Entonces, ¿por qué has venido bella?

Le sonreí pensando que se burlaba de mí.

—Imagínatelo —contesté.

—No quiero imaginármelo. Ya imagino demasiadas cosas contigo. Quiero que me lo digas. —Me mordí el labio inferior, intentando impedir que las palabras equivocadas salieran de mi boca—. Dímelo —insistió—, pero medita bien tu respuesta; lo que digas pondrá principio o fin a esto. No va a ser fácil, así que tienes que estar bien segura de lo que vas a decir, Andrea.

Cuando pronunció mi nombre, las barreras que yo misma me imponía se vinieron abajo. No podía mentirle. No podía decirle que sólo era un capricho o un deseo pasajero, porque su mirada me desnudaba el alma.

—Me haces sentir cosas que pensaba que sólo le ocurrían a los demás... —

me interrumpí intentando buscar las palabras adecuadas—, cosas que nunca he sentido por otro hombre... ni siquiera por mi marido —susurré, mirando la superficie de la pequeña mesa. Mario me levantó la barbilla con un dedo.

—Tú me haces sentir cosas que creía que sólo le pasaban a los demás, cosas que nunca he sentido por otra mujer —emuló mis palabras, mirándome unos instantes, buscando algo en mis ojos, en mi rostro—. No quiero causarte ningún problema —añadió y, reclinándose en el respaldo, pareció alejarse a años luz de mí—. Lo mejor para ti es que esto no empiece. —Su voz adquirió un tono melancólico.

—Ya lo ha hecho.

Él volvió a mirarme y me acarició el dorso de la mano que tenía sobre la mesa. Instintivamente la retiré, temerosa.

—Lo siento —me disculpé.

Mario asintió con una caída de ojos, comprensivo. Nos miramos en silencio mientras la música de My Way, de Frank Sinatra, flotaba sedosa a nuestro alrededor. Las parejas bailaban su amor, se acariciaban, se besaban... mientras yo deseaba estar en el centro del salón de baile con él.

—Y, ahora, ¿qué vamos a hacer? —pregunté.

—Vivir las horas que podamos. Lejos de las miradas de otros.

Charlamos durante un par de horas sin movernos de la mesa y en ese tiempo descubrí que Mario era todo lo que deseaba en esta vida.

Salí primero del local y lo esperé a unos metros de la entrada. Ocultos por las sombras de la noche junto a un portal, nos besamos. Fue mágico, tan especial, tan único, que supe que estaba perdida.

Paré un taxi y volví a casa.

Las excusas de hacer horas extra en el hospital sirvieron con facilidad. Beatriz se pasaba las tardes encerrada en su habitación, con el tocadiscos que su padre le regaló aquel año. Apenas hablaba, si no era porque yo le preguntaba por su día. Ella se limitaba a contestar con monosílabos, «bien», «mal», «regular», o frases tipo «qué pesada eres, mamá». Me tranquilizaba ver que era una adolescente normal.

Antonio seguía llegando más tarde que yo, pues estaba tan obsesionado con

crear su propia empresa de taxis que hacer horas y más horas era una inversión aceptable para él sobre la que no discutíamos. Al fin y al cabo, eso me permitía pasar horas con Mario. Los días en su compañía eran felicidad pura, alegría e ilusión por amanecer a un nuevo día. El parque de Cervantes y un pequeño hotel en Alella se convirtieron en nuestros lugares de encuentro. En el parque paseábamos entre las arboledas y los rosales y nos ocultábamos de las miradas curiosas en la parte alta del recinto, bajo las pérgolas, para besarnos y abrazarnos. Otras tardes, acudíamos al hotel hasta bien entrada la noche. Lo que sentía cuando estábamos juntos tenía la absoluta seguridad de no haberlo sentido por Antonio ni siquiera al principio de nuestra relación, al conocernos, y eso me enfurecía enormemente, porque me llevaba a la conclusión de que había elegido el camino equivocado, al hombre equivocado. Pero ¿qué podía hacer a aquellas alturas de mi vida para cambiarlo? Hiciera lo que hiciese, destrozaría la vida de alguien... y Mario se volvía a Italia al acabar aquella semana...

Cerró el diario y lo abrazó contra su pecho. Deseaba entender el amor entre su abuela y el médico, pero no podía evitar sentir lástima por su abuelo y se preguntaba si conoció la traición de Andrea. Estaba confundida, casi hubiera preferido no saber de la existencia de aquella historia, así podría seguir creyendo que el matrimonio de sus abuelos había sido un ejemplo; sin embargo, a partir de entonces, ya no tenía un espejo en el que mirarse.

Capítulo 21

Esa vez había conseguido dormir toda la noche; se sentía descansada y extrañamente feliz. Se desperezó todavía con los ojos cerrados y, cuando los abrió, comprobó que Ángel la estaba mirando sentado en la cama.

—Nos vamos —dijo poniéndose en pie.

—¿Adónde?

—Te prometí hacer de guía, ¿no?

—Ya, pero ¿adónde me llevas?

—A Yangshuo.

Gang les prestó el coche y durante el trayecto, que duró una hora, apenas si intercambiaron palabras. Ella se dedicó a admirar el paisaje; no quería indagar o preguntar sobre cómo se sentía, prefería ignorarlo, pues de esa forma le resultaba más fácil no hacer caso a la extraña atracción que ejercía el fotógrafo en ella, un sentimiento que la tenía desconcertada desde hacía horas, cuando lo vio observándola con aquella extraña mirada mientras se probaba los sombreros.

—Si le preguntaras a un ciudadano chino un lugar increíble de su país para visitar, la mayor parte de ellos te diría que Yangshuo —intervino Ángel, rompiendo el silencio.

—¿Por qué?

—Por sus mágicas e infranqueables montañas, separadas unas de otras por tan sólo unos pocos cientos de metros. No son muy altas, pero dan la sensación de que te perderías en ellas por la densa vegetación. Puedes verlas en los billetes de veinte yuanes.

—Ahora sí parece un auténtico guía.

—¿Eso quiere decir que estoy ganando puntos?

—Tienes posibilidades.

Mavi lo vio sonreír por el rabillo del ojo y se percató de los hoyuelos que se le marcaban a ambos lados de las mejillas, algo que no había podido apreciar antes de que se afeitara la espesa barba.

—Estás guapo sin la barba. —Dicho esto, se mordió el labio, sorprendida por lo que acababa de soltar.

—Ey, dos cumplidos en menos de cinco minutos, creo que explotaré como un grano de maíz por la emoción. —Apretó los labios en una sonrisa y la miró de soslayo.

—¿Qué es lo que me vas a enseñar?

—Un parque magnífico, en el que hay un lago, preciosos pabellones y puentes clásicos...

—¿Me has traído hasta aquí para enseñarme un parque? —lo interrumpió.

Ángel la miró, sorprendido.

—No creo que hayas visto un parque como éste.

—Oh, es verdad, que tú sabes todo lo que yo he visto...

—Oye, no empieces a quejarte...

—Un parque me lo puede enseñar cualquier guía turístico de cualquier agencia de viajes. Y admirar las montañas de las que me acabas de hablar desde lejos es igual que si me compraras una postal. «Prometo enseñarte cosas de China que no podrás ver en un viaje de esos programados por una agencia», dijiste.

Ángel abrió los ojos.

—Vaya, menuda memoria tienes.

—Tendrás que pensar algo mejor, si pretendes sorprenderme.

Detuvo el coche en el arcén, se volvió hacia ella y entrecerró los ojos, pensativo, mientras con el dedo índice se daba golpecitos en los labios.

—Había pensado otra cosa, pero la descarté.

—¿El qué?

—No, no... mejor que no. Eres demasiado... —Se interrumpió y negó con la cabeza.

—Demasiado, ¿qué? —Cruzó los brazos e irguió la espalda en el asiento,

molesta.

—Delicada.

—Quieres dejar de juzgarme, por favor.

—Tienes razón, perdona.

—Bueno, ¿cuál es la otra opción?

—Hace unos años hice una ruta en bicicleta con Gang; pasamos por arrozales, campos y pueblos siguiendo el curso del río Li. Fue una experiencia increíble.

—Suená bien.

—Podría ser demasiado agotador para ti.

Deseaba declinar la propuesta, desde luego no le seducía en absoluto terminar el día agotada y llena de polvo, pero aquel hombre la ponía de los nervios dándole de listillo con ella, así que, otra vez, su boca volvió a decir palabras que su cerebro apenas si procesó.

—Hagámoslo.

Ángel no pudo evitar soltar una risilla de incredulidad, pero ante el semblante serio e inamovible de ella, pensó que tal vez hablaba en serio.

Aparcó el coche en una calle y se dirigió al puesto donde hacía unos años había alquilado las bicicletas junto a Gang. Pagó unos sesenta yuanes por las dos, compró un mapa, dos botellas de agua y las cargó en su mochila. No recordaba cómo salir de la ciudad; estaba tan cambiada desde la última vez que había estado allí que tuvo que preguntar a los encargados del puesto de alquiler de bicis. Éstos le marcaron sobre el mapa la ruta que debían seguir. Iniciaron la marcha siguiendo las indicaciones y pronto se encontraron sumergidos en el caos de la ciudad, en la que la mayoría de los vehículos hacían caso omiso de las señales de tráfico.

Ángel iba el primero, atento de no perder bajo algún coche a su compañera, quien, con cara de espanto, esquivaba los vehículos que pasaban a escasos centímetros de ella. Cuando consiguieron salir del bullicio, se encaminaron hacia la carretera.

A unos pocos kilómetros divisaron las montañas, que se alzaban majestuosas a lo lejos, y también los inmensos campos de cultivo de flor de loto y los arrozales. Mavi se detuvo, impresionada por tanta belleza. Aquel lugar era lo

más parecido al paraíso que podría imaginar y, allí, las preocupaciones se disiparon bajo el cielo perfectamente azul. Tenía ante ella un camino por el que la gente transitaba a pie o en bicicleta, en armonía con el sonido de una vida tranquila que la envolvía, junto al aroma a tierra, agua y vegetación. Grabó todo aquello en su mente, con la sensación de que aquel día iba a ser mágico.

—¿Tienes sed? —preguntó Ángel.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de la humedad que impregnaba su cuerpo.

—Sí, mucha.

Extrajo una botella de la mochila, la abrió y se la ofreció. Mavi bebió con ansiedad.

—Tomemos esta dirección —indicó él con el dedo.

Se desvió del camino y ella pedaleó tras él ilusionada, dispuesta a dejarse llevar sin importarle nada por primera vez en mucho tiempo.

En unos pocos kilómetros, llegaron a Longtan Ancient Village, un pueblecito situado cerca de la Montaña de la Luna.

—¿Qué te parece este paraje? —le planteó Ángel, deteniéndose.

—Es... tan diferente de lo que conozco...

—¿Has viajado mucho?

—No.

—Entonces, te estás perdiendo el mundo, pelirroja.

—Sí, supongo.

—Este lugar tiene más de cuatrocientos años de historia. Todavía quedan en pie viviendas construidas en la dinastía Ming y Qing —explicó señalando algunas edificaciones.

Mavi admiraba y absorbía todo lo que se encontraba a su alrededor... construcciones de ladrillos negros, desgastados, vigas pintadas y elementos decorativos en las ventanas con tallas de flores y pájaros.

—Es impresionante.

—Me alegro de que te guste.

—Tengo hambre.

—Pues busquemos un sitio para comer. —Ángel le guiñó un ojo y emprendió

la marcha de nuevo, pedaleando tranquilamente para que ella pudiera seguirlo sin dificultad.

Entraron en el único establecimiento ubicado en el pueblo, un local nada moderno, decorado con sillas de madera pintadas en diversos colores, farolillos rojos que colgaban del techo y manteles que en algún momento habían sido de un color naranja. Unas seis mesas rectangulares se dispersaban por el establecimiento y, al fondo, había una pequeña barra tras la cual un hombre chino de mediana edad organizaba las botellas sobre una estantería, donde licores de conocidas marcas se mezclaban con otras de apariencia casera. Unos diez turistas comían allí mientras charlaban animadamente y repasaban las fotos de sus cámaras o móviles.

—No tiene muy buena pinta, pero no hay nada más, así que... —dijo Ángel, retirando una silla para que Mavi se sentara.

Estuvo a punto de abrir la boca para darle su opinión sobre lo que le parecía aquel sitio, pero decidió callarse y disfrutar del día. Iba a pasar por alto lo nada apetecible que le parecía el lugar; tenía hambre y se había dado cuenta de que en China las cosas eran muy distintas a lo que estaba acostumbrada.

Una camarera joven, con el pelo teñido de rubio platino y recogido en una coleta, les dejó un par de cartas. Ángel no pudo evitar mirarla más de la cuenta.

—Guapa, la chica —comentó distraída, mirando la hoja plastificada—; una china rubia no es algo muy común de ver.

—Pues yo conozco a una que... —Mavi levantó los ojos de la carta y lo miró —... nada —concluyó al ver en su expresión que no le interesaba—. ¿Quieres que pida por los dos?

—Vale.

La camarera dejó sobre la mesa varios platos: chop suey, arroz frito con huevos y noodles, rollitos de primavera, fideos con pollo y pan chino. Ángel le sirvió vino casero, que el camarero les trajo sin que ellos lo hubiesen pedido, y Mavi acercó la nariz al vaso antes de probarlo.

—Esto huele a anís y azúcar.

—Pruébalo. —Dio un sorbo y se humedeció los labios con la lengua, atrapando el sabor del vino.

Ella también lo cató y, en cuanto el líquido atravesó su garganta, empezó a toser.

—¿Demasiado fuerte? —demandó Ángel.

—No, qué va —contestó con un hilo de voz—. Dime, ¿de dónde eres?

—De Madrid, aunque soy un poco de todo el mundo.

—¿Por tu trabajo?

—Sí.

—¿Siempre quisiste ser fotógrafo?

—Quería ser boxeador.

—¿En serio? —Mavi tomó otro sorbo de vino.

—Cuando tenía diez años estaba convencido de tener la familia perfecta. —Cogió un rollito y le pegó un mordisco—. Adoraba a mi padre y él sentía devoción por mí, por mis tres hermanas y por mi madre... aunque yo era su debilidad —susurró alzando las cejas—. Era «su niño», como solía referirse a mí, y yo disfrutaba acompañándolo al gimnasio a verlo entrenar. En su juventud fue boxeador profesional y ganó varios títulos importantes.

—De ahí te venía esa afición.

—Así es. Me encantaba ver los combates por televisión con él. —Tomó el último sorbo de su vaso de vino y se sirvió más.

Mavi se dio cuenta del destello fugaz de tristeza que cruzó su mirada.

—Pero... —añadió ella.

Ángel hizo una mueca de fastidio.

—Dos semanas después de que yo cumpliera doce años, se largó.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Nunca lo supe. Sólo dejó una carta en la que decía que necesitaba cambiar su vida, que temía convertirse en un mal padre, que no teníamos la culpa, blablablá. Más o menos eso es lo que recuerdo que nos contó mi madre a mí y a mis hermanas.

—Y... ¿crees que tu madre os explicó la verdad? —Dicho esto, dio otro trago al vaso de vino y esta vez el licor le hizo cosquillas en el paladar.

Ángel se encogió de hombros.

—Nunca volvimos a hablar del tema, aunque en el fondo pienso que se lo

inventó para protegernos.

—Debió de ser muy duro.

Él asintió sin dejar de probar la comida que había sobre la mesa.

—Lo fue. Especialmente para mí. ¿Cómo logra un chaval de doce años entender eso?

—¿Lo asumiste?

Ángel negó con la cabeza mientras tragaba lo que tenía en la boca.

—Empecé a meterme en peleas en el colegio. Me expulsaron de varios centros hasta que intervino la policía y a punto estuvieron de meterme en un centro de menores.

—Pobrecita, tu madre.

—Sí, no se lo merecía. Cuando cumplí quince años me entregó una caja que pertenecía a mi padre. Allí dentro estaban sus guantes, con los que solía entrenar. Quise tirarlo todo. Estaba lleno de rabia hacia él, pero mi madre me pidió que utilizara esa rabia para ser alguien en ese mundo. Creía que yo tenía las mismas aptitudes físicas que mi padre para destacar en aquel deporte y que debía intentarlo. «Conviértete en un campeón y un día él sabrá que lo lograste sin su ayuda», me repetía.

—Y, ¿lo hiciste?

Ángel asintió con una sonrisa de satisfacción.

—Por suerte aquella decisión me salvó de la mala vida y salí de las calles y me alejé de las malas compañías. Gané varios títulos, hasta que una lesión me mantuvo retirado unos meses. Entonces descubrí la fotografía y me apunté a una escuela privada.

—Tu madre se sentirá orgullosa.

—Supongo. No hablamos mucho, la verdad. Siempre está ocupada con los hijos de mis hermanas.

—¿Tú no tienes niños?

—No.

—Pues ya vas teniendo una edad. —Mavi chasqueó la lengua, traviesa.

—¿En serio me acabas de hacer ese comentario? —Mojó la punta de los dedos en el vino y le salpicó la cara. Mavi soltó un quejido—. A mí no se me

pasa el arroz como a ti, pelirroja.

—Yo ya tengo una hija.

—¿Y piensas tener más?

—Ni hablar.

—Eres joven, ¿qué edad tienes?

—¿En serio me acabas de hacer esa pregunta? ¿Es que no sabes que a las mujeres no se les pregunta la edad? —Mavi mojó la punta de los dedos en su vaso de vino y le salpicó la cara. Él intentó protegerse con las manos mientras reía.

—Treinta y tres —respondió ella, antes de meterse en la boca el último trozo de rollito—, ¿y tú?

—Algunos más. —Guiñó un ojo e hizo una mueca con la que apareció el hoyuelo en su mejilla derecha.

Después de un contundente postre de pudín de coco, Ángel pagó la cuenta.

—¿Lista?

Mavi asintió y salió primero del local. Cuando apenas se habían alejado unos metros en busca de las bicicletas, empezó a llover de forma intensa. Rayos y truenos aparecieron en un cielo, que se cubrió de nubes oscuras con extrañas formas. Volvieron corriendo a refugiarse al interior del establecimiento. Se acercaron a la barra y el camarero, con rapidez, llenó un par de vasos de una botella con un líquido granate.

—Me parece que, si quieres que pedalee de regreso, no debería beber más.

—Venga, te estás volviendo una mujer de mundo. No me falles ahora. — Sonrió y alzó el vaso para invitarla a brindar.

—No eres una buena influencia.

—No, no lo soy —afirmó con una sonrisa seductora.

Mavi sintió de nuevo aquella punzada en el estómago que tanto se empeñaba en ignorar. Apartó la mirada y se tocó el pelo. Ángel descifró aquel gesto y su ego se vio incrementado un poco más.

—¿Vas a dejar que beba sólo? —Chocó su vaso contra el de ella—. Me he afeitado. Creo que me merezco un poquito de atención.

No tuvo más remedio que encontrarse con aquellos ojos verdes chispeantes

que rompían su estabilidad interior, así que dio un trago para apaciguar su creciente nerviosismo. El tercer trago ya no le pareció tan fuerte y puso la mano sobre el vaso cuando Ángel intentó llenarle el vaso de nuevo.

—Se acabó, no bebo más.

—Sí, tienes razón. Creo que es mejor que lo dejes o tendré que llevarte atada a mi espalda. Estás más roja que un pimiento —comentó, soltando luego una sonora carcajada.

Al verlo reír, se contagió y, sin saber muy bien por qué, ambos rieron hasta que se dieron cuenta de que el camarero los miraba de reojo mientras buscaba otra botella de licor en la estantería. Ángel le hizo un gesto con la mano y el chino se encogió de hombros con una sonrisa al saberse descubierto.

—Vale, ahora dime por qué ha sido tan complicado afeitarte, si estás mucho más guapo.

Ángel volvió a mostrar el semblante serio.

—Prefiero no hablar de eso. —Dejó el vaso sobre la mesa y apartó la mirada de ella.

—Perdona. No quería molestarte.

—No lo has hecho. ¿Sabes una cosa? Me estoy divirtiendo. Al final no vas a resultar tan insoportable.

De repente dejó de llover. Ángel le ofreció la mano y Mavi la tomó, siguiéndolo fuera del local en busca de las bicicletas.

—Creo que sería capaz de pedalear hasta el fin del mundo —soltó ella subiendo a la suya. Se sentía eufórica, como si flotara en una nube, con las mejillas ardiéndole y un extraño calor en el pecho.

—Me parece que estás borracha. —Le sujetó la barbilla y la contempló con una sonrisa ladeada, acercando su cara a la de ella—. Pupilas dilatadas, mejillas sonrosadas, sonrisa boba... Sí, creo que la señorita ha bebido más de la cuenta.

—Venga, no estoy borracha, sólo algo mareada.

—Será mejor que regresemos. Me parece que no aguantarías la excursión. Lo veo en tu mirada.

—Tonterías. Estoy perfectamente.

—De acuerdo. Yo diría que... —aventuró, intentando situarse gracias al mapa

que había desplegado sobre el manillar—... que es por allí.

Iniciaron la marcha a un ritmo más lento. Mavi pedaleaba con ímpetu, pero cada vez iba quedándose más atrás. Sudaba. Le faltaba el aliento y la cabeza le daba vueltas por culpa del vino. Después de unos quince minutos, Ángel se detuvo. Estaba perdido. Vio acercarse a un anciano montado en un pequeño tractor y le hizo señales para que se detuviera. El hombre, que no dejó de sonreír mientras escuchaba a aquel occidental hablar su idioma, le pidió que lo siguieran.

—¡Vamos! —le gritó a Mavi—. ¡Este pequeño tractor corre como un demonio!

Ángel tuvo que afanarse para no perderlo mientras volvía la cabeza para comprobar que ella no se quedaba demasiado rezagada. Aquella mujer lo estaba sorprendiendo. Hasta el momento, ninguna queja, ningún lamento por la accidentada excursión había salido de su boca. La veía pedalear con ganas, esforzándose por alcanzarlo en un camino que era un lodazal lleno de charcos en el que las ruedas se quedaban atascadas. Al fin, el anciano detuvo su tractor y le indicó a Ángel por dónde ir.

—¿Cómo estás? —le preguntó a Mavi cuando ésta logró acercarse a él.

—Genial —contestó, manteniendo la sonrisa.

—Mentirosa. Estás agotada.

—Eso es lo que tú crees, pero veremos quién se rinde primero. —Se sorprendió a sí misma con el atrevimiento que acababa de demostrar.

—Yo no pienso rendirme. —Le guiñó un ojo y emprendió el camino.

Se desviaron por un sendero que desembocó en otro en peores condiciones que el que acababan de abandonar. Necesitaban hacer el doble de esfuerzo para avanzar y la excursión se estaba convirtiendo en una tortura. Ángel esperaba que en cualquier momento Mavi empezara a protestar y decidiera quedarse plantada a la espera de que vinieran a rescatarla.

Después de veinte minutos, volvieron a detenerse. Cientos de ocas les cortaban el paso. Impaciente ante la lentitud de las aves, Ángel se bajó de la bicicleta, agitó los brazos en el aire y dio palmas hasta que las ocas, asustadas, corrieron a esconderse en los laterales del camino. Al fin despejado, pudieron

continuar la marcha y tomaron un sendero esperando encontrar el río para poder orientarse, cuando, de nuevo y sin previo aviso, un trueno rompió el silencio y retumbó con un eco profundo contra las frondosas montañas, envolviéndolos. No tuvieron tiempo más que de mirarse unos segundos antes de que una lluvia torrencial descargara sobre ellos.

—¿¿Qué hacemos?! —gritó Mavi para hacerse oír por encima del chaparrón.

—¡No podemos hacer nada más que continuar, no hay dónde refugiarse!

Medio metro separaba sus cuerpos, ambos subidos en las bicicletas; aun así, era costoso oírse a través de la densa capa de agua que los empapaba de arriba abajo. Se miraron envueltos en un ambiente cálido y frío al mismo tiempo. Se sonrieron, centrados cada uno en los ojos del otro, y, entonces, como había ocurrido antes, la lluvia cesó de repente.

—Este tiempo es una locura. —Mavi rio, dejando la bici en el suelo.

Ángel se pasó las manos por la cara. El agua le resbalaba por el cabello y la frente, al igual que a Mavi. Ella recogió su melena a un lado y la retorció para eliminar el exceso de agua. Él la intentó ayudar. Con torpeza, escurrió el cabello femenino apretando una y otra vez con los dedos la coleta que ella sostenía entre sus manos. Sin dejar de mirarla, le colocó el cuello de la blusa, que caía a un lado. Mavi le sonrió y Ángel se estremeció.

—Gracias —dijo ella antes de agacharse a recoger la bicicleta del suelo.

—De nada —susurró él.

Ángel inició la marcha de nuevo, esta vez intentando no dejar demasiada distancia entre ambos.

Atravesaron frutales, arrozales y cultivos, cruzándose con lugareños que les indicaban que iban mal, que no podían seguir porque se encontrarían con el río demasiado crecido para cruzarlo, pero Ángel no quería dar la vuelta y prefería descubrir una ruta nueva por la que llegar a Yangshuo y, sobre todo, no quería que Mavi pensara que estaba perdido. Aquella mujer había empezado a despertar en él sensaciones que tenía enterradas y que por nada del mundo deseaba revivir. Cuando se relajaba, era divertida, y le habría gustado mecerla en su pecho y acariciar su melena pelirroja cuando, después de tomar el vino, había puesto aquella cara de niña cándida. Cada vez que la miraba para comprobar que lo

seguía, ella estaba sonriendo, y eso significaba que lo estaba pasando bien y que conseguiría su propósito, que se quedara más días.

Tan absorto estaba en sus propios pensamientos que no se dio cuenta de la enorme piedra medio oculta por el fango que estaba en su camino. La rueda delantera de su bicicleta impactó contra ella y el golpe le hizo volar por encima del manillar. Cayó de bruces al suelo, rodando unos metros por el barrizal.

—¿Estás bien?

Alarmada, se bajó de la bicicleta y se acercó para ayudarlo.

Antes de que lo tocara, Ángel se puso en pie de un salto, avergonzado. Se sacudió los pantalones, impregnados de barro hasta sentirlo húmedo en su piel, y la miró esquivando sus ojos. Estaba rebozado de fango, desde los pies hasta la cabeza, los brazos y la cara. Sólo se le veían los ojos, muy abiertos y abochornados.

—Estoy bien, estoy bien —contestó, agudizando sus sentidos para comprobar que no hubiera más dolor que vergüenza. Mavi estalló en una carcajada—. Menuda pinta debo tener. —Ella no podía parar de troncharse—. Vale, ríete... pero no tiene gracia. Podría haberme abierto la cabeza.

—Pero estás bien, ¿no? —preguntó, intentando contener la risa.

—Sí, sí. —Se rascó la cabeza mientras buscaba su bici a unos metros.

Cuando lo vio con aquella facha, con la ropa sucia pegada al cuerpo, el cabello revuelto y de punta y totalmente marrón, volvió a reír sin parar.

—Muy bien, ríete. Ya veremos qué pasa cuando te caigas tú.

—Perdona, pero es que estás muy gracioso.

Ángel levantó la bici del suelo, se subió a ella y emprendió la marcha.

—¡Me alegro de que te lo estés pasando tan bien! —gritó, pedaleando sin mirar atrás.

—Sí, la verdad es que está siendo un día muy divertido —se dijo a sí misma, aguantando la risa al verlo tan molesto.

Al fin, el sonido del agua bramando en el cauce del río llegó hasta sus oídos.

—Allí está el río Li —anunció Ángel, señalando a unos metros—. Continuaremos cerca de la orilla y, cuando lo veamos seguro, lo cruzaremos, para volver a Yangshuo.

—No he traído el bikini —comentó jovial.

—Tus bragas deben de estar tan mojadas como mis calzoncillos. No seas tiquismiquis.

Pero el avance empezó a complicarse. Cada vez había más piedras, barro y agua, convirtiendo el camino por el que los campesinos circulaban hacia sus huertos en una trampa. Encontraron zonas por las que no podían circular subidos a las bicicletas y tuvieron que hacerlo a pie. Cuando volvieron a montar en ellas, Ángel, que encabezaba la marcha, resbaló. Él y la bicicleta rodaron por una pequeña pendiente hasta un huerto con plantas de un metro de altura entre las que desaparecieron.

—¡Dios mío! —chilló Mavi, asustada—. ¡¿Estás bien?!

Maldiciendo desde el fondo del sembrado donde había ido a parar, Ángel emergió con más barro en la cabeza.

Mavi no podía para de reír.

—Vale —comentó, trepando con la bicicleta al hombro—. ¡Que sepas que lo he hecho a propósito, las dos veces!

Después de pasar una hora por los huertos, consiguieron ver un puente y lo cruzaron. En poco tiempo, el camino se volvió de asfalto y continuaron pedaleando hasta conectar con la carretera principal hacia Yangshuo.

De nuevo en el caos de la ciudad, se sintieron como dos mosquitos en un inmenso jardín de tráfico y cemento.

—O nos atrevemos o no saldremos nunca de aquí —gritó Ángel en medio del bullicio de gente y vida anárquica que los envolvía.

Sin pensarlo, Mavi se adelantó, repuesta del mareo y la euforia provocada por el licor, encabezando la marcha. Supo reconocer algunos edificios que había visto esa mañana, cercanos a donde se encontraba el puesto de alquiler de bicicletas, y se dirigió hacia allí. Sorprendido por su iniciativa, Ángel la siguió, mientras era observado por las curiosas miradas de los transeúntes, que lo señalaban entre risas por el aspecto que tenía.

—¿Qué te parece si pasamos la noche aquí? Buscaré un hotel barato, bonito y limpio —le propuso nada más dejar las bicicletas.

—¿Puedes permitirte?

Ángel se encogió de hombros como respuesta.

—Por mí, vale. Estoy disfrutando como una niña.

—Genial. Antes tendría que comprarme algo de ropa, estoy hecho un asco, y tú también.

—¿Yo? No creo que lleve suficiente dinero encima. Me lo he dejado en la maleta.

—No te preocupes, aquí la ropa es barata y puedo pagarla, pero tendrás que entrar tú por mí, no creo que me dejen pasar con esta pinta.

—¿Te fías de mí?

—Sí, pero, por favor, no me compres unos pantalones de pinzas beige y una camisa rosa.

—Nunca haría eso, tengo mejor gusto... aunque intentaré quitarte ese toque mediocre.

—¿Mediocre? —preguntó, mirándose.

El barro seco sobre su cuerpo y ropa, que cubría de marrón todo su ser, le conferían un aspecto cómico.

—Pareces una de esas estatuas humanas que se pueden ver en las Ramblas de Barcelona.

Ángel se irguió, levantó la cabeza y estiró el brazo, señalando con el dedo índice al frente.

—¿Qué haces? —inquirió, sorprendida.

—Imito la estatua de Colón.

Ella puso los ojos en blanco y le dio un golpecito en el hombro.

—Para. Nos están mirando.

—¿Quién?

—La gente. —Miró a su alrededor con disimulo, contemplando a los transeúntes que abarrotaban el paseo comercial de la ciudad.

—¿Qué gente?

—Bueno, ya basta. Dame dinero y entraré a comprar ropa para los dos.

Ángel abrió la mochila y sacó su billetera, que estaba húmeda. Sacudió algunos billetes mientras Mavi lo observaba fijamente, recordando aquel sentimiento que la había aturcido durante la excursión en bicicleta, del cual

culpaba al vino y al licor... si bien tenía que reconocer que el atractivo físico de Ángel lo convertía en una tentación difícil de ignorar.

—Con esto tendrás suficiente —afirmó, entregándole unos billetes—. No tardes, te espero aquí mismo.

—¿Qué número de pie usas?

—Cuarenta y cuatro.

Asintió y entró en una gran tienda con enormes escaparates donde maniqués de hombres y mujeres lucían ropas de estilo informal. Recorrió la primera planta y escogió una camisa verde, unos tejanos negros y unas zapatillas deportivas marrones. Para ella se decantó por un vestido de tirantes largo de color verde claro y unas sandalias planas de tiras. Buscó la sección de ropa interior y la encontró al final del establecimiento. Eligió unos bóxers negros, calcetines y un conjunto de braguita y sujetador sin tirantes en color blanco. De camino a la caja para pagar, cogió de un gran expositor un collar y unos pendientes largos a juego con forma de media luna plateada. Se dirigió a la caja, dejó toda la ropa sobre el mostrador y, cuando la vendedora le dijo en chino el importe, ella extendió la palma de la mano con los billetes que Ángel le había dado. La chica sonrió, cogió un par de billetes y le devolvió unas monedas.

En quince minutos estuvo fuera de la tienda.

—¿Ya está? —inquirió él, sacudiendo la cabeza, incrédulo—. Sólo por esto, sería capaz de soportarte como novia. Una mujer que compra a esa velocidad merece un reconocimiento universal.

—Qué exagerado, sólo se trataba de ropa informal, no de una recepción real.

—¿Qué me has escogido? —preguntó, intentando vislumbrar el interior de la bolsa de papel.

Ella la abrió y le mostró el contenido.

—Oh, vaya —chasqueó la lengua—, un vestido verde. He de confesar que no me sientan muy bien. Soy más de *shorts* y corpiños.

—¿Ya has reservado hotel?

—Sí —le mostró el móvil, agitándolo en el aire—, ha sobrevivido a la excursión y he reservado algo por Internet, está aquí cerca.

—Pues vamos. Tengo ganas de darme una ducha y quitarme todo el polvo

que llevo encima.

—En aquella dirección —indicó, señalando a su derecha.

Capítulo 22

La entrada del hotel era de lo más impersonal... y ningún mueble armonizaba con el otro; ni siquiera la porcelana exagerada, presente en todas sus dimensiones y colores, quedaba bien con los estores modernos de color morado que servían de cortinas. Ángel recogió la llave en recepción, subieron en el ascensor, cubierto por una espesa moqueta azul con espejos en las paredes, y se detuvieron en la tercera planta.

—Qué hotel más cutre —comentó Mavi mirando el largo pasillo cubierto con la misma moqueta azul.

—No empieces, ¿quieres? —Introdujo la tarjeta en la cerradura y, cuando la puerta se abrió, se quedó de piedra con lo que vio—. Oh, oh... —murmuró.

—¿Qué pasa? —preguntó Mavi tras él.

—Bajaré a recepción, nos han dado una habitación equivocada.

Ella entró y se echó a reír cuando vio en el centro de la estancia una cama redonda sobre la que colgaban cuatro farolillos rojos que permanecían encendidos y teñían la estancia de una luz escarlata.

—Pero ¿a qué clase de hotel me has traído?

—No tenía ni idea —aseguró Ángel, frotándose la nuca.

Lo observó todo a su alrededor mientras acariciaba uno de los tres cojines, también rojos, que reposaban sobre las blancas sábanas. Cuando vio un jacuzzi en una esquina de la habitación, al que se subía por dos escalones de mármol blanco, estalló en una carcajada.

—Ahora mismo voy a pedir otra habitación.

—Espera, ¿qué es eso? —Curiosa, se acercó a los pies de la cama, donde un extraño objeto con tres patas y unos enormes cuernos reposaba sobre una peluda

alfombra morada. Se agachó junto a ella, moviendo la cabeza de un lado a otro intentando adivinar qué era.

—Es una silla erótica —aclaró Ángel. Mavi se echó hacia atrás, sobresaltada—. No me digas que nunca habías visto una...

—Pues claro que sí. Tengo tres en casa. —Alzó las cejas.

—Ya. Oye, no era mi intención traerte a un sitio como éste. Ahora mismo pedimos otra habitación —dijo saliendo fuera de la estancia.

—Ya puedes imaginarte cómo serán el resto de habitaciones. —Mavi lo siguió con las manos entrelazadas a la espalda, intentando contener la risa.

En recepción, Ángel intentó entenderse con el delgado y pálido recepcionista mientras Mavi resoplaba, deseando que llegaran a un acuerdo rápidamente.

—No tienen más habitaciones —anunció con fastidio—. Sólo les queda la habitación Mazmorra y ésta. Tendremos que buscar otro hotel. —Se rascó la cabeza y apretó los labios, molesto—. Lo siento, lo reservé por Internet y no me percaté de la temática erótica del lugar.

—No me lo puedo creer. Estoy agotada, mojada y llena de barro. Sólo quiero darme una ducha.

—Pues, nena, hay un jacuzzi formidable ahí arriba.

—No le veo la gracia.

—Vale.

—Es igual, quedémonos. No tengo ganas de dar vueltas buscando otro hotel.

Mavi le permitió pasar primero al baño, no quería que luego le estuviera metiendo prisas. En quince minutos, Ángel apareció duchado y vestido con la ropa que ella le había comprado.

—Te queda perfecta.

—Sí, he de reconocer que tienes buen ojo, aunque todo el mérito no es tuyo. —Se señaló con las manos—. Tengo buena planta.

—Menudo creído estás hecho.

—Reconocer lo evidente no significa que sea un creído. Soy un hombre que se conserva muy bien y que gusta a las mujeres.

—Ya. —Se puso en pie, cogió el vestido y el conjunto de ropa interior que estaba sobre la cama y entró en el baño—. Tranquilo —añadió, asomando la

cabeza por la puerta—, intentaré controlarme para no saltar sobre ti esta noche... aunque suponga tener que hacer un gran esfuerzo no revolcarme contigo bajo esos farolillos rojos.

Él sonrió y se tumbó en la cama, emitiendo un leve quejido; le dolía el costado y una rodilla, pero no iba a decir nada.

—¡Puedes dormir un rato! —gritó ella desde el baño—. ¡Hasta que no quede arrugada como una pasa, no pienso salir de debajo del agua!

Cuando despertó, ya era de noche. Mavi estaba de pie, mirando por la ventana, y llevaba puesto aquel vestido largo que insinuaba sus curvas y le marcaba un trasero firme. La melena rojiza le caía por la espalda, formando, en las puntas, ondulaciones que cubrían parte de su blanca piel y, cuando se giró, Ángel sintió una punzada al darse cuenta de lo bella que era.

—Estás muy guapa.

—Gracias, señor. —Hizo una reverencia cogiéndose la falda y sonrió.

Conocía un coqueto restaurante gracias a una amiga lugareña que lo acogió en su casa la primera vez que viajó con Gang a Yangshuo. El local tenía una pequeña terraza cubierta por un toldo del que colgaban diminutas luces que parecían estrellas y algunas enredaderas trepaban por el poste que sostenía la lona blanca; el camarero los sentó a una mesa iluminada por una vela en el centro.

—Esto es demasiado romántico, ¿es que intentas ligar conmigo? —preguntó Mavi observando a los comensales, la mayoría de ellos parejas.

—Tranquila, no eres mi tipo, pero aquí se come bastante bien. Recuerda que todavía sigo en mi propósito de hacerte disfrutar de China y éste será un sitio que recordarás gratamente.

Los ojos de Ángel chispeaban a la luz de la vela y Mavi se removió en su asiento, más molesta por haber oído que no era su tipo que por aquel hormigueo que recorría su estómago. Intentó cambiar la percepción de aquella confesión diciéndose a sí misma que era lo mejor; que no debía fijarse en otro hombre que no fuera su marido; que tenía que prepararse mentalmente para intentar, de nuevo, arreglar las cosas con Marcos; que todo aquello que estaba sintiendo no era más que la consecuencia de encontrarse en un mundo desconocido, con

gente, aromas y sensaciones extrañas... como el deseo que crecía por él y que no era más que eso, una confusión en un momento de su vida que no dejaría de ser pasajero.

Ángel intentó concentrarse en la carta; su mente estaba dispersa desde que habían llegado al hotel. Ya en la ducha, sintiendo el agua fría resbalar sobre su piel, había logrado relajarse del agotador día de excursión y calmar sus deseos carnales, los cuales, sin poder someterlos a su voluntad, se dirigían hacia Mavi, una y otra vez, desconcertándolo, erizándole el vello y acelerando sus pulsaciones. A pesar de estar acostumbrado a deambular por todo el planeta, se sintió agotado; tal vez las estúpidas caídas tenían la culpa. Le dolía el costado del primer golpe y un moratón oscuro lucía en la parte baja de la rodilla derecha. Temía que aquella mujer lo viera como un madurito torpe y estaba seguro de que no se fijaba en él como él se fijaba en ella. Una punzada de culpabilidad lo atravesó al pensar en Mavi como algo más que en sexo sin compromiso emocional, como todas las demás después de Alike, y sacudió la cabeza bajo el chorro de agua fría, como si con ello intentara arrojar aquel pensamiento contra los azulejos del baño.

—¿Puedes elegir por los dos? —Mavi lo sacó de sus cavilaciones.

—Te estás volviendo una chica muy atrevida, princesa.

—Ya te dije que no me llamas *princesa*.

—Perdona —levantó una mano a modo de disculpa—, es la costumbre.

—¿La costumbre de llamar a las mujeres *princesa*?

—Y bombón. —Guiñó un ojo, seductor.

Ella puso los ojos en blanco.

El camarero se acercó y Ángel realizó el pedido, hablando en chino.

—¿Qué has elegido?

—Es una sorpresa, pero, tú tranquila, los supermercados abren toda la noche.

—Háblame un poco más de ti.

—No, ahora te toca a ti. Yo ya he hablado suficiente de mí.

—Muy bien. ¿Qué quieres saber?

—Estás casada y tienes una hija —afirmó Ángel. Apoyó los codos y se inclinó hacia delante.

—Sí y sí.

—Con el de la pajarita, ¿no?

—¿Álvaro? No. Es un amigo de la familia.

—¿Qué edad tiene tu hija?

—Tiene cinco meses y se llama María.

—Ha debido de ser difícil dejarla, siendo tan pequeña, ¿verdad?

—Sí y no. —Él se humedeció los labios e hizo una mueca, sorprendido por la respuesta—. Verás, cómo te lo diría yo para que no sonara mal... ser madre es más duro de lo que pensaba.

—Sí, suele pasar.

—¿Estás casado?

—Lo estuve.

—¿Hace mucho?

—Cuatro años.

—Bueno. Todo en esta vida tiene un principio y un final, sólo que no sabemos cuándo llegará.

—Yo lo supe —susurró Ángel.

—¿Cómo?

—Nada. —Bebió agua del vaso que el camarero acababa de servir y apartó la mirada de Mavi, temeroso de que descubriera un atisbo de debilidad.

—Y... ¿estuviste muchos años casado?

—Dos años y tres de noviazgo antes de la boda. Nuestra relación no fue fácil desde el principio, pues su profesión y la mía no eran compatibles: ella, médica, y yo, fotógrafo.

—¿Médica? No tenía una plaza fija y siempre estaba de un hospital a otro, ¿era eso?

—Siempre estaba de continente en continente. —Mavi se inclinó hacia delante y le prestó todo su interés. Ángel la miró, indeciso. Pensar en Alike lo hacía sufrir, pero extrañamente se sentía cómodo hablando con aquella mujer, que lo escucha con atención y curiosidad—. Médicos sin fronteras era su casa y su destino, cualquier lugar del mundo donde hubiera enfermedades, hambre,

catástrofes o guerras... y así la conocí, haciendo un reportaje en Nairobi. Alika estaba allí en ayuda humanitaria.

—¿Alika? ¿Qué clase de nombre es ése?

—Alika significa «la más bella». Es un nombre nigeriano.

—¿Es de Nigeria? —Ángel asintió—. Suena todo muy romántico.

—No lo creas. Nada de nuestro entorno en aquel lugar era romántico, te lo aseguro. Pero a veces parece que el amor encuentra resquicios en el sufrimiento para colarse. Nos unimos durante unos días, lo que duró mi estancia allí, y nos separamos sin prometernos nada. No nos dimos ni número de teléfono, ni mail, nada. Nuestras vidas eran demasiado complicadas como para intentar unir las.

El camarero los interrumpió con dos humeantes platos que posó en la mesa.

—¿Sopa? ¿Con este calor? —inquirió, sorprendida.

—Es bueno sudar, expulsas las toxinas de la piel. Es broma. Está deliciosa, es una de las mejores sopas que puedes probar. Deja que se enfríe un poco.

—Vale; mientras tanto, sigue contándome.

—Oh, no, vamos... no quiero aburrirte.

—No me aburres; además, ahora quiero saber cómo conseguisteis estar juntos con unas vidas tan movidas.

—Muy bien. —Se humedeció los labios, tomó aire y prosiguió—: Tres meses después volví a viajar a África, concretamente a Kenia, y allí estaba ella, atendiendo a personas afectadas por sida y tuberculosis, así como a víctimas de abusos sexuales. Nos quedamos de piedra al vernos y fue maravilloso. —Una sonrisa nostálgica cruzó su rostro—. Pasamos dos semanas increíbles, conociéndonos y dándonos cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro... si no fuera por nuestras profesiones, a las cuales ninguno de los dos estábamos dispuestos a renunciar. Bueno, en aquellos días ni siquiera nos lo planteábamos, sólo nos dedicábamos a disfrutar del tiempo que teníamos.

—Es una historia preciosa. —Ángel frunció el ceño con amargura—. Y, ¿qué más?

—Volvimos a separarnos.

—Pero en esta ocasión sí que os disteis los teléfonos.

—Sí, pero sin compromisos.

—No me lo puedo creer... ¿por qué?

—Pues por la misma razón que la primera vez. Nos enamoramos, sí, pero nuestros mundos eran distintos y Alika tenía muy claro cuál era su misión en esta vida. Ella fue adoptada por un médico que ayudó a su pueblo a sobrevivir a una fuerte hambruna que acabó con la vida de sus padres y sus dos hermanos pequeños. Alika se hizo doctora para dedicar su vida a ayudar a los demás, y nada ni nadie iba a hacerle cambiar de opinión, y yo no quería ser el motivo que la apartara del camino elegido.

—Pero es amor.

—Haces que suene a película de Hollywood —se mofó—. La vida es otra cosa.

—La vida es amor. ¿Qué, si no, mueve a alguien a dedicarse a ayudar a los demás?

Ángel suspiró y sacudió la cabeza.

—Es igual, las cosas eran así.

—¿Y qué sucedió?

—Pues que pasamos tres años de nuestras vidas entre encuentros inesperados y otros más planeados, pero siempre sin la exigencia ni la obligación o el deber de vernos, de estar juntos. Si nuestras agendas podían coincidir, nos encontrábamos; si no podía ser, cada uno seguía con su vida sin reproches ni lamentos.

—Está empezando a dejar de ser romántico —se quejó, para luego seguir soplando su sopa.

—Hasta que... —Mavi levantó la vista del plato—, el destino nos dio más razones para volver a vernos.

—Ah, ¿sí? —preguntó, casi celosa de aquella historia.

—Viajé con Gang a Filipinas; Alika llevaba allí un tiempo. Había habido una tormenta tropical en el norte del país que había causado varios cientos de muertos. Nosotros nos alojamos en el sur y Alika y Mei, una enfermera del equipo, nos hicieron una visita.

—Y Gang y Mei se enamoraron.

Ángel asintió con la cabeza.

—Locamente, como dos colegiales, como si el amor lo hubieran descubierto ellos. —Suspiró al recordarlos tan felices la última vez que los vio juntos.

—Debió de ser terrible que muriera de aquella manera y embarazada.

—Lo fue. —Se miraron con una recién descubierta complicidad creada durante aquellas intensas horas—. Vamos, come o la sopa se enfriará del todo.

El camarero retiró los platos vacíos y sirvió los segundos, pato a la naranja y, para beber, vino espumoso.

Mavi soltó una carcajada.

—¿No te gusta el pato a la naranja?

—No lo he probado en mi vida —contestó ella, apoyando los codos en la mesa. Entrelazó los dedos y sostuvo la barbilla sobre los nudillos—. Éste es el motivo por el que estoy en China, el pato a la naranja.

—Sí, claro. Lo había olvidado... Bao.

Mavi pinchó un trozo con el tenedor, se lo metió en la boca y lo saboreó.

—No está mal. Me recuerda un poco al pollo que cocina mi abuela.

—Vale, eso no se lo comentes a Bao cuando lo veamos. No creo que se lo tome como un cumplido. Bebe un poco de vino, potencia su sabor. —Ángel descorchó la botella y llenó ambas copas. Mavi dio un pequeño sorbo—. Y ahora, señorita, vas a contestarme tú a algunas preguntas.

—Pero tienes que terminar de contarme la historia.

Ángel negó con el dedo.

—Lo único que te diré es que Gang y Mei se casaron antes que nosotros.

—Pero...

—Te toca a ti —la interrumpió—. Dime, ¿cómo es tu marido?

—Mmm... —alzó la vista y apoyó el dedo índice en el labio, un gesto que a él le pareció encantador—... yo diría que es orgulloso y un poco irritante.

—Vaya, no resulta una descripción nada romántica. ¿A qué edad te casaste?

—A los veintitrés.

—¿No tenías nada mejor que hacer a esa edad que casarte? —Arrugó el entrecejo y negó con la cabeza mientras masticaba.

—Estaba enamorada.

—Y a mí me encantaban los superhéroes, pero no por ello iba vestido de

Superman.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo normal a los veintitrés es que estés enamorado, ¿quién no lo está a esa edad?, pero ¿casarse? ¿Tus padres no te encerraron en la torre del castillo?

—Mi madre, sí, pero mi padre la obligó a soltarme. —Alzó la copa de vino y bebió.

Ángel rio de forma sonora, echándose hacia atrás en la silla. Mavi estaba encantada de estar allí; hacía tiempo que no se sentía tan a gusto y relajada.

—¿Y fuisteis a vivir a casa de los papis o de los suegros?

—Marcos, mi marido, por aquella época tenía piso propio. Su madre, al fallecer, se lo dejó en herencia y su padre, que estaba casado de nuevo, vivía entre Barcelona y Londres. Marcos fue haciéndose cargo de la empresa de carpintería hasta que, hace unos años, su padre se jubiló y se trasladó definitivamente a Inglaterra.

—Vaya, así que te casaste con un chico con futuro.

—Por aquel entonces, sí.

—¿Las cosas ya no le van bien?

Ella se encogió de hombros.

—Ya no hay empresa, ni piso, ni muchas otras cosas.

—Oh, oh...

—Bueno, mi historia no es tan fantástica como la tuya, es de lo más sencilla. Chica conoce chico, se enamoran, se casan y tienen una hija.

—¿En serio ha sido así de sencillo?

—En realidad, no. —Suspiró.

—Lo ves, tú también tienes tu historia. Todos la tenemos, porque la vida no es fácil, no es sencilla. Es complicada, dura y, a veces, insoportable.

Mavi alzó la copa y Ángel la chocó con la suya, mirándola a los ojos, hipnotizado.

—Por nosotros y por un futuro brillante, sea donde sea y como sea.

—Por nosotros —repitió ella.

El líquido dorado humedeció sus labios y Mavi se relamió inconscientemente. A Ángel aquel gesto no le pasó desapercibido y se removió en su asiento cuando,

en su pecho, se encendió una explosión de deseo.

—Cuéntame más —le pidió, curioso.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo es un matrimonio después de tantos años?

—Diferente.

—¿En qué?

—En todo. —Mavi se encogió de hombros en un gesto de aburrimiento—.

Todo cambia o se transforma, dilo como quieras.

—Pero a mejor, ¿verdad?

—Sí, claro —mintió ella.

—Eres afortunada por experimentar esa clase de amor.

—¿Qué clase de amor?

—El que se transforma con el tiempo. Dicen que recoge la fuerza y la templanza de los años vividos; la seguridad de saber que conoces a tu pareja y la absoluta certeza de que acertaste al elegirla.

Mavi tragó saliva y se removió en su asiento.

—¿Dónde has oído eso?

—De un matrimonio muy anciano en la India. Llevaban juntos más de sesenta años.

Terminaron la cena y pasearon junto al lago del Oeste por un sendero iluminado por farolas que brillaban sobre el agua oscura de la orilla. Mavi lo miró de reojo; sentía su presencia como algo imponente y, en cierta manera, tenía la sensación de que no estaba a la altura. Sabía de sobras que físicamente era capaz de atraerlo fácilmente, eso era algo que podía hacer casi sin proponérselo, pero intelectualmente estaba a años luz de la experiencia que tenía un hombre de mundo como él.

—¿Estás con alguien ahora? —preguntó Mavi.

—¿Alguien fijo, quieres decir?

—Sí.

—No. Tengo amigas íntimas con las que comparto tiempo y cama, nada más.

—Qué frío suena eso.

—¿Por qué?

—Porque lo bonito es compartir tiempo, cama y mil detalles más.

—Esos «mil detalles» son lo que yo evito. —Se encogió de hombros, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—¿Los evitas? ¿No lo echas de menos? Los sentimientos, quiero decir.

—No me lo planteo.

—¿Así de sencillo? ¿No quieres pensar en ello y no lo haces?

—No he dicho que sea sencillo. Cuando vienen a mi mente, busco algo con qué acallarlos. Es la forma de vida que he elegido.

—¿Tan dura fue la separación que no quieres volver a saber nada más del amor?

Ángel la miró unos segundos antes de contestar.

—Es más complicado de lo que imaginas.

—¿Por qué?

—No quiero hablar de ello —respondió, tajante.

—Vale.

Ángel la cogió del brazo y la detuvo.

—Perdona. No pretendía ser impertinente, es que no suelo hablar de Alike.

—No importa. Olvídalo.

—Pasaron muchas cosas horribles y... no hablo de ellas para no herirme más.

Estaba a unos centímetros de su tórax... tan cerca que podía apreciar cómo su pecho se movía al respirar; tan cerca que la mirada verde que escudriñaba su rostro como una caricia le hizo sentirse deseada e importante, algo que casi había olvidado, y eso le gustó demasiado. Entonces, Ángel la besó. No tuvo tiempo de reaccionar; sólo sus labios lo hicieron, correspondiendo al beso. Las manos, grandes y fuertes, la sujetaron por las mejillas, haciendo el beso más profundo, más húmedo y más ardiente.

—Espera —pidió Mavi echándose hacia atrás—. No puedo.

—Perdona, no sé qué me ha pasado —se disculpó él, sorprendido por lo que acababa de hacer—. Me he dejado llevar por la situación. Ya sabes, el vino y una mujer guapa.

—No voy a ser una de esas con las que compartes tiempo y cama.

—No, claro que no. —Negó con la cabeza—. No lo pretendía. Es más, ni

siquiera me he planteado nada contigo. Sólo he reaccionado a un impulso. —Se apartó y se pasó la mano por el mentón como tenía por costumbre, sorprendiéndose al no encontrar la barba—. ¿Por qué me has besado tú?

— Pues... yo... no sé.

—Claro que lo sabes, ¿por qué?

Ángel buscó su mirada y no paró hasta retenerla en sus ojos.

—Pues... porque por unos instantes me he sentido deseada.

—¿Tu marido no te hace sentir deseada?

—Yo tampoco quiero hablar de eso —respondió, sosteniéndole la mirada.

—Será mejor que volvamos al hotel, es tarde.

—Sí —contestó Mavi—, es tarde.

Capítulo 23

Dormir en la misma cama después de haberlo conocido un poco más y admitir que provocaba en ella unos sentimientos que la tenían confundida iba a ser todo un reto, pero también sabía que no estaba dispuesta a caer en las redes de alguien que utilizaba a las mujeres sólo para proporcionarse placer físico y moral. Aunque era demasiado el tiempo que hacía que no practicaba sexo en condiciones, iba a poner todo su empeño en resistirse a la visión del torso desnudo, de los brazos fuertes y contorneados y de aquellas manos que parecían tocar tan bien; de lo contrario, corría el riesgo de caer en la tentación.

En cuanto Ángel entró en el baño, ella se desvistió rápidamente, quedándose en sujetador y braguitas. Se metió en la cama de espaldas al lugar donde dormiría él y cerró los ojos con fuerza, intentando obviar el deseo sexual que palpitaba en su pecho y entre sus piernas. Debía, como fuera, disipar la neblina de confusión que no le dejaba pensar con claridad. La historia de su abuela le vino a la mente y se preguntó si aquel deseo que la desbordaba también lo había provocado Mario en ella.

Cuando lo oyó tumbarse en la cama, contuvo la respiración. No quería mirarlo. No debía hacerlo. Pero no pudo evitar imaginárselo con los bóxers que le había comprado aquella tarde, con un brazo doblado bajo la cabeza y el otro sobre el pecho mientras miraba al techo, tal vez pensando en ella. Tragó saliva y se humedeció los labios. Su respiración se estaba intensificando con cada pensamiento hacia él. La tenue luz de emergencia que permanecía encendida en el pasillo y se colaba por debajo de la puerta le permitía ver en la penumbra. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por no girarse y mirarlo. Intentó distraerse pensando en otras cosas, pero le fue imposible. No lograba dominar su mente.

Entonces ocurrió. Se dio media vuelta y contempló su perfil, pues él estaba tumbado boca arriba. Ángel giró la cabeza y la miró. Apenas los separaba medio metro. Él no apartó la vista. Mavi empezó a excitarse con todo lo que sus ojos veían... los duros pectorales, los fuertes brazos, la varonil mandíbula y la barba que había empezado a crecer. Sus ojos se toparon con una cadena que le colgaba del cuello y que sostenía una pequeña pieza de puzle que reposaba sobre el pecho masculino.

El mentón de Ángel se tensó. Se estaba volviendo loco, pero no iba a hacerlo. A pesar de que ella lo miraba invitándolo a poseerla, a hacerla suya aquella noche, no quería dejarse llevar por su instinto como un animal. Ya lo había hecho muchas veces y lo seguiría haciendo, pero no con ella. No iba a interferir en un matrimonio. Durante el tiempo que estuvo casado, descubrió lo que era el compromiso y el respeto, y no deseaba meterse en medio de marido y mujer. Además, sólo era un capricho del que podía prescindir. No quería meterla en su lista de conquistas sin compromiso emocional y, no sabía por qué exactamente, pero eso le importaba. Se levantó de un salto y entró en el baño para darse una ducha fría.

Mavi ya estaba despierta cuando Ángel abrió los ojos y se sobresaltó al verla observándolo.

—Buenos días —dijo él, incorporándose en la cama.

—Buenos días.

Se despezó mientras ella, con el mismo vestido de la noche anterior puesto, miraba por la ventana. Se puso en pie, iba en bóxers, y se le acercó por la espalda.

—¿Cómo has dormido? —preguntó. Aspiró con fuerza y su pecho desnudo se hinchó.

—Genial. —Se volvió para mirarlo y sus ojos se fijaron en la pieza de puzle que colgaba de la cadena—. Es original —comentó, señalándola con un gesto de cabeza.

Ángel bajó la mirada y sostuvo la pieza en la mano.

—Sí, lo es.

—¿Puedo? —preguntó Mavi.

Él asintió.

Cogió la pieza y, al rozarse, ambos se estremecieron.

—¿Es plata?

—Creo que sí —contestó él con desinterés.

Entonces Mavi notó algo rugoso en la yema de los dedos. Le dio la vuelta y se fijó en la inscripción. Era una frase que terminaba en puntos suspensivos, escrita en otro idioma. No entendió lo que decía, pero se sorprendió al leer el nombre bajo la frase.

—¡Vaya! —exclamó, abriendo los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Pone Andrea.

—Sí, lo sé. ¿Y qué?

— Que mi abuela se llama Andrea.

— Qué casualidad.

Ángel se escabulló, nervioso, y entró en el baño para darse una ducha. Mavi aprovechó para llamar a su abuela. En Barcelona debían de ser la una de la madrugada, así que primero le envió un wasap y, cuando Andrea contestó que estaba despierta, la llamó.

—Hola, preciosa —la saludó nada más descolgar—. ¿Qué tal por China?

—Extraño y muy diferente a lo que estoy acostumbrada. ¿Cómo te encuentras, abuela?

—De maravilla, cariño. Explícame tú.

—¿De verdad estás mejor? —insistió, preocupada por el tono apagado con el que le hablaba.

—Tengo la presión arterial baja. Nada que no arregle mañana por la mañana un buen café cargado. Y tú, cariño, ¿te estás divirtiendo?

—Creo que sí. —Sonrió para sí misma—. Me parece que, al final, no me arrepentiré de haber venido.

—Escúchame una cosa, Mavi: pase lo que pase, no quiero que pienses que no

tendrías que haber hecho el viaje. Piensa que a mí me has hecho muy feliz haciéndolo.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué dices «pase lo que pase»?

—Por nada, Mavi, por nada.

—Abuela, te conozco muy bien y, como tú dirías, «no das una puntada sin hilo».

Andrea rio.

—Hoy ha venido Marcos con María. Está tan bonita, mi niña...

—Ya vuelves a cambiar de tema. Eres muy hábil, abuela. —Ángel salió del baño vestido con los pantalones y el torso desnudo. Llevaba el cabello mojado y despeinado, y se le veía de un tono castaño más oscuro—. Tengo que dejarte, abuela. Te llamo en otro momento.

—Muy bien, cariño. Te quiero.

—Te quiero. Cuídate mucho, por favor.

—Ya lo hago. No te preocupes.

Sin darle tiempo casi a reaccionar, Mavi lo abordó con mirada curiosa y los brazos cruzados.

—¿Por qué no me hiciste el amor anoche? —le soltó de sopetón.

Ángel pestañeó varias veces, incrédulo.

—¿Qué?

—Es pura curiosidad y, no voy a negarlo, un poco de orgullo herido.

—¿Por qué?

—Me considero una mujer atractiva; creía que eso, y el hecho de que estuviéramos casi desnudos en la misma cama, sería motivo más que suficiente para poder atraerte. —Sus labios dibujaban una sonrisa traviesa mientras lo miraba con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza ladeada, sin apartar sus ojos de los de él.

Ángel se sintió halagado, pero al mismo tiempo se dio cuenta de que lo estaba poniendo a prueba y ese jueguito le gustaba.

—Y, dime, ¿por qué deseas que te haga el amor? —planteó, acercándose unos pasos, intentando intimidarla, y humedeciéndose los labios con la lengua de forma sensual en un acto calculado.

—No te equivoques, no es eso lo que he dicho. Sólo quiero saber por qué no lo intentaste.

—Pero ¿quieres que te lo haga?

—Claro que no. —Dio un paso atrás, coartada por su proximidad—. Ya te he dicho que es simple curiosidad. Supongo que no te atraigo lo suficiente.

—Claro que me atraes. No digas tonterías.

—¿Entonces?

—No estás en mi lista.

—¿Tu lista? ¿Tienes una lista? —Él se encogió de hombros—. ¿En serio tienes una lista?

—Tengo una lista con condiciones, y tú no encajas en ella.

—Vaya, ahora sí que me siento ofendida.

—No tienes por qué. No conoces esas condiciones.

—Y... ¿cuáles son las condiciones que no cumplo, señor exclusivo?

—¿Exclusivo?

—Sí. —Puso los brazos en jarras, enfrentándose a él, que se mantenía a un metro escaso de ella—. ¿Quién te has creído que eres?

—Oye, ¿qué te pasa? Eres tú la que ha preguntado. Yo no te he dicho nada ofensivo. No estar en mi lista no lo es.

—Estoy intrigada. Dime, ¿por qué no estoy en tu lista?

—Porque estás casada.

Mavi soltó una carcajada.

—Qué estupidez de condición.

—Respeto demasiado la unión del matrimonio; para mí, el mío fue muy importante y especial...

—¿Piensas que voy a creerme que nunca te acuestas con mujeres casadas? —lo interrumpió.

—Además, ¿por qué quieres que me acueste contigo? —Se acercó más a ella. Mavi retrocedió hasta que su espalda tocó el cristal de la ventana—. ¿Tanto merezco la pena como para traicionar a tu marido?

—Ésa no es la cuestión.

—Ah, ¿no?

—No.

Lo sentía tan cerca que temió que pudiera oír los latidos galopantes de su corazón y darse cuenta de su nerviosismo, a pesar de que mantenía la barbilla alta y lo miraba a los ojos. Ángel pudo percibir el calor que emanaba del cuerpo de Mavi, menudo pero firme, con los ojos fijos en los suyos, altiva y desafiante.

—¿Por qué quieres tener una aventura y engañar a tu marido? —Apoyó una mano en el cristal y se dejó caer hacia delante, atrapándola entre su cuerpo y la ventana. Apenas unos milímetros separaban sus bocas.

—No quiero tener una aventura —jadeó. De nuevo se sentía acorralada, como en la oficina.

—Entonces, ¿qué quieres, Mavi?

Le costó aguantarle la mirada, pero no iba a caer en sus redes. No iba a verla flaquear. Le acababa de decir que no estaba en su lista, así que todo aquello no era más que un jueguecito para él.

—Intento entenderte —murmuró a unos pocos centímetros de su nariz.

—No lo conseguirás, porque ni yo mismo lo hago. —La testosterona hacía rato que tenía sus sentidos más íntimos revolucionados, pero sabría contenerse y no evidenciar que estaba volviéndose loco por aquella pelirroja. Se apartó de ella —. Y tener una aventura conmigo no va a mejorar tu matrimonio.

—Sigues equivocado —musitó intentando recomponerse.

—Pues yo creo que no. No te convengo, créeme. No soy un buen chico para ti.

—No seas tan vanidoso.

—Esa manía tuya de catalogarme me desespera. —Ángel se mordió el labio inferior, en un intento por resistirse a la fuerza gravitatoria que lo atraía hacia la boca de Mavi.

—Puedes ser sincero y decirme que no te gusto, que no te atraigo como mujer. Lo soportaré.

No quería perder las formas, a pesar de que la palabrería de ella lo estaba alterando. Hubiera deseado que lo dejara estar, que aceptara que no quería sexo con ella, pero estaba seguro de que se sentía tan ansiosa como él.

—Qué estupidez, pues claro que me atraes. Eres preciosa. Sin embargo,

respeto demasiado el compromiso contraído por una pareja, tal vez porque, para mí, fue algo que me unió a mi mujer de una forma mágica.

—Ves, vuelves a mentir. Si tan mágico fue, ¿por qué os separasteis?

—No quiero hablar de eso. —Cogió la camiseta de encima de la silla erótica y se la puso.

—Veo que es algo que no tienes superado. Deberías avanzar...

—No tienes ni idea...

—Pues cuéntamelo —le pidió Mavi.

—No, no voy a hacerlo. No puedo...

—Inténtalo, a veces hablar de ello ayuda...

—¡Basta! —vociferó fuera de sí. Mavi se sobresaltó. Él cerró los ojos y se cubrió la cabeza con las manos, ahogando un grito—. ¿Tan difícil es dejarlo estar? Mira, me sería muy fácil hacerte mía ahora mismo, aquí, en esta cama, pero no tendría más preocupación que la de satisfacer mis necesidades sin que me importaran en absoluto las tuyas. ¿Es eso lo que quieres? Porque eso es lo único que te puedo ofrecer. —Se acercó a ella quitándose la camiseta y se detuvo tan cerca que invadió su espacio personal.

El torso desnudo y el pecho agitándose con fuerza la atrajeron como la miel a la abeja... y, con la visión de los duros pectorales y las venas de los brazos sobresaliendo de la piel, tuvo que hacer un gran esfuerzo para dar un paso atrás.

—Chica lista. Ésa ha sido la mejor elección —sentenció, para luego ponerse la camiseta de nuevo.

Mavi se giró y miró por la ventana. El silencio flotó en el ambiente durante unos minutos.

—Lo siento —se disculpó Ángel—. Siento haberte gritado.

—Sí, no vuelvas a hacerlo nunca más.

—Es que me sacas de mis casillas, Mavi. —La familiaridad con la que dijo su nombre le gustó al mismo tiempo que la hirió—. Perdona, hay temas de los que me cuesta mucho hablar.

Se dio media vuelta y lo contempló con detenimiento, intrigada por saber qué era lo que tanto lo atormentaba por dentro, qué secreto guardaba. Entonces, el

teléfono de Ángel empezó a sonar sobre la mesita. Mavi miró en aquella dirección, pero él parecía estar hipnotizado observándola.

—¿No vas a contestar?

—Sí, claro. —Carraspeó, incómodo como si lo hubiera sorprendido haciendo algo impropio de él.

Cogió el móvil y, de espaldas a ella, descolgó.

—Maldito divo insoportable, hace días que espero tu llamada.

—Estoy en la cima del estrés, no me riñas —contestó la voz de un hombre al otro lado del teléfono—. ¿Ya has llegado a Shanghái?

—Estoy en Yangshuo.

—Pues dirígete al aeropuerto de Guilin; estoy en Hong Kong y pasaré a recogerte por allí en un par de horas. Quiero que vengas a mi desfile de mañana y esta vez no hay excusas que valgan.

No le hacía ninguna gracia acudir a los desfiles de moda; durante muchos años había cubierto profesionalmente esos eventos y acabó odiándolos, pero pensó que a Mavi le encantaría. Se veía a la legua que era una pija loca por la moda y aquella ocasión le serviría para ganar más puntos con ella y que los días pasaran más rápido.

—De acuerdo, Rufus. Iré a tu desfile, esta vez no pondré excusas —respondió Ángel.

—Casi estoy en *shock*. No me puedo creer que haya sido tan fácil convencerte.

—Me acompaña una amiga.

—¡Cómo no!

En cuanto colgó, se dirigió a Mavi, quien, sentada en la silla erótica con las piernas cruzadas, había escuchado toda la conversación.

—Nos vamos a Shanghái a ver un desfile.

—¿Otra vez a Shanghái?

—Conocerás a Rodolfo —Ángel negó con la cabeza—, a Rufus, quiero decir. Rufus Falel.

Mavi abrió los ojos como platos.

—¿Rufus Falel? ¿El diseñador? —Él asintió, complacido al ver la cara de

ilusión de ella—. ¿En serio?

—¿Te apetece?

—¿Tú qué crees? —Negó con la cabeza, burlona—. Y, dime, ¿cómo es que conoces a Rufus? Bueno, claro... eres fotógrafo.

—Lo conozco desde antes de dedicarme a la fotografía, de cuando entrenaba conmigo en mi época de boxeador.

—¿Rufus haciendo boxeo? Jamás me lo hubiese imaginado... es tan encantadoramente femenino...

—Lo sé. No estaba allí por voluntad propia, lo obligaba su padre.

—¿De verdad?

—Quería *enderezar* las maneras de su hijo —hizo un gesto amanerado con la mano—, pero no sirvió de nada. Rufus odiaba pelear y se dedicó a diseñar y confeccionar calzones personalizados a los compañeros. Tuvieron mucho éxito; incluso el gimnasio, un local modesto de barrio, sacó su propia línea. Fue muy divertido... hasta que su padre se enteró.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó divertida.

—Rufus intentó convencerlo de que peleaba mosteándole sus heridas.

—¿Qué heridas?

—Las que me pidió que le hiciera.

Se sentó en la cama frente a ella, que permanecía en la silla erótica.

—No me lo puedo creer.

—Yo no quería hacerlo, te lo prometo. Me resultaba imposible atizar a una persona que sabía que no se defendería, pero Rufus me suplicó hasta la saciedad y un día le solté un derechazo y le partí la nariz. —Dio un puñetazo al aire. Mavi abrió mucho los ojos y se tapó la boca con la mano—. Le di demasiado fuerte. Todavía me culpa de su nariz torcida, pero ése también es parte de su atractivo físico. Le da un aire tan... andrógino. —Mavi soltó una carcajada—. No le digas que te lo he contado. Rufus tiene una versión más romántica sobre su nariz torcida.

—¿Cuál?

—Eso tendrás que preguntárselo a él. Venga, pongámonos en marcha.

Capítulo 24

En cuanto subieron al avión privado de Rufus, Ángel le presentó a Mavi.

—Es un auténtico placer. —El diseñador le besó el dorso de la mano a la vez que realizaba una reverencia que la hizo sonreír—. ¿De dónde has sacado a esta delicia pelirroja?

Mavi observó con curiosidad y admiración a aquel hombre delgado y alto, con el pelo corto teñido de rubio platino y maquillado sutilmente, que vestía unos pantalones blancos con incrustaciones brillantes en las costuras laterales, botines también blancos y una camisa holgada del mismo color, abotonada hasta el cuello. Una cadena dorada salía de un bolsillo a la altura del pecho y se sujetaba a una presilla de la cinturilla del pantalón.

—Es mi compañera de trabajo —contestó Ángel abrochándose el cinturón. Rufus lo miró de reojo alzando las cejas, mostrándole su incredulidad.

—Poneos cómodos, pareja. Yo voy a seguir trabajando en unos bocetos —dijo Rufus, volviendo su atención a un montón de folios garabateados con lápiz, esparcidos sobre una pequeña mesa. Con un simple vistazo, Mavi pudo ver que se trataba de diseños de vestuario.

Nada más aterrizar, subieron a un coche que los esperaba en la misma pista y se dirigieron al apartamento donde Rufus solía hospedarse, una primera planta de más de doscientos metros cuadrados decorada de una forma muy personal. Sobre los muebles blancos nacarados del recibidor y del salón había premios a su carrera profesional y fotografías con reconocidos personajes del mundo del cine, la música y la política. Dos jarrones con flores naturales presidían la enorme mesa rectangular de nogal en el centro de la estancia, y otros dos

jarrones, de un metro de altura, decorados con motivos chinos, se situaban a los lados de una gran chimenea de mármol.

El apartamento tenía una cocina con una amplia isla. Allí, Rufus abrió la nevera de doble puerta y extrajo un refresco de limón.

—¿Qué queréis tomar? —preguntó con los codos apoyados en la cintura y las palmas de las manos hacia arriba.

—Cerveza —respondió Ángel, sentándose en un taburete frente a la isla.

—Agua —dijo Mavi, acercándose desde el salón.

Rufus sirvió las bebidas y luego dio un largo trago a su refresco, terminándolo casi por completo.

—¿Hasta cuándo pensáis estar por aquí?

—Hasta la semana que viene —contestó Ángel.

—Genial, entonces os quedaréis al desfile y a la fiesta de mañana.

—Si Mavi quiere...

—Me encantaría.

—Genial, genial, genial. —Rufus cogió otro refresco de limón de la nevera, abrió la lata y bebió de golpe hasta acabársela.

—Soy una enamorada de tus diseños, Rufus. Me pareces un auténtico artista, un maestro con un don para modelar el cuerpo de la mujer con tus maravillosas creaciones. —Rufus fingió una sonrisa de agrado, aunque la verdad era que no soportaba que lo adularan y por lo visto aquella preciosidad era como las demás conquistas de su amigo, rostros y cuerpos preciosos sin mucho más que ofrecer—. Aunque, si te soy sincera —continuó Mavi—, tus dos últimas colecciones me han decepcionado. Creo que el colorido y las texturas eran más de lo mismo, cuando precisamente tus colecciones siempre sorprenden por las arriesgadas elecciones en el material.

Ángel se quedó boquiabierto, con el vaso de cerveza a unos centímetros de la boca, pasmado ante el atrevimiento de Mavi haciendo aquella crítica. Temía que Rufus se enfureciera, pues no llevaba nada bien que juzgaran su trabajo. Se hizo el más absoluto silencio. Rufus tenía los ojos clavados en Mavi, quien, desconcertada, miraba intermitentemente al diseñador y a Ángel sin entender qué pasaba.

—Ven. —Rufus le tendió la mano y Mavi la tomó.

Salieron de la cocina, atravesaron el salón hasta el pasillo y se detuvieron delante de la puerta de una de las habitaciones. El diseñador la miró dubitativo durante unos segundos, pero su corazón le dijo que siguiera adelante. Giró el pomo de la puerta y la empujó para que se abriera. Ante ellos, en medio de la habitación, como una esmeralda que reluciera con luz propia, un vestido largo de color verde en varias capas con escote corazón y cinturilla de pedrería lucía sobre un maniquí. Mavi abrió los ojos como platos y se llevó las manos a la boca.

—Dios mío... —murmuró acercándose a la prenda.

Ángel apareció por detrás de su amigo.

—¿Qué haces, Rufus?

—Ella es sincera. Necesito una reacción sincera para esta creación y no más opiniones comedidas de mis temerosos ayudantes. Estoy perdido, Ángel. Te confieso que, a veces, me es muy difícil encontrar la verdad entre tanta adulación e hipocresía.

—Pues yo creo que es un vestido muy bonito, como todos los que haces.

—Ya... —Rufus se cruzó de brazos sin dejar de mirar a Mavi.

Ella se deleitaba analizando el vestido, acariciando la tela con la yema de los dedos, apreciando cada detalle, admirando las perfectas puntadas invisibles que hacían parecer la prenda una única pieza perfecta.

—No tengo palabras, Rufus. Es... increíblemente perfecto.

—Pruébatelo —le pidió el diseñador, acercándose a ella con pasos largos y decididos.

—¿Qué?

—Por favor —le rogó, desabotonando la parte de atrás del vestido.

Mavi no se lo pensó dos veces y se desvistió, quedándose en ropa interior. Rufus le ayudó a ponerse la prenda por los pies, se lo abrochó, acercó un taburete y la ayudó a subirse a él. Cuando se alejó para observarla, el nudo que hacía tiempo apretaba con angustia la boca de su estómago desapareció de repente.

Ángel la miraba preso de un encantamiento. La belleza de Mavi se había

multiplicado con aquel vestido que hacía brillar sus ojos azules y su cabello rojizo.

—Bueno, que alguno diga algo —protestó ante el silencio de ambos.

—Estás preciosa. —Dicho esto, Ángel carraspeó.

—Con este vestido resulta fácil, es perfecto —contestó ella.

—No, querida, tú haces que el vestido sea perfecto —intervino Rufus con una sonrisa de satisfacción—, y quiero que mañana desfiles con él.

—¿Cómo? —Mavi arrugó el entrecejo, convencida de no haber entendido lo que le acababa de pedir.

—Quiero que tú muestres el vestido, Mavi. Ni siquiera estaba previsto que pasara mañana ante el público. No terminaba de saber qué era lo que le faltaba y ahora lo veo.

—Rufus, no me puedo creer que ninguna de esas preciosas modelos que contratas no pueda lucir el vestido —apuntó Ángel, sentándose en una mesa junto a la pared.

—Pues créetelo —contestó Rufus sin dejar de mirar a Mavi con la cabeza inclinada, pensando de manera automática qué complementos, peinado y maquillaje utilizaría con ella.

—No creo que pueda hacerlo, Rufus. No soy modelo. No tengo ni idea de desfilas.

—Por eso mismo quiero que lo llesves. Este vestido está pensado para alguien que no viva encima de la pasarela; está pensado para una mujer normal que una noche, por arte de magia, se convierte en Cenicienta.

—No sé...

—Si tú no lo haces, no saldrá de esta habitación.

—Pero eso es una pena. Una prenda como ésta no puede quedarse escondida. Tiene que ser admirada, porque es un regalo para la vista.

—Depende de ti, querida.

—Vamos, nena —la animó Ángel, cruzando los brazos y esbozando una pícaro sonrisa—, será toda una experiencia.

—No puedo creer que esto me esté pasando —murmuró con las manos en la cintura—. Cuando mi amiga Carla se entere de que Rufus Falel me ha pedido

que desfile con una de sus creaciones más personales, se morirá de envidia, varias veces.

—Y me encargaré personalmente de conseguirte una copia de la grabación del desfile para que se lo enseñes cuando regreses, aunque seguramente antes verá las fotos en las revistas. —Rufus le tendió la mano y la ayudó a descender del taburete—. ¿Me dices que sí, querida?

Mavi asintió, llena de felicidad.

Capítulo 25

El edificio donde iba a desarrollarse el desfile y la posterior fiesta estaba situado en la zona más comercial de Shanghái, y estaba rodeado de otros rascacielos igual de imponentes y gigantescos, que parecían empequeñecer a todo aquel que se acercaba a ellos. Al entrar, Mavi sintió el peso de la responsabilidad que suponía haber aceptado la propuesta de Rufus. No quería ponerse nerviosa, todo pasaría muy rápido y se había prometido disfrutar de cada instante. Nada más entrar en la sala donde las modelos se peinaban y maquillaban, la envolvió el olor a laca, a perfume, y el ruido de los secadores y las voces estridentes de los organizadores, que no dejaban de dar órdenes. Ángel volvió a recuperar la soltura y la seguridad que sus años como fotógrafo de grandes desfiles como aquel le habían dado y se deleitó mirando a las preciosas modelos, guiñándoles un ojo, sonriendo pícaro ante la complacencia de ellas, sabedor de que aquella noche se llevaría a la cama a alguna.

Rufus acompañó a Mavi hasta una de las butacas dispuestas para maquillaje y peluquería, la sentó y dio órdenes rápidas al chico que iba a encargarse de ella. No tuvo que dar demasiadas instrucciones, sólo repasar cuatro puntos y refrescar las ideas que horas antes le había trasladado por correo electrónico al maquillador.

—Quiero que disfrutes de la experiencia —le susurró al oído para que pudiera oírlo sin necesidad de levantar la voz—; pídemme cualquier cosa que necesites, querida. —Mavi asintió—. Estaré por aquí.

Rufus se alejó hacia la zona donde las prendas dispuestas para el desfile colgaban de unos percheros metálicos y empezó a repasar los modelos fotografiados con las chicas que los mostrarían aquella noche.

Mavi buscó a Ángel con la mirada y lo descubrió a unos metros de ella, conversando alegremente con una chica bellísima, que le pareció que debía de tener veinte años menos que él. Lo vio distinto a los días anteriores y entonces recordó que aquella postura y el lenguaje corporal que estaba utilizando era el mismo que había utilizado en la fiesta de su cuñada y cuando intentó ligar con ella en las escaleras y días después en la oficina. Menudo donjuán, pensó Mavi con cierto regusto a celos.

Cuando estuvo lista, se miró con atención en el espejo y se sorprendió al verse; hacía mucho tiempo que no se veía tan guapa. El maquillaje resultaba algo atrevido, pero resaltaba enormemente el color azul de sus ojos y la forma de sus pómulos. El cabello, recogido en un abultado tupé, dejaba caer unos mechones de manera desenfadada, y una diadema con piedras brillantes la hacía parecer una auténtica princesa. Rufus se acercó y le puso unos pendientes de esmeralda en forma de lágrima.

—¡Guau! —Los acarició con los dedos y el rojo de sus uñas recién pintadas les dieron más vida—. ¿Son auténticos?

—Auténticos del todo y valen una fortuna. La mayoría de las joyas nos las prestan conocidas firmas.

—¿Un sándwich? —preguntó Ángel apareciendo por detrás.

—No como hasta después del desfile —contestó Rufus—, o corro el riesgo de vomitar debido a los nervios.

—Yo me comería uno —contestó Mavi.

—Vendré a buscarte en un rato para que te cambies. —Rufus se alejó, con el semblante cada vez más preocupado.

—Acompáñame. —Ángel la tomó de la mano.

Se encaminaron hacia un rincón y se sentaron en el suelo para comerse un par de sándwiches.

—Estás preciosa, Mavi.

—Gracias.

Los ojos de Ángel se detuvieron en ella unos segundos más de la cuenta y, al percatarse de ello, desvió la mirada rápidamente.

—La verdad es que hoy hay mucha chica guapa por aquí —comentó el

fotógrafo, sacando el sándwich del envase de plástico que lo contenía.

—Sí. Ya te he visto hablando con alguna. Son un poco jóvenes para ti, ¿no?

Él la miró de reojo, molesto por el comentario.

—Demasiado jóvenes, ¿para qué?

—Para cualquiera de las cosas que tu mente esté pensando hacer con ellas, aunque seguro que la mayoría de ellas están solteras y eso te deja el camino libre, según tus normas.

Ángel sonrió.

—Vaya, veo que sigues molesta por no haberme acostado contigo.

—Lo único que me molesta es que mientas, porque sigo sin creermelo esa estúpida excusa que pusiste y repito que no quiero sexo contigo, sólo te lo pregunté por curiosidad.

—Eres muy terca, princesa.

—¿Quieres hacer el favor de no llamarme...?

—Perdona —la interrumpió, antes de darle un mordisco a su sándwich—. Dime una cosa, la otra noche, si hubiera intentado algo contigo, ¿me habrías detenido?

—Por supuesto que sí.

—Mentirosa.

—Estoy casada y no busco una aventura.

—Pues por eso mismo no intenté nada contigo, ¿tan difícil es de entender?

—No. —Él la miró haciendo un gesto de obviedad—. Vale, tienes razón. Pensaba que eras un hombre sin principios y tal vez me haya equivocado.

—Gracias. Aunque he de confesar que no fue fácil resistirse teniendo cerca a una mujer tan bonita como tú.

Le apartó una pequeña miga de pan que había quedado sobre el labio e instintivamente ella se lo mordió. Los dedos de él volvieron a tocar sus labios, esta vez por el simple placer de hacerlo, y, al sentir la humedad sobre la fina y suave piel, se estremeció. Le acarició la mejilla, dejando que sus ojos se fundiesen con los de ella, abstrayéndose del ruido que los envolvía. Las piernas de ella rozaban las suyas y, como si la tela del fino vestido que había comprado

el otro día fuera prácticamente inexistente, notó el calor que emanaba de ella y una súbita excitación le provocó una explosión de deseo.

—Ángel Blumer —una mujer de más edad que las modelos se detuvo frente a ellos, enfundada en un ajustado vestido rojo, cruzó los brazos y miró al fotógrafo con una mueca de satisfacción—, ¿en serio eres tú?

Él se incorporó, se pasó el dorso de la mano por la boca y tragó con rapidez.

—Verónica, ¡qué sorpresa! —Se dieron un par de besos en la mejilla—. No esperaba verte aquí, creía que ya no trabajabas para Rufus.

—No sobreviviría sin mí y lo sabe, por eso vino a buscarme a París hace unos días.

La mujer miró a Mavi como quien mira a un ser insignificante, altiva y arrogante; no le dedicó más de dos segundos de su tiempo.

—Oh, ella es Mavi, una compañera de trabajo.

Ésta se puso en pie y le tendió la mano. Verónica apenas si la sostuvo.

—Encantada —dijo Mavi.

—Igualmente —musitó volviendo su atención a Ángel—. Espero verte en la fiesta.

—Allí estaré.

Hizo un gesto con la cabeza y se alejó.

—¿Quién es esa creída?

—Verónica Blosson, esposa del importante hombre de negocios Blake Blosson, dueño de varios casinos en Las Vegas, empresas de moda, tiendas de deporte y un sinnúmero de actividades más. Hace un par de años estuvo en el puesto número nueve en la lista Forbes como uno de los hombres más ricos del mundo.

—Vaya, veo que sabes rodearte de gente influyente.

—Verónica es una apasionada de la moda. La conozco desde hace tiempo. Trabaja con Rufus en todas sus colecciones; es, lo que se dice, su mano derecha, aunque se lleven a matar.

—Parece insoportable.

—Es bastante normal, teniendo en cuenta que vive en un mundo muy distinto al nuestro, al mío al menos.

El maquillador apareció por su espalda y le dijo algo en inglés.

—Quiere que vayas con él para retocarte y pasar a vestuario —le tradujo Ángel—. Nos vemos luego.

Mavi asintió y se marchó con el maquillador.

Toda la colección fue aplaudida con euforia; había llegado el momento de mostrar el maravilloso vestido con el que se iba a cerrar el desfile. Estaba preparada, subida a aquellos zapatos con unos tacones de diez centímetros de altura a los que estaba más que acostumbrada. El corazón estaba a punto de explotarle y salirse por la boca.

—Estás increíble, Mavi. —Ángel le cogió de las manos para intentar tranquilizarla cuando la vio con el rostro y la mirada petrificada—. Lo vas a hacer genial, intenta disfrutarlo.

—Siento que me voy a desmayar.

—No te vas a desmayar. Sólo tienes que recorrer unos cuantos metros. Da cada paso con seguridad, sonríe y saldrá perfecto. Tú puedes.

—Vale.

—Ahora, querida... —Rufus la empujó con suavidad y Mavi se encaminó hacia la pasarela. En cuanto el vestido fue visible, un murmullo de admiración llenó la sala. Una balada acompañó sus pasos; avanzaba cegada por las luces, que le impedían ver al público, lo que la ayudó a no ponerse más nerviosa. Se sentía flotar envuelta en aquella tela y avanzó con seguridad hasta el final de la pasarela con la emoción erizándole la piel.

Para asistir a la fiesta después del desfile, Mavi cambió el vestido por unos pantalones blancos ajustados y un top dorado con apliques de pedrería que Rufus escogió personalmente para ella. Después de saludar a unas cuantas personas que el diseñador le presentó, quienes la felicitaron amablemente en inglés, se dio cuenta de que la noche iba a ser tediosa para ella, pero no para Ángel, quien no paraba de hablar con mujeres, reír, beber y bailar. Se sentó en un sofá en una esquina del salón, con un margarita en la mano, y miró por los enormes ventanales del rascacielos. Las luces de la ciudad brillaban en la noche con una

gran luna; el tráfico en las calles era intenso, pero allí arriba sólo se oía la música que amenizaba la fiesta.

—¿Qué haces aquí sola? —Ángel se sentó junto a ella y dejó su copa sobre la mesita.

—No hablo inglés —se encogió de hombros—, así que no puedo comunicarme más que contigo, Rufus o la estirada de Verónica, pero dudo de que esté muy interesada en contarme su vida.

—¿Quieres bailar?

—No, creo que no.

—¡Vamos! Si no vas a hablar con nadie ni quieres bailar, acabarás durmiéndote en este cómodo sofá.

—No te preocupes por mí, me entretengo viendo famosos. He visto a ese actor de esa serie tan célebre que fue un éxito el año pasado. Ahora no recuerdo el nombre... —Se dio unos golpecitos con el dedo índice en la barbilla mientras miraba hacia arriba intentando recordar.

—Oh, venga... —Ángel puso los ojos en blanco, la cogió de la mano y tiró de ella hacia la pista de baile, atravesando la sala abarrotada de invitados.

Ya en el centro de la pista, la hizo girar sobre sí misma y, con un suave tirón, la pegó a su pecho. Mavi tuvo que alzar la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—Te he dicho que no quería bailar —protestó, procurando zafarse de él, quien la tenía bien sujeta por las manos.

—Me da igual —se acercó a su oreja para hacerse oír por encima de la música—, esta noche vas a hacer lo que yo te diga.

—¡Ja! —se burló Mavi sin dejar de moverse al ritmo de la música—. No pienso obedecerte. No soy tu mascota.

—En ese caso, tendré que darte unos azotes.

Mavi soltó una carcajada y él la hizo girar un par de veces más.

Se estaba divirtiendo, y Ángel bailaba bien, tenía que admitirlo. Seguía a la perfección el ritmo y la dominaba con sutileza, haciendo que se movieran al unísono. Una extraña pregunta asaltó su mente... ¿se movería igual de bien en la cama? Siempre le habían gustado los hombres que sabían bailar, que tenían ritmo, y Marcos era de los que se apalancaban en la barra con una copa toda la

noche; al menos, en los tiempos en que solían salir. Empezó a sonar una melodía más lenta y Ángel la acercó suavemente a él. Guio sus manos hacia arriba y ella le rodeó el cuello y apoyó la mejilla en su pecho. El perfume varonil, el roce de la piel en sus brazos y el sentirlo tan cerca le provocaron un agradable escalofrío. Ángel le rodeaba la cintura con los brazos, pegándola a él deliberadamente, aspirando el aroma de su cabello rojizo, que le quedaba a la altura de la barbilla.

—Eres preciosa, Mavi —susurró poniendo voz a un pensamiento.

Ella alzó la cabeza y se encontró con sus ojos verdes, que la miraban con un halo de temor.

—Mavi —volvió a susurrar, recorriendo su rostro con la mirada—, eres una tentación demasiado peligrosa.

El aliento de él chocaba cálido en sus labios, apenas cinco centímetros separaban sus bocas. No podían apartar la mirada el uno del otro. Ella se humedeció los labios. Cuatro centímetros. Ángel entreabrió la boca. Tres centímetros. Mavi cerró los ojos. Dos centímetros...

—Disculpad. —Una voz femenina los hizo volver de repente a la realidad. Verónica estaba allí plantada, con los brazos en jarras y una sonrisa—. Necesito hablarte de algo, Ángel —le murmuró al oído.

Sus cuerpos se separaron bruscamente. Ángel miró a Verónica confuso, como si acabara de aterrizar de otra dimensión.

—¿Qué ocurre?

—No puedo explicártelo aquí.

—¿Y no puede esperar?

—No, tienes que acompañarme ahora.

—Tranquilo, ve —dijo Mavi con una mueca de resignación.

—Vale. Enseguida vuelvo. —Le acarició el hombro y se marchó con Verónica de la pista.

Pidió otro margarita en la barra y volvió al sofá, que estaba medio ocupado por una pareja de gays que se besaban y se acariciaban con pasión, ajenos a todo. Se sentó en una esquina, incómoda, y repasó mentalmente lo ocurrido tan sólo unos minutos atrás; llegó a la conclusión de que, por primera vez, había estado a punto de serle infiel a Marcos. Tal vez un beso no se podría considerar

infidelidad, pero tenía que reconocer que sus pensamientos iban más allá de aquel beso que no había tenido lugar. En aquellos instantes con Ángel, su mente y su cuerpo entero lo habían deseado de una manera tan desesperada y feroz que sólo recordaba haber sentido eso por Marcos al principio de su relación. ¿Qué le estaba pasando? En ese momento podía comprender mejor a su abuela... podía entender lo que la había llevado a enamorarse de otro hombre.

Ángel le parecía insolente, un creído, un vanidoso que sólo buscaba su propio placer con las mujeres, ¿cómo podía sentirse atraída por alguien así? Carla le diría que estaba necesitada de cariño, de atención masculina... necesitada de sentirse deseada, y que confundía toda esa necesidad con atracción. Claro que también le diría que qué puñetas esperaba para tirárselo.

Apuró el margarita y fue a buscar otro.

Tras la cuarta copa, la cabeza le daba vueltas y el estómago también. La pareja de gays, después de medio desnudarse sin apenas separar las bocas, parecía que había decidido ir en pos de un lugar más íntimo. Estaba cansada de esperar a Ángel, tenía ganas de irse a dormir y, como tampoco había visto a Rufus, decidió ir a buscarlos. Recorrió toda la sala y miró con disimulo en los reservados, pero no vio a ninguno de los dos. Localizó los servicios y aprovechó para entrar. Sentada en el váter, pudo evacuar casi todo el líquido que había tomado aquella noche. Más aliviada, se lavó las manos y, entonces, oyó unas risas a sus espaldas. Las únicas chicas que se encontraban allí charlaban animadamente en la entrada. Prestó más atención, movida por la curiosidad de creer reconocer las voces. Así fue, pues una de las voces era de Ángel. Recorrió las puertas cerradas de los cubículos escuchando con atención hasta el final, siguiendo la voz del fotógrafo, que hablaba muy deprisa. Se detuvo frente a la última puerta, empujó con la mano y ésta se abrió. Delante de sus ojos, el perfecto culo de Verónica apareció ante ella. Estaba colocada a horcajadas sobre Ángel, quien, sentado sobre la tapa del inodoro con los pantalones y los bóxers por los tobillos, la miraba como si hubiera visto un fantasma. Verónica se giró y la miró sin inmutarse.

—¿Querida, podrías cerrar la puerta?

Mavi cerró dando un portazo y salió corriendo del baño. El pulso le

retumbaba en los oídos y el estómago había decidido trepar por su garganta. ¿Por qué se sorprendía?, se preguntó. Ángel se mostraba tal como era. Él se lo había dicho. Buscaba el placer con las mujeres y eso mismo estaba haciendo. Atravesó la sala, desorientada y aturdida, hasta plantarse delante de una puerta en la que rezaba un cartel que intuyó que prohibía la entrada. La abrió y accedió a otra gran sala llena de mesas y sillas desnudas. Antes de que pudiera cerrar la puerta, una mano la sujetó del brazo. Ángel estaba frente a ella.

—¿No te han enseñado a llamar a las puertas antes de abrir? —soltó visiblemente molesto.

—Perdona, creía que no te iban las mujeres casadas... y que para ti lo de follar en los baños públicos era cosa de adolescentes.

—No voy a disculparme, sólo estaba pasándomelo bien.

—Quiero marcharme. —Se zafó de su agarre y lo miró con el ceño fruncido.

—Está bien, te llevaré al apartamento.

—Luego puedes volver a terminar lo que estabas haciendo —masculló Mavi alzando una ceja.

—Pues tal vez lo haga, porque alguien nos ha cortado el rollo.

Ella abrió la boca, sorprendida por la respuesta.

—Ojalá no hubiera venido nunca a este estúpido país.

—Siempre dices lo mismo cuando las cosas no salen como tú quieres. Te encanta echarles la culpa a los demás. Te dije que te divertirías en China y hasta ahora creo que así ha sido. No he incumplido ninguna promesa, así que no me castigues como si lo hubiera hecho.

—Y tú —lo señaló con un dedo—, tienes la maldita manía de juzgarme como si me conocieras, como si creyeras saberlo todo de mí.

—¡No quiero seguir con esto! ¡No quiero seguir discutiendo! ¡No somos una pareja! —La acorraló contra la pared y dio un puñetazo a una mesa situada junto a ellos.

Mavi, asustada, intentó apartarlo con la mano, pero él no retrocedió ni un milímetro.

—Quiero marcharme —pidió ella con la voz entrecortada.

Ángel le pasó la mano por la cara y luego la deslizó hasta el cuello.

—Me vuelves loco, ¿sabes? —Apoyó la frente contra la de ella. Mavi tragó saliva, sintiendo su poderosa mano sobre su garganta.

De nuevo sus bocas estaban a pocos centímetros la una de la otra, atrayéndose a pesar de la resistencia que ambas ofrecían. Mavi creyó que iba a derretirse por el calor que recorría su cuerpo encendiendo sus partes más íntimas. Ángel deslizó la mano que tenía en el cuello hasta posarla sobre un pecho y notó el pezón endurecido. Ella le apartó la mano de un manotazo. Él le sujetó ambas manos y las alzó sobre la cabeza, inmovilizándolas contra la pared. La tenía a su merced, indefensa como un cervatillo ante un león. Podía notar el temblor en su cuerpo, a pesar de que mantenía la cabeza alta y lo miraba a los ojos, desafiante, sin mostrar un ápice de duda.

—Suéltame —le ordenó en un tono frío.

—No quiero.

—Gritaré.

—Hazlo. Nadie te va a oír.

Ángel se pegó a ella. Mavi giró la cabeza. Él hundió su cara entre el cuello y el hombro. Aspiró su aroma y le besó la piel. Ella intentó zafarse, pero tenía una roca sobre su cuerpo. Ángel comenzó a ascender con su boca hacia los labios de Mavi muy lentamente, como si dispusiera de toda la noche para descubrirla, como si no le importara que ella opusiera resistencia... una resistencia que aflojaba a cada segundo que pasaba. Cuando el cuerpo de ella dejó de agitarse bajo el suyo, ya había alcanzado sus labios. Los apretó con los suyos hasta sentir la humedad y saboreó su boca, que sabía a tequila y limón. Mavi no pudo resistirse. A pesar de que su mente le decía que huyera de aquel hombre que la estaba sometiendo a su voluntad, la suya acababa de rendirse a sus besos. Un atisbo de cordura puso voz en su garganta cuando el apartó unos milímetros los labios para seguir besándole el cuello, al mismo tiempo que le agarraba el trasero con firmeza.

—¿Por qué me besas?

—Cállate —le susurró entre besos—. Cállate, Mavi.

No debía. No podía dejar que ocurriera. Marcos se presentó en su mente como la luz cegadora de un flash.

—Estás rompiendo una norma de nuevo —logró decir sin abrir los ojos, embriagada de deseo.

—Tienes algo que me vuelve loco —le susurró al oído—. Oh, Mavi, no sabes lo que te haría ahora mismo.

Ángel se detuvo a unos milímetros de su boca, jadeante. Esperó unos segundos hasta recuperar la lucidez que aquella mujer le hacía perder.

—Pero sé que, si te dejara, me destrozarías. —La soltó y le clavó la mirada. Sus ojos verdes ardían de codicia—. Te llevaré de vuelta.

Ángel salió de la estancia y Mavi permaneció inmóvil y temblorosa contra la pared.

Capítulo 26

A pesar de lo que había creído, Ángel no volvió a la fiesta. Lo oyó moverse por la cocina, abrir y cerrar la nevera, encender la televisión en el salón y hablar con Rufus cuando éste llegó de madrugada. Casi no pudo dormir. Estaba confusa con sus sentimientos y deseaba volver a Barcelona para recuperar la estabilidad. Aquellas sensaciones que volvían del revés su mente y su corazón la tenían desconcertada hasta el punto de no reconocerse, y eso la asustaba. Si algo tenía claro era que no necesitaba más miedo e inseguridad en su vida. La razón le hacía pensar en Marcos, en serle fiel, en la promesa que ambos, hacía mucho tiempo ya, se hicieron el uno al otro. Estaba segura de que lo quería, pero lo que sentía por Ángel era distinto. Encendía su deseo y sólo pensar en él alimentaba su pasión más oculta. Debía volver cuanto antes o cometería un error del que se arrepentiría toda la vida.

Sacó el diario de su bolso y empezó a leer.

Nos amábamos intensamente todas las tardes, sin promesas, ni planes, sólo con el presente para nosotros. Conocí más de él, de su vocación por ayudar a los demás, de los viajes en verano a lugares del planeta donde sus conocimientos como médico ayudaban a salvar vidas. Me habló de sus cuatro hermanas mayores, que actuaban como madres; del fallecimiento de sus padres cuando era un niño, debido al cáncer, y del deseo que surgió a raíz de aquellas terribles pérdidas de convertirse en doctor; de su localidad, Formia, con el mar y las montañas... un lugar ideal para vivir juntos, dijo dos días antes de marcharse. Me quise morir. Estaba feliz porque eso significaba que yo no era una simple aventura para él, que me quería, pero ¿cómo podría abandonarlo todo y marcharme? Era imposible.

Mi mente no pensaba en otra cosa que no fuera su proposición. Le daba vueltas a ese asunto constantemente, intentando encontrar la manera de estar juntos, pero siempre llegaba a la misma conclusión: la única forma era abandonar a mi familia y ésa no era una opción para mí. Llegó el día y Mario se fue. La última noche me las arreglé para pasarla toda con él. Le dije a Antonio que había un par de enfermeras de baja y que tenía que doblar turno. Fue una noche intensa, llena de besos, de caricias, de abrazos, de palabras que alimentan el corazón y entristecen el alma. Su marcha me dejó sin ánimos para seguir viviendo. La vida se convirtió en un trámite y los días me resultaron difíciles de terminar. Antonio llegaba cada día más tarde y la mayoría de las veces yo dormía; por las mañanas, se marchaba temprano, antes de que me levantara. Beatriz se estaba volviendo una joven fría y ausente, distante de mí. Cuando no estaba en la escuela, se pasaba el tiempo en su habitación, escuchando música y sin comunicarse conmigo. Me sentía sola, muy sola. Y en aquella soledad Mario se hacía muy presente y necesario.

Después del primer mes, me llegó una carta suya. Estaba sorprendida porque no le había dado mi dirección y temía que su escrito pudiera comprometerme, pero no fue así. Se hizo pasar exclusivamente por un colega del hospital y en apenas tres líneas me dio las gracias por la atención recibida aquellos días en Barcelona; luego me pidió, por favor, que le diera su número de teléfono al doctor Hernández. De este modo, conseguí contactar con él.

La primera vez que lo llamé, salí de casa sobre las ocho de la noche y recorrí unas cuantas calles hasta una cabina de teléfono. Cuando oí su voz, me derrumbé.

—Amore mío, no llores prego. Me partes el alma y no puedo estar ahí para abrazarte —me pidió con la voz contenida en un susurro.

Cerré los ojos e intenté aguantar la pena que clamaba por seguir deshaciéndose en lágrimas. Sujeté el teléfono con las dos manos, como si de aquella manera pudiera acercarlo más a mí.

—Mario —suspiré cogiendo aire—. Estoy bien, sólo es que me alegro tanto de oír tu voz...

—Yo también de oír la tuya, mi amada Andrea. —Tragó saliva y, en su

silencio, intuí que estaba buscando las palabras adecuadas para no causarme más dolor—. ¿Cómo va todo por el hospital?

—Bien, tranquilo. A veces imagino que te voy a ver aparecer por el pasillo.

—Yo también me imagino allí y te veo con tu bata blanca y ese precioso cabello rojizo recogido. Te imagino en el hotel, desvistiéndome, acariciándome abrazada a mí, y eso me consuela y me desespera, Andrea. Te necesito, amor mío, tanto que no recuerdo cómo lo hacía antes para vivir sin ti.

—No sigas, por favor —le supliqué.

—Tengo que seguir.

—No puede ser, lo sabes.

—Tiene que haber una manera, alguna forma de conseguir estar juntos...

—No la hay —lo interrumpí.

—Andrea...

Colgué el teléfono. Una, dos, tres veces, lo golpeé con rabia. Lloraba. Gemía. Las piernas dejaron de sostenerme. Me acurruqué en el suelo de la cabina, tapándome la boca, ahogando el dolor. Me quedé allí mucho rato, hasta que el frío de la noche me hizo volver a casa.

Las cartas y las llamadas se prolongaron durante casi un año, un tiempo durante el cual comprobé que mi marido y mi hija no me necesitaban tanto como yo creía. Incluso llegué a la conclusión de que realmente no me necesitaban. En la vida de adolescente de Beatriz no había cabida para una madre triste y desilusionada, y Antonio llenaba la suya con el trabajo. Entonces, un día decidí abandonarlos.

El rugido de su estómago le hizo incorporarse y buscar en el armario de la habitación algo de ropa. Se dio una ducha en el baño del dormitorio y salió al salón. No había nadie. La limpieza y el orden absoluto le transmitieron una sensación de frialdad, como si realmente nadie viviera allí.

—Buenos días —la saludó Ángel, apareciendo en el salón desde una de las habitaciones. Fue hasta la cocina, dejó el móvil sobre la encimera y se sirvió un vaso de zumo que sacó de la nevera.

—¿Quieres?

—Sí, gracias —contestó Mavi, sentándose en uno de los taburetes frente a una gran isla de mármol blanco.

—¿Te lo pasaste bien ayer? —preguntó, preparando un sándwich con mayonesa, tomate y fiambre que sacó también de la nevera. Tenía una permanente sonrisa que ella no supo descifrar.

—Sí, muy bien. La experiencia del desfile fue increíble. —No sabía muy bien qué decir, así que bebió zumo para no sentirse incómoda en aquel silencio extraño que los envolvía.

—Mira —Ángel cogió el móvil y le mostró unas fotografías en las que aparecía desfilando. La noticia aparecía en la revista *Vogue*, en su versión digital.

—¡Guau! —exclamó emocionada—. ¡*Vogue*! Carla no se lo va a creer cuando lo vea. Estoy genial, ¿no?

Ángel soltó una carcajada.

—Claro. Ya te lo dije. —La miró otra vez de aquella manera que la ponía nerviosa—. Estabas preciosa, Mavi.

Cuando pronunció su nombre, la misma explosión de excitación de la noche anterior recorrió su estómago, haciendo revolotear mariposas que no debían estar ahí.

—Me lo he pasado genial, la verdad.

—Me hace feliz oír eso.

—Tienes razón en algunas de las cosas que me dijiste ayer —Mavi inclinó la cabeza y él hizo una mueca de agrado—, pero sólo en algunas.

—Hubo demasiado alcohol ayer. Perdona si me sobrepasé en algún momento.

—¿También te has disculpado con Verónica?

—No empieces.

—Lo siento —susurró alzando una mano.

Él negó con la cabeza, mirándola con fijeza, memorizando cada detalle de sus intensos ojos azules, de aquellos labios carnosos y sonrosados, de los pómulos redondos y alargados y la nariz pequeña y respingona. A ella le gustaba que la mirara de aquella forma. Veía en sus ojos deseo, atracción, y la hacía sentirse importante.

El móvil de Ángel empezó a sonar sobre la encimera. Ambos permanecían

inmóviles, mirándose, atrapados en aquel momento del que ninguno quería salir.

Él contestó.

—Hola, Gang... Espera, espera, no hables tan deprisa...

Lo que continuó diciendo Ángel, Mavi no pudo entenderlo. Las palabras en chino brotaban de los labios del fotógrafo atropelladamente, mientras arrugaba el entrecejo y los músculos de la cara se le tensaban. Rodeó la isla, alarmada por el tono de voz y la expresión en el rostro de Ángel, y esperó junto a él. Cuando colgó, tragó saliva con la mirada perdida en el suelo.

—¿Qué ha pasado?

—No encuentra a Chen Jie.

—¿Cómo?

—Gang dice que, cuando ha ido a despertarlo, extrañado de que durmiera tanto, no estaba en su cama. Ha registrado los alrededores, pero no lo encuentra.

—Se habrá escapado como una travesura. Seguro que sólo es eso.

—No sé. Estaba desesperado. No detectaba esa angustia en su voz desde que murió Mei y, créeme, Gang no es una persona alarmista. Es prudente y sereno.

Se puso en pie, entró en la habitación y salió con la mochila al hombro.

—Recoge tus cosas, llamaré a Rufus para que su avión nos lleve de vuelta.

Cuando se subieron al coche en Guilin, recortaron en quince minutos el tiempo de regreso. Nada más parar el motor frente a la casa de Suri, Gang salió a su encuentro y se abrazó a Ángel.

—No encontrar, amigo mío. No encontrar en ninguna parte. —Gang se echó las manos a la cabeza y se agarró el pelo como si quisiera arrancárselo de la impotencia.

—Tranquilo, Gang, cálmate. —Lo sujetó por los brazos y lo alzó del suelo donde Gang se había arrodillado—. Daremos con él, seguro que es una travesura...

—No ser el único —añadió con los ojos llorosos—, dos niños más desaparecidos.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?

—Abajo, junto al río, llevarse a un niño de dos años, y por allí, en otra casa —señaló a su izquierda—, otro de tres años.

Mavi escuchaba horrorizada a un metro de ellos, como si le hablaran de una película que no quisiera ver.

—¿Secuestrados? ¿Estás hablando de que han sido secuestrados? —Gang asintió con la cabeza—. Pero ¿quién?

—Algunos niños decir que ver hombre extraño por pueblo y hablar con ellos, pero niños no fijarse. No recordar cómo era hombre.

—Un hombre con un traje marrón —pensó Mavi en voz alta.

Ángel y Gang la miraron.

—¿Tú ver hombre? —Gang se acercó a ella y Mavi vio en sus ojos la desesperación que sentía.

—Cuando fuimos a buscar a Chen Jie y a Ángel a la tienda, ¿te acuerdas? —Gang asintió—. Vi a un hombre que hablaba con un niño. Le ofreció algo, caramelos tal vez, y, cuando estaba a punto de llevárselo de la mano, apareció otro crío algo mayor y lo detuvo.

—¡Maldita sea, Mavi! ¡¿Y por qué no dijiste nada?! —gritó Ángel, poniéndose en una zancada a un palmo de su nariz.

—¿Cómo iba a imaginar que era un secuestrador? ¿Cómo iba a saber que aquel niño no era su hijo o su sobrino? Ni siquiera sé si ese hombre es el mismo del que habla Gang.

—¿Tú recordar a ese hombre? —preguntó Gang cogiéndola del brazo con fuerza—. ¿Recordar? Decir, ¿recordar? —La sujetó por los hombros, clavándole inconscientemente los dedos mientras la sacudía, con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, creo que sí.

—Vamos a la policía —propuso Ángel.

Llegaron a la comisaría, la misma donde hacía unas horas Gang había denunciado la desaparición de su hijo, al igual que las otras dos familias. Un agente bajito y desgarrado, sin ningún interés en el caso, pues para él era otro más de los muchos que había habido en la zona, los hizo pasar a una sala donde sacó cuatro voluminosos dossiers con fotografías de hombres con antecedentes por secuestro, robo y delitos varios. Mavi se sentó frente a la primera página de fotografías y, en cuanto le echó un vistazo, supo que iba a ser una ardua tarea la de identificar a un tipo al que sólo había visto durante unos minutos... una

persona con unos rasgos que empezaron a confundirse en su mente en cuanto pasó la décima página. Ojos, bocas, narices, cejas, pómulos y expresiones que en cada fotografía se repetían, pareciéndole copias las unas de las otras. Cuando comenzó el segundo dossier, ante la mirada desesperada de Gang, que parecía suplicarle que reconociera a alguien en la siguiente página, se preguntó si realmente recordaba a aquel tipo o bien si su cerebro había empezado a crear una nueva imagen que sustituía a la auténtica, que se desdibujaba ante cada nuevo rostro de un sospechoso que veía.

Cerró la última página del cuarto y último dossier y Gang, que hasta entonces había estado esperando todo el rato de pie, se derrumbó en una silla. Ángel se movió de la esquina donde había permanecido inmóvil para consolar a su amigo.

—Lo siento —murmuró Mavi.

—Gracias por el esfuerzo. —Ángel la miró con una mueca de tristeza.

Le pidieron al agente hacer un retrato robot del sospechoso, pero les contestó que en aquel momento el dibujante no se encontraba en la comisaría y que ya serían avisados. Los acompañó a la salida, casi forzándolos a abandonar el edificio, y Ángel mantuvo los puños cerrados pegados a sus piernas, aguantándose las ganas de soltarle un par de golpes.

Volvieron a casa de Suri, quien, con los ojos hinchados de llorar, abrazó a su hijo con un grito de angustia que hizo que el corazón de Mavi se congelara.

Después de una hora mirando en silencio las paredes del salón, Gang se puso en pie con las lágrimas secas en su rostro.

—¿Adónde vas? —preguntó Ángel.

—A buscar a mi hijo. —Cogió las llaves del coche de encima de la mesa y salió por la puerta.

—Voy contigo.

No sabía cuántas horas habían transcurrido cuando la puerta del dormitorio se abrió y la acabó de despertar, pero ya era de noche. El tiempo había pasado pesado y agotador, mientras ella daba vueltas en la cama, esperando a que Gang

y Ángel regresaran con Chen Jie. Se incorporó y encendió la luz. Ángel estaba sentado sobre el colchón, con el rostro agotado.

—No quería despertarte.

—No estaba durmiendo. Dime que lo habéis encontrado... —rogó Mavi, aun sabiendo que no era así.

Ángel negó con la cabeza. Se puso en pie y miró al techo con un suspiro, queriendo sacar la rabia. Se tapó la cara con las manos e intentó controlarse. No quería derrumbarse delante de ella, pero se sentía abatido. La esperanza, una vez más, había abandonado su corazón.

—Y, ahora, ¿qué va a pasar?

—Lo encontraremos. No sé cómo, pero tenemos que hacerlo.

—Un secuestro, bueno... tres, no es algo que sea muy normal, ¿verdad? Supongo que el caso saldrá en las noticias y en los diarios, y se difundirán las fotos de los niños y pronto alguien...

—En China cada año son secuestrados miles de niños, Mavi —la interrumpió Ángel.

—¿Qué?

—Veo que no conoces una de las problemáticas de este país.

—No puede ser cierto.

—La mayoría de ellos nunca vuelven a ver a sus familias.

—Pero ¿por qué?

—Por varias razones: para venderlos a familias que no tienen hijos, para la prostitución, explotación laboral...

—Dios mío... —Mavi se tapó la boca y un nudo le estranguló la garganta—. No puede ser verdad lo que estás diciendo. Chen Jie... —Las lágrimas la sorprendieron. Ángel se sentó junto a ella y pasó un brazo por su espalda. La abrazó, estrechando su cuerpo contra el suyo, y se sorprendió al sentirla tan frágil—. Pobre Gang. —Se pasó las manos por el rostro para apartar las lágrimas—. Me vuelvo loca con sólo pensar que algo así pudiera pasarle a mi hija. No puedo ni imaginar la magnitud de su sufrimiento.

—Tengo que encontrarlo, Mavi. No puedo permitir que Gang pierda también a Chen Jie.

—La vida no puede ser tan cruel.

—Lo es. Brutal e insoportable.

—Debería marcharme. No voy a ser más que una molestia aquí.

—¿Qué estás diciendo? Tú eres la única que ha visto al secuestrador.

—No lo reconocí en ninguna de aquellas fotos, ¿y si estaba allí y no supe verlo?

—Eres nuestra única esperanza.

—Dime qué puedo hacer y lo haré.

—No lo sé... —Ángel negó con la cabeza. Se puso en pie y caminó por la habitación con las manos en los bolsillos, respirando cada vez más deprisa—. La policía no hará nada o prácticamente nada. Y si pegamos carteles con la fotografía de Chen Jie, seguramente seremos multados. Lo he visto muchas otras veces.

—No puede creer lo que estás diciendo, aunque lo cierto es que ni siquiera han demostrado interés en hacer el retrato robot. ¿Cómo es posible tanta indiferencia? ¿Cómo es posible que nada de esto salga en las noticias de nuestro país?

—Son demasiado numerosos, los secuestros, y es un problema con el que el Gobierno no hace lo suficiente y eso no es buena imagen para China. —Se volvió a sentar junto a ella, desalentado.

Cuando la miró, Mavi se percató de que Ángel tenía los ojos llenos de lágrimas. Verlo así aumentaba la pena por la desaparición de Chen Jie. Necesitaba que él mantuviera la esperanza para que ella también la pudiera conservar, pero se estaba viniendo abajo. Aquel hombretón, alto, fuerte y de porte seguro, incluso soberbio a veces, se transformó en un niño perdido y asustado. Ella lo abrazó, intentando contener su pena entre sus brazos. Le acarició el pelo y le susurró que todo saldría bien. Ángel se aferró a ella como si fuera su salvavidas. Ahogó el llanto en su cuello, queriendo enredar sus penas en su pelo rojizo. Su mejilla rozó la de ella y sus labios se detuvieron a unos milímetros de los de Mavi. Necesitaba tocarlos, sentir la calidez que emanaba de ellos, descubrir de nuevo su tacto, su humedad y lo suaves que eran. Necesitaba desesperadamente su consuelo. La besó con toda la delicadeza de la que fue

capaz, temeroso de que su habitual brusquedad alterara la fragilidad de aquella boca sonrosada. Mavi se sorprendió al recibir el beso y esperó unos segundos, convencida de que volvería a apartarse con rudeza, arrepentido, pero no lo hizo.

—Me confundes, Ángel. —Lo apartó con suavidad y lo miró desconcertada.

—Perdona —se disculpó mirándola intensamente, con los ojos llenos de tristeza.

—Creía que tenías una norma. —Le sonrió, intentando que él también sonriera—. Nada de mujeres casadas, aunque... —se encogió de hombros—... ya vi que con Verónica hiciste una excepción.

La mirada de Ángel se petrificó como si no estuviera allí, como si sus recuerdos hubieran viajado a un pasado más doloroso que el presente. Mavi le acarició la mejilla, buscando en su mirada alguna señal, alguna forma de saber cómo ayudarlo a aliviar un poco su dolor.

—Mi mujer y yo no nos separamos. —Su mirada volvió a recobrar vida. Bajó la cabeza unos segundos para coger aire y la volvió a mirar de nuevo—. Alika murió.

Mavi no supo qué decir. Ángel se puso en pie y caminó hasta detenerse frente a un cuadro de la serie *Los girasoles*, de Van Gogh. Cerró los ojos y alzó la cabeza, soltando un suspiro cargado de ansiedad.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Mavi.

—¿Recuerdas el terremoto de Haití?

—Allí murió la mujer de Gang, ¿no?

—Sí —la miró con los ojos vidriosos—, y también Alika. —Mavi se tapó la boca con la mano. Al fin había descubierto su secreto—. Hubo muchas réplicas durante los siguientes días y una de ellas derrumbó el improvisado hospital donde Mei y Alika atendían a los heridos. —Mavi lo escuchaba con atención. Ángel se acercó y se dejó caer en la cama junto a ella—. Yo estaba allí, ¿sabes? —Tenía el rostro desencajado y los puños cerrados sobre las sábanas, conteniendo en ellos toda la ira que llevaba en su corazón—. Sólo a dos metros de ella. Sólo a dos metros —murmuró con los dientes apretados—. Y no pude hacer nada para salvarla.

Pegó su mejilla a la de él y le acarició la nuca.

—Lo siento —susurró.

Él se deshizo de sus caricias. La rabia dominaba su rostro. Los recuerdos que tantas veces se había obligado a mantener lejos para sobrevivir al dolor volvían para doblegarlo. Su mandíbula se tensó tanto que parecía que iba a partirse en cualquier momento.

—Cuando conseguimos llegar hasta ellas apartando los escombros con nuestras propias manos, ya era demasiado tarde. Su precioso cuerpo estaba aplastado... deshecho. Ya no respiraba. Intenté reanimarla todo el tiempo que pude, hasta que me arrancaron de ella.

—No sigas, por favor —suplicó Mavi queriendo evitarle más sufrimiento al recordar.

—Encontramos a Mei a unos metros. Todavía vivía. Lograron extraerle a Chen Jie con vida, pero ella falleció pocas horas después. —Mavi le tomó la cara entre las manos. Ángel la miró a los ojos, abatido—. He deseado mil veces volver al momento en el que fallé, pero no puedo hacer nada para cambiarlo. No puedo hacer nada... —balbuceó. Mavi le besó las mejillas, la nariz y la frente para hacerlo callar—. Tienes razón, te he mentado. ¿Sabes por qué no he querido hacerte el amor? —Ella negó con la cabeza—. Porque podría llegar a quererte tanto como a Alike y eso me aterra...

—No puedes negarte el volver a querer a alguien...

—Tú no lo entiendes. Cada noche me esperan los demonios que dejó su muerte. Cada noche es insoportable y cada recuerdo del pasado me quema el corazón. Dime, ¿qué clase de compañía iba ser para una mujer? —Se apartó de sus caricias.

—Tienes que aprender a vivir de nuevo.

—He aprendido a vivir a mi manera, sin arriesgarme a sufrir por amor. —Ángel enredó un mechón de cabello en sus dedos, lo colocó tras la oreja y le acarició la mejilla—. No necesito nuevas heridas, pelirroja. No tengo espacio entre tantas cicatrices.

—¿Eso significa que no amarás nunca a nadie más?

—Lo evitaré.

—No podrás hacerlo siempre. Luchar contra los sentimientos es una guerra

perdida. No lo lograrás...

—Lo lograré si me alejo de ti, Mavi.

—No lo hagas —le pidió acariciándole la nuca, acercándolo a su boca. Ángel cerró los ojos y tragó saliva. Tenía que alejarse. Tenía que huir de ella. Mavi le cogió las manos y las besó.

—Déjame, por favor —le suplicó con los ojos vidriosos, intentando reprimir las lágrimas—. Aléjate de mí, Mavi. Sólo conseguiré hacerte daño.

—No. No voy a dejarte. No voy a hacerlo. —Continuó besándolo.

Ángel, con los ojos cerrados, negaba con la cabeza. Procuraba reunir las fuerzas necesarias para alejarse de aquella mujer que le había devuelto la ilusión del amor, que provocaba aquella electricidad en sus extremidades, el hormigueo en su pecho y los latidos acelerados de su corazón... pero Mavi no se lo iba a poner fácil. Le tiró de la camiseta. Él levantó los brazos, dejando que se la quitara. Ella posó los labios en su bronceado pecho, que se agitaba con fuerza. Lo tendió en la cama, besándolo con desesperación. Ángel deslizó los tirantes del vestido y los bajó hasta dejarla en sujetador. La observó con detenimiento. La delicadeza de su belleza lo conmovía. Deseaba hacerla suya con desesperación. Le quitó el vestido con furia y ella quedó tendida sobre la cama en ropa interior. Mavi posó una mano en el pecho de Ángel y la respiración agitada hizo que el momento fuera más apremiante y turbador. Él recorrió con sus manos la estrecha cintura y los contorneados muslos, mientras el deseo sexual sacudía su cuerpo entero. Sin pensarlo, enredó en sus dedos las tiras del sujetador y tiró de la tela hasta dejar sus pechos al descubierto. Deslizó la prenda hasta la cintura y allí, con destreza, coló sus manos bajo el cuerpo de Mavi y lo desabrochó, dejándolo a un lado de la cama. Sin detenerse demasiado, volvió a hacer lo mismo con sus braguitas: tiró de la goma que rodeaba la cadera hasta quitárselas. Mavi sentía los latidos en su estómago y en las sienes. Se humedeció los labios, expuesta y deseosa. Ángel pasó la punta de la lengua por la boca de ella y después la besó de la forma más íntima que sabía. Notó cómo la respiración de su compañera se aceleraba y cómo su cuerpo se encorvaba hacia arriba, ofreciéndose a él. La tenía a su merced... tan extremadamente bella y joven, tan pura como un estanque al amanecer, en plena quietud, rebosante de

vida y de secretos íntimos escondidos en sus cristalinas aguas que ansiaba descubrir. Mavi alzó una mano y rozó sus labios, y Ángel quedó enloquecido de deseo, provocando que la excitación creciera de forma casi insoportable. Ciego de codicia, la giró, apretando la espalda de Mavi contra su pecho, dispuesto a devorarla. No podía esperar más. Se introdujo en ella desde atrás, deslizándose hacia su interior sin contemplaciones. Mavi gimió con cada embestida, temblando de excitación cada vez que él, con un fuerte impulso, la elevaba a niveles insoportables de placer. La presión en su interior la estaba volviendo loca. Ángel la sujetaba por los hombros, hundiéndose en ella. Las embestidas eran cada vez más salvajes y aceleraban las convulsiones en todo su cuerpo. Él también jadeaba a sus espaldas, víctima de un deseo frenético, mientras sus labios, apretados contra la piel, quemaban el cuello de Mavi. Envueltos en aquella locura de placer, mientras ávidos e insaciables se descubrían el uno al otro, llegaron al clímax.

Jadeantes y extasiados, quedaron tumbados sobre las sábanas revueltas y la ropa arrugada.

Ángel estaba dormido, con la nariz casi rozando la de Mavi, y ella aprovechó para observarlo detenidamente... la textura de su piel, el color rosado de sus labios, las pestañas castañas y el cabello, que era más claro en las sienes. Con una mano, siguió el contorno de la cintura, continuó bajando hasta la cadera desnuda y volvió a ascender hasta acariciar el duro pecho. Su mano tropezó con algo y, al bajar la vista, descubrió entre sus dedos aquel colgante sujeto a una cadena que llevaba al cuello. Era la pieza de puzle en plata que ya había visto antes. Con la yema del dedo, notó otra vez la inscripción grabada en ambas caras y recordó el nombre de su abuela allí escrito, como si el destino quisiera enviarle una señal.

El timbre de la puerta sonó repetidamente y ambos se pusieron en alerta. Con las miradas llenas de esperanza, se vistieron con premura y salieron corriendo de la habitación. Gang ya había abierto la puerta y un hombre acompañado por dos

guardias se presentó como el oficial encargado de la búsqueda de los niños. El policía, con traje azul marino y un cigarrillo en los dedos, pasó al salón mientras los agentes uniformados se quedaron en la entrada. Mantuvieron una corta conversación, de la que Mavi no entendió nada... excepto las miradas de advertencia de aquel policía que señaló a Gang, a Ángel y a ella misma repetidamente sin soltar el pitillo humeante de entre los dedos. Gang le contestó, sorprendiéndola, con un tono de voz profundo y cargado de resentimiento, a lo que el agente respondió con una media sonrisa y una larga calada a su cigarrillo. Expulsó el humo y, esta vez, sólo señaló a Gang, sin decir una palabra, sosteniéndole la mirada, esperando a que tuviera la osadía de contradecirle, pero Gang se mordió la lengua. Sabía que no conseguiría nada discutiendo. Nada esperaba de la policía, así que prefirió callar y aguardar a que se marcharan. Él sabía controlarse en los momentos tensos para lograr su objetivo, pero Ángel no. Así que, cuando el oficial bajó la mano con la que señalaba amenazador a Gang, Ángel inclinó su torso hacia delante al tiempo que apretaba los puños y tensaba la mandíbula. Gang tuvo los reflejos suficientes como para sujetarlo por el brazo y decirle con la mirada que no lo hiciera. Se contuvo y se tragó la rabia, mientras las aletas de su nariz se abrían exageradamente, como si fuera un gorila a punto de destrozar a un contrincante.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Mavi en cuanto el policía salió por la puerta.

—Ha venido a aconsejarnos que no hablemos del caso con más extranjeros— respondió Ángel.

—¿Aconsejarnos? No he entendido ni una palabra de lo que ha dicho, pero su actitud no era la de aconsejar. Ha sonado a amenaza.

—Ser chica lista.

Gang se dejó caer en una butaca y se tapó la cara con las manos.

—¡Son unos malnacidos! ¡Con gusto le habría reventado la cabeza!

Ángel dio un puñetazo sobre la mesa.

Gang no levantó la cabeza y Mavi lo oyó sollozar. Se arrodilló frente a él y le acarició la cara.

—¿Estar vivo o estar muerto? ¿Haber comido hoy? ¿Tal vez Chen Jie pensar que su padre no querer?... —gimoteó Gang, con la respiración entrecortada.

—Seguro que está bien. Chen Jie es un niño fuerte. Resistirá hasta que lo encontremos —lo consoló Mavi.

Capítulo 27

Los minutos en el reloj que colgaba sobre la televisión sonaban profundos y pesados en el silencio del salón. Suri se pasaba las horas fuera, rezando y haciendo ofrendas a Buda para que su nieto volviera sano y salvo. Gang deambulada pensativo, cavilando la manera de hacer algo para descubrir quién se había llevado a su hijo. Logró contactar con una de las muchas asociaciones a través de las cuales las familias buscaban a los suyos desaparecidos. Vio cientos de fotografías de críos con edades similares a la de Chen Jie, incluso bebés. Las niñas y las adolescentes también eran objetivo de los secuestradores. Algunos llevaban desaparecidos desde hacía más de veinte años y muy pocos eran los que escribían dando las gracias por haber recuperado a un familiar.

Sonó el móvil en la habitación y Mavi fue en su busca. En la pantalla apareció el nombre de Marcos. No se habían comunicado más desde el último wasap en el que le explicaba que retrasaba el regreso. Su padre era el único que le enviaba algún que otro mensaje sin importancia, esquemático y corto, donde le daba el parte del tiempo en Barcelona y se despedía siempre haciendo alusión a la cantidad de trabajo que tenía. En cuanto oyó el tono de voz de Marcos, supo que algo no iba bien.

—No quiero que te pongas nerviosa —le dijo lentamente, como si de esa forma sus palabras hicieran más efecto.

—¿Qué ha pasado?

—Es tu abuela. Ha sufrido un infarto esta mañana.

—¡¿Qué?!

—La mantienen conectada a una máquina. Cariño, no creen que aguante. Tienes que venir ya, si quieres despedirte de ella.

—Hago la maleta y salgo para el aeropuerto. Cogeré el primer vuelo que encuentre.

—Llámame cuando sepas la hora de llegada para poder ir a buscarte. Lo siento. Siento haberte dado esta noticia.

No pudo decir nada más. Colgó el teléfono y lloró en silencio, sentada en la cama. Sólo se permitió hacerlo unos minutos. No podía perder más tiempo. Su abuela se moría y debía llegar a tiempo para decirle lo mucho que la quería. Recogió todas sus pertenencias, las metió en la maleta sin ningún orden y tiró de ella hacia el salón, donde Ángel y Gang buscaban información en un móvil.

—¿Adónde vas? —preguntó el fotógrafo, sorprendido al verla arrastrar su equipaje.

—Acabo de saber que mi abuela se está muriendo en el hospital. Tengo que llegar a tiempo para despedirme de ella.

Gang se puso en pie y Ángel se acercó a ella.

—No puedes marcharte. Te necesitamos para encontrar a Chen Jie.

—¿Has oído lo que acabo de decir? —preguntó, molesta.

—Sí, perdona... lo siento mucho. ¿Qué edad tiene tu abuela?

—Y, eso, ¿qué importa?

—Chen Jie tiene cuatro y un malnacido le ha robado la libertad cuando todavía no ha empezado a vivir. Escúchame —le pidió, cogiéndola de los hombros—: estoy seguro de que tu abuela comprendería perfectamente que te quedaras para ayudarnos. Te necesitamos, Mavi. Eres nuestra única esperanza.

—No me hagas esto. —Se soltó de sus manos y dio unos pasos hacia atrás, separándose de él—. Es mi abuela y me estás pidiendo que renuncie a verla con vida una vez más.

—En esta vida hay prioridades...

—Lo sé —lo interrumpió—. Esto no es fácil para mí.

—Supongo que un niño chino está muy abajo en tu escala de preferencias.

—Eres un cabrón. —Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Eso dicen.

Gang se interpuso entre ellos.

—Poder marchar tranquila, Mavi. —Se esforzó por mostrar una leve sonrisa

—. Ir con abuela, yo entender. Yo llevar ahora a aeropuerto.

—No, Gang. Podrían llamarte en cualquier momento diciendo que han dado con Chen Jie. Cogeré el autobús. Sé dónde está la parada. No te preocupes, me las arreglaré. Muchas gracias. —Él asintió con la cabeza—. Volveré si me necesitas, no lo dudes. Ángel tiene mi teléfono.

—Gracias, Mavi —dijo Gang con el rostro desencajado. Ella lo abrazó con cariño en un impulso.

Se dirigió hacia la puerta arrastrando su maleta, la abrió y, antes de salir, los miró por última vez. Gang levantó una mano y Ángel permaneció de pie, con los brazos cruzados, mirando hacia otro lado con el rostro tenso. Cerró la puerta y se dirigió hacia la parada del autobús.

Después de más de una hora, un autobús algo destartado apareció por el sendero de tierra. El viaje sería pesado a lo largo de varios pueblos antes de llegar a Guilin. Se había decepcionado enormemente ante la insensibilidad de Ángel hacia ella, por lo que decidió que lo mejor era olvidar lo ocurrido. Olvidar lo que le había hecho sentir aquella noche y no volver a pensar más de él.

Con dificultad, colocó el equipaje en el compartimento habilitado sobre los asientos y se sentó junto a la ventanilla. El olor era desagradable, una mezcla de estiércol y suciedad impregnaban el ambiente. Una mujer había subido transportando un par de jaulas con gallinas que, sin ningún reparo, ocuparon el puesto de un pasajero. Después de veinte minutos de trayecto, su trasero empezaba a adolecer la falta de amortiguadores del vehículo y su estómago se removía vertiginoso tras cada curva. Pasaron otro cartel que daba la bienvenida al siguiente pueblo, tan pequeño y despoblado como los otros que habían dejado atrás. El autobús se detuvo junto a una pequeña casita de madera con la pintura gris seca y desconchada y con un porche que parecía a punto de venirse abajo. Fue entonces cuando lo vio. Salía del interior de un local con aspecto de bar el tipo de pómulos huesudos y dientes apiñados y oscuros, liándose un cigarrillo, absorto en la faena. Lo reconoció al instante. Antes siquiera de que levantara la cabeza para ponerse el pitillo en la boca, supo que era el secuestrador. Lo vio tomar un camino por una de las estrechas calles que llevaban al interior del pueblo. El autobús arrancó. Mavi se puso en pie, corrió por el pasillo hasta el

conductor y le pidió que parase. El hombre la miró sin entender. Ella agitó las manos, gritándole que se detuviera.

—*Stop!* —chilló—. *Stop, stop, stop!*

Asustado ante los berridos de aquella energúmena, piso el freno y abrió la puerta. Mavi bajó las escaleras con rapidez y miró en dirección a donde había visto al secuestrador, pero ya no estaba allí. Las puertas del autobús se cerraron y, antes de que pudiera reaccionar, se puso en marcha y se alejó de ella. No le importó. Notó su bolso aferrado a la cadera y recordó que allí tenía el móvil para avisar a Ángel... pero, antes, debía dar con el secuestrador.

La calle por la que creía que éste había pasado se encontraba junto a aquel destartado bar. Era estrecha, con construcciones ruinosas a ambos lados, de las que salían gritos y aromas culinarios. Aceleró el paso, temerosa de no encontrar a aquel tipo, y, entonces, lo vio delante de ella, a unos cuatro metros. Caminaba con lentitud, fumando y sosteniendo con los labios el cigarrillo que él mismo se había liado, con ambas manos en los bolsillos del pantalón, cabizbajo y pesado en sus movimientos. Mavi aminoró el paso, temerosa de ser descubierta. Sentía en su pecho una gran conmoción y ansiedad por la posibilidad de estar muy cerca de Chen Jie. Mil pensamientos alborotaban su cabeza y una voz le decía que no debía estar allí, que era muy peligroso, pero su corazón no atendía a razones y movía su voluntad sin cuestionar si estaba bien o mal. Chen Jie aparecía en su mente una y otra vez. Esperanzada por dar con él, por estar cerca y aliviar el dolor de Gang, continuó persiguiendo al secuestrador, quien, a unos metros, giró en una esquina. Mavi aceleró el paso. Temía perderlo en el laberinto de estrechas callejuelas. Cuando dobló la esquina, comprobó, frenética, que ya no estaba. Entonces echó a correr mientras buscaba el móvil en el bolso. Los tonos de llamada se sucedieron uno tras otro sin que Ángel descolgara. Tal vez estaba tan enfadado con ella que no pensaba molestarse en descolgar. Avanzó deprisa por la calle, por un suelo de cemento lleno de escabrosos desniveles y agujeros que le hicieron tambalearse un par de veces. Volvió a llamar a Ángel. Recorrió varios metros hasta desembocar en la siguiente calle. Las llamadas se sucedían, pero él no contestaba. Continuó avanzando hasta que se dio cuenta de

que no había ni rastro del secuestrador. La voz de Ángel la saludó con un frío «hola».

—Estoy persiguiendo al secuestrador —soltó azorada y sin aliento.

—¿Dónde estás? —Alarmado, pegó la oreja al teléfono y centró toda su atención en la voz agotada de ella.

—No lo sé. Creo que era el tercer pueblo donde el autobús ha parado. Lo vi por la ventanilla y lo estoy siguiendo, aunque ahora lo he perdido de vista.

—No sigas. Vuelve a la parada del autobús y espéranos. Es muy peligroso, Mavi.

—No puedo dejar que vuelva a desaparecer. Tengo que encontrarlo. Estoy cerca.

—¡No! Dime, ¿dónde estás?

—He seguido la calle donde el bar hace esquina y he girado varias veces — dijo mirando a ambos lados de la calle, perdida—. Esto es un laberinto. Hay ropa colgada en algunas ventanas y creo que estoy delante de una tienda, porque ahora veo salir a una persona con una bolsa llena de fruta. Voy a seguir un poco más. —Jadeó—. Tengo que encontrarlo. Daos prisa.

Colgó y guardó el móvil en el bolso.

Avanzó unos metros hasta pasar la tienda. Miró a un lado y a otro de la calle, pero no había nadie. Cada vez estaba más lejos del lugar donde había bajado del autobús. Se detuvo para recuperar la respiración y maldijo para sí por haberlo perdido. Había estado tan cerca de recuperar a Chen Jie que la rabia le recorrió las entrañas y, si hubiera tenido aliento suficiente, habría gritado con todas sus fuerzas. Debía volver. Esperaría a Ángel y a Gang en la parada del autobús. Tal vez ya habían avisado a la policía y cabía la posibilidad de encontrarlo aún. Fue entonces cuando una mano surgida de una puerta que se abrió violentamente detrás de ella le tapó la boca y la arrastró al interior. Cayó al suelo con violencia y soltó un alarido cuando algo golpeó su cabeza. Un dolor sordo explotó en sus oídos y la oscuridad la cegó.

Semiinconsciente, notó que era arrastrada por unas manos que la sujetaban por las axilas, clavándole los dedos sin ningún miramiento. Sintió la pared a su espalda, donde la dejaron reposar, apoyada en ella, un tiempo que no pudo

definir. Cuando sus ojos empezaron a captar la claridad, el perfil de un hombre se dibujó sentado en una silla frente a ella. Agudizó la vista y reconoció al secuestrador, que la observaba. Mavi tragó saliva antes de que su boca se secase del todo por el miedo que empezaba a sacudir su cuerpo con temblores. Flexionó las rodillas y se abrazó las piernas, pegándolas al pecho. Miró a su alrededor; las paredes eran de tochos grises de cemento y el tejado, de uralita. Un par de ventanas a ambos lados de la estancia apenas dejaban entrar luz para iluminar el lugar, y una bombilla desnuda permanecía encendida, colgada de un cable que recorría la pared hasta la mitad del techo.

El tipo, con tranquilidad, sacó un paquete de tabaco de su roída chaqueta, tomó un papel del otro bolsillo, dejó caer algo de tabaco sobre él y empezó a enrollarlo con parsimonia. Absorto en lo que hacía, tataba una melodía, inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. Parecía que aquella situación no le perturbaba en absoluto. Mavi sintió terror por sentirse atrapada allí dentro, por verse a merced de un hombre que tal vez estaba decidiendo qué hacer con ella. Cuando terminó de liar el pitillo, sacó un encendedor del bolsillo, lo encendió y le pegó una larga calada. Se puso en pie y se acuclilló junto a ella. Mavi pudo notar el olor agrio que desprendía. La miró repasándola lentamente. Estiró el brazo y, con los dedos, le rozó la nariz antes de que ella girara la cara, repugnada ante la visión de unas uñas largas y ennegrecidas. Su móvil volvió a sonar dentro del bolso tirado a unos metros de ella. Era por lo menos la décima llamada sin contestar. Ángel debía de estar desesperado buscándola. Era imposible que la encontrara allí dentro... ni aunque pasara por delante de la puerta. Estaba perdida y lo sabía. Nadie aparecería para rescatarla. El secuestrador sonrió, mostrando el saco de dientes apiñados y oscuros que parecían impedirle cerrar la boca. Dijo algo que ella no entendió, una frase corta, que fue seguida por otra más larga, con un tono de voz más grave y expresión colérica. Se puso en pie y alzó los brazos, enfurecido. Gritaba con los ojos tan abiertos que parecían a punto de salirse de las cuencas. La abofeteo en la cara y ella se cubrió la cabeza con los brazos, esperando el siguiente golpe, pero entonces recibió una patada en la cadera que le hizo soltar un alarido. No quería mirar. Prefería mantener la cabeza entre los brazos para no

ver venir la muerte. En una fracción de segundo, se preguntó si moriría apuñalada o le dispararía, si metería su cuerpo en un saco y la enterraría en cualquier lugar, desapareciendo para siempre. Aun así, se sorprendió al no poder llorar. El miedo y la angustia la tenían paralizada en aquella posición. Ya sólo esperaba el final y, entonces, un destello llamó su atención. Levantó un poco la cabeza, temerosa por lo que pudiera encontrarse, temiendo que fuera la hoja de un cuchillo lo que había brillado con los rayos de sol que se colaban por una ventana situada sobre su cabeza. Pero lo que vio la dejó helada. Al fondo de la habitación, en una esquina, el peluche con el que Chen Jie jugaba estaba tirado en el suelo y los ojos de plástico del animal brillaban como si tuvieran vida propia. Aquel perrito marrón y azul con grandes orejas reposaba sobre el cemento gris y, junto a él, una figura borrosa. Parpadeó unas cuantas veces para asegurarse de que lo que veía no era una ilusión. Volvió a fijar la vista y, entonces, la figura tomó forma. Su abuela la miraba con una sonrisa. No podía ser cierto. Andrea estaba allí. Atónita, apretó los párpados y sacudió la cabeza. Volvió a mirar en aquella dirección, y su abuela seguía allí. Le sonreía, serena. Andrea se puso en pie al mismo tiempo que le indicaba con las manos que se levantara. Mavi la miró desconcertada. En un segundo comprendió que su querida abuela había muerto y que estaba allí para ayudarla. Una inmensa pena se apoderó de su corazón, pero comprendió que debía luchar por su vida. Quería vivir. Ahora lo sabía. Quería vivir por encima de todo. Cogió aire, respiró profundamente varias veces hinchando sus pulmones de valentía, dispuesta a levantarse, a defenderse, a pelear por su vida como una leona. Se puso en pie con un grito que le salió de lo más profundo de su ser. El secuestrador, desprevenido ante aquel gesto, recibió un empujón que lo lanzó contra una mesa, haciéndolo caer de bruces al suelo.

Mavi se dirigió hacia la puerta tan rápido como pudo, dispuesta a no sucumbir al mareo que la cegó durante unos segundos. A tientas, consiguió alcanzar el pomo y girarlo. La puerta se abrió, colándose por entre los cuatro centímetros de apertura un aire fresco que le hizo darse cuenta del hedor a agrio que se respiraba allí dentro. La luz de la calle la cegó por unos instantes. Logró poner un pie fuera, pero el secuestrador la alcanzó y volvió a tirar de ella hacia el

interior, lanzándola de nuevo al suelo con violencia. El hombre la agarró por los brazos y forcejeó con ella hasta que logró que la mirase. Entonces la soltó, para dirigir sus manos al cuello. Aquellos dedos delgados, ásperos y huesudos apretaban su yugular, impidiéndole respirar. El paso del aire se vio interrumpido. Los segundos pasaban sin que lograra respirar. Abría la boca, desesperada, pero ni una pizca de oxígeno atravesaba su garganta. Se ahogaba. La tenía inmovilizada, sentado sobre sus caderas como estaba, dejando caer todo el peso sobre su cuello. Le ardían los pulmones, tanto que pensó que explotarían. Los latidos enloquecidos de su corazón invadieron su cerebro, impidiéndole pensar, buscar una salida y escapar de allí. Entonces, todo se llenó de un espesor gris que le cubrió los ojos hasta dejarla ciega.

El secuestrador apretaba su cuello con una fuerza inhumana, con un odio concentrado en oprimir sus vías respiratorias, frenando el palpitar acelerado de los últimos latidos de su corazón.

Capítulo 28

Desesperado, Ángel recorrió las calles laberínticas y estrechas en busca de Mavi. No cogía el teléfono y eso no era buena señal. Gang y él se separaron, intentando localizarla, pero no hallaron ninguna pista. La angustia le corroía las entrañas. Frenético, continuó dando vueltas, desorientado. Preguntó a cuantas personas se encontró a su paso, pero ninguna supo decirle nada. Tan sólo lo miraban como si estuviera loco. Ella estaba en peligro y, el saberla tan cerca y no poder ayudarla, le partía el alma en dos.

Gang caminó unos metros hacia algo que vio en el suelo. Se agachó y lo cogió, mostrándoselo luego a Ángel. Ante él tenía una sandalia de tacón plateada. La misma que limpió de barro el día que llegaron al pueblo. Gang hizo una señal hacia la puerta delante de la cual la había encontrado. Pego la oreja a la vieja madera e intentó oír algo, pero Ángel no podía esperar. Si se equivocaba de puerta, le pagaría unos cuantos yuanes al dueño de la casa por echarla abajo, pero necesitaba saber si Mavi estaba allí dentro. Apartó a su amigo, cogió impulso y estampó el pie contra la madera, que cedió al primer golpe, viniéndose abajo. Delante de sus ojos, Mavi yacía inerte en el suelo mientras un hombre la estrangulaba.

Ambos saltaron sobre el secuestrador, que no supo cómo reaccionar ante la irrupción de aquellos desconocidos. Gang lo inmovilizó en el suelo aplastándole la cara contra el cemento. Ángel se arrodilló junto a ella, sacudiéndola por los hombros, intentando que reaccionara.

—¡Vamos, Mavi! ¡Vuelve! ¡Vamos! —gritó, dándole palmadas en las mejillas.

Mavi seguía inconsciente, sin ningún síntoma de vida. El pánico se apoderó

de Ángel. Volvía a revivir aquel momento con Alika. Volvía a tener una vida en sus manos y no sabía qué hacer para salvarla.

—¡Ángel! —chilló Gang para sacarlo de la conmoción. Sabía perfectamente lo que pasaba por su mente. Sabía que estaba aterrado.

—Alika enseñar a ti respiración manual. Haz lo que Alika enseñar, amigo.

Miró a Gang, que mantenía al secuestrador inmovilizado en el suelo bajo sus rodillas. Temía que ya estuviera muerta, que fuera demasiado tarde, pero, aun así, le colocó una mano en la frente y con la otra tiró del mentón hacia arriba para evitar que la lengua impidiera el paso del aire hacia los pulmones. Luego acercó la oreja a la boca de Mavi para comprobar si respiraba. No lo hacía.

Inició las maniobras de reanimación con treinta compresiones torácicas en el centro del pecho, como Alika le había enseñado. Le tapó la nariz, posó sus labios sobre los de ella, asegurándose de que el aire no se escapaba de su boca, e insufló dos veces. Volvió con las compresiones. Treinta más, seguidas de dos insuflaciones. Mavi seguía sin respirar.

—Vamos, princesa, respira —murmuró sin dejar de presionarle el tórax, sin dejar de darle aire de sus pulmones—. Vamos, preciosa. Respira, respira.

El cuerpo de Mavi se agitaba cada vez que presionaba con fuerza en el centro de su pecho. Temía hacerlo demasiado fuerte y partirle algún hueso. De nuevo las compresiones y aire. Más compresiones y más aire.

—Vamos, princesa, vuelve a mí. No me hagas esto, nena —susurró Ángel, preso por la adrenalina que el miedo liberaba. No podía hacer otra cosa que no fuera seguir con la reanimación como un autómata, en un intento desesperado por curarse del pasado, salvarlos del presente y darle a ella un futuro. Debía salvarla. Tenía que salvar a Mavi de aquella horrible muerte. La vida le concedía la oportunidad de intentarlo de nuevo y no podía fallar otra vez.

Mavi empezó a respirar por ella misma. Abrió los ojos, aterrorizada, y aspiró una gran bocanada de aire. Empezó a toser y el aire que luchaba por llegar a sus pulmones se vio interrumpido, ahogándola de nuevo. Ángel la incorporó, dejándola sentada en el suelo. Le apartó el pelo de la cara y le acarició la espalda para calmarla.

—Tranquila, tranquila, ya pasó. Respira despacio.

Poco a poco se fue sosegando hasta conseguir normalizar la respiración. Alzó la cabeza y miró a Ángel a los ojos. Lo abrazó y lloró desesperadamente. Él notó cómo el cuerpo de Mavi temblaba como si un frío intenso se hubiera apoderado de ella. La apretó suavemente contra su pecho, aferrándola a él, temeroso de perderla de nuevo, logrando contener las lágrimas que estaban a punto de aparecer en sus ojos.

—Gracias, gracias, gracias —le susurró Ángel besándole el pelo.

Estaba viva y eso era lo más importante.

Mavi buscó al secuestrador con la mirada. Gang lo mantenía inmovilizado boca abajo en el suelo. Se acercó a él a gatas y lo miró a los ojos, pero éste evitó fijar su mirada en ella; miraba a ninguna parte, resignado a su nueva situación. Ella lo abofeteó... una, dos, tres veces. Lo golpeó con las manos mientras permanecía de rodillas, gritando, poseída por la rabia, pensando que aquel tipo había intentado privarla de volver a ver a su hija. Ángel la rodeó con los brazos y la alzó del suelo.

—Basta. Lo necesitamos vivo y estoy seguro de que, si te dejara, serías capaz de matarlo a tortazos.

—Lo haría, te juro que lo haría —contestó ella con la voz entrecortada.

—Y yo te dejaría encantado, pero tenemos que encontrar a Chen Jie.

Gang, que había esperado a que Mavi se repusiera, giró al secuestrador y lo miró a los ojos, lleno de rabia y desesperación. Le preguntó en su idioma, con voz calmada, a dónde se había llevado a los niños del pueblo. Éste le mantuvo la mirada, imperturbable.

Ángel se acercó a ellos y le dio un puñetazo. El secuestrado empezó a sangrar por la nariz.

—Vuélveselo a preguntar —dijo Ángel, taladrándolo con la mirada.

Gang le hizo la misma pregunta, pero el tipejo se mantuvo callado. El fotógrafo le dio otro puñetazo en la cara, el hombre soltó un leve quejido y le clavó la mirada, inflexible.

Mavi permanecía en silencio contemplando la escena, deseosa de que Ángel siguiera propinándole golpes. En el pasado, no creía ser capaz de soportar un acto de violencia como aquél, siempre había odiado las películas con demasiada

sangre, pero en ese momento era diferente, aquel tipo era malvado y no se merecía otra cosa.

Cuando Ángel fue a darle un tercer puñetazo, la voz de un niño en el quicio de la puerta hizo que se volvieran. Un chaval de unos doce años estaba plantado justo en la entrada, sosteniendo bajo el brazo un par de libros y una carpeta. Paralizado, observaba la escena que tenía frente a él. El secuestrador le gritó algo en su idioma, pero, antes de que pudiera salir corriendo, Ángel se abalanzó sobre él y lo empujó dentro.

El crío se agachó sobre el secuestrador y le dijo algo.

—Es su padre —comentó mirando a Mavi.

Gang miró al chaval, quien, a pesar de ver a su progenitor en aquel estado, no se había puesto a llorar. Le explicó que su padre había secuestrado a su hijo y le preguntó si sabía dónde estaba. El chiquillo negó con la cabeza. Gang le dijo que se llamaba Chen Jie, y que tenía cuatro años. El secuestrador habló, afirmando que su hijo no sabía nada. Entonces, el crío dijo algo que los dejó helados. Miró a Gang, con el rostro impasible por tanta miseria vivida, y confesó que, meses atrás, su padre también había vendido a su hermano pequeño.

—No ser cierto —comentó Gang, abatido por tanta crueldad. Si aquella escoria humana había sido capaz de vender a su propio hijo, qué no haría con el suyo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mavi, que no había entendido ni una palabra de la conversación.

Ángel le explicó lo que acababa de ocurrir mientras Gang intentaba poner orden en sus pensamientos. Necesitaba claridad. Debía actuar de la mejor forma para dar con Chen Jie. Arrastró al secuestrador hasta la pared, donde lo dejó apoyado, sentado, y le dio un trapo que halló sobre una mesa para que se limpiara la sangre que todavía le salía de la nariz. Se acuclilló frente a él y, con la voz más calmada que pudo poner, le volvió a preguntar por su hijo. El tipo se mantuvo impasible, con la mirada fría y el rostro hermético. Cansado de esperar y sabiendo que por las buenas aquel sujeto no iba a decir nada, Ángel cogió de la cocina un cuchillo. Rodeó al chaval con el brazo y colocó la hoja a unos centímetros de su cuello. Fue entonces cuando el secuestrador reaccionó

soltando un grito y alargando el brazo hacia su hijo, con la mirada llena de pánico, demostrando que todavía quedaba algo de humanidad en él.

—¿Qué hacer?! —gritó Gang, sorprendido por la reacción de su amigo.

—Es un niño —dijo Mavi colocándose junto a Ángel.

—Es el primogénito, sí. Al segundo lo vendió, pero quiere que éste sea el destinatario de todos sus esfuerzos. Ha invertido dinero en sus estudios, quiere que tenga un futuro, un buen futuro del que él también pueda beneficiarse. El chaval nos acaba de decir que vendió a su hermano pequeño, no querrá perder a éste, sería como haber tirado por tierra toda la inversión, todo el esfuerzo, así que... escúchame, malnacido —apretó la hoja del cuchillo contra la garganta del chico con el suficiente cuidado como para no hundirla en su piel y, con los ojos encendidos por la rabia y la mandíbula tensa, se dirigió a Gang sin dejar de mirar al secuestrador— dile a ese desgraciado que o nos devuelve a Chen Jie o mataré a su hijo.

Aunque pensaba que conocía muy bien a su amigo, por unos segundos Gang dudó acerca de si sería capaz de hacerlo, si sería capaz de hundir la hoja en aquella joven garganta. La expresión de pura ira de su cara lo estremeció. Comunicó al secuestrador las palabras de Ángel y la expresión de éste cambió súbitamente. Su rostro, hasta entonces impasible e imperturbable, se tornó agitado y descompuesto, con los ojos extremadamente abiertos por el miedo. Sólo una vez asintió con la cabeza, pero fue suficiente como para que todos entendieran que no haría nada que pusiera en peligro la vida de su hijo mayor.

Mavi miró a Ángel, quien no dejó de sostener el cuchillo contra el cuello del chico. Gang se apartó unos centímetros del secuestrador. Éste se puso en pie y, con movimientos lentos para no asustar a quien tenía preso a su hijo, se acercó a su chaqueta, que colgaba del respaldo de una silla, y, señalando el bolsillo de ésta, dijo en su idioma que iba a sacar el teléfono. Ángel apretó un poco más al muchacho contra su cuerpo para hacerle entender que, si intentaba algo, no tardaría ni un segundo en rebanarle el pescuezo.

El secuestrador, muy despacio, sacó del bolsillo un móvil, lo manipuló y se lo puso en la oreja. Mantuvo una conversación corta en un tono bajo y, cuando terminó, miró a Gang y asintió con la cabeza.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Mavi, sin moverse del sitio.

—Vamos a buscar a Chen Jie.

—¿Adónde?

—No lo sé, pero no voy a dejar que este tipo nos engañe. Me encargaré de tener bien cerquita a su hijo para que no intente jugárnosla —sentenció Ángel.

Asió con fuerza al chaval contra su pecho, situó el cuchillo en la espalda del chico, miró al secuestrador y le dijo en chino que tuviera cuidado. Éste asintió, se dirigió a la puerta y Gang lo siguió. Detrás de ellos, Ángel, con el muchacho y Mavi, quien se puso el zapato que encontró en el suelo, aceleraron el paso para no separarse del grupo.

Caminaron en silencio por las estrechas calles de vuelta a la plaza; allí se subieron al coche de Gang. Éste se sentó en la plaza del conductor, a su lado se situó el secuestrador y, detrás, Ángel y Mavi, con el chico colocado en medio, muy pegado a ellos dos.

Gang condujo según las indicaciones del secuestrador. En poco tiempo entraban en Guilin, adentrándose en la ciudad. Mavi vio por la ventanilla cómo cruzaban un puente bajo el cual discurría un ancho y caudaloso río. A la orden del secuestrador, detuvieron el vehículo en una zona descampada donde el asfalto se terminaba y era sustituido por tierra que permanecía húmeda por la cercanía de la orilla del río. Luego les indicó, señalando a lo lejos, que los niños se encontraban en alguna de las edificaciones a unos cuantos metros de allí. Debía entrar sólo e intentar sacarlo con algún pretexto; si eran vistos, ninguno de ellos saldría con vida de allí, les explicó. Después miró a su hijo y le pidió que estuviera tranquilo, que pronto volverían a casa. El crío asintió, todavía con los ojos muy abiertos y asustados, con una auténtica expresión de miedo en la cara. Antes de que el secuestrador saliera por la puerta, Ángel lo llamó. Esperó a que éste le prestara toda su atención y, poniendo de nuevo el cuchillo en el cuello del chaval, le dijo en su idioma que, si en diez minutos no estaba de vuelta con Chen Jie, lo único que encontraría al volver sería a su hijo en el suelo con el cuello rebanado. El tipo apretó la mandíbula, impotente por ver a su hijo en aquella situación sin que pudiera hacer nada por evitar el miedo que veía en su rostro. Asintió y salió por la puerta.

El silencio dentro del coche era absoluto. Gang tenía la vista fija al frente, intentando adivinar dónde estaría su pequeño. Mavi observaba a Ángel, que sujetaba al chico por la nuca. Se encontró con su mirada y descubrió en ella que, a pesar de la dureza y el tono amenazador de sus palabras, estaba tan muerto de miedo como ella. Sabía que no era un matón y, por mucho mundo recorrido que hubiera en su vida, aquella situación lo superaba igual que a ella. La única diferencia era que él sabía disimularlo y, sin embargo, a ella se le notaba en el temblor de las manos y de las rodillas que la tensión la tenía desbordada.

—No poder esperar aquí. Tener que ir a por Chen Jie —anunció Gang saliendo del vehículo.

Ángel lo siguió y lo cogió del brazo antes de que emprendiera el camino.

—Voy contigo.

—No. Si ven hombre occidental, sospechar. Volver con chica. Ella casi morir. Llevarla lejos de aquí.

—No os voy a dejar aquí solos, Gang.

—Como decir antes, si en diez minutos no estar aquí otra vez, marchar. —Lo miró a los ojos, puso una mano en su hombro e insistió—. Tú tener que prometer, amigo.

—Diez minutos, Gang. Tenéis que estar de vuelta en diez minutos.

Éste asintió y le dio un fuerte abrazo. Cuando desapareció en la oscuridad, entró en el coche.

—El secuestrador dijo que era muy peligroso que lo vieran.

—A nosotros, sí, somos occidentales —contestó Ángel—. Es su hijo, no pensarías que iba a quedarse aquí de brazos cruzados.

—Claro que no. —Se mordió el labio inferior y Ángel se dio cuenta de que lo hacía con demasiada fuerza y que estaba empezando a ponerse blanca. Tenía que sacarla de allí. Sabía que, permaneciendo en aquel lugar, su vida corría peligro de nuevo.

Miró su reloj una vez más. La noche parecía más oscura que otras veces y ninguna estrella brillaba en el cielo. El silencio dentro del vehículo era casi absoluto. Sólo se oían los golpecitos contra la puerta producidos por el tacón del zapato de Mavi, quien ni siquiera se había dado cuenta de que los nervios

movían su pierna inconscientemente. Ángel miró su reloj por enésima vez. Ya habían pasado cinco minutos. Esperaría cinco más y, si no aparecían, alejaría a Mavi de aquel lugar y luego volvería a buscarlos.

El chaval empezó a sollozar. Ángel podía notar cómo el crío temblaba. Le acarició el hombro y le dijo en su idioma que estuviera tranquilo, que no le iba a hacer daño. El chico levantó la cabeza y lo miró. Sus ojos rasgados desprendían la tristeza de un adulto y eso le partió el alma. Estaba deseando que terminara aquella situación y dejar al muchacho libre. El sentimiento de ser el culpable de su terror le dolía tanto como la desaparición de Chen Jie, y ninguno de aquellos niños tenía culpa de nada.

Cumplido el tiempo prometido, Ángel miró a Mavi.

—Voy a buscarlo y quiero que tú te alejes de aquí.

—¿Qué? No.

—Mavi...

—No voy a marcharme.

—No me lo pongas más difícil. No permitiré que vuelvan a hacerte daño. Esos tipos son muy peligrosos y, si nos descubren, no querrán dejar testigos. Cuando me haya alejado, arranca y vete de aquí.

—No, no, no... —Negaba también con la cabeza, con el corazón a punto de salirse por la boca—. Os esperaré.

—No. Tienes que irte. No quiero que permanezcas aquí ni un segundo más.

—No me voy...

—¡Escúchame! —le ordenó—. No seas testaruda, pelirroja. Has estado a punto de morir esta noche. No voy a dejar que vuelvan a intentarlo, ¿me oyes?

—Llama a la policía.

—Ahora lo haré. Venga, sal del coche. —Ambos se encontraron fuera, junto a la puerta del conductor. Ángel sacó la llave del contacto y cerró las puertas con la llave por si al chico se le ocurría escapar—. Voy a darle algo más de tiempo a Gang. Si oyen las sirenas, esto puede convertirse en un desastre.

—Si entras ahí, no saldrás con vida. —Un doloroso nudo que le impedía hablar se apoderó de su garganta.

—Es posible —le acarició el pelo—, pero mi amigo está ahí dentro. Tengo

que ir.

—Esperemos a que venga la policía. —Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ya no hay más tiempo. En cuanto me aleje, arranca y vete. —Posó sus labios sobre los de ella y la besó con fuerza.

Le abrió la puerta y le hizo sentarse en el asiento del conductor. Él mismo introdujo la llave en el contacto. Desde fuera, a través de la ventanilla abierta, Ángel le acarició la mejilla. Mavi cogió su mano y la besó. No quería que se alejara, no quería que entrase allí, no quería que le hicieran daño, pero nada de lo que dijera lo haría cambiar de opinión. Ángel le guiñó un ojo y se alejó, desapareciendo en la oscuridad.

Miró hacia atrás; el chiquillo permanecía inmóvil, mirándola expectante, todavía con el cinturón puesto. Tenía que hacer lo que Ángel le había pedido, tenía que alejarse. Tomó aire buscando mentalmente otra salida, otra forma para ayudarlos. Miró a lo lejos, a la oscuridad en la que se acababa de adentrar Ángel. No sabía qué hacer. Se aferró al volante, pensando la manera de actuar. Miró a su alrededor y vio a su izquierda las aguas negras del río y, en la otra orilla, algunas luces rojas que señalaban las altas edificaciones industriales de las que salían unas espesas columnas de humo blanco. Cogió la llave puesta en el contacto y, cuando estaba a punto de girarla, el cañón de una pistola se posó con suavidad en su sien. La respiración se le cortó. Giró unos milímetros la cabeza, lo suficiente como para ver al hombre que sujetaba el arma. Era un oriental joven y delgado. Éste abrió la puerta del vehículo e hizo un gesto con la pistola para que saliera del coche. Instintivamente, Mavi levantó los brazos y salió. El hombre echó una rápida mirada al interior del vehículo sin dejar de apuntarla. El niño observaba la escena sin pestañear. El joven avanzó unos pasos hacia Mavi, los mismos que ella retrocedió, y le preguntó algo en su idioma en un tono seco.

—No te entiendo —sollozó Mavi. Los brazos alzados le temblaban, al igual que las piernas. Sudaba. El corazón le latía a mil por hora.

El joven volvió a hablarle en su idioma. Ella negó con la cabeza. No podía entenderlo, pero estaba segura de que le estaba preguntando quién era y qué hacía allí. Él volvió a acercarse unos pasos. Ella retrocedió todavía más. Entonces su espalda tocó algo frío y duro. Giró un poco la cabeza y se dio cuenta

de que era un contenedor amarillo. Él sonrió. Alzó la pistola, apuntándola. Mavi cerró los ojos. Ya sólo esperaba sentir el disparo y después el dolor. Pasaron unos segundos eternos, hasta que lo oyó. Primero el disparo y después un golpe que la hizo caer al suelo. Oyó un gemido. Abrió los ojos, aturdida. Tumbado junto a ella estaba Ángel, quien acababa de recibir el impacto de bala.

—¡Noooo! —gritó ella, cogiéndole la cara.

Ángel abrió los ojos de golpe y se llevó una mano al costado. La sangre empezó a empaparle la camiseta. El hombre de la pistola se acercó a ellos, apuntándolos. Sonreía mientras movía el arma de él a ella, intermitentemente. Se detuvo en Ángel.

—¡No, no, no! —gritó Mavi.

Los ojos verdes de Ángel la miraron con una disculpa. Mavi se abrazó a él y éste intentó apartarla sin apenas fuerzas.

—Aléjate —le rogó—, tal vez tengas una oportunidad. —Mavi lo ayudó a apretar la herida por la que manaba una gran cantidad de sangre, pues fluía a borbones. Enseguida su mano se tiñó de rojo.

El joven con el arma se acercó a ellos. Parecía divertirse apuntándolos simultáneamente.

—¡Cabrón! —le gritó Mavi, escupiéndole. El tipo detuvo el arma en su cabeza.

—No lo hagas —le pidió Ángel en chino. El chico se sorprendió al oír hablar a un occidental en su idioma, lo cual le distrajo lo suficiente como para no ver aparecer de la oscuridad a Gang, quien, con todas sus fuerzas, le dio una patada al arma, haciéndola volar por los aires. Desprevenido, el chico no tuvo tiempo de girarse para saber qué pasaba cuando Gang lo redujo en el suelo.

Las sirenas empezaron a oírse a lo lejos.

—Aguanta, Ángel, ya vienen. —Las lágrimas humedecieron sus mejillas—. Aguanta, por favor.

—Ey, pelirroja, tranquila. Todo está bien —susurró con una sonrisa.

Mavi se dio cuenta de que sudaba en exceso y que los labios se le estaban volviendo morados.

Las luces azuladas y rojas brillaron en la noche con destellos intermitentes y

el sonido de las sirenas empezó a acercarse cada vez más a ellos.

La sangre manaba a borbotones de la herida de Ángel.

—Ya están aquí, Ángel, ya están aquí. Sólo tienes que aguantar un poco más.

—Mírame —le pidió en un aliento de voz, sintiendo cómo la vida se le escapaba. Mavi pegó su cara a la de él, sujetándole la cabeza, apoyada en su regazo, mientras que con la otra mano seguía ejerciendo presión sobre la herida—. Mírame, quiero que tus ojos azules sean lo último que vea.

—No digas eso —sollozó angustiada, besándolo suavemente, como si intentara retener con sus labios la vida que se le escapaba. Entonces, Ángel empezó a respirar de forma acelerada.

Numerosos coches de policía y ambulancias comenzaron a llegar al lugar.

Ángel empezó a convulsionar.

—No, no, no, no —chillo Mavi, meciéndolo en su regazo—. Vamos, despierta, por favor.

Gang dejó que la policía se hiciera cargo del joven que tenía reducido en el suelo, cogió a Chen Jie, que permanecía junto al coche, inmóvil, y corrió hasta donde estaba su amigo tendido en el suelo, a quien los sanitarios estaban intentando reanimar.

Mavi se abrazó a él y a Chen Jie, llorando desesperada. Sin perder más tiempo, lo subieron a una camilla y lo introdujeron en la ambulancia, que salió disparada en dirección al hospital más próximo.

Subieron al coche y Gang colocó a Chen Jie en el regazo de Mavi, quien lo abrazó con fuerza. Entonces se acordó del chaval y miró hacia el asiento trasero, ya no estaba.

Capítulo 29

Durante horas, esperaron en el pasillo noticias de Ángel, quien continuaba en el quirófano. Mavi rezaba, con el corazón en un puño, y cada vez que cerraba los ojos veía las manos de Ángel y las suyas cubiertas de sangre. Le había salvado la vida dos veces aquella noche. Tenía que sobrevivir. Aquel maldito vanidoso del que se estaba enamorando debía vivir. Se puso en pie por décima vez y caminó por el corredor. Se mordió las uñas, enredó un mechón de pelo en el dedo hasta casi hacerse un nudo y cruzó los brazos sobre su estómago, intentando apaciguar los nervios que retorcían sus entrañas.

Gang la veía deambular por el largo pasillo, pero no le decía nada. Él también estaba muerto de miedo y aferraba a su hijo, que dormía profundamente, a su pecho. De madrugada, las puertas del quirófano se abrieron y un médico salió. Gang se dirigió a él y hablaron en su idioma. Mavi tuvo que interpretar los gestos de ambos, aunque no logró deducir qué ocurría.

—¿Cómo está? —preguntó cuando el médico entró de nuevo.

—La bala salir por espalda. No tocar columna vertebral. Tener mucha suerte, pero estar en peligro todavía. Perder mucha sangre.

—¿Podemos verlo?

—No. Si superar esta noche, haber esperanzas. Doctor decir mañana. Volver a casa a descansar. Nada más poder hacer aquí. —Le puso una mano en el hombro.

—No me voy a ningún sitio, Gang. Tú vuelve con Chen Jie —le acarició la cabecita, apoyada en el hombro de su padre—, tiene que estar agotado.

Cada vez que miraba el móvil se daba cuenta de que no había pasado siquiera una hora desde que lo había hecho la vez anterior. El olor a desinfectante le

provocó dolor de cabeza y la luz blanquecina de los fluorescentes del techo entumeció su alma con una desagradable desesperanza. Algunas enfermeras empezaron a recorrer los pasillos y la actividad en el hospital se animó en cuanto en sol apareció a través de una de las ventanas situadas al fondo del corredor. Mavi pasó la noche rezando porque nadie entrara corriendo en la sala donde permanecía Ángel. El sueño la venció un par de veces y, el resto del tiempo, aguantó despierta tomando cafés de una máquina situada junto al ascensor. Se sentía tan agotada que a ratos pensaba que estaba sumergida en una pesadilla. En los momentos de lucidez se acordó de su abuela y las lágrimas bañaron sus mejillas, logrando desahogar un poco el nudo de angustia que tenía anclado en el estómago. Rezó por Ángel todas las oraciones que pudo inventarse. Le suplicó a Dios que le diera una oportunidad. Recordó la intensa noche de amor y sexo que pasaron juntos, sus besos, sus caricias y la forma en que se sintió amada por él.

Gang le llevó un vestido de su madre y les pidió a unas enfermeras que la dejaran ducharse en una de las habitaciones. Accedieron y Mavi se sintió renacer cuando el agua caliente recorrió su cuerpo. Comió un poco de arroz que Suri le había preparado y pudo recuperar algo de energía. A última hora de la tarde, Gang habló con el médico y éste le dijo que Ángel había superado las horas más críticas y que por fin se encontraba fuera de peligro. Los autorizó a verlo sólo unos minutos. Encima del vestido tuvo que ponerse una bata desechable, gorro y una mascarilla. Tendido en la cama, Ángel permanecía lleno de cables de indicadores de sus constantes vitales y de sondas. Tenía el tórax desnudo y el abdomen cubierto de apósitos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al verlo. Se acercó a él, que permanecía con los ojos cerrados. Le acarició el brazo suavemente y entonces Ángel abrió los ojos y la miró. Mavi sintió un gran alivio al ver sus ojos verdes llenos de vida. Él la contempló, observándola de arriba abajo, y ella se pasó las manos por la bata. Ángel sonrió levemente y, al hacerlo, hizo una mueca de dolor.

—Eso te pasa por intentar burlarte de mí. Parezco recién salida de una secta, lo sé.

—No, qué va —musitó con un hilo de voz, con un gesto de dolor permanente en el pálido rostro—, la bata te sienta muy bien. No es un Carolina Herrera, pero

tiene su encanto.

Lo besó con cuidado en los labios, en la frente y en la nariz, inmensamente feliz porque hubiera sobrevivido.

—Ey, nena... menudo recibimiento. —Apenas si podía pronunciar las palabras. Respirar era un acto doloroso, pero intentó mostrarse tranquilo—. Creo que voy a dejar que me disparen más veces.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó sentándose al borde de la cama.

—Como si me hubiera pasado un tren por encima, y tú no tienes mucha mejor pinta que yo —dijo con esfuerzo—. ¿Has estado todo el tiempo aquí? —Ella asintió—. Ahora me siento todavía peor.

—No tienes por qué. No me iba a ir a ninguna parte tal y como estabas. Pensé que no sobrevivirías.

—Yo tampoco. ¿Qué ha pasado con el secuestrador?

—Gang me ha dicho que la policía interceptó a los secuestradores cuando estaban a punto de llevarse a los niños a otro sitio. Había más de treinta menores, entre niños y adolescentes. Unas diez personas fueron detenidas. La casa del secuestrador de Chen Jie fue registrada, pero no encontraron ni rastro de él ni de su hijo.

—Una banda menos en circulación —comentó Ángel, apretando los dientes.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

—Estar aquí.

El teléfono móvil de Mavi empezó a sonar dentro del bolso. Palideció al instante. Hacía unas horas le había enviado un mensaje a Marcos diciéndole que se retrasaría en la llegada a Barcelona y él no le había contestado. Después de la visión de su abuela el día anterior cuando estuvo a punto de morir, quería seguir pensando que era una alucinación provocada por el miedo, pero su corazón le decía que ella estaba muerta.

Contestó a la llamada con un débil «hola». La voz de Marcos al otro lado respondió en un tono suave.

—Cariño, lo siento. Andrea nos ha dejado.

Mavi cerró los ojos con fuerza.

—¿Cuándo? —preguntó—. ¿Cuándo ha fallecido?

—Sobre medianoche.

—Vale... —Su voz se entrecortó—. ¿Ha sufrido?

—No, cielo, no ha sufrido. Estaba inconsciente desde que sufrió el infarto. Simplemente se ha ido apagando. Tengo ganas de que vuelvas, cariño. Tengo ganas de que estés aquí, a mi lado. Te echo de menos, no sabes cuánto.

—Yo también te echo de menos. —No pudo evitar mirar a Ángel, quien apartó la vista.

—Tengo que colgar. Te llamo en un rato —murmuró antes de que la voz se le quebrara.

Un cúmulo de emociones se mezcló en su cabeza y en su corazón e, incapaz de decir nada más, cortó la comunicación.

—Mi abuela ha fallecido.

—Lo siento mucho. Has sido muy valiente, Mavi. Sé que tu abuela estaría orgullosa.

—Tengo que volver.

—Claro. —Le cogió las manos y las apretó con debilidad—. Tengo que confesarte que, cuando te conocí, no te soportaba. Me pareciste frívola y superficial, pero he visto tu valentía, jugándote la vida por un niño al que apenas conocías. —Se calló, roto de dolor, y cogió aire—. Y cuando escupiste a aquel tío con la pistola... —Ángel hizo una mueca con los labios—. Tú... has tocado mi corazón, éste —dijo señalándose el pecho con el dedo— al que he querido olvidar en un rincón.

—No me arrepiento de haberme bajado del autobús.

—Casi mueres.

—Pero tú me salvaste, dos veces, y encontramos a Chen Jie y a los otros niños. —Sonrió con un gesto de amargura—. Mi abuela lo entendería. Sé que lo haría —sollozó.

—Mavi, ¿qué voy a hacer ahora sin ti?

—¿Sin mí? Estoy aquí. No me he ido a ninguna parte.

—Pero te irás, volverás a tu vida, con tu marido.

—No creo que pueda volver con mi marido como si nada hubiera pasado, Ángel. He sentido cosas contigo que no creo haberlas sentido con él. Supongo

que mi amiga Carla tiene razón y es hora de tomar las riendas de mi vida.

—¿Vas a dejarlo?

—Voy a hablar con él. Voy a decirle que ya no estoy enamorada. Creo que eso es motivo suficiente para no seguir con el matrimonio, al menos para mí. Y, tú, ¿qué vas a hacer?

—¿Yo? —preguntó Ángel, arrugando la frente.

—Sí, tú. ¿Vas a darte una oportunidad?

—¿Te refieres a volver a enamorarme?

—Sí.

—Ya lo estoy, Mavi.

Ella sonrió, le cogió la mano, grande y fuerte, y le besó el dorso.

—Yo también. —Se inclinó y lo besó en los labios. Ángel soltó un quejido.

—Perdona —se disculpó ella.

—Tranquila.

—Me marcho para que entre Gang y luego puedas descansar un poco.

—¿Vuelves a Barcelona?

—Sí. Quiero asistir al funeral de mi abuela.

—Claro.

Mavi se volvió a inclinar para besarlo y Ángel le sujetó la cara y la miró, dubitativo, unos segundos.

—¿Qué ocurre? —planteó ante la indecisión de él.

—Tengo que decirte algo. —Se humedeció los labios, que se le habían vuelto a secar. Intentó incorporarse un poco en la cama, pero el dolor se lo impidió.

—¿Qué haces? No te muevas.

—Escúchame, Mavi, tengo que contarte algo, a pesar de que me aterra tu reacción... pero quiero que lo sepas por mí.

—¿El qué?

La herida le palpitaba. Parecía que cada minuto que pasaba el dolor se intensificaba. Aspiró, intentando reunir fuerzas.

—Tu viaje a China tenía un propósito.

—Sí, claro: hacerle esa estúpida entrevista a Bao...

—Bao no existe, Mavi. Todo fue una invención de Rogelio para traerte a

China y alejarte de Barcelona un tiempo. —Ella abrió los ojos, totalmente atónita—. Creo que fue idea de tu hermano y de tu madre, no sé mucho más. Lo siento.

Se mantuvo en silencio mientras su mente buscaba alguna lógica a las palabras que Ángel acababa de pronunciar. Escudriñó su rostro intentando encontrar una señal, una mueca que le hiciera intuir que se lo acababa de inventar, que había perdido tanta sangre que no sabía lo que decía, pero él no cambió de expresión.

—Entonces, el accidente de Sara...

—Mentira también. Rogelio quería que fuera yo tu compañero en el viaje. Debía retenerte aquí el máximo tiempo posible.

—¿Debías retenerme aquí? —repitió a modo de pregunta. Se levantó y caminó por la habitación, aturdida—. ¿Así que seducirme también formaba parte del plan?

—No, por supuesto que no. Todo lo que ha pasado entre nosotros ha sido real.

Entrelazó las manos detrás de la nuca, pensativa e incrédula. Miró al techo y sonrió con ironía.

—Me siento tan estúpida... tan estúpida y avergonzada. Marcos tenía razón. —murmuró—. Qué estúpida soy, pero qué estúpida...

—No, no lo eres. ¿Cómo ibas a saberlo?

—Tal vez preguntándome por qué me ofrecían un trabajo así nada más llegar —soltó con rabia.

—De veras que siento haber participado en esto, aunque sólo en parte.

Se sentó junto a él y le puso una mano en el brazo.

—Al menos te habrán pagado bien, ¿no? —Su tono de voz se tornó duro y la expresión de su rostro se ensombreció—. Porque has hecho muy bien tu trabajo y, además, supongo que la asignación se incrementaba si te acostabas conmigo.

—No hables así, te equivocas.

—Espera —dijo abriendo su bolso, que estaba a los pies de Ángel. Extrajo el billetero y sacó unos cuantos billetes, que lanzó sobre el abdomen de él.

—Esto es por si consideras que Rogelio no te ha pagado suficientemente bien. Aquí tienes. Es justo que los trabajos se abonen adecuadamente. —Se puso en

pie, se colgó el bolso al hombro y se dirigió a la puerta.

— Mavi, por favor...

—No vuelvas a acercarte a mí. —El nudo en la garganta amenazaba con explotar, pero quería contenerse por todos los medios—. No quiero ni que me mires. —Lo señaló con el dedo, llena de rabia.

—Mavi, espera, escúchame... —Alargó el brazo para intentar tocarla, pero no pudo más que gemir de dolor. Mavi se detuvo en el quicio de la puerta—. Lo siento profundamente. Soy culpable de aceptar la propuesta de Rogelio porque necesitaba el dinero —dijo con desesperación—... y porque eras odiosa e insoportable, pero lo que ha habido entre nosotros ha sido real.

—No ha habido nada entre nosotros más que un polvo.

—No digas eso. Sabes que eso no es cierto. Has dicho que estás enamorada de mí.

—Casi me matan y mi abuela acaba de fallecer. No estoy bien emocionalmente y he debido de confundir el enamoramiento con el agradecimiento por haberme salvado la vida.

—Eso no es verdad y lo sabes.

—Tú no sabes nada de mí.

—Mavi, Mavi, Mavi... ven, por favor, acércate —le pidió extendiendo un brazo mientras el dolor lo partía en dos.

Ella le sostuvo la mirada unos segundos. La rabia había invadido su mente y su corazón por completo. Se giró y salió por la puerta. La voz de Ángel gritando su nombre se perdió definitivamente cuando se alejó por el pasillo.

Capítulo 30

Contuvo las lágrimas todo lo que pudo, pero, en cuanto salió por la puerta principal, explotó en un llanto incontrolable. Se sentía tan inmensamente triste y engañada, tan dolida por la traición de Ángel, que no creía poder soportar aquel dolor que le partía el corazón en pedazos. Caminó unos pasos hasta alejarse de la entrada, ocultándose tras unos arbustos. No se encontró con Gang en el corredor y lo agradeció. Tenía que calmarse como fuera, recomponerse y volver a casa lo antes posible para asistir al funeral de Andrea.

Gang la acompañó al aeropuerto de Guilin aquella noche. Encontró un vuelo con escalas, pues antes tenía que hacer escala en Shanghái y, desde allí, volar al aeropuerto londinense de Heathrow y, de allí, finalmente a Barcelona; tenía por delante más de veinticinco largas horas de viaje.

Marcos la esperaba en el aeropuerto y la abrazó con fuerza nada más verla aparecer. Fue un abrazo tierno y cargado de cariño que la hizo sentir culpable, aunque el agotamiento no le dejó pensar demasiado en lo que sentía en aquel momento, sólo deseaba meterse en la cama y dormir tres días seguidos.

—¿Cómo estás? —Le cogió la cara entre las manos y la miró a los ojos llorosos.

—Bien, mal, muy cansada. Quiero ir a casa, ver a María y dormir.

Marcos asintió, le rodeó los hombros y ella apoyó la cabeza en su pecho.

—Iremos a recoger tu maleta.

—No tengo maleta.

—¿La has olvidado?

—No, la perdí. Es una larga historia.

—Está bien, ya me la contarás en otro momento. Venga, vamos.

Durante el trayecto en coche, ninguno emitió una palabra. Marcos la miraba de vez en cuando de reojo, intentando descubrir qué había de diferente en su mujer. Desde que la recibiera en la terminal, antes incluso de tocarla, se había dado cuenta de que algo había cambiado en ella. Enseguida pensó que seguramente era la muerte de su abuela, a la que estaba muy unida, lo que le hacía parecer distinta, aunque eso no explicaba que caminara con más aplomo, ni que sus hombros estuvieran más erguidos, ni tampoco aquella luminosidad que desprendían sus ojos. Mavi estaba diferente y, aunque se había percatado de que era para mejor, lo corroía una especie de irritación por no ser él el motivo de ese cambio y, aunque en el fondo no le importara, los últimos rescoldos de un marido cariñoso y atento todavía rozaban su corazón.

Prefirió esperar a que pasara el funeral para encararse con su hermano y con su madre; estaba deseosa por saber cuáles habían sido los motivos para querer enviarla lejos y montar aquella farsa del trabajo. En cuanto apareció en el salón de casa de sus padres, donde Enrique y sus progenitores esperaban vestidos de riguroso luto, la realidad de la muerte de su abuela le cayó encima como un muro de hormigón. El único que se dio cuenta del estado de tristeza que se acababa de apoderar de ella fue su padre, quien se apresuró a abrazarla. Allí, sobre su chaqueta negra, lloró desconsoladamente hasta que el timbre de la puerta la sacó del aturdimiento.

—Venga, ya está bien, Mavi, no montes una escena. Haz el favor de controlarte. Seguramente es el abogado con las últimas voluntades de la abuela. —La voz de Beatriz sonó más densa y fría que nunca a unos centímetros de ella.

Un chico de unos veinticinco años, ataviado con unos tejanos y una camisa informal de cuadros, se acercó a ellos portando una mochila colgada al hombro.

—Me llamo Ricardo López y soy el abogado de la señora Andrea García. — Le tendió la mano a cada uno y Beatriz lo miró con desconfianza, pensando que aquel muchacho tan joven no tenía pinta de abogado.

—¿Mi madre lo contrató? —preguntó con recelo—. ¿En qué bufete trabaja?

—En ninguno. Trabajo por mi cuenta. —Miró a Mavi con una sonrisa sincera—. Tú debes de ser Mavi. Tu abuela me hablaba mucho de ti. —Ella asintió con la cabeza y los ojos llenos de lágrimas—. Se sentía orgullosa. Era fácil de ver, porque su mirada se iluminaba cuando te mencionaba.

—Bueno, basta de palabrería sensiblera. Vayamos al tema por el que se ha desplazado hasta aquí. Aunque no entiendo estas prisas con el testamento. —Beatriz le indicó con la mano que pasara al despacho contiguo al salón.

—Deseos de Andrea. Sus razones tenía —contestó el joven.

Una mesa circular de nogal presidía la estancia y dos enormes estanterías, llenas de libros, que llegaban hasta el techo se imponían como gigantes de madera lacada. Aquel era el refugio de Francisco, al que huía cada vez que Beatriz lo asfixiaba con sus exigencias, chismorreos y quejas.

Tomaron asiento alrededor de la mesa y, con determinación, el abogado abrió su mochila, extrajo una carpeta y sacó unos cuantos papeles.

—Aquí tengo el testamento y las últimas voluntades de la señora Andrea García Cubero.

Todos escucharon con atención la rutinaria descripción de quién era la persona y, acto seguido, el abogado se dispuso a leer las últimas voluntades.

—Deseo ser incinerada...

—Pero ¿qué barbaridad es ésa? —lo interrumpió Beatriz, alzándose de la silla—. No consentiré semejante barbarie.

—Señora, es la voluntad de su difunta madre. ¿No le había hablado nunca de su deseo de ser incinerada?

—Mi anciana madre desvariaba últimamente.

—Eso es mentira. —Mavi la miró con rabia—. La abuela estaba más lúcida que tú.

—Por favor, Mavi, mamá... —Enrique las miró a ambas—... dejemos terminar al señor...

—Ricardo, Ricardo López.

—Eso, dejémosle terminar —añadió Francisco, que aguantaba con fingida atención la lectura del testamento de su suegra, una mujer que pasó por su vida sin más importancia que la que podría tener el conserje de su clínica.

—Como iba diciendo —prosiguió Ricardo—, Andrea deseaba ser incinerada y que sus cenizas fueran esparcidas en un lugar en concreto... —Alzó la vista y miró directamente a Beatriz, quien frunció el ceño, expectante—. En el parque de Cervantes.

—¿Qué estupidez está diciendo, señor López? —pronunció Beatriz con desprecio—. ¿Acaso pretende que me desprenda de las cenizas de mi madre en un lugar donde animales salvajes hacen sus necesidades?

—Es lo que ella deseaba.

—¿Por qué iba la abuela a querer que esparciéramos sus cenizas en ese sitio? —Enrique miró a su madre—. ¿Tienes alguna idea?

Mavi sonrió para sí.

—Hijo, no tengo ni idea, pero, tranquilo, eso no va a ocurrir. Prosiga —le indicó Beatriz al abogado.

—Haremos lo que la abuela deseaba, mamá. Ni tú ni nadie tiene derecho a incumplir su deseo.

—Bobadas. No permitiré que los restos de mi madre sirvan de abono a las plantas.

—Permítanme continuar —las interrumpió Ricardo, paciente, recordando cómo Andrea le había advertido sobre la soberbia de su única hija—. A continuación leeré una carta que la señora Andrea dejó preparada para cuando llegara este momento.

—¿Cuándo la escribió? —preguntó Mavi.

—Hace escasamente un mes.

Mavi tragó saliva; su abuela sabía que el final estaba cercano y, aun así, no le dijo nada y la animó para que viajara a China.

—Empiezo...

»Beatriz, Francisco, Enrique y mi querida Mavi, para aquellos que lloréis por mí, os pido que estéis contentos, porque seguramente yo me sentiré aliviada de esta vida que últimamente me resultaba ardua y pesada. Hace tiempo que tengo cáncer, aunque no os he dicho nada y le prohibí tajantemente a mi médico que lo supiera nadie más que nosotros dos. El día a día se me hace cuesta arriba y, como sé lo que me espera al final de la escalada, pido a Dios, o a quien sea que

tenga poder sobre mí, que se apiade de mi ser y ponga fin a esta vida en la que ya hice todo lo que tenía que hacer.

»Dejo mi casa a mi nieta Mavi, ésta será un refugio para cuando la necesites, así como mis pocos ahorros, que podrán ser una pequeña ayuda para pasar el bache. A ti, Enrique, nada tengo de valor que dejarte; sé que lo entenderás y estarás contento por tu hermana. Tú eres un hombre bien posicionado que no necesita la vieja casa de una anciana y tampoco la calderilla que supondría para ti mi pequeña libreta de ahorros. A mi hija Beatriz y a mi yerno Francisco, mi amor eterno.

Ricardo decidió callar un rato, para que tuvieran tiempo de asimilar lo que la carta decía.

Enrique miró a su madre con una sonrisa ladeada; le era indiferente, no necesitaba nada de su abuela, pues nada poseía que él pudiera anhelar.

—Bien, no esperaba otra cosa. —Beatriz se levantó y miró al abogado—. ¿Algo más? Tengo que ir a enterrar a mi madre en el nicho que he pagado para ella.

—Es todo —contestó el abogado.

—Bien, vámonos al funeral. —Beatriz se levantó con energía, inclinó la cabeza en dirección al abogado a modo de saludo y salió de la habitación. Francisco y Enrique se despidieron de él con un apretón de manos y Mavi se quedó allí, inmóvil en la silla, con la mirada perdida.

—Tengo algo para ti. Es una carta que me dejó Andrea.

Ella la cogió, sorprendida.

—Mavi —Ricardo se inclinó hacia delante, fijando toda su atención en ella—, tu abuela me pidió que hicieras todo lo posible por cumplir con su deseo de ser incinerada y esparcir las cenizas en el lugar que indicó. Me dejó claro que sólo podía confiar en ti para que así fuera. También me dijo que en esa carta tienes instrucciones. —Mavi asintió—. ¿Qué vas a hacer para impedir que la entierren en ese nicho?

—No tengo ni idea. Mi madre ya lo ha dispuesto todo.

—Inténtalo.

—Lo haré. Gracias.

Después de dos horas en el tanatorio, le propuso a su padre dar un paseo por los alrededores; necesitaba despejar un poco la mente tras tantas visitas para recibir el pésame. Él accedió y, en cuanto estuvieron fuera, aprovechó para pedirle que la ayudara a cumplir con el deseo de su abuela.

—No puedo hacer nada contra la voluntad de tu madre, ya la conoces.

—Por favor, papá, échame una mano. Sé que, si tú te impones, lo puedes lograr. Mamá no puede salirse siempre con la suya.

—Mavi —suspiró, realmente cansado—, me agota discutir con tu madre. Ella es tan... tenaz cuando se propone algo.

—Te prometo, papá, que, si me ayudas, me encargaré personalmente de realizar tus deseos cuando llegue tu hora.

—Oh, vaya, hija... no sé si alegrarme por ello —soltó sorprendido.

—Supongo que, allá donde sea que vayamos, te alegrará saber que tu hija ha hecho todo lo posible porque Marina, tu secretaria, no se sienta excluida.

Francisco la miró de reojo y una sonrisa nerviosa delató su inquietud.

—Bueno, supongo que mis antiguos empleados tendrán a bien venir al funeral del que durante muchos años fue su jefe.

—Claro, papá, pero Marina se merecerá un lugar destacado, aunque dudo de que mamá esté dispuesta a que tu amante asome siquiera la nariz por allí. —Él se detuvo, asombrado.

—Mavi, yo...

—No tienes que justificarte conmigo, papá. Si algo tuviera que reprocharte sería que no hayas tenido el valor para dejar a mamá y vivir con Marina después de tantos años.

—Es complicado. Marina nunca ha querido dejar a su marido; dice que lo quiere, que es un buen hombre y que se moriría si lo abandonara.

—Oh, papá...

—Estoy acostumbrado. —Se encogió de hombros—. La vida tienes que tomarla como viene.

—¿Me ayudarás, por favor?

Él la miró con ternura.

—Lo intentaré, cariño. —Le enmarcó la cara con las manos—. Supongo que

encontraré algo con lo que poder chantajearla.

Ella lo abrazó, apretó la cara contra su pecho y aspiró el aroma tan familiar de su padre, que la transportaba a su infancia, a los mimos, besos y abrazos a los que su progenitor la tenía acostumbrada y, por unos instantes, sintió la seguridad de antaño y eso la reconfortó.

El entierro se suspendió a escasas dos horas de realizarse éste. La discusión no duró más de media hora, en cuanto Francisco le dejó claro que, si no respetaba y llevaba a cabo el deseo de Andrea, no participaría en la subasta anual para recaudar fondos para una institución benéfica de Barcelona, de carácter religioso, que da cobijo y ofrece cuidados a personas con necesidades especiales, que Beatriz organizaba. Ésta accedió de inmediato. Sería la comidilla de sus amistades si cambiaba esa adorable rutina, y no podía permitirse no encabezar un año más las revistas de cotilleo al ser una de las organizadoras más populares.

Mavi se llevó a casa de Andrea la urna con sus cenizas y la depositó sobre la mesa de la cocina. Se sentó a solas en aquella habitación donde tantos buenos ratos habían pasado juntas, abrió el bolso, extrajo la carta que el abogado le había entregado y el diario y lo dejó todo junto a la urna.

—Abuela, son demasiadas emociones para mí. —Hizo un esfuerzo por contener el nudo que amenazaba con explotar en su garganta y algunas lágrimas resbalaron por su mejilla—. Te prometo que te llevaré al lugar que deseas y que esparciré tus cenizas allí, aunque tendrás que darme algo de tiempo. —Acarició el sobre y el diario con los dedos—. Abriré la carta y terminaré de leer el diario, te lo prometo.

El móvil sonó dentro de su bolso. El corazón le dio un vuelco cuando vio el nombre de Ángel en la pantalla. Lo dejó sonar, atónita, descolocada ante la sorpresa de la llamada, que seguía insistiendo una y otra vez. Deseaba desesperadamente hablar con él, oír su voz. El recuerdo la torturaba cada día y en ese instante tenía la oportunidad de sosegar aquella ansiedad, pero no iba a descolgar. Él no se merecía nada de ella. Sólo era alguien que la había engañado y no debía otorgarle más importancia, aunque le hubiera salvado la vida dos veces, una poniendo incluso la suya en peligro. Seguramente cualquier otro

habría hecho lo mismo, pensó para convencerse. No, no tenían nada de que hablar.

La llamada se cortó.

Capítulo 31

Varias veces intentó encontrar el momento perfecto para hablar con su hermano y con su madre; necesitaba una explicación, aunque en el fondo podía imaginarse las razones por las que querían que estuviera lejos durante un tiempo. No tuvo que pensar cómo hacerlo, porque aquella misma mañana, Carmen, su cuñada, la llamó por teléfono para invitarla a comer con ella y con su madre. Tenía una importante noticia que darles, así que esperó a Carmen en el portal y subió a su precioso Jaguar blanco cuando se detuvo delante de ella.

—Hola, querida cuñada. —Carmen le dio dos besos, mostrando una enorme sonrisa—. ¿Qué tal por China?

—Bien —se limitó a decir, observándola de reojo—. ¿Qué tal mi hermano?

—Preocupado y enfadado porque no te has puesto en contacto con él después del funeral a pesar de que, según me ha dicho, te ha llamado un montón de veces.

—Sí, puede ser.

—¿Estás bien?

—Claro, genial.

—Ahora pasaremos a recoger a tu madre.

—¿Es necesario?

Carmen la miró con una mueca.

—Venga, sólo es un almuerzo, seguro que podrás soportarlo.

Mavi resopló.

—Lo hago por ti, aunque así aprovecharé la ocasión para decirle un par de cosas.

—Oh, oh... ¿no tendremos discusión familiar en el restaurante, verdad?

—No te preocupes, intentaré ser discreta.

Cuando Beatriz subió a la parte trasera del vehículo, saludó a su hija con un frío «hola» y comenzó a charlar animadamente con Carmen.

—Bien, querida, y... ¿cuál es la sorpresa? Me tienes en vilo.

—Hace tiempo que voy detrás de una obra de Dalí y por fin la he conseguido. La tengo colgada en el salón de casa y quiero enseñárosla.

—¿En serio? ¿Un Dalí? —Carmen asintió orgullosa—. Querida, me muero de ganas de verlo.

—Lo sé, Beatriz. Conozco tu fascinación por la pintura.

—¿De qué cuadro se trata?

—No lo revelaré. Quiero que sintáis la emoción de verlo delante de vosotras. Sólo os diré que es maravilloso.

—Es estupendo, Carmen —comentó Mavi, sin entusiasmo.

Carmen sabía que no debía estar en el apartamento a partir de la una y media. Esas horas le pertenecían exclusivamente a Enrique, pero había llegado el momento de poner fin a su matrimonio y todo estaba organizado. En cuanto metió la llave en la cerradura y giró el pomo, su corazón estalló de emoción y nervios. Esperaba que todo saliera como lo había planeado.

Caminaron hasta el salón para ver el cuadro que lucía colocado en la pared sobre el sofá, cuando Álvaro apareció desnudo proveniente del baño. No acertó más que a taparse sus partes con las manos y colocarse tras la mesa con la cara desencajada, pálido como si hubiera visto una aparición.

—¡Dios mío, Álvaro! —Beatriz giró la cabeza, incómoda—. ¿Qué demonios estás haciendo desnudo en el salón de mi hijo?

Álvaro abrió los labios y un débil quejido emergió de su garganta justo en el momento en el que Enrique, también desnudo, salió del dormitorio, llamándolo.

Beatriz soltó un chillido y Enrique alcanzó un cojín, que colocó delante de sus caderas.

—¡Oh, Dios santo, Enrique! —gritó Carmen, visiblemente afectada—. ¡No me lo puedo creer! ¡No es verdad! ¡Dime que no es verdad! —Se volvió hacia su suegra y se abrazó a ella, estallando en un llanto desesperado.

—¡Mamá! ¿Qué hacéis aquí?

—No, dime tú qué está haciendo Álvaro desnudo en tu salón... ¡No, no me lo digas!

Mavi miró a Álvaro con asombro, sin poder evitar una media sonrisa. Él bajó la cabeza, avergonzado.

—Verás, mamá...

—Ahora no quiero escuchar ni una palabra. —Beatriz cortó a su hijo mientras acariciaba la espalda de Carmen, quien no dejaba de llorar.

—No puedo ver esto —sollozaba—. No puedo verlo, Beatriz.

En ese instante, Francisco apareció en el salón. En cuanto vio a su hijo y a su admirado arquitecto, Álvaro, desnudos tras la mesa, miró a Mavi, quien, divertida ante aquella cómica escena, se encogió de hombros.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Beatriz a su marido.

—Mavi me dijo que ibais a comer al Ría de Vigo, porque sabe que es uno de mis restaurantes favoritos, y pensaba apuntarme. Entonces, hace un rato, me envió un wasap informándome de que hacíais una parada en casa de Enrique y, como estaba visitando a un cliente por esta zona, decidí acercarme.

Enrique puso los ojos en blanco. No soportaba la palabrería de su padre; siempre daba explicaciones demasiado largas y en aquellos instantes sólo deseaba salir corriendo de allí.

—Vaya, hijo, ¡menuda sorpresa! —Se rascó la coronilla, incómodo—. No tenía ni idea.

—Papá, no es el momento.

—Vayámonos y haremos como si esto nunca hubiera ocurrido. —Beatriz se encaminó hacia la puerta sin dejar de abrazar a una desconsolada Carmen, quien se regocijaba internamente por la suerte de tener allí también a Francisco.

—Esperad un segundo —intervino Mavi—. Creo que no hay mejor momento que éste para aclarar las cosas.

—¿Qué cosas? —Beatriz la miró enfurecida por retenerla en aquel lugar.

—La verdad. Toda la verdad de nuestra perfecta familia.

—Mavi, no es el momento.

—Claro que lo es, mamá. Enrique es gay y ¿qué? —Éste la miró, sorprendido—. Eres mi hermano y no me molesta ni me importa que seas homosexual. Sólo

me duele que no confiaras en mí para contármelo.

—He dicho que no es el momento, Mavi. No es el lugar de... —Beatriz se detuvo, buscando la palabra adecuada—... hablar de las imperfecciones de tu hermano.

Enrique bajó la cabeza, abatido por el comentario de su madre.

—¿Imperfecciones? ¡Venga ya!, eres increíble, mamá. Enrique es homosexual, pero sigue siendo la misma persona que cumple tus deseos abnegadamente para mantenerte contenta; el mismo que, más de una vez, te ha llevado a casa después de que en alguna fiesta te hayas pasado con la bebida; el mismo que recogía los vasos de whisky que ibas dejando por toda la casa antes de caer inconsciente en el sofá...

—¡No te consiento...!

—El mismo, mamá, con el que tramaste un plan para enviarme a China. —Beatriz y Enrique cruzaron las miradas—. ¿Por qué? ¿Cuál era el propósito de enviarme lejos de mi familia?

—Queríamos distanciarte al máximo de Marcos, para que te dieras cuenta de que no lo necesitas —contestó su madre, impasible.

—Lo siento, Mavi. Me dejé convencer por mamá de que era lo mejor para ti —intervino Enrique con una mueca.

—Que habéis hecho, ¿qué? —intervino Francisco, con el ceño fruncido.

—Me das pena, mamá. —Mavi la señaló con el dedo.

—Mavi, hija —intervino su padre—, no le hables así a tu madre.

—No me defiendas, Francisco, no lo necesito. —Lo miró apretando los dientes—. ¿Acaso piensas que tu padre ha sido mejor que yo? Él estaba demasiado ocupado entreteniendo a Marina, su secretaria. —Lo acusó con el dedo—. Vamos, querido, díselo. Todos esos años en los que yo me dedicaba a ocuparme de nuestros hijos para que tú triunfaras en tu carrera, siempre volvías a casa oliendo al perfume de otra mujer, ¿o es que tal vez crees que no me daba cuenta?

—¿Y por qué nunca dijiste nada, mamá? ¿Es que no tenías dignidad? —preguntó Mavi.

—Mi dignidad me mantuvo firme. Tenía dos niños pequeños y un marido que

debía conservar el éxito de una clínica de prestigio. Simplemente supe mantenerme en mi sitio, cumpliendo a la perfección el papel de esposa. —Miró a su marido, desafiante—. ¿Por qué no le preguntas a tu querido padre por qué me engañaba con otra mujer?

—¿Qué quieres que te diga, Beatriz? —Francisco inclinó la cabeza, lánguido y decepcionado—. Encontré fuera el calor que tú no me dabas.

—Oh, por favor... no te hagas la víctima.

—¿Podemos dejar esta discusión para otro momento, por favor? —Enrique llevaba puesta la americana gris que Álvaro había dejado sobre una silla y que le cubría justo por debajo de sus partes.

—Sí, será lo mejor. Carmen está destrozada —dijo Beatriz, acariciándole el hombro mientras ésta seguía sollozando.

—Mamá —Enrique miró a su mujer, quien evitaba mirarlo directamente a los ojos—, no te creas el papel de víctima de mi querida mujercita. Ella sabía perfectamente que estaba aquí en compañía.

Beatriz la miró frunciendo el ceño.

—No tenía ni idea, Beatriz. Te lo prometo.

—Deja el papelito de esposa indignada, no te va para nada, víbora. —Enrique dio unos pasos hasta situarse en el centro del salón—. Carmen se casó conmigo conociendo mi preferencia por los hombres. Nuestra unión matrimonial fue un pacto entre nosotros. Ella me ayudaría a guardar las apariencias a cambio de una vida de privilegios... pero, desde que Álvaro y yo retomamos nuestra relación, no ha soportado que un hombre como él no se decantara por ella.

—¿Retomar vuestra relación? —preguntó Beatriz, abanicándose con una mano. Se sentó en el sofá y respiró varias veces profundamente.

—¿Recuerdas cuando Álvaro venía a casa invitado por ti para que intentara cortejarme? —Mavi se sentó junto a su madre.

—Claro que sí. —Miró a Álvaro, quien alzó la vista al techo, sujetando un cojín sobre sus partes—. Y, que yo recuerde, estaba encantado de venir y pasar el día contigo.

—Pues ya vemos que no —replicó Mavi.

—Vale —dijo Beatriz. Se puso en pie y se acomodó el bolso—. Ya es

suficiente. Mañana es la cena de nuestro aniversario y espero que no faltéis ninguno. Tú, Álvaro, evidentemente no estás invitado. —Alzó la barbilla, agitó la melena y salió por la puerta.

Era la primera vez en más de treinta años que la tradicional cena de aniversario no se celebraba. Durante un mes, ninguno de los miembros de la familia tuvo contacto con otro, sólo Mavi fue a visitar a su padre a la clínica, acompañada por María. Sabía que sentía devoción por la pequeña y, además, nada tenía que reprocharle a él. Éste la informó del distanciamiento entre madre e hijo desde la discusión de aquel día en el piso de su hermano y de que ambos se mantenían inamovibles, cada uno en su postura. Le explicó también que se había atrevido a pedirle el divorcio, a lo cual ella se negó rotundamente, y que Carmen había abandonado la vivienda que compartía con Enrique y también su puesto de trabajo en el bufete, pero que, por lo visto, ya tenía casi en marcha su propio gabinete de consultoría inmobiliaria.

Carla la llamó por cuarta vez desde su vuelta de China, pero Mavi no estaba preparada para hablar de nada de lo que le había sucedido y decidió no contestar. La conversación en el funeral de su abuela fue muy escueta y Carla no quiso insistir al verla tan compungida, pero ya habían pasado varias semanas y le preocupaba que Mavi no la llamara, agobiada y desesperada, como tantas otras veces. Inquieta al no obtener respuesta, decidió ir a verla.

Mavi abrió la puerta vestida con unos vaqueros y una camisa; llevaba el pelo recogido en una coleta baja y el brillo de su cara, a pesar de no llevar maquillaje, la sorprendió.

—Vale, estás viva —refunfuñó Carla—. Entonces, puedo marcharme tranquila.

—Anda, pasa. Siento no haberte cogido el teléfono ni haber dado señales de vida, pero estaba ordenando mi cabeza y necesitaba alejarme de todo.

—Sí, ya lo sé. Tu hermano y tu madre me han llamado preocupados, el único que no lo ha hecho ha sido tu padre.

—Porque es el único al que hablo.

—¿Qué ha pasado? —planteó, entrando al interior del piso—. ¡Vaya! Qué ordenadito tienes todo esto comparado con la última vez.

—Me he deshecho de algunas cosas y ahora parece más grande.

—¿También te has deshecho de Marcos? —Le guiñó un ojo.

—Eres incorregible. Anda, siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—Coca-Cola *light*.

—Voy a buscarla.

—¿Y María?

—Abajo en el parque con mi padre —contestó antes de entrar en la cocina.

Carla la observó contoneando las caderas, un gesto natural de Mavi casi desde que era adolescente. Tenía que reconocer que el viaje le había sentado bien, porque estaba preciosa. Los ojos le brillaban, al igual que la piel, y el porte al moverse volvía a ser tan seguro como lo había sido años atrás. Salió con una bandeja en la que llevaba dos refrescos y una bolsa de patatas fritas, que depositó sobre la mesa.

—Y, esta vez, ¿por qué te has enfadado con tu hermano y con tu madre? Aunque estoy segura de que el motivo es el mismo; estos dos son como Bonnie y Clyde.

—Resulta que el viaje a China fue idea de ambos.

—¿Cómo?

—No era un trabajo real, sólo pretendían alejarme de Marcos para que me diera cuenta de que no lo quería.

—Y, ¿lo han conseguido?

—Vete a la porra, Carla.

—Vale, perdona, pero es que es... retorcido.

—Sí, lo sé. —Suspiró, con la mirada perdida en la ventana.

Carla la estudió unos instantes.

—Oye, ¿dónde estás?

—Aquí, ¿dónde quieres que esté?

—¿Qué pasó en China?

Mavi bebió un trago de su refresco.

—Nada.

—Mentirosa.

—Oye, no empieces con tus cavilaciones. —Cogió unas patatas e inconscientemente suspiró.

—Otro suspiro —comentó Carla agudizando la mirada. Mavi apartó la vista —. No pienso moverme de aquí hasta que me cuentes lo que ha pasado, porque no soy idiota, ¿sabes? Te conozco muy bien y sé que algo ha ocurrido.

Mavi le sostuvo la mirada. Sabía que Carla nunca se rendiría y, de una manera u otra, acabaría descubriéndolo.

—Conocí a un hombre...

—¡Me muero! —chilló Carla emocionada, dándole golpecitos con las manos en el brazo.

—Pero resulta que todo fue un montaje, como ya te he dicho, de mi madre y de mi hermano.

—Espera, eso no era lo que quería oír. Confiaba en que me dijeras que te hizo el amor apasionadamente y que vivisteis una aventura increíble.

—Sí, lo hizo y también me salvó la vida.

—¿Cómo? —Carla abrió los ojos como platos—. ¿Qué pasó? ¿Estuviste a punto de caerte por un puente o algo así?

—Intentaron estrangularme y luego dispararme.

—¿Todo esto te lo estás inventando? —Se puso en pie, con el semblante muy serio.

—No.

Miró a su amiga a los ojos y ellos la convencieron en un segundo de que decía la verdad; pudo ver con claridad que algo dentro de ella era diferente, lo notó en su serenidad, en su postura, en la calma con la que pronunciaba las palabras. Acarició su mejilla con cariño y se volvió a sentar.

—Te has enamorado —afirmó Carla.

—Sí, aunque él también formaba parte del plan, así que todo era mentira. Aunque me dijo que, a pesar de que al principio aceptó por interés, lo que ocurrió después fue por voluntad propia.

—¿Sabes qué?, deberías empezar por el principio, porque no me estoy

enterando de nada.

Mavi le contó todo lo ocurrido desde que Enrique le ofreció el trabajo hasta su regreso de China. Le explicó el tiempo vivido con Ángel durante la excursión, la cena, el desfile y la traumática experiencia del secuestro de Chen Jie y el intento de asesinato.

—¿No lo has vuelto a ver?

—No.

—¿Ni un mensaje? ¿No te ha llamado? —Mavi asintió—. ¿Cuándo? ¿Habéis vuelto a hablar?

—Me ha llamado unas cuantas veces, pero no he contestado...

—Eres increíble.

—Ayer me envió un mensaje al móvil, se despedía.

—¿Qué te decía?

—Que hoy se marchaba, pero que deseaba verme antes de desaparecer por un largo período.

—Y, ¿qué piensas hacer?

—Nada.

—¡Venga ya!, ¿vas a dejarlo escapar?

—¿Has oído todo lo que te he explicado? Todo fue un montaje.

—También me has dicho que participó en él al principio, pero que lo que ocurrió entre vosotros fue real.

—¿Cómo podría volver a confiar en él?

—Te salvó la vida. Se interpuso en la trayectoria de una bala, ¿te parece poca demostración de amor?

Se miraron en silencio.

—¿Cómo es?

—Guapo, atractivo, con unos preciosos ojos verdes. —Sonrió y Carla se percató de cómo se le iluminaba la mirada—. Alto, fuerte, extrovertido, temperamental y un engreído algo patoso.

—Creo que me acabo de poner cachonda con esa descripción.

—No seas cochina.

Ambas rieron.

—Mírate. Ahora eres la Mavi que conocía, ¿no te das cuenta?

—Si Marcos se enterara, se moriría, y no quiero partirle el corazón. No se lo merece.

—No, claro, lo entiendo, lo entiendo... es mejor que el tuyo siga partido... ¡Oh, vamos, Mavi! Abandona el papel de mártir y coge las riendas de tu vida de una vez.

—No es tan fácil, Carla.

—Lo sé, pero quedándote en la zona de confort no vas a conseguir nada de lo que deseas, simplemente tendrás más de lo mismo... más de lo que no quieres. Si ha nacido algo mágico entre ese hombre y tú, corre a por él, porque son muy pocos los afortunados que tienen la oportunidad de experimentar esa clase de amor y, si sale mal, al menos tendrás el consuelo de saber que lo intentaste. —Carla se levantó de la silla y añadió—: He de marcharme, tengo hora en la peluquería, pero que sepas que te abofetearía, te lo prometo. Sin contemplaciones. Te daría una buena zurra. —Le dio dos besos—. Te quiero, ¿lo sabes, verdad?

Mavi asintió.

Cuando Carla cerró la puerta tras de sí, volvió a sentir aquel silencio y soledad que la acuciaban más que nunca desde su regreso. Estar en aquel piso le resultaba casi insoportable. Aquellas paredes parecían hacer eco a sus pensamientos, retumbando con fuerza dentro de su cabeza. Había intentado olvidar a Ángel, pero, después de hablar con Carla y recordarlo, sentía la acuciante necesidad de verlo, de tocarlo. Necesitaba que sus ojos la miraran, que su sonrisa la acariciara de nuevo; necesitaba sentir su olor, su presencia, su ser entero envolviéndola. Él era la respuesta a todo. Se rindió. Ya no tenía fuerzas para resistirse más, ya no había más excusas para no correr en su busca. Nada podía rebatir aquel sentimiento que la arrastraba irremediabilmente. Si no lograba tenerlo, no se sentiría peor de como se sentía en ese instante, así que, ¿qué podía perder?

Cogió el teléfono de su bolso y lo llamó. La voz de un contestador automático la informó de que aquel número no existía. Salió corriendo del piso. Cruzó la calle esquivando los coches y entró en la boca del metro. Corrió por el pasillo,

bajó los escalones hasta el andén y consiguió entrar en el vagón justo cuando éste cerraba las puertas. El corazón palpitaba en su pecho, incontrolable, acelerándose casi a la misma velocidad que el tren. Caminó por los vagones como si con ello fuera a conseguir llegar antes, mirando el letrero que iluminaba con una luz intermitente la siguiente estación. Otra lucecita roja que se convertía en verde. En cuanto el tren se puso en marcha, la lucecita roja que indicaba la siguiente estación empezó a parpadear. Tres minutos de recorrido. El tren se detuvo de nuevo. La lucecita se volvió verde. Arrancó. La siguiente parada parpadeaba en rojo. Tres minutos más. Al final, llegó a su destino. Voló de nuevo por los pasillos, subiendo escaleras, dispuesta a dejarse el aliento en aquella carrera contrarreloj. Rezaba por encontrarlo allí, porque todavía no se hubiera marchado. Deseaba decirle tantas cosas que no sabía por dónde iba a empezar.

Por primera vez cogió el ascensor, que la llevó hasta la cuarta planta, y entró en la oficina jadeando ante la mirada sorprendida de Sara y Adrián. Se dirigió al despacho de Rogelio y entró sin llamar.

—Mavi... —Se levantó de su sillón, sorprendido por verla—. Oye, si vienes a buscar explicaciones, será mejor que hables con tu hermano y con...

—¿Dónde está Ángel?

—¿Ángel? Se ha ido.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Dónde puedo localizarlo?

—No lo sé. Me dijo que se iba por un tiempo, y cuando Ángel dice que se va, es que se va, créeme. Ya lo ha hecho otras veces y no hay manera de dar con él hasta que él mismo quiere volver a ponerse en contacto.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Por culpa de su orgullo, acababa de perder la oportunidad de ser feliz de nuevo.

—Oye, si estás interesada, tu puesto de trabajo sigue aquí. Sé lo que hiciste por salvar a aquel niño, Ángel me lo contó. Eres valiente y ésa es la clase de personas que necesita esta revista.

—¿Ésa también es una petición procedente de mi hermano?

—No. A tu hermano ya no le debo nada.

—Si tienes noticias de Ángel, dile que lo busco —dijo encaminándose hacia la puerta.

—¡Ah!, espera... —Rogelio abrió uno de los cajones de su mesa y sacó un sobre—. Ha dejado esto para ti.

Mavi cogió el sobre y lo abrió con manos temblorosas. Sacó un grupo de fotografías; en todas ellas aparecía ella el día del mercado, probándose los sombreros. Una oleada de emoción recorrió su cuerpo.

—Gracias —dijo abrazando el sobre contra su pecho.

Capítulo 32

El verano llegaba a su fin; la temperatura empezó a descender sutilmente y las copas de los árboles pasaron del verde al ocre. Cuando las hojas comenzaron a secarse y a caer ayudadas por el viento que soplaba con mayor fuerza, ya hacía dos meses que vivía en casa de su abuela, a donde se había trasladado con María después de dejar a Marcos. La separación resultó más fácil de lo que nunca hubiera podido imaginar. La desgana y el desamor también habían inundado el corazón de Marcos y no hubo reproches ni culpas por el final de la relación. A pesar de que él insistió en que se quedaran en el piso, Mavi necesitaba salir de allí. Arregló el jardín, arrancó las malas hierbas, plantó más flores, se deshizo de algunos objetos del salón y la cocina, pintó en un tono ocre las paredes, cambió las espesas cortinas por estores y la casa de su abuela tomó un nuevo aire.

Una tarde, sentada en la mesa de la cocina, se decidió a leer las páginas del diario que le quedaban.

Habíamos quedado en la estación a última hora de la tarde, sobre las siete. Aquel día no fui a trabajar. Beatriz estaba en el instituto y, cuando Antonio llegara a casa, yo ya no estaría. Escribí una carta dando todas las explicaciones y justificaciones que pude y la dejé sobre la almohada, en el dormitorio, para que mi marido pudiera verla al acostarse. Con la maleta preparada junto a la puerta, esperé a que llegase la hora limpiando la casa, ordenando los armarios, preparando comida que dejé en la nevera, como si con eso fueran a odiarme menos. A las cuatro sonó el teléfono de la cocina. Llamaban del hospital, preguntando por mí; era una de mis compañeras. Me anunció que Antonio había sufrido un accidente con el taxi y que estaba ingresado, aunque no quiso informarme de más. Fui al dormitorio y cogí la carta. La metí dentro de la

maleta y subí el equipaje a la última estantería del armario que hay debajo de las escaleras y la tapé con algunas prendas de ropa. Corrí al hospital con la esperanza de que sólo se hubiera fracturado algún hueso, algo sin demasiada importancia, para poder emprender mi huida, pero me encontré con una terrible noticia. Antonio sufría un grave traumatismo craneoencefálico y estaba en coma. No tenía forma de avisar a Mario y en una hora estaría en la estación, esperándome. La angustia por mi marido y por Mario me tenía paralizada en aquel pasillo del hospital, esperando noticias de los médicos que atendían a Antonio. Beatriz se quedó conmigo toda la noche. Al amanecer, una silueta al final del pasillo que me observaba llamó mi atención cuando estaba casi exhausta por el cansancio. Era Mario. A pesar de que necesitaba correr y abrazarlo, me acerqué a él con tranquilidad, conteniéndome por la presencia de mi hija. Entramos en una sala autorizada para el personal sanitario y allí me derrumbé.

—He preguntado por ti a una de las enfermeras, creo que se llama Alicia, y me ha contado lo del accidente. Lo siento mucho.

—Está muy grave. No sé si sobrevivirá y, si lo hace, desconozco la magnitud de las secuelas.

—Oh, mi amor. —Me abrazó y, al apoyarme en su pecho, conseguí calmarme un poco—. No vas a venir, ¿verdad?

—No puedo abandonarlo en esta situación, entre la vida y la muerte. Mi hija está destrozada. No puedo abandonarlos a su suerte. ¿Lo entiendes?

—Claro. No serías la mujer que amo si te marcharas ahora. Me quedaré unos días en la ciudad. Veremos cómo evoluciona. Tal vez ocurra un milagro y puedas venir conmigo.

Los días no trajeron ninguna mejoría en el estado de Antonio. Durante las tres tardes siguientes, cuando Beatriz regresaba de la escuela, se quedaba unas horas en el hospital. No quería ir a casa, a pesar de que no nos dejaban verlo más que dos veces al día durante unos minutos; y cuando ella estaba dentro era cuando yo corría a encontrarme con Mario en el parque de Cervantes, situado frente al hospital. Allí, en nuestro rincón escondido, en la parte alta bajo las pérgolas, podíamos abrazarnos y estar juntos como dos enamorados más. La

última tarde que lo vi, lo encontré tallando algo en el poste de una de las pérgolas.

—¿Qué haces? —pregunté agachándome para observar cómo rascaba el cemento con la punta de una pequeña navaja.

—Espera unos segundos a que lo termine, si es que no me pilla el guarda antes —contestó sin mirarme, absorto en la tarea—. Vale, ya puedes mirar.

Mario apartó las hojas de la enredadera que envolvían el poste y vi un corazón y dos iniciales dentro de él. «M» y «A». No pude evitar reír.

—Sé que es algo infantil, pero no he podido evitarlo. —Se encogió de hombros y me guiñó un ojo.

—Me encanta, de verdad. Nunca nadie había hecho algo así para mí.

—Yo quiero hacerlo todo por y para ti, Andrea.

Lo besé, con todo el amor del que era capaz. Me miró a los ojos, acariciándome la mejilla, buscando la respuesta que quería encontrar en mi mirada y en mis labios.

—Esta vez no va a poder ser, ¿verdad? —dijo, con la preocupación presente en sus ojos. Negué con la cabeza—. Esperaremos un poco más.

—Sí. Tendremos que esperar un poco más —repetí.

—He de pasar por el hospital a recoger una documentación. Después, cogeré el tren, Andrea. —Asentí, besándole las manos—. Quiero darte algo. —Sacó una cajita azul del bolsillo de la chaqueta y me la entregó.

—¿Qué es?

—Ábrela.

La abrí. Dentro había un colgante, una pequeña pieza de puzle plateada. Mario la cogió y me la colocó alrededor del cuello.

—Hay una inscripción —anunció con una dulce sonrisa.

Cogí entre los dedos la pieza que colgaba sobre mi pecho y, al darle la vuelta, vi su nombre grabado bajo una palabra en italiano. «L'amore...».

—El amor —traduje— y, ¿qué sigue?

Oculto tras su camisa blanca, Mario extrajo un colgante, otra pieza de puzle.

—Lo que sigue está escrito en ésta y, cuando logremos estar juntos en Italia, las encajaremos, porque encajan a la perfección, como nosotros. Entonces te

diré qué pone. Entonces conocerás esa frase que hice grabar pensando en nosotros.

—Oh, amor mío, amor mío... —sollocé abrazada a él, angustiada ante el abismo que se abría ante mí. Tenía que dejarlo marchar otra vez y no sabía cuándo volvería a verlo.

En el hospital, aquella noche, seguí esperando algún cambio en el estado de Antonio. Beatriz se había quedado dormida en una de las sillas del pasillo, con la cabeza a un lado apoyada en mi hombro. Mario apareció al final del corredor. No se acercó y nos miramos a lo lejos. Se me partió el alma. Lo vi alejarse por el pasillo con las manos en los bolsillos, mirando al suelo, dando cortas zancadas, como si no quisiera alcanzar el ascensor. Apoyé la cabeza de mi hija en la pared y conseguí que no se despertara. Me puse en pie y lo observé. Cuando estuvo frente al ascensor, pulsó el botón. Se giró. Sacó el colgante de su camisa y lo apretó en el puño. Yo saqué el mío e hice lo mismo. Nos miramos unos instantes. Sus labios dibujaron una sonrisa; los míos también. Las puertas se abrieron y entró en el cubículo. Volvió a mirarme, sonrió y me guiñó un ojo. Me llevé la pieza de puzzle a los labios y la besé. Él levantó una mano a modo de saludo; yo levanté la mía. Entonces, las puertas se cerraron.

Antonio tardó dos meses en despertar. Cuando lo hizo, prácticamente no nos recordaba. Tampoco recordaba hablar, ni comer, ni caminar. Tenía que volver a aprender a hacerlo todo de nuevo. Tuvimos que adaptar la casa... hacer un baño más grande en la planta de abajo y construir un dormitorio reduciendo la cocina y el patio interior. Los aparatos que necesitaba para hacernos la vida más fácil costaban mucho dinero y lo que Antonio tenía ahorrado para montar su empresa de taxis prácticamente se terminó con las obras y lo necesario para su nueva situación.

Pasaron los meses, en los que doblaba turnos para ganar más dinero porque mi sueldo era el único ingreso que entraba en casa. Apenas si hubo indemnización por el accidente y la vida, de repente, costaba mucho más que antes.

Mario y yo seguíamos escribiéndonos y hablando por teléfono, todavía con la esperanza de que llegaría el momento para marcharme. Seguía engañándome con la absurda idea de que Antonio mejoraría lo suficiente como para valerse por sí mismo, aunque en el fondo de mi corazón sabía que eso nunca iba a ocurrir.

Un año después del accidente, llegué a la conclusión de que no podría marcharme y dejar a Antonio y a mi hija en aquella situación. No sobrevivirían sin mí. Antonio estaba paralizado del pecho hacia abajo y era totalmente dependiente. Beatriz pasaba muchas horas atendiendo a su padre para que yo pudiera trabajar, ¿cómo los iba a dejar abandonados a su suerte?

Mario no se resignó y continuó escribiéndome cartas, a las que yo no respondí. Las llamadas de teléfono cesaron y el silencio se interpuso entre nosotros. Cuando nos despedimos aquella tarde, no imaginé que no volvería a verlo nunca más. No me di cuenta hasta muchos años después de que me equivoqué, que dejé escapar al amor de mi vida, que tendría que haber buscado la manera de estar con él, de no tener que sacrificar nuestras vidas y causarnos una herida que no cicatrizaría ni con todo el tiempo del mundo.

Perdóname, Mario, perdóname, mi amor. Perdóname por no haber sido valiente, por no haber luchado por ti como tú estabas dispuesto a luchar por mí. Perdóname por no haber dejado que mi amor por ti encontrara la forma de estar juntos, de seguir a tu lado. Perdóname por haberme rendido a la desesperanza cuando tú estabas dispuesto a salvarme como fuera.

Siempre, siempre te amaré.

No pudo evitar llorar pensando en su abuela, en el sacrificio que hizo por quedarse junto a su marido y su hija. Hubiera deseado que estuviera viva para poder consolarla, para poder abrazarla.

Tomó aire y se dispuso a abrir el sobre que el abogado le entregó. Extrajo el folio escrito del puño y letra de Andrea, lo desdobló con cuidado y observó la elegante caligrafía y la tinta azul de las plumas que ella adoraba utilizar. Emocionada, empezó a leer.

Mi preciosa Mavi, mi nieta querida, escribí esta carta precipitadamente

cuando supe que te ibas a China, por si no me daba tiempo a explicarte el final de mi historia. Temo que mi corazón no aguantará mucho más y no quiero que se queden cosas sin decir o sin contar. Quiero que sepas que amé a Mario por encima de todas las cosas, por encima de la razón y el corazón, y, aunque sabía que era mi destino, tuve que romper con él a sabiendas de que en ese preciso momento mi vida se rompía también. Antepuse a tu abuelo y a tu madre al amor de mi vida; consideré entonces que era demasiado sacrificio, no para mí, sino para tu madre y tu abuelo que yo los dejara. Mi maleta se quedó escondida en el armario bajo las escaleras y allí sigue, porque en el fondo de mi corazón siempre esperé que llegara el momento de correr junto a Mario. Nunca más la abrí. Me fui deprimiendo al lado de un hombre al que no amaba como hombre, pero al que quería y respetaba como persona; un hombre que me había tratado con cariño y respeto, y al que, en sus peores momentos, no podía abandonar. Mi vida dejó de ser mía.

Te dejo el colgante que Mario me regaló, cuídalo. Es la posesión más preciada que tengo.

Mavi inclinó el sobre y en la palma de su mano cayó el colgante. Era una pieza de puzle en plata y tenía grabada en letras pequeñas una inscripción «L'amore...» y, debajo, «Mario». De repente, sintió la necesidad de saber si aquella pieza era la que encajaba con la que Ángel llevaba colgada del cuello. Cerró los ojos rememorando el instante en el que acarició el colgante del fotógrafo entre sus dedos e hizo lo mismo con el que en ese instante tenía en su mano. La sensación fue idéntica: notó en la yema de los dedos la inscripción, igual que la notó aquella vez junto a él. Aturdida por la casualidad, continuó leyendo.

Tiene inscrito «El amor» en italiano; es parte de una frase que sigue en la otra pieza que él se quedó, aunque jamás supe cómo continuaba. Mario me dijo que, cuando estuviéramos juntos y encajásemos ambas piezas, podría descubrir la frase completa que él mismo hizo grabar.

A lo largo de dos años, continuó escribiéndome, pero yo no contesté; entonces pensé que era lo mejor, no podía alargarle la agonía con falsas

esperanzas. Debía dejarlo marchar para que recompusiera su vida. Supongo que, al final, aceptó que lo nuestro no podía ser y las cartas cesaron.

Mavi, me he arrepentido cada día de no haber tenido una vida con Mario. Debería haber encontrado la manera de ayudar al abuelo sin tener que sacrificar mi vida o tal vez debería haber aceptado que a la primera persona que debía ayudar era a mí misma. No sabes cuántas veces me he arrepentido de la decisión que tomé. Tendría que haber luchado por lo nuestro, pero no tuve el coraje suficiente. Me rendí.

Recuerda que nadie luchará por lo que tú quieres si no luchas tú. Nadie vendrá a ponerte a los pies tus sueños y tus deseos, así que asegúrate de que cada paso que des en la vida te conduzca hacia ellos.

Mario murió hace unos años... Cuando quise buscarlo para saber si me guardaba rencor, fue demasiado tarde. Logré contactar con una de sus hermanas, que me dijo que la muerte lo había sorprendido mientras dormía y que esparcieron sus cenizas en Barcelona, en el parque de Cervantes, en un lugar muy concreto que él mismo dejó bien detallado. Aunque no entendieron por qué, cumplieron el último deseo de su hermano. Entonces supe que lo nuestro no fue algo pasajero, que perduró en su memoria siempre, tanto que quiso descansar en nuestro lugar favorito. Sé cuál es ese sitio, por eso te pido que esparzas mis cenizas allí, donde éramos nosotros mismos, donde el miedo a todo lo que se interponía quedaba atrás, muy atrás.

Mira este colgante cada vez que tengas que tomar una decisión difícil, espero que te inspire para elegir el camino que te haga feliz.

Te querré eternamente.

Más abajo daba las instrucciones precisas de donde debía depositar las cenizas. Firmaba la carta al terminar y, como si fuera un colegiala, había dibujado varios corazones de distintos tamaños; eso hizo sonreír a Mavi, a pesar de que estaba llorando.

Se puso el colgante al cuello y cerró los ojos, apretándolo contra su pecho. Pensó en la maleta y corrió al armario bajo las escaleras; quería saber si todavía estaba allí. Acercó una silla, se subió en ella y apartó la ropa doblada sobre la

última repisa... y entonces la vio. Una maleta marrón de piel blanda. Tiró del asa y notó el peso. La sujetó con ambas manos y la bajó al suelo. El tiempo había desgastado el color, aunque el tacto era suave y el olor a piel se mantenía. Deshizo las correas de hebillas que la rodeaban y apretó el cierre central hasta que oyó un «clic». Su corazón palpitaba con fuerza. Cuarenta años habían transcurrido desde que su abuela llenó aquella maleta con sueños y esperanzas. Allí debía de estar también la carta de despedida que les dejó a su madre y a su abuelo, esa que escondió al saber del accidente. Levantó la tapa y observó la ropa perfectamente doblada, el colorido de las prendas, y unas bailarinas granates con el tacón en punta que estaban sobre ellas. No veía la carta. Metió la mano entre la ropa y palpó con la esperanza de encontrarla oculta entre las prendas. No dio con ella. Extrajo todo el contenido y fue dejándolo a un lado en el suelo, hasta vaciar la maleta por completo. La carta no estaba allí. Seguramente su abuela la destruyera, aunque hubiese escrito que nunca más la abrió. Ya no importaba. Bajó la caja donde Andrea guardaba todas las cartas de Mario y, sentada en el suelo, las empezó a revisar con la convicción de que, para su abuela, fue el hombre de su vida.

Capítulo 33

Había llegado el momento de llevar las cenizas al lugar que su abuela deseaba... un sitio que ya había tomado significado para ella. Escogió un sábado por la tarde para ir al parque de Cervantes, metió la urna con las cenizas en una mochila y se la colgó a la espalda. Cuando abrió la puerta de casa, se encontró con su madre en el umbral. No se habían vuelto a ver desde el funeral y lo que más le dolía era que ni siquiera hubiera llamado para preocuparse por su nieta.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a verte, ya que tú parece que has desertado de tu familia desde que volviste de China. ¿Puedo pasar? —preguntó Beatriz, altiva. Mavi se echó a un lado y su madre pasó al interior de la vivienda—. Vaya, sí que has cambiado esto —comentó, observando los cuadros nuevos de flores y plantas que adornaban las paredes del recibidor—. Me gusta.

—¿Acabo de recibir un cumplido de tu parte? —Mavi alzó las cejas.

—¿Dónde está María?

—Con su padre.

—Pensaba verla esta tarde.

—Si hubieras llamado, te habrías ahorrado el viaje.

—No te preocupes, estaba de paso y decidí acercarme.

—Ya —murmuró Mavi, resignada.

—Pues... me marchó —comentó Beatriz, encaminándose hacia la puerta—. Pasaré mañana por la tarde, ¿estaréis en casa?

—Supongo que sí.

Beatriz se giró y la miró durante unos segundos.

—Entonces, hasta mañana —contestó atravesando el umbral.

—¿Por qué, mamá? —soltó Mavi.

Beatriz se detuvo y se volvió hacia su hija.

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué eres así de fría conmigo? ¿Por qué me odias tanto?

—No te odio, María Victoria. ¿Cómo podría? Eres mi hija. Sólo estoy... decepcionada contigo.

—¿Por no elegir el camino que tenías preparado para mí? ¿Por casarme con Marcos?

—Porque me abandonaste —contestó con dolor en la mirada.

—¿Cómo?

—Yo cuidaba de ti. Te lo di todo y... ¿qué me diste tú a cambio? Casarte y abandonarme, como quiso hacer tu abuela. —Aquella era la primera vez que veía llorar a su madre. Las lágrimas aparecieron en sus ojos, deshaciendo el rímel de las pestañas. Beatriz sacó un pañuelo de su bolso y se secó las mejillas.

Mavi estaba atónita. No era capaz de entender aquella reacción, hasta que un pensamiento le hizo comprender.

—La carta... —musitó mirando a su madre—. Tú encontraste la carta en la maleta. Sabías lo que la abuela quería hacer.

Beatriz negó con la cabeza, intentando contener el nudo en la garganta que amenazaba con dejar salir el rencor acumulado durante tantos años.

—Ya veo que ella se sinceró contigo en lugar de hacerlo conmigo —contestó, con frialdad.

—Ahora entiendo por qué eres así, mamá. Ahora lo entiendo...

Beatriz guardó el pañuelo en el bolso, aspiró aire entrecortadamente y, en unos segundos, recuperó su porte altivo.

—Como ya te he dicho, pasaré mañana a ver a mi nieta. —Se giró y caminó hasta la puerta que daba acceso al edificio.

—¡Mamá, espera! —gritó Mavi.

Beatriz atravesó la puerta y desapareció tras ella.

Necesitó unos minutos para asimilar que su madre era humana, que había flaqueado ante ella y que eso significaba que el muro por fin resquebrajado le

daba la oportunidad de llegar hasta el corazón de Beatriz. Lo intentaría, pero, primero, debía llevar las cenizas de su abuela al lugar que ella deseaba.

Cogió un taxi y se dirigió a la avenida Diagonal, donde estaba ubicado el parque de Cervantes. Paseó buscando el sitio exacto indicado por su abuela. El encanto de aquel lugar plagado de colores en una explosión de naturaleza viva la estremeció. El aroma de las rosas de distintas clases flotaba en el ambiente, convirtiéndolo en un paraje mágico. El vello se le erizó cuando empezó a caminar por los senderos de tierra, imaginándose allí a su abuela y a Mario, paseando por aquel precioso escenario. Se dirigió a la parte alta del parque en busca de las pérgolas, tal como su abuela le indicaba en la carta. Cuando dio con esa zona, buscó las rosas blancas... debían estar entre las rojas y las amarillas, aunque, después de tantos años, era posible que nada fuera como antes. Lo que sí debía encontrar era el poste que hacía el número doce, donde Mario había grabado un corazón con las iniciales «M» y «A». Empezó a contar los postes que sostenían las pérgolas por la parte más alejada de la entrada. Avanzó despacio, poniendo mucho cuidado en no equivocarse para hallar el sitio exacto. Recorrió el sendero verde dando pasos cortos, contando e intentando visualizar el final que se ocultaba a su vista al girar un poco a la izquierda. Ya iba por el poste número ocho cuando el camino se volvió a enderezar y, frente a ella, a un par de metros, vio las rosas blancas. La emoción estalló en su estómago. Una pareja se aproximó a ella, riendo y abrazándose sin prisas. Debía esperar para poder esparcir con tranquilidad las cenizas o tal vez tendría que volver otro día, porque estaba anocheciendo y en poco tiempo cerrarían el parque. Suspiró decepcionada y se dio la vuelta, dispuesta a esperar unos minutos a quedarse a solas cuando a su espalda oyó pronunciar su nombre. Se giró. Ángel estaba frente a ella.

Se quedaron mirándose, boquiabiertos... como si fuera un sueño, una alucinación. Se contemplaron el uno al otro, cada centímetro del rostro, cerciorándose de que eran ellos, de que estaban allí al mismo tiempo por una inesperada casualidad.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Su primer impulso fue tocarla, abrazarla, pero se contuvo al recordar la última vez que se vieron en el hospital.

—Y ¿tú? —preguntó Mavi, igual de sorprendida, igual de deseosa por sentir

su tacto.

—Pues... he venido a visitar a alguien.

—¿A visitar a alguien? —Mavi miró alrededor sin encontrar a nadie—. ¿A quién?

—Es una historia extraña, pero aquí —señaló un lugar bajo las rosas— esparcí hace años las cenizas de alguien muy querido.

Mavi estaba petrificada, inmóvil ante el desconcierto que sentía. Su mente vagaba de un pensamiento a otro, intentando darle sentido a todo aquello.

—Y, ¿tú? —demandó Ángel, mirándola fijamente a los ojos—. Mavi, ¿estás bien? —Le acarició un hombro, preocupado ante su ausencia.

—Yo... he venido a traer las cenizas de mi abuela.

—¿Aquí?

—Junto a este poste, donde hay un corazón grabado que encierra dos iniciales. —Ella buscó con la mirada la talla y enseguida Ángel lo señaló. Ambos se miraron, desconcertados—. No entiendo nada.

—Ni yo.

Mavi sacó de su blusa la cadena con la pieza de puzle que llevaba colgada al cuello y se la mostró a Ángel, quien la miró confuso, sosteniéndola en su mano. Entonces sacó la suya, que colgaba sobre su pecho, y, sin quitársela, la acercó a la de ella, comprobando que ambas piezas encajaban a la perfección. Con las piezas unidas, entre ellos quedaron a sólo unos centímetros el uno del otro.

—¿Qué está pasando? —susurró Ángel. Perturbado al tenerla tan cerca, tuvo que hacer un enorme esfuerzo por no estrecharla entre sus brazos.

—Tiene que ser una casualidad... —murmuró Mavi, aturdida ante su presencia.

—Debe de haber miles de piezas como ésta que encajan, ¿no?

Mavi bajó la mirada hacia la inscripción y entonces se dio cuenta. En la suya estaba escrito «L'amore» y, en la de Ángel, «vince tutto», y debajo de aquella frase los nombres, Mario y Andrea.

Se quitó el colgante y éste quedó pendido del cuello de Ángel. Se apartó de él. Se tapó la boca con ambas manos y negó con la cabeza. Él se asustó al verla tan conmovida y la sujetó por los hombros.

—¿De dónde has sacado ese colgante? ¿De dónde? —lo apremió, colocando las manos en el pecho de Ángel, intentando recomponerse.

—Era de Alika. Le tenía mucho cariño a este colgante.

—¿De Alika? ¿Qué pone en esa frase?

—Está en italiano: *l'amore vince tutto* —pronunció Ángel volviendo a mirar las piezas unidas—. Significa el amor todo lo vence.

Mavi seguía negando con la cabeza, con la mirada perdida, intentando entender.

—Es una locura —murmuró ella.

Ángel sostenía las piezas en la mano.

—En la tuya pone Mario —susurró. Entonces, se dio cuenta de lo que tenía delante—. Mario —repitió, boquiabierto.

—¿Lo conocías? —preguntó Mavi.

—Era el padre de Alika.

—¿Qué?

—Fue el médico que la adoptó.

—No puede ser cierto.

—No entiendo nada. —Ángel se pasó las manos por el pelo, aturdido—. ¿Por qué tienes una pieza que encaja perfectamente con la mía, en la que pone Mario?

—¿Alika te dio ese colgante?

—Fue una de las cosas que me quedé de ella cuando murió. Siempre lo llevaba puesto.

—¿Y nunca te explicó nada de él?

—Me dijo que era de su padre. Me contó algo sobre un amor de juventud.

—¿Ves el nombre que hay en tu pieza?

—Sí —contestó—, Andrea.

—Andrea era mi abuela, cuyas cenizas vengo a esparcir en este preciso lugar.

Ángel la miró sin decir una palabra. Su mente estaba procesando la información que ella le acaba de facilitar.

—Tu abuela fue el amor de Mario —afirmó Ángel, mientras sus labios se estiraban en una sonrisa.

—Sí.

—No me lo puedo creer. Estoy... no sé... sin palabras.

—Yo también. —Mavi se colocó un mechón de pelo tras la oreja mientras intentaba mantener la mirada en aquellos ojos verdes que la observaban con intensidad.

Ángel buscó en el azul intenso de la mirada de ella la misma ilusión que sentía él por el reencuentro. Por unos segundos tuvo la tentación de alargar la mano y tocarla otra vez, necesitaba urgentemente sentirla, asegurarse de que era real después de tanto tiempo esperando volver a verla, pero se contuvo. No quería asustarla y que saliera corriendo como la última vez que se vieron. Todavía recordaba la mirada de ira en sus ojos y eso lo había estado torturando todo ese tiempo.

—Dime, ¿qué está haciendo el destino con nosotros? —preguntó con una mueca en los labios que a Mavi le provocó una punzada en el estómago.

—No lo sé. —Ella se encogió de hombros y miró al suelo.

—Yo sí lo sé. —Se acercó y le levantó la barbilla con un dedo—. El destino nos está ofreciendo un camino en común, pelirroja. Hagamos de este reencuentro un principio.

Ella negó con la cabeza.

—No sé... —Tragó saliva, indecisa.

Había conseguido ser independiente por primera vez. Se hacía cargo de su hija, trabajaba en la revista y empezaba a sentirse satisfecha con su vida. Cambiarla en ese momento le daba miedo. No se sentía preparada para soportar las indecisiones de alguien que no tenía claro si había superado la muerte de su mujer y que, además, había basado su convivencia durante la estancia en China en una mentira.

—Dame la oportunidad de mostrarte quién soy. —Le cogió las manos y las apretó contra su pecho—. Quédate conmigo. Concédeme unos minutos, unas horas, y te prometo que haré todo lo posible para que seas tú quien me pida que me quede contigo el resto de la vida.

—No sé, Ángel. Tengo miedo de equivocarme, de volver a confiar en ti, pero lo cierto es que me salvaste la vida, dos veces, y eso tiene que significar algo.

—Ahora te pido que me la salves tú a mí. —Le acarició la mejilla. Mavi

estaba tan cerca de él que su aroma le trajo el recuerdo del anhelo que había sentido durante su ausencia y de aquella ansiedad que la devoraba por dentro—. Cuando estuve a punto de morir y te vi allí, intentando desesperadamente que sobreviviera, tan afectada, me estremecí, porque me hizo darme cuenta de que me querías. —Se humedeció los labios—. Después, cuando te conté lo del plan de tu familia y me dedicaste aquella mirada de rencor, de resentimiento, me dolió más que cualquier disparo.

—Me sentí estúpida y ridícula...

Ángel le puso un dedo en los labios y Mavi se calló.

—Lo sé, pero he llegado a la conclusión de que, si no hubiera aceptado la propuesta de Rogelio, no te habría descubierto y me hubiese quedado con la Mavi superficial, así que quiero pensar que todo lo ocurrido nos ha traído hasta este momento.

—Es una manera romántica de verlo.

—¿No es romántica la forma en la que estos colgantes, en que Andrea y Mario, han hecho que nos volvamos a reencontrar? —Mavi asintió y miró la urna con las cenizas de su abuela, que había dejado junto al rosal—. La muerte de Alike me quitó la vida, pero saber que tú existes me la ha devuelto. —Pasó un mechón de pelo entre sus dedos, mirándola como si fuera lo único que importara en el mundo—. Dime que me quieres. —Mavi sonrió y Ángel le dio un pequeño tirón al mechón—. Dime que me quieres —le exigió mientras los hoyuelos se marcaban en sus mejillas.

—Te quiero.

Se miraron con la calma de saber que podían tener un futuro, que no había prisa, que el tiempo les pertenecía.

Ángel la rodeó con sus brazos y la besó en la frente. Mavi apoyó la mejilla en su pecho, cerró los ojos y se hundió en su abrazo.

—Tengo que depositarlas —dijo Mavi señalando la urna.

—¿Puedo acompañarte?

—Es lo que más deseo.

Abrió la urna y derramó las cenizas bajo el rosal. El corazón se le encogió cuando cayó sobre la tierra el último polvo gris. Ángel se agachó junto a ella y,

con los pulgares, le apartó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

Cuando se habían alejado unos pasos, una fuerte ráfaga de viento los sorprendió. Mavi miró hacia el lugar donde había depositado las cenizas y vio cómo éstas eran alzadas hacia un cielo que empezaba a oscurecer y los últimos rayos de sol las hicieron brillar como si fueran cientos de estrellas.

Nota de la autora

Chen Jie es uno de los miles de niños secuestrados en China.

En este documental podréis conocer más sobre la historia de Chen Jie y lo que ocurre con muchos menores y jóvenes adolescentes:

https://www.documaniatv.com/social/china-el-gigante-asiatico-1-los-ninos-robados-de-china-video_66a4c4a9c.html

Agradecimientos

A mis padres y mis hermanos. En la tómbola de la vida, me tocó la mejor familia.

A Miquel, por plantar soles en mi camino cada día. Eres mi mejor inspiración.

A Digna y Miguelín, nunca pensé que encontraría unos segundos padres.

A Marga, porque tus «informes» siempre me hacen ver lo que no veo.

A mis lectoras cero, Elena, Maite y Àngels. Vuestras críticas sinceras me hacen mejorar.

A las lectoras y los lectores, porque sin vosotros nada de esta magia es posible.

Y a Esther Escoriza, muchas gracias por darme de nuevo la oportunidad de seguir cumpliendo sueños dentro de este mundo.

Biografía

Soy de Barcelona, aunque desde hace unos años resido en Lleida.

Desde que tengo memoria me gusta el cine, y cuando no era más que una niña veía montones de películas catalogadas con un rombo detrás de la puerta entreabierta de mi habitación. Y así empezó a crecer mi imaginación, y con tan sólo nueve años escribí mi primer cuento, en el que creé mis propios héroes y villanos, princesas y ladrones.

La pasión por la lectura la descubrí con quince años, cuando veraneaba con mis primas en Jaén. Una de ellas me prestó *Rebeldes*, de Susan E. Hinton, y con ese libro hallé un mundo tan apasionante como el del cine.

En 2010 empecé a escribir un blog que acabó convirtiéndose en mi primera novela en formato digital: *Buscando novio sin morir en el intento* (Zafiro), a la que siguió *Un escalón para besarte*.

Encontrarás más información sobre mí y mis novelas en <https://www.facebook.com/angie.garcialopez.5>

Referencias de las canciones

My Way, Copyright: © © 2009 Frank Sinatra Enterprises, LLC, interpretada por Frank Sinatra. (*N. de la e.*)

Tú me salvarás
Angie García López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Angie García López, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro digital (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19417-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte